GRAFENO

A. J. FUENTES

GRAFENO

A.J.
FUENTES

Título:Grafeno
Autor: Antonio Jesús Fuentes García
Diseño de Portada: Cristina Gutiérrez (grupo Criser)
ASIN:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi chiquitina

Índice

Índice
Descubrimientos
1
2
3
4
5
Acontecimientos
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
La bomba arco iris
1
2

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
La Edad de Piedra
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
Epílogo
Agradecimientos
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

El espíritu humano debe prevalecer
sobre la tecnología.

Albert Einstein.

La tecnología es destructiva sólo en las
manos de las personas que no se dan
cuenta de que son uno, y que están
en el mismo proceso que el Universo.

Alan Watts.

Estoy convencido de que los humanos
necesitan irse de la Tierra.

Stephen Hawking

Descubrimientos

1

Impfondo, República del Congo.
Poblado de Tosangana. Hora: 15.30
25 de enero de 2001

Darren Santana sintió el cálido sol sobre su rostro y volvió a sonreír. Le gustaba aquella tierra. En principio solo había venido al Congo a pasar unos meses, investigando los hábitos de vida del Okapí, pero de eso hacía ya tres años.

Cargó los sacos de sal en el viejo Freelander, y se dispuso a abandonar Impfondo rumbo al poblado en el que vivía desde hace dos años, Tosangana.

Había llegado a Impfondo con la idea de fotografiar y estudiar las especies autóctonas de la zona, como el Gorila de la montaña o el fabuloso Leopardo, pero cada vez que se internaba en la selva crecía su pasión por aquella región. Había visitado el río Uelle buscando hipopótamos, la selva Aruwi en busca de las pitones, y las regiones volcánicas del éste, donde se había quedado fascinado por los pelícanos, flamencos rosas y las garzas. Cuando acabó su periodo de trabajo no quiso volver, y tampoco ayudó mucho el hecho de haberse enamorado de Bokó, una indígena de la tribu Baka. En el Congo consideraban a este grupo de cazadores una raza inferior y atrasada en su cultura; Darren también pensaba lo mismo hasta que vivió con ellos el tiempo suficiente para conocerlos.

Se había casado con Bokó, y tenían un precioso niño llamado Rufin. Darren cumplía con las funciones de marido en el poblado, pero continuaba trabajando para revistas como National Geographic, BBC Wildlife o GEO.

Aquel día le había tocado reponer el suministro de sal, pero pensaba dejarlo y echar un vistazo a los colibríes que revoloteaban entre los cedros de la zona del noroeste. El padre Fabián —que vivía en el poblado Baka—, le había aconsejado no hacerlo, ya que por aquella zona rondaban los pigmeos, que no eran muy amigos de intromisiones externas, pero Darren conocía de sobra la selva y sabía por dónde debía pisar.

Se secó el sudor que le empapaba la frente y se quitó la camisa, enrollándola a continuación sobre su cabeza. El bosque estaba

precioso, pero peligroso debido a las últimas lluvias inesperadas que habían padecido durante ese mes de enero. Al fondo de un valle de árboles de teca —altísimos, pero con el tronco muy fino—, divisó un baile inusual entre chorlitos de colores brillantes. Fascinado se acercó hasta ellos. Levantó la Nikon D3000, y comenzó a disparar a una velocidad de 1/1000, intentando congelar el aleteo frenético de unos colibríes curiosos que se acercaban a la bandada de chorlitos. Darren estaba completamente embelesado, mirando el mundo a través del objetivo punteado de números del visor de su cámara, cuando el mundo se vino abajo. Una porción de tierra humedecida por las lluvias cedió ante su peso, y antes de poder remediarlo cayó entre una maraña de arbustos, rocas y troncos rectos y duros de teca. Se golpeó la frente contra un risco, y se rompió un brazo al quedar trabado con uno de los troncos esbeltos en su caída. El mundo giraba a mil revoluciones en su cabeza cuando de nuevo se vio arrojado a la ingravidez. Caía otra vez, pero en esta ocasión no vio árboles ni rocas ni tampoco ruido alguno, solo el de su pecho al respirar fuertemente. De repente se dio cuenta de que estaba precipitándose al fondo de una profunda sima horadada en el tiempo por miles de aguaceros selváticos.

↔

Impfondo, República del Congo.
Poblado de Tosangana.
25 de enero de 2001. Hora:20.30

Un dolor punzante le contusionaba el brazo desde el hombro hasta la muñeca. Intentó moverse, pero miles de agujas atravesaron incandescentes el miembro fracturado. Darren giró el cuello con la intención de observar en qué lugar estaba, pero no podía ver más allá de unos metros de donde había caído. Se encontraba envuelto en lianas gruesas como cables de la luz, y cubierto de un polvo fino que se le había metido en los ojos y lo hacían lagrimear. Deseó poder mover los brazos para rascarse, pero su cuerpo no reaccionaba igual que su mente. Se tranquilizó pensando que pronto empezarían a buscarlo y, si había alguien en el mundo capaz de encontrarlo en aquella selva, esos eran los Baka.

Se despertó de repente, como si hubiera tenido una pesadilla, y comprobó que seguía en el mismo lugar. Los Baka no lo habían encontrado, y la oscuridad dentro de aquella cueva era aún más penetrante. No sabía el tiempo que llevaba dormido, pero debía de haber sido mucho si se había hecho de noche. Poco a poco intentó moverse, pero los brazos y las piernas se le habían quedado insensibles debido a la inmovilidad. En cierto modo era una bendición, porque el brazo ya no le dolía tanto como antes, pero también sabía que si no salía de aquella caverna no tardaría mucho en morir, o aún peor, en ser devorado por algún depredador con valor para meterse allí dentro.

Con mucho cuidado desplazó el pie derecho intentado soltar algunas lianas que se habían aferrado firmemente a su cuerpo y, al cabo de varios intentos (y muchos esfuerzos), logró quedar libre de cintura para abajo. Se puso en pie y comprobó que tenía el brazo derecho inerme y fláccido junto al costado. A pesar de la hinchazón no le dolía, pero tampoco podía moverlo. Con el izquierdo se desenredó las lianas que lo intentaban retener en aquella húmeda cueva, y al cabo de unos eternos minutos quedó libre.

La luz de la luna llena bañaba el fondo de la gruta, y por fin pudo distinguir donde se encontraba. La cavidad no era tan grande como le había parecido en un principio, que por su experiencia quería decir que aquella era una formación de origen caledoniano. Este tipo de simas son más nuevas y modernas, ya que se forman

debido a los grandes sistemas fluviales que se desarrollan en el Congo o el Amazonas. A pesar de eso, comprendió que se necesitaba mucho tiempo para producir una concavidad en la roca caliza nada más que con el agua que se filtraba por las rendijas de la superficie, así que aquella formación debía de tener miles de años.

Paseó por el pequeño espacio de la cueva, y comprobó que no había ninguna otra salida, únicamente por la que había caído. Buscó lianas con las que improvisar una cuerda de escalada, pero lo que encontró hizo que expulsara todo el aire de golpe. Allí al fondo, sobre una formación joven de sedimentos —en lo que muchos años después se convertiría en una estalagmita—, algo brillante fluía y cambiaba de un tono verde azulado al blanco transparente. Darren se acercó con cuidado y comprobó que parecía cristal, pero del grosor de un cabello humano y, de una transparencia casi líquida. Quiso tocarlo, pero de repente unas voces resonaron con estruendo en la caverna. Era la voz del padre Fabián. Habían venido a buscarlo.

2

Brisbane, Australia
25 de enero de 2010
Hora: 15.30

Matthew Taylor paseaba entre las ruinas amontonadas de la ciudad, mientras los lamentos de muchos de los que habían sido sus vecinos llenaban las calles anegadas de agua y barro. Las fuertes riadas lo habían destrozado todo sin compasión, y miles de ramas y trozos de chatarra flotaban golpeando contra las casas que aún se mantenían en pie.

Matthew jamás había pasado tanto miedo como la noche en la que el agua entró en su casa. Su padre gritaba, y su madre lloraba desesperanzada, mientras que él aferraba con fuerza su GameBoy. Recordaba con terror como habían subido hasta el techo de pizarra de su casa, y el frío que había pasado durante su estancia de dos días allí. Los helicópteros de rescate pasaban sobre sus cabezas una y otra vez, pero nunca llegaron hasta su tejado.

Golpeó con el pie una madera podrida e inflada por el agua, y se clavó una astilla en el dedo gordo. El dolor le hizo llorar de nuevo, y la sangre que salía de la punta de su zapatilla Nike destrozada remató el trabajo. Se sentó sobre un enorme tronco caído —en lo que había sido el jardín de una casa de dos plantas—, y sacó la astilla con cuidado. Pensó en volver de nuevo a los restos amontonados que una vez fueron su casa, pero recapacitó. Llevaba tres días sentado delante de un montón de maderas y ramas, y sus padres no habían vuelto a por él. John y Marta Taylor habían abandonado a su hijo de diez años.

En algún lugar, Matthew había escuchado que los soldados estaban recogiendo gente para trasladarla a un lugar seguro, y eso lo animó. ¡ A lo mejor estaban allí sus padres, esperándolo!

Se calzó de nuevo la zapatilla y comenzó a caminar hacia la avenida Lytton, donde el ejército había montado el dispositivo de ayuda. Solo había caminado unos pasos cuando el suelo se hundió bajo sus pequeños pies. Matthew no tuvo tiempo ni de gritar, pues de repente todo se volvió oscuro.

↔

Brisbane, Australia.
25 de enero de 2010
Hora: 18.15

Matthew se encontraba sentado frente a un viejo televisor. Alrededor de los hombros le habían colocado una gruesa manta, y frente a él humeaba una enorme taza de café. Su padre no le había dejado nunca beber café, pero ahora él no estaba allí, así que decidió tragar aquel líquido negruzco y de olor intenso. El calor de la bebida le inundó el estómago y, durante una fracción de segundo se encontró mejor.

En la televisión aparecía Anna Bligh, jefa del gobierno del estado de Queensland. Matthew la conocía por que su padre siempre decía que era una *"mala perra"*, aunque él no sabía que significaba aquello. La jefa del gobierno declaraba que habían encontrado setenta y ocho muertos y otros tantos desaparecidos. Matthew escuchó que había muerto un niño en Brisbane, y se preguntó si sería algún amigo suyo del colegio. Para terminar, Anna Bligh declaró que debían prepararse, pues lo peor aún no había pasado.

El niño no sabía cómo había llegado hasta aquel lugar, pues lo último que recordaba era haber caído en una alcantarilla erosionada por el agua y luego, la oscuridad.

Un hombre con un grueso abrigo azul se acercó hasta él. En el pecho llevaba grabadas unas siglas y las palabras "Equipo de rescate".

—¿Te encuentras bien chico?—preguntó.

Matthew asintió sin apartar la mirada de la televisión, donde la *"mala perra"* seguía dando números de muertos y lanzando frases de consuelo.

—¡Menos mal que te vio caer un vecino, que si no…!—la sonrisa se le congeló en los labios al ver que el niño ni siquiera le miraba.

El jefe del equipo B-51 de la patrulla de rescate se alejó un poco del chico. Brett Pearson sabía de buena tinta que los *shocks* emocionales necesitaban su tiempo, y aquel niño debía de haber sufrido lo suyo.

Cuando se alejó, Matthew metió la mano en sus sucios

calzoncillos y sacó de ellos un extraño papel doblado. Era de un color azulado, casi transparente. Matthew podía ver el televisor a través de él. Lo desenrolló y quedó totalmente uniforme, sin una sola arruga. Extraños símbolos bailaban alrededor de la hoja, fascinando al chico. Lo único que recordaba de aquel agujero en el que había caído fue la extraña hoja que ahora brillaba entre sus manos, oculta entre escombros y polvo. Matthew se guardó el papel en los calzoncillos de nuevo, y dio otro sorbo al café.

↔

Camberra, Australia.
27 de enero de 2010

Matthew descansaba plácidamente sobre un colchón esponjoso dispuesto para los niños afectados por las inundaciones en un polideportivo de Camberra. Él, junto a otros niños damnificados había sido trasladado en helicóptero hasta allí, donde los servicios sociales encargados redistribuirían a los chicos huérfanos en lugares de acogida. Los que tuvieran más suerte se reencontrarían con sus familiares, una vez identificados.

Matthew no pensaba en un nuevo hogar si no encontraban a sus padres —porque seguía teniendo fe en que de un momento a otro cruzasen la puerta del polideportivo—, lo que le preocupaba era qué iba a hacer con la extraña hoja de *"cristal blando"*. Había pensado en tirarla, pero desechó la idea de inmediato. Hubo un momento que estuvo tentado en dársela al oficial del ejército que los había trasladado en helicóptero, pero aquel tipo no le caía bien; también sabía que no podía quedársela. No era suya y, además no sabía qué podía hacer con ella. Cuando sus padres vinieran a buscarlo, ellos decidirían lo más correcto y le quitarían el *marrón* de encima. Lo que Matthew no sabía era que jamás volvería a ver a sus padres y, por supuesto, tampoco comprendía —era un niño de diez años—, lo tremendamente importante que podía ser el trozo de cristal que había encontrado.

Al tercer día de permanencia en el pabellón de deportes —y tras muchas preguntas sobre sus padres—, Matthew fue destinado al centro de acogida New Life, en Camberra. Se esperaba que fuese un destino provisional, pero Matthew pasaría en aquel centro mucho más de lo que todos habían previsto.

Cuando el chico fue enviado en autobús junto a otros cuarenta niños hasta el centro de acogida, se le confiscaron sus pocas pertenencias, menos lo que llevaba guardado dentro de sus calzoncillos.

3

15 de enero de 2017.
Base glaciar Optimus, situada a 150 Km
de la base Macmurdo en la Antártida.
Hora: 15.30

Douglas Fenton y Claire Thomas bostezaban mientras observaban los soporíferos aparatos de medición. Claire se rascaba parsimoniosamente la nariz, mientras Douglas intentaba soplar una pelusa de su ombligo sin llegar a conseguirlo. Llevaban más de dos meses hacinados en una incómoda base portátil construida a base de tiendas de campaña.

En ese momento se encontraban en la gran carpa principal, que albergaba todo tipo de aparatos portátiles tales como medidores de presión, detectores de gas, osciloscopios y un sinfín de aparatos más que le conferían un aspecto de centro de oportunidades de electrónica. Un pitido insistente sacó a Claire de su ensimismamiento.

—Dougi, la estación meteorológica número dos se ha vuelto a estropear—anunció Claire con desgana.

—¡Joder, vaya mierda! No entiendo como aparatos de miles de dólares se averían más que una simple tostadora.

Douglas dejó aparcado su intento de hacer volar la pelusa y se inclinó sobre una serie de aparatos del tamaño de calculadoras gigantes.

—¡Quien me mandaría a mí meterme en esta jodienda!—exclamó furioso.

—Dougi, no entiendo cómo eres capaz de besar a tus hijos con esa boca tan sucia—le reprendió Claire de forma burlona—. Además, solo son unos cuantos metros de nada.

—Ya, unos metros sobre un témpano, ¡a cincuenta bajo cero!

La estación *Optimus* se encontraba en la lengua de hielo Drygalski, en el mar de Ross. Douglas y Claire habían sido enviados allí con la intención de investigar a fondo la colisión del B15A, un iceberg de 160 km que había impactado contra la masa helada, arrancando de cuajo cinco kilómetros cuadrados de la superficie del bloque. La base neozelandesa Scott y la Macmurdo, realizaban diversos estudios periódicamente sobre el efecto que había

producido la colisión más brutal de la historia entre dos gigantes helados. Douglas comenzó con el ritual de calzarse los calcetines, los calzoncillos y la camiseta. Luego se ajustó el traje térmico de la marca Rip Curl —que no era el oficial, pero era su preferido—; en especial le gustaba el modelo H-Bomb, que incorporaba baterías tipo móvil o iPods y que proporcionaban un calor muy agradable.

—Dougi, ya sabes que si el coronel McMiller se entera de que no llevas el traje oficial…

—¡Que le den a ese cabrón!—Douglas acababa de terminar de colocarse las gafas Carrera, que le quedaban exageradamente grandes en contraste con su carita de niño pequeño—. Él no está en medio del hielo a más de dos días en trineo de la base más cercana.

Claire se tapó la boca con la mano para no mostrar su sonrisa, y se acercó hasta Douglas; le plantó un beso en mitad del cristal doble de color azul, que le dejó la marca de unos labios grandes y sensuales.

—Si no fuera por ti, anda que me hubiera yo metido en esta mier…, bueno, en esta… "ex-pe-di-ción"—dijo, remarcando las sílabas con un claro tono de sarcasmo.

—¿Y qué haría yo aquí sola, sin ti y con luz solar únicamente durante un par de meses al año?—su sonrisa pícara enardeció a Douglas.

Todos en la base conocían los sentimientos de Douglas por Claire, y también sabían que lo suyo era un amor imposible. Douglas lo había intentado por todos los medios desde que llegaron juntos tres años atrás, pero ella siempre lo había rechazado de forma cariñosa, pero inflexible. El único motivo por el que Douglas Fenton llevaba dos meses en aquella base situada en el culo del mundo, era que así podía estar a solas con Claire.

—Bueno, voy a ver lo que le ha pasado a esa mierda de estación.

Se ajustó las botas Stratermic y salió al gélido mundo blanco, que llevaba dos meses odiando más que a nada en el mundo.

Hora: 15.35

Douglas golpeó la pantalla de cristal líquido de la pequeña estación meteorológica con el dedo. Se hacía difícil ver algo con aquel viento furioso, pero comprobó que todas las mediciones estaban en orden. Revisó la última comprobación de temperatura, presión y velocidad del viento. Por su parte, aquel cacharro estaba

en perfecto estado. Decidió volver de nuevo a la tienda, donde por lo menos estaría cerca de Claire —y lejos de los vientos helados que azotaban la planicie, ya que parecía avecinarse una buena tormenta —; ¡que novedad!. Douglas pensó en lo desesperado que debía de estar para aceptar un destino como ese solo con la intención de echar un polvo. Dios, ¿no habría sido más fácil invitar a Claire a una copa? Comprobó los sensores radiométricos, las sondas de temperatura y los medidores de grosor, pero tanto daba, ya que en aquel infierno helado nunca cambiaba nada —a excepción del viento cuando había tormentas polares—. Sacó su pequeño (y casero), medidor de grosor solo con la intención de comprobar que no se había roto. Aquel trasto era de su propiedad, no de la estación, y lo había comprado por correo cuando aprobó la carrera de geólogo. Era un cacharro de tele tienda comprado por catálogo, pero en varias ocasiones le había proporcionado un par de citas con chicas impresionables. Douglas lo había modificado para conectar directamente con el Envisat, un radar de la ESA. Él sabía que aquello lo podía meter en un buen lío, pero si estaba perdido a más de cien kilómetros de cualquier forma de vida humana, necesitaba sentirse comunicado y a salvo.

Las lecturas del pequeño aparato lo desconcertaron durante unos segundos, pero no les prestó atención; al fin y al cabo no era más que una baratija adquirida de saldo. Se acercó hasta los aparatos de medición y, acomodó la pantalla Stevenson para proteger el termómetro y el higrómetro. Esa pantalla mantenía los débiles rayos solares —escasos, pero muy dañinos en el círculo polar—, alejados de los instrumentos con el fin de no interferir en las mediciones. Comprobó el anemómetro (medidor del viento), y después el barómetro (medidor de la presión atmosférica), y concluyó que se acercaba otra condenada tormenta. Se puso en marcha con la intención de proteger los equipos y dirigirse hacia la cabaña. No quería estar ahí fuera cuando llegaran las ventiscas.

Las botas térmicas —aunque aislantes—, ya se le estaban empezando a congelar, y notaba la humedad en las plantas de los pies. Se apresuró en acabar la tarea de protección de equipos y se dirigió a la cabaña. Ya pensaba en la enorme estufa conectada al generador cuando echó otra miradita furtiva a su medidor “modificado” y, sus pies se clavaron en el hielo bruscamente. La Envisat le había mandado un mensaje, claramente equivocado. La lectura de apertura sintética del satélite marcaba una zona de fractura justo delante de él, pero eso no podía ser. Había comprobado el terreno miles de veces por su propia seguridad —y

la de Claire—. Conectó el pequeño micrófono incorporado junto a su boca, y movió los labios como en un sueño.

—Claire, voy a comprobar una cosa.

—Dougi, se acercan fuertes vien…

—Ya lo sé, solo será un segundo.

Se acercó hasta la zona indicada con el aparato en su mano temblorosa. Si aquellos datos eran ciertos, Claire y él deberían levantar el campamento y alejarse de ese lugar. Una zona de fracturas podía venirse abajo en cualquier momento y sepultarlos a los dos bajo miles de toneladas de hielo.

Cuando llegó hasta el lugar que le indicaba la máquina, sacó un pequeño piolet de su bolsillo del traje, y golpeó con suavidad la superficie. Los gritos de Claire resonaron en su oído pidiendo explicaciones, pero Douglas ya no los escuchaba. Aquella pequeña brecha…

Sin previo aviso el hielo cedió, y Douglas Fenton se vio cayendo hasta las profundidades azuladas del iceberg.

↔

Base glaciar Optimus, Antártida.

Douglas Fenton seguía escuchando la voz de Claire a través del pequeño micrófono, junto a su oreja. Se palpó las piernas y después el resto del cuerpo. No había nada roto. Se levantó tan rápido que se mareó un poco, pero reprimió las ganas de vomitar. No era un buen momento para escupir la pasta asquerosa de los cereales deshidratados en aquel hielo de mierda. Con dificultad miró hacia arriba y se sintió como un estúpido. El hielo se había roto, seguramente debido a alguna grieta producida por el choque del jodido glaciar, pero Douglas solo había caído una par de metros en una formación de aire bajo la hendidura. Sus pies estaban firmemente apoyados sobre miles de toneladas de agua solidificada. Decididamente le diría a Claire que había bajado hasta allí él solo, por su propia voluntad, y no que se había caído como un vulgar crío de secundaria; ¡ eso era justo lo que le faltaba para llevarse a la cama a la chica!

Con ayuda de los crampones y el piolet lograría salir de aquel agujero sin complicaciones, y luego le diría a Claire que había visto algo sospechoso y había bajado a comprobarlo. Aquello le haría quedar como un valiente, y no como un idiota que se mea en los pantalones al resbalar en la nieve. Afianzó una de las botas repletas de pinchos en la suela, y alargó el piolet hincándolo con fuerza en la pared helada del agujero, luego se irguió con fuerza y clavó el siguiente crampón. Cuando llevaba ascendido un metro por la pared del agujero, volvió la cabeza para asegurarse de que no se había dejado nada en el suelo de aquel agujero, y entonces lo vio. Allí, como suspendido en el aire, algo del tamaño de una carpeta grande brillaba y se ondulaba. Douglas pensó que sería el reflejo de algún débil rayo solar en la superficie helada, pero al instante recordó por qué se había acercado tanto como para caerse en aquel estúpido hoyo.

Soltó uno de los crampones afianzados con fuerza en el hielo, y saltó ágilmente hasta el fondo, donde un minuto antes creía haber estado muerto. Se acercó con recelo hasta el lugar donde la superficie helada formaba ondulaciones y lo vio con total claridad. Enterrado en la pared había una pantalla de cristal líquido, como la

de los móviles. Douglas se carcajeó como un loco cuando pensó que debía ser el teléfono más grande del puñetero mundo; ¡joder, ni siquiera debe tener cobertura aquí dentro! Estalló en más carcajadas histéricas.

Con ayuda del piolet golpeó suavemente la delgada capa escarchada, y la pantalla cayó sobre sus manos enguantadas. Douglas observó aquella cosa con interés, y decidió salir de allí antes de que llegara la tormenta. Además, Claire seguro que estaba de los nervios.

En menos de dos minutos estaba fuera del agujero y de regreso a la cabaña donde lo esperaba la mujer que amaba, y la estufa a la que él amaba aún más. Volvió a estallar en carcajadas al pensar eso, y se dijo a sí mismo que se estaba volviendo loco en aquel infierno helado de mierda.

Abrió la puerta de la cabaña, y un calor reconfortante lo acogió de inmediato.

↔

Douglas y Claire miraban atónitos el pedazo de cristal líquido que refulgía bajo los potentes focos de la lámpara Luma. Series de números aparecían ordenados desde el margen superior hasta la mitad de la pantalla, donde se interrumpían abruptamente para dejar paso a unos signos incomprensibles con forma de garabato de niño.

—Dougi, ¿qué demonios es esto?—preguntó Claire.

—Tengo la sensación de que lo he visto antes—añadió Douglas, mientras se rascaba el mentón pensativo—. Me parece que…

Dejó la frase sin acabar y se dirigió a toda velocidad hasta un estante que rebosaba de revistas y libros manoseados. Comenzó a rebuscar de forma frenética entre las publicaciones, lanzándolas al suelo sin miramientos para, seguidamente, coger otra. Claire lo miraba con cara de preocupación.

—¿Que estás buscando Dougi?, por favor dime algo.

—Ese material, creo que lo he visto antes en algún sitio—luego añadió para sí mismo—; sé que está por aquí, debe de…

Cortó la frase a medias, levantando hacia Claire un ejemplar arrugado de la revista *Science*. Colocó el boletín abierto sobre la mesa, junto al trozo de cristal, y comenzó a pasar las hojas a toda velocidad. Douglas esbozó una sonrisa cuando encontró lo que buscaba, y se hizo a un lado para que Claire pudiera verlo también. Allí, en la sección *science-related new* (noticias relacionadas con la ciencia), aparecía un gran titular en letras negras que rezaba: **“GRAFENO, EL MATERIAL DEL FUTURO”.**

Bajo aquel titular se podía ver la foto de dos personas sosteniendo en las manos un material transparente, idéntico al que descansaba sobre la mesa de la base glaciar Optimus. Douglas señaló el artículo con los ojos desorbitados y, punteó el reportaje con el dedo, visiblemente alterado.

—¡Sabía que lo había visto!

—Pero esto es… —Claire no podía creérselo, y volvió a leer el artículo una vez más.

“NÓBEL DE FÍSICA PARA ANDRE GEIM Y KONSTANTINE NOVOSELOV”

Concedido el premio Nobel de física de 2010 para los dos investigadores rusos

por su descubrimiento del Grafeno, un componente bidimensional aplicable a

innumerables materiales de nueva creación y de carácter electrónico. El

Grafeno tiene un átomo de grosor y, una estructura laminar plana en forma

de panal de abeja. Este material posee una alta conductividad térmica y

eléctrica, además de ser extremadamente duro y elástico. Por todo ello

el Grafeno, es el material del futuro.

Douglas esperaba ansioso una respuesta por parte de Claire, o por lo menos algún reconocimiento por el gran descubrimiento que acababa de realizar, pero la mujer seguía sin palabras; miró alternativamente a su compañero, y una vez más releyó el artículo. Ciertamente el objeto que sostenían los dos científicos parecía el que acababa de traer Douglas.

—Dougi, necesito que me expliques una cosa—dijo al fin Claire.

—Dime.

—¿Cuánto tiempo dirías que podía tener la fisura en la que encontraste el… objeto?

—Pues no sé Claire, ya sabes que eso es muy difícil de…

—Un cálculo aproximado.

—Pues teniendo en cuenta que estamos en una lengua de hielo que…

—¡Dougi!

—Al menos unos doscientos años—lo pensó un poco mejor—. Más, si tenemos en cuenta la velocidad de…

—Entonces, ¿cómo explicas que un material que aún no se está comercializando aparezca dentro de una placa de hielo de cientos de años?

Douglas quiso decir algo, pero las palabras se le atropellaron en la garganta para finalmente morir allí dentro.

4

Valle de los reyes, Luxor.
Tumba KV5 de los hijos de Ramsés II
25 de enero de 2017. Hora: 10.30

Simón Benoit por fin había conseguido el permiso para poder estar presente en el desescombro de la tumba KV5, perteneciente a los hijos de Ramsés II. Aunque Simón era un prestigioso arqueólogo, el gobierno egipcio solo le había permitido permanecer en la cripta a modo de observador.

Benoit llevaba en Egipto más de dos años trabajando para la INRAP (instituto nacional de investigaciones arqueológicas de Francia), y había presenciado más de veinte levantamientos de tumbas en el valle, pero en el último año el gobierno egipcio había endurecido los permisos para extranjeros, por lo que Benoit tuvo prácticamente que suplicar para poder encontrarse en el mausoleo y, únicamente con la función de anotar los objetos que se sacasen a la luz.

Hamza Boulak era el encargado del sepulcro KV5 y de sus más de ciento veinte cámaras excavadas. Era un buen tipo, por lo que la comunicación entre ellos era excelente.

—Simón, amigo ¿qué te parece esto?—Hamza miraba con asombro una porción de tierra que removía cuidadosamente con ayuda de una paleta de metal.

—¿Que has encontrado?—Simón se acercó hasta el lugar donde el egipcio descansaba en cuclillas.

—Lo más probable es que no sea nada, pero aquí la roca ya no es sólida—removió la arena con su paleta—. Parece como…

—Hamza, sabes de sobra que la mayoría de las tumbas del valle están superpuestas a zonas de fractura—Simón se secó el sudor de la frente—. Es por eso mismo por lo que varias de ellas se han venido abajo con la erosión de las lluvias.

—No es eso lo que quiero decir, es… bueno, déjalo, no será nada.

Nada más decirlo, golpeó levemente con la punta de la paleta en un punto del suelo, y una amplia porción de tierra se vino abajo. Simón saltó con una agilidad tremenda —aunque pesaba más de cien kilos—, y cayó sobre un lecho de arena removida. Intentó

buscar a su amigo, pero el denso polvo que había invadido la recámara le hacía difícil incluso la tarea de respirar.

El arqueólogo escuchó gritos, y supuso que debían de ser de los hombres del equipo de Hamza, pero le parecieron murmullos lejanos. El polvo no le dejaba ver ni oír nada más que su propia respiración, e incluso esta le llegaba apagada, como un ventilador bajo una gruesa manta. Con un esfuerzo inmenso logró ponerse de pie, y lo que vio le cortó aún más la respiración. A su izquierda, la entrada había quedado bloqueada por toneladas de arena y roca caliza, y a su derecha, donde unos segundos antes había estado su buen amigo Hamza, se abría un inmenso agujero de oscuridad. Simón no pudo escuchar gritos ni ver nada a través de la negrura y el polvo, pero por un momento, solo durante una fracción de segundo, creyó ver flotando en aquel pozo un rectángulo de agua iluminada que contenía unos símbolos escritos.

Días después, Simón comprendería que aquello no había sido una alucinación. Lo que no intuyó fue la repercusión que tendría para el mundo lo que acababa de ver. Aunque claro, él no llegaría a saberlo nunca.

↔

Valle de los reyes, Luxor.
Tumba KV5 de los hijos de Ramsés II
25 de enero de 2017

Simón Benoit se encontraba en estado de *shock* cuando el equipo de rescate irrumpió en el mausoleo donde había quedado sepultado su amigo Hamza. El propio Simón removió cascotes y piedras de arenisca buscando al egipcio, pero el cuerpo del arqueólogo no apareció.

La sección que se había derrumbado se trataba de una única tumba excavada en la roca, bajo otras más superficiales. Era una cripta con más de ciento veinte momias en total, por lo que habían sido enterradas en filas, al igual que los estratos en la tierra se acumulan unos encima de otros más viejos. En la fosa no había nada fuera de lo habitual, y Simón no había encontrado ninguna abertura u orificio por el cual salir, pero a pesar de eso el cuerpo de Hamza había desaparecido.

Seguía escuchando las voces del equipo de rescate intentando entrar, cuando Simón hizo el verdadero descubrimiento de aquel sepulcro. Cerca del sarcófago de la momia —posiblemente un niño, por el tamaño de la cámara funeraria—, volvió a ver aquel extraño trozo de agua. Sabía que era una locura, pero flotaba en el aire. Se acercó hasta el rectángulo de color aguamarina y lo tocó. No pasó nada. No se quemó la mano, ni explotó en mil pedazos, ni vio imágenes a gran velocidad en su cabeza, ni sintió experiencia alguna; solamente estaba tocando algún tipo de plástico. El arqueólogo decidió explorar más a fondo sobre aquello tan extraño que parecía cambiar y ondular y, cuando lo cogió quedó un poco desilusionado. Aquel objeto tan solo era una pantalla táctil de ordenador, aunque anormalmente ligera. Por un momento pensó en arrojarlo contra una roca cercana, pero su mente por fin volvió a su actividad normal y pensó con razonamiento. ¿Pero qué estaba diciendo?, ¡solo una pantalla táctil de ordenador!, ¿en una tumba con más de mil quinientos años?, una pantalla táctil, ¡que funcionaba sin estar conectada y a la que no le hacía falta ser parte del CPU principal!

Simón estudió la superficie cristalina con más detenimiento, y

una multitud de series numéricas aparecieron ante sus ojos, ¡Oh genial, además estaba repleta de códigos matemáticos incomprensibles! La sujetó con cuidado, pero descubrió que no era un material rígido, sino más bien flexible. Entonces su asombro creció aún más cuando la pantalla se dobló por la mitad en el momento en que sus dedos ejercieron una débil presión. Aquel material ligero, táctil, casi transparente y auto recargable, ¡además se podía doblar! El arqueólogo sintió que le fallaban las piernas y decidió sentarse. Dobló y desdobló aquella extraña pantalla de ordenador mil veces, solo para asegurarse que aquello era cierto.

Cuando el equipo de rescate consiguió entrar en la cámara, Simón plegó la pantalla y la guardó en su bolsillo. No sabía por qué lo había hecho, el caso es que su acción tendría consecuencias nefastas, como él mismo comprobaría días más tarde. Miró su reloj Tag Heuer, y suspiró cuando observó que ya eran las 16.30. Cuando saliera de allí tendría que comer algo.

↔

El Cairo
27 de enero de 2017

El cuerpo de Hamza Boulak fue descubierto el veintiséis de enero, un día después del derrumbamiento. El cadáver había quedado sepultado bajo una montaña de escombros, y Hamza había muerto en el acto. Se celebró el entierro al día siguiente en el cementerio Báb el Náser, que formaba parte de un conjunto de camposantos denominados “Ciudad de los muertos”. El lugar donde fue enterrado Hamza era uno de los cinco que conformaban dicha necrópolis venida a menos, donde incluso vivían familias que no podían pagar el alquiler de una vivienda decente; pero el arqueólogo no habría querido que fuese de otra manera. Hamza siempre se había vanagloriado de sus raíces humildes, y deseaba estar allí donde descansaban los suyos.

A la ceremonia asistieron muchos colegas de profesión del difunto, pero también una inmensa multitud de amigos y vecinos que lloraban la pérdida de un compañero. Hamza era bastante querido por su comunidad, y así se reflejaba en su entierro.

Simón había derramado algunas lágrimas durante la oración que recordaba la ejemplar vida de su amigo, pero después había dejado vagar sus pensamientos hacia otros derroteros. Su primera preocupación era la de qué hacer con la extraña pieza encontrada en la tumba. De sobra sabía que no podía salir de Egipto con ella, y también conocía las sanciones del gobierno del país con los saqueadores o traficantes de reliquias. No creía que lo que había encontrado fuese exactamente una reliquia egipcia, pero había sido hallada dentro de una tumba, por lo cual, era del gobierno del país.

Decidió pasar por la embajada francesa y contarle a su amigo el embajador lo que había encontrado, pero su mente lo convenció para esperar unos días más. Al fin y al cabo, no había prisa. Simón quería estudiar un poco más aquella excepcional pieza, y después la entregaría a la embajada para que ellos decidiesen. Lo que no podía presagiar es que aquella decisión acarrearía miles de muertos en los días venideros.

5

Darren Santana fue el que comenzó a mover la maquinaria de los acontecimientos que, inevitablemente, se manifestarían dieciséis años después de forma aterradora. Sin saberlo, había activado el funcionamiento de una compleja actividad por parte del gobierno estadounidense al fotografiar su hallazgo con su flamante cámara digital Nikon D3000, y mandarla a la revista GEO, para la que trabajaba ocasionalmente. El correo desde Impfondo tardaba bastante en llegar a Estados Unidos, generalmente, pero en aquella ocasión Darren envió las fotos por e-mail. No pasaron más de dos días antes de que un equipo de inteligencia estadounidense se personase en la pequeña aldea. El hombre fue obligado a entregarles el material fotográfico y la extraña pieza encontrada. Las explicaciones —como suele suceder en estos casos—, fueron bastante escuetas por parte de los agentes, y a Darren se le hizo firmar un contrato de confidencialidad. El fotógrafo no llegó a comprender —hasta muchos años más tarde—, el por qué de aquella reacción desmesurada; aunque tratándose del gobierno de la nación más poderosa del mundo, no le pilló por sorpresa.

Acontecimientos

1

Washington D.C.
1 de febrero de 2017

Sam Boyle llevaba corriendo al menos media hora cuando encontró el callejón. No pensaba que aquel cabrón pudiera ser tan escurridizo, pero tampoco se había fijado que ya no tenía veinte años. Resopló apoyando las manos sobre las rodillas y, se enjugó el sudor de la frente ¡Dios tenía que hacer más ejercicio! Se prometió apuntarse al gimnasio a la mañana siguiente, aunque sabía que no lo iba a hacer. Se había prometido aquello mismo unas cien veces. ¡Joder que cansado estaba!

Desenfundó la 9 m.m Parabellum modificada; había optado por la pistola utilizada en los ochenta, con los cartuchos de 10 m.m. La mayoría de sus compañeros utilizaban desde hace años la 40 Smith&Wesson, más manejable y potente que la Parabellum, pero él era fiel a sus raíces pese a saber que era más difícil mantener la puntería con aquel arma. Aquella era la pistola que había utilizado su padre cuando servía en el cuerpo, y era la que utilizaría él hasta que se retirase del servicio.

Entró en el almacén sigilosamente, con el arma apuntando al suelo. El cobertizo utilizado por una compañía maderera se encontraba en desuso desde hacía varios años, y una espesa capa de polvo se acumulaba en el suelo y las estanterías viejas y oxidadas. Mantuvo el arma fuertemente sujeta con las dos manos, y avanzó con la espalda pegada contra la pared de hormigón. Sudaba como un pecador en la iglesia, pero lo achacó a la carrera que acababa de pegarse, aunque él sabía de sobra que aquello no era cierto.

Sam Boyle se había graduado en la universidad con unas notas envidiables cuando decidió ser policía. Se apuntó a la academia, y terminó su instrucción un año antes de lo previsto, pero no por su excelente cualidad para la profesión, sino por su increíble capacidad para los números. Sam había desarrollado desde niño una increíble capacidad para asociar series de números o combinaciones algebraicas. Sacó la carrera de matemático en Yale con matrícula, y la de experto en comunicaciones de la academia con honores, pero el arte de lo físico se le resistía. Las pruebas psicológicas y de materia las había superado con creces, pero las pruebas físicas

habían sido otra historia muy distinta. Estuvo tentado de dejarlo, pero su instructor, un viejo enorme como una cómoda antigua le dijo: *"Joven Boyle, no todos los agentes tienen que pensar con el culo; en el cuerpo se necesitan personas que cavilen por ellos"*. Aquello le hizo gracia al principio, pero le motivó profundamente. Sam terminó trabajando para NSA (Agencia de seguridad nacional) como criptógrafo. Ocasionalmente se trasladaba desde Fort Meade, en Maryland, donde trabajaba en las instalaciones generales de la NSA, hasta Nueva York para colaborar con el FBI. En aquella ocasión algo había salido mal y él se había visto envuelto en una situación nada usual para un criptógrafo: la persecución de un sospechoso.

Sam avanzó temblando de pies a cabeza —a pesar del sudor que recubría su cuerpo por completo—, a través del amplio pasillo abandonado. En el suelo se adivinaban claramente unas huellas de pisadas en la fina capa de polvo acumulada. No hacía falta ser un genio para saber que aquel hijo de puta que había matado a dos agentes rondaba por allí. Rodeó una fila de cajas apiladas y, de repente, como si hubiera surgido de la nada, se encontró mirando unos ojos negros como la noche. El pasamontañas estaba recogido sobre su amplia frente, dejando a la vista sus labios carnosos y sus mejillas picadas de viruela. Sam levantó el arma, pero aquel tipo no movió ni un músculo. El amplio jersey negro ocultaba un torso enjuto y delgado, y sus pantalones de camuflaje del mismo color evidenciaban unas delgadas y largas piernas. Lentamente, aquel hombre alzó la mano sin alterar el gesto hierático de su rostro. Sam gritó algo, aunque ni siquiera se oyó él mismo. El hombre hizo un gesto con la otra mano libre, indicándole que se calmara. De uno de los bolsillos laterales del pantalón sacó un pequeño sobre de color manila, e hizo el gesto de entregárselo al policía. De repente todo se aceleró, y días después Sam redactaría el informe más caótico de toda su carrera. El sobre cayó al suelo y todo se volvió blanco. No se habían encendido las luces, sino que su mente, sus ojos, su pensamiento, todo quedó cegado. Una luz intensa bañaba todo lo que era capaz de imaginar. Intentó pensar con racionalidad, pero su mente solo irradiaba la misma luz cegadora. No veía su arma, pero tampoco sus manos. ¡Ni siquiera recordaba que hacía en aquel lugar! ¿Estaba persiguiendo a alguien?, ¿a quién?, ¿y por qué? Su mente dejó de funcionar por unos segundos —o al menos él creyó que eran segundos, aunque no estaba dispuesto a poner la mano en el fuego por aquello—, y solo vio una inmensidad blanca, destellante en medio de esa vorágine de blancura; un rostro: el suyo. Se vio a sí mismo vestido de blanco inmaculado, sonriente y

confiado. En las manos sostenía aquel sobre de color manila y se lo estaba ofreciendo ¡a él mismo! Vio su mano extenderse, coger el pliego, y miles de números y símbolos aparecieron ante él. No ante sus ojos, sino en su mente. Sintió vértigo y pensó que iba a vomitar, pero no lo hizo. Un mundo blanco giraba y se replegaba sobre sí mismo como en un tiovivo de locura, y entonces sintió la detonación. Fue un alivio, en cierto modo; algo conocido dentro de aquella locura sobrenatural y, al mismo tiempo, desconcertante. El olor a pólvora invadió su nariz, y sintió algo parecido a una picazón en la mano derecha. Igual de repentina como había venido, la cegadora inmensidad blanca se esfumó y, en su lugar solo quedó la oscuridad. Durante un tiempo no fue capaz de orientarse, ni siquiera de abrir los ojos, y pensó que estaba muerto. Aquel hombre vestido de negro le había metido una bala en la cabeza y estaba recorriendo la inmensidad para reunirse con sus seres queridos, allá donde quiera que fuesen los fiambres, pero poco a poco la claridad se fue abriendo paso en sus ojos y su arma cayó en el suelo polvoriento del almacén. A menos de dos metros estaba despatarrado el tipo vestido de negro, con la cabeza inclinada y un agujero perfecto entre las cejas. Sam nunca había sido un tirador muy bueno, pero aquel disparo había acertado de pleno con una perfección casi de película.

Instantes después escuchó voces inundándolo todo, y alguien que le ponía una mano en el hombro. Sam no podía ver a nadie, excepto el rostro sereno de aquel tipo. Era increíble, pero… ¿estaba sonriendo? ¡Aquel cabrón tenía un agujero del tamaño de una canica en la frente y estaba sonriendo! El policía comenzó a gritar sin poder apartar la mirada de aquel rostro, y en ese instante se despertó. Su cuerpo estaba empapado de sudor, y las mantas de satén blanco revueltas. Un pitido insistente resonaba en alguna parte, pero Sam lo ignoró. Saltó el contestador de su teléfono, y el mensaje que escuchó terminó por despertarlo del todo. No podía ser verdad, lo que acababa de escuchar tenía que ser parte del sueño, pero no lo era. Descolgó el teléfono y marcó la tecla de rellamada.

2

Edificio J. Edgard Hoover.
Sede del FBI. Washington DC.
1 de febrero de 2017

El agente especial Steve Perry llevaba más de treinta y seis horas sin dormir, y gruesos círculos negros empezaban a hacer aparición bajo sus ojos. El traje azul marengo mostraba arrugas en las solapas y los pantalones, y la corbata de seda negra colgaba desanudada sobre su pecho. No era habitual ver de esa forma a Steve —un auténtico obseso de la pulcritud—, pero tampoco era normal el estado en que estaba sumido el edificio Hoover. Solo unas pocas personas tenían conocimiento real de lo que estaba sucediendo, pero lo que suele ocurrir en estos casos es que si a los altos mandos les toca *pringar*, los que están un escalón por debajo pringan aún más. Steve como jefe encargado de homicidios lo sabía de sobra.

Steve cruzó sin detenerse el pasillo que daba a la cafetería, y enfiló a toda velocidad una serie de corredores para los que solo tenían acceso los agentes especiales habilitados. Pasó su tarjeta de identificación por el lector holográfico, y el sonido neumático de la pesada puerta sonó demasiado fuerte en aquellos pasillos vacíos.

En la sala con forma de guitarra había una mesa de roble con capacidad para dieciocho personas, pero en el aquel momento solo estaban sentados en ella cuatro agentes. Vincent Pascal, jefe en funciones del departamento antiterrorista lo saludó con un gesto desganado. Junto a él estaba Brett Spencer (encargado del departamento de ciber-ataques y crímenes de alta tecnología), y frente a Brett sonreía de forma desenfadada Morgan Mitchell (encargado de operaciones extranjeras y espionaje). El cuarto agente era un desconocido para Steve, pero sabía que su departamento trataba el tema relacionado con los derechos civiles, o algo por el estilo. No había señal de ningún mando superior.

Se acomodó con desgana en la silla vacía más cercana a sus compañeros, y abrió la boca para decir algo, pero un pitido insistente ahogó sus palabras antes de fueran pronunciadas. Una pantalla de televisión de plasma se había activado justo enfrente de ellos. Un rostro abotagado y surcado de venitas rotas (a buen seguro debido a la mala circulación sanguínea) apareció en el televisor. No

hacían falta las presentaciones, porque todos los presentes conocían al director Mark Bell. Un murmullo surgió de las gargantas de los cinco agentes, incluido Steve. El dirigente comenzó a hablar pausadamente, y Steve pensó que podría haber sido un buen político.

—Señores, les he convocado hoy aquí para hacerles saber algo como jefes de sus departamentos que es de vital importancia—aquel tipo no se andaba con rodeos—. Ante todo pedirles perdón por no poder estar en persona como me hubiera gustado, pero temas acuciantes requieren mi presencia en otro lugar.

El rostro de Bell cambió de forma dramática, y Steve calculó las veces que aquel tipo debía de haber soltado discursos con ese mismo tono. La verdad era que Bell sabía hacer bien su trabajo, pues a él se le habían puesto los pelos de punta al ver el rostro endurecido del director del FBI.

—Por motivos que no vienen al caso, nos hemos visto obligados a ocultar un objeto que el servicio de inteligencia encontró hace unos años en el fondo submarino de las Marianas —su expresión cambió de nuevo, pasando a un tono confidencial—. Un equipo de la tripulación del *Perseo*, un barco oceanográfico que estaba estudiando los cambios de corrientes marinas de la fosa lanzó un robot de reconocimiento para inspeccionar un movimiento sísmico dentro de la falla, y encontraron oculto entre el magma submarino este objeto.

La pantalla de televisión dio paso del rostro de Bell a un objeto cuadrado, de unas dimensiones de 215x315 m.m aproximadamente. Parecía una cuartilla de papel, aunque de una textura mucho más ligera. Era casi transparente, pero cuando las luces de neón que lo iluminaban dentro de su vitrina lo enfocaron, su color adquirió el tono azulado de éstas.

—Este fragmento es el que fue encontrado por el *Perseo*, pero recientemente nos han llegado otros dos iguales. En los tres fragmentos se observan diferentes series lineales de números…

—Perdón, ¿pero que es ese material?—interrumpió Steve.

El rostro de Bell quedó inerte durante unos segundos en los que Steve creyó que le reventaría la vena aorta, pero al poco retomó la conversación.

—Steve Perry, ¿verdad?—Bell estaba removiendo unos papeles que ellos no podían ver, sin duda expedientes con los datos de los agentes—. Perdone Steve si no contesto de inmediato a sus preguntas, pero lo entenderá muy pronto. Bien, como decía—continuó el director—, el primer material que teníamos en nuestro

poder fue estudiado concienzudamente por nuestros expertos y, contestando a su pregunta señor Perry, estamos seguros al cien por cien de que el material con el que está hecha la placa es Grafeno.

Un murmullo se adueño de la sala donde se encontraban los agentes. Todos los presentes habían oído hablar del Grafeno.

—El caso—retomó Bell—, es que las dos placas que encontramos son idénticas a la primera—el hombre se atusó un mechón de pelo inexistente en su reluciente cabeza—, y contienen la misma serie numérica, solo que con un orden diferente.

—Con el debido respeto, señor ¿eso que tiene que ver con nosotros?—Steve volvía a la carga—; de eso se encarga la NSA, o la CIA.

De nuevo el retraso en la comunicación, y la cara de Bell otra vez pasando al rojo más intenso.

—Señor Perry, se adelanta usted a los acontecimientos—en su tono había un leve deje de irritación—. El caso es que hace treinta y seis horas acercamos las placas con el fin de estudiarlas conjuntamente y, se… reagruparon.

—¿Como que se…?

—Se fundieron en una sola, como si fuesen gotas de agua—Bell no había oído la nueva interrupción de Perry, o no había querido hacerle caso—. Ahora tenemos una sola placa más grande. A las doce horas perdimos las señales de onda corta, a las veinticuatro horas se desconectaron los canales de transmisión guiados (con cable), por esa razón estoy retransmitiendo en una onda no guiada. Ese es el motivo por el que cuando yo hablo, ustedes no pueden hacerlo, como cuando usas un walkie-talkie.

Los cinco agentes se miraron perplejos, con cara de asombro. Sus bocas se abrían cómicamente, como las de un payaso en una fiesta para niños.

—No sabemos qué está pasando, o por qué está sucediendo; solo sabemos que nuestras comunicaciones se encuentran afectadas, y en menos de una hora se producirá un nuevo pulso.

—¿Un pulso?—preguntó Vincent Pascal.

—Sí, cada doce horas se produce un… pulso electromagnético—Bell sudaba profusamente por la frente amoratada—. Nosotros lo llamamos “Bomba Arco Iris”, ya saben, como en el Caballero Oscuro.

—¿Perdón?

—El Caballero Oscuro, la película de Batman—Bell sonreía sin asomo de gracia alguna—. Pues bien, la bomba Arco Iris es una bomba atómica detonada a gran altitud que inutiliza los aparatos

electrónicos no protegidos. Su nombre es “Blackout”.

—¿Nos está tomando el pelo señor?—ahora fue Brett Spencer el que hizo de abogado del diablo.

—¿Tengo pinta de ser un hombre bromista?—el tono de Bell era ahora mucho más duro—. El caso es que esta… “bomba” ya se ha probado con anterioridad, pero ahora nos ha tocado a nosotros sufrirla.

—¿Y qué debemos hacer, señor?—Steve estaba “flipando”, literalmente.

—Las pruebas del C14 han corroborado que los dispositivos tienen entre cincuenta y sesenta años, por lo que su localización en lugares tan remotos nos lleva a pensar que formaban parte de varias aeronaves que sufrieron una explosión y diseminaron estos componentes, que permanecieron sepultados hasta el día de hoy.

—¿Aeronaves?

El tono de Vincent Pascal había sido de evidente espanto.

—El material que nos han enviado es evidentemente terrestre y conocido, por lo tanto se trata de un acto terrorista—se apresuró a aclarar el director, dando por zanjado el tema de los hombrecillos verdes y las amenazas extraterrestres—. Como encargados de los distintos departamentos del FBI que ostentan, movilicen a sus agentes y busquen la señal que está causando esta anomalía.

Bell se levantó de la silla y, durante unos segundos su gorda barriga quedó a la vista de todos.

—Los datos que necesitan tardaran un rato en llegar, pues las impresoras también están inutilizadas. Se las mandaremos mediante ondas de radio a un equipo especial— se dio la vuelta para marcharse, pero volvió de nuevo a la pantalla, como si se acordase de algo en lo que no había pensado hasta ese momento—. Y señores, no sé lo que ocurrirá en la próxima hora, pero les concedo doce horas para arreglar este desaguisado.

La pantalla se fundió a negro, y el silencio se adueño de la sala una vez más.

3

Salón de billares Red Pool.
Manhattan, Riverside Drive.
1 de febrero de 2017
Hora: 22:00

Tommy Tracy observaba el salón desde la privilegiada atalaya elevada que era su oficina. Se la había mandado construir de aquella manera a propósito cuando se reformó el local. Lo había visto una vez en una película cuando era pequeño, y le entusiasmó tanto la idea que prometió hacerse una igual cuando pudiera. Las enormes cristaleras que daban a la sala principal del negocio eran del tipo "espejo", y no permitían que se viera ningún detalle desde fuera, así que Tommy podía observar, y los clientes apenas podían distinguir más que su propio reflejo. Una botella de Jim Beam descansaba medio vacía en su mesa atestada de fajos de billetes de cien dólares, y Tommy sostenía entre sus manos de color avellana un vaso del líquido ambarino más vendido del mundo. ¡Dios como le gustaba aquel Bourbon!

Abajo, en la sala de billares, una docena de tipos ponían enormes sumas de dinero en la ventanilla de apuestas, mientras que los jugadores se concentraban en la siguiente tirada. Tommy se divertía observando los distintos rituales de motivación de cada participante. Era una regla, casi una ley para cada jugador de billar profesional, el tener ciertas señas de identidad. Algunos se rascaban la oreja, otros la mejilla, y la mayoría se sobaban los huevos, pero habían miles de variaciones seguidas a rajatabla en cada golpeo de las bolas. Para Tommy aquella sala era su refugio. Disponía de varios salones de billar, pequeños casinos atestados de máquinas tragaperras y alguna que otra sala de "variedades" por todo Manhattan, pero aquella era su favorita. En esa habitación por encima del nivel del local, oculta de miradas y fuertemente protegida, se sentía el rey del mundo; al menos de "su" mundo.

Saboreó otro largo trago de Jim, y se dijo a sí mismo que se lo merecía. Al fin y al cabo, no era nada fácil para un negro de los bajos fondos de New York hacerse rico a la edad de 34 años.

Observó como en la sala principal de billares aumentaba la tensión de las apuestas, y los jugadores continuaban con sus

metódicos protocolos a medida que la partida se definía a favor o en contra de los contrincantes. Tommy esbozó una sonrisa, sabiendo que esa noche el único que tendría las ganancias aseguradas era él mismo.

Un tipo tocado con un achacoso sombrero de vaquero comenzó a jalear a uno de los jugadores, que aplicaba tiza azul de forma nerviosa con el taco. El jugador puso cara de irritación, y se colocó en posición de golpeo, midiendo milimétricamente la distancia y las distintas trayectorias, como un buen francotirador. Tras varias correcciones, osciló el palo entre sus dedos y soltó un golpe seco. La jugada fue perfecta, pero no tanto como para ganar la partida, ya que necesitaba algo más que un milagro para ganar contra Joe "el inglés", un hombrecillo medio albino y enjuto que parecía haber nacido sobre el tapete verde de una mesa de billar. Aunque poca gente lo sabía, Joe era un asalariado del mismísimo Tommy, que utilizaba a aquel mago del juego para darle emoción a las partidas; y para ganar algo más de dinero también. Joe efectuó casi sin pensar un golpe certero y, acabó la partida. Como de costumbre, el albino recogió su dinero y se marchó sin decir una palabra, mientras que el hombre del sombrero vaquero berreaba como una niña a la que acababan de quitarle su piruleta.

—¡Esto está amañado!—gritó—. ¡Ese cabrón está haciendo trampas!

El hombre —claramente borracho—, se tambaleó hacia la ventanilla de las apuestas y amenazó con el puño alzado a Shirley, la bella rubia que se encargaba del conteo.

—Ese hijo de puta se ha dejado ganar en la primera partida—gritó con voz gangosa—. ¡Devuélvame mi dinero!

—Señor, nosotros…

Un puño se estrelló contra el cristal reforzado, y Shirley dio un salto hacia atrás, asustada.

—¡Quiero mi dinero zorra!

Tommy recogió el walky que reposaba encima de la mesa, sobre varios billetes de cien dólares, y llamó por línea interna a su jefe de seguridad. No le gustaban los altercados en su local, al menos si no los provocaba él mismo. El aparato chirrió varias veces, pero sin emitir más sonido que el de la estática. "Mierda" masculló, lanzando el walky al suelo y saliendo de la habitación. Cuando llegó a la sala de billar, Vinnie, su jefe de seguridad, ya había llegado hasta el tipo del sombrero, pero a pesar de que el italiano le sacaba algo más de una cabeza y treinta kilos de peso, el hombre del sombrero lo amenazó con el puño en alto. Tommy llegó a la altura

de Vinnie, pero no se detuvo para escuchar lo que el tipo estaba diciendo. El cliente lo vio llegar y abrió la boca para decir algo, pero en aquel mismo instante Tommy lo cogió por la nuca y lo estrelló contra el cristal reforzado donde Shirley temblaba de miedo. La frente y la nariz del hombre crujieron, y de inmediato quedaron cubiertas de sangre y restos de dientes partidos. Tommy retiró su enorme manaza del cuello del hombre, que se desplomó como un pelele, y se volvió hacia su jefe de seguridad.

—Vinnie, saca a esta basura de mi local—murmuró.

Con su habitual paso cadencioso —clara reminiscencia de su adolescencia en las calles—, subió de nuevo la escalinata hasta su retiro personal para servirse otro generoso vaso de Jim Bean.

4

Hospital General de Manhattan
1 de febrero de 2017
Hora: 22.05

A pesar de que su jornada había terminado un par de horas atrás, Daniel Nash seguía pululando por las diferentes salas de traumatología, silbando alegremente como si no hubiera pasado en el hospital más de diez horas aquel día. Atravesó las puertas batientes de Rayos, y continuó su especial versión silbada de *"Highway to Hell"* en dirección al pasillo de rehabilitación. Cuando entró, Silvia Grant, la enfermera, puso los ojos en blanco de forma dramática y suspiró de manera audible.

—¿Pero es que usted no tiene casa por Dios?—se terminó de secar las manos con una toallita de papel—. ¡Váyase de una vez, hombre!

—Agradezco tu abnegada preocupación por mi vida social Silvi —contestó Daniel con su encantadora sonrisa—. Pero ya sabes que soy un poco huraño. Prefiero pasar mi noche de sábado sobando las varices de la señora Trent.

La enfermera volvió a suspirar, y le indicó una camilla con el dedo anular.

—Pues nada, allí la tienes, toda tuya.

Daniel cruzó la habitación repleta de aparatos para el tratamiento del dolor y la rehabilitación, y descorrió la cortina de uno de los cubículos. Una anciana con el cabello tan blanco como la nieve arrugó la frente al verlo, y aquella mueca le brindó el aspecto de una chiquilla enfadada.

—¿Pero qué hace usted aquí otra vez?—graznó la mujer en un fingido tono de disgusto—. ¡Al final voy a acabar creyendo que es usted un sátiro al que le gusta manosear viejas!

—¿Qué mejor plan puede tener un médico joven como yo para un sábado por la noche que pasearse de forma furtiva entre los bajos fondos de traumatología del hospital, en busca de ancianas desvalidas a las que meter mano?

Ambos se echaron a reír. A pesar de contar tan solo con 36 años, el doctor Daniel Nash era tan querido como respetado en el hospital

General de Manhattan, y su dedicación con sus pacientes poco menos que legendaria.

Con manos expertas colocó los diodos de la gigantesca máquina sobre las piernas inflamadas de la señora Trent, y comenzó a girar los diales para ajustar la intensidad del electro impulso en la gama de los 27.12 MHz. Un zumbido mecánico indicó que las placas comenzaban a recibir el calor necesario para cumplir su función.

—No me gusta nada ese aparato—declaró la anciana—. Parece un instrumento de tortura.

—Este "aparato" señora Trent, es el que nos permite reabsorber el edema y regenerar el tejido dañado de sus piernas—contestó Daniel utilizando la función de sintonización automática para ajustar mejor aún la reabsorción acuosa—. Y por no hablar de la reducción del dolor. Déjeme hacer mi trabajo y verá como este verano luce usted unas piernas envidiables en las playas de Miami.

Cuando el condensador entre los dos electrodos indicó que estaba en la frecuencia óptima, Daniel aumentó la intensidad para una mejor oxigenación de los tejidos.

—¿Preparada para su fiesta privada?—bromeó Daniel.

—¡Cállese ya, matasanos!

De repente, el zumbido de la máquina fue bajando de intensidad hasta desaparecer por completo. Daniel, extrañado, reajustó los diales, pero la pantalla de cristal líquido no volvió a encenderse.

—Silvi, cariño—llamó—, trae otro de esos modernos aparatos que nos ha endilgado Cosmogamma

La enfermera apareció tras la cortina y arrugó el ceño, extrañada.

—¿No funciona?, que raro, acabo de utilizarla.

—Pffff, yo que sé—contestó Daniel encogiéndose de hombros—. Deben de ser mis manazas de homo sapiens.

Silvia desapareció para cumplir las órdenes, pero a los pocos segundos lanzó un gritito apagado. Daniel se levantó alarmado y atravesó a la carrera la sala de rehabilitación. Encontró a Silvia manoseando los diales de varios aparatos al azar con evidente nerviosismo.

—¿Qué pasa Silvi?

—Doctor, me temo que no funciona ninguna de las máquinas nuevas que trajo Cosmo.

—¿Cómo que no funcionan?—se acercó, e imitó el manoteo nervioso de la enfermera—. Pero qué demonios…

Cambió a toda prisa de dispositivo y, después a otro más. El único instrumento que no había muerto totalmente era la lanza

para deshacer las adherencias. Con enorme desazón, Daniel se dio cuenta de que aquel aparato seguía en funcionamiento porque era el único de la sala que no funcionaba en onda corta.

5

River Park Avenue. Manhattan
1 de febrero de 2017
Hora: 22.10

Las diversas CPU zumbaban sin cesar en el espacio reducido del garaje y, sobre un panel de control de la pared parpadeaban lucecitas de color verde que alternaban una y otra vez con otras de color rojo, a medida de que los distintos comandos eran introducidos en la interfaz. La pequeña mesa donde descansaba el *Mac* estaba repleta de botes de Red Bull vacíos y envoltorios de pastelitos y galletas de incontables marcas.

—Tío, tienes que dejar de hacer esto—murmuró de mal humor Cody—. Estoy hasta las narices de que me saques de la cama cada dos días.

—Tú quítamela y deja de quejarte por todo—le contestó por encima de su hombro un chico con pinta de rapero.

—Rudolf tío, me estás tocando ya un poquito los…

—¿Quieres ese nuevo Mac?—atajó impaciente—. ¿Ese de color blanco que acaban de sacar y que tanto te excita?

—Eres un asco de amigo, ¿lo sabías?

—Sí, pero un amigo que te consigue todos los caprichos que se te antojan—le dio un amistoso golpe en el hombro—. Vamos hombre, ¡si te cuido más que a mi *chorba*!

—¡Porque te salvo del trullo cada dos días!

Los dedos de Cody volaron por el teclado a una velocidad casi vertiginosa, y múltiples ventanas se abrieron en la pantalla. Tecleó una serie de códigos y, en unos segundos se encontraba en la página interna de la policía de New York. Seleccionó algunos comandos más para no dejar rastro, y procedió a buscar el nombre de su amigo.

—Aquí esta—murmuró mofándose—. Rudolf Ibrahim St James.

—¡Calla!

—¿Ese es tu nombre no? No quisiera quitarle la multa a otro buen ciudadano.

—Borra la maldita multa de una vez, gilipollas—exclamó malhumorado el afroamericano, que se estaba liando un cigarro.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Tecleó de nuevo a tal velocidad que apenas se le veían los dedos, y con un gesto triunfal alzó dos de ellos en señal de victoria.

—Amigo, ya vuelves a ser un ciudadano modélico de nuevo, ni rastro de esas multas.

—Gracias Cod, te debo una.

—No, me debes un Mac II

Se repantigó en su silla giratoria y contempló a su amigo mientras le daba una calada al cigarro.

—¿Te has hecho un porro?

—¿Eh?, pues claro.

—¿Pero es que estás tonto o qué?

—¿Qué pasa?—preguntó extrañado—. ¿No me digas que ahora eres de la DEA?

—No imbécil, pero la última vez me llevé una buena bronca de mi vieja. ¡tiene más olfato que uno de esos perros policías!

Entre carcajadas fueron turnándose para fumar, hasta que Cody reparó en algo. Dejó la colilla sin mirar sobre la ya destrozada superficie de la mesa, y se acercó hasta la pantalla de luces que brillaban y se apagaban en la pared.

—Pero qué demonios…

—¿Que pasa amigo?

—Rach, esto es muy raro tío.

—¿Qué hostias pasa?—se alarmó—. Me estás asustando.

El joven no contestó, sino que se acercó aún más a la pantalla de luces que bailaban, y con la rapidez del rayo tomó una libreta y un lápiz de la atestada mesa. Concentrado, comenzó a anotar series de números y localizaciones mientras que su amigo lo observaba con la boca abierta. Rach conocía a Cody desde niño, y sabía que cuando su amigo se ponía en “trance”, era mejor dejarle acabar sin interrumpirlo.

—¡Mierda!—bufó Cody, y arrojó la libreta al suelo—. Esto no puede ser.

—Cod amigo, me estás acojonando. ¿Qué pasa, nos han pillado?

Cody se volvió hacia su amigo de la infancia y clavó sus ojos azules en él. En su habitual rostro sereno se reflejaba la tensión.

—Rach, tenemos que ir a la policía.

—¡Pero qué cojones dices colega!

El joven se volvió de nuevo hacia la pantalla de luces parpadeantes y observó la secuencia en silencio. Cuando hubo pasado unos segundos, se puso su chaqueta sin decir ni una palabra

y salió del garaje. Rach lo siguió, protestando.

—¿Pero dónde demonios vas?

—Rach tío, coge esa mierda de coche que tienes y llévame hasta la comisaría central—sujetó a su amigo por los hombros, y por fin se dio cuenta de que Cody estaba realmente asustado—. Esto es serio, muy serio.

6

Edificio J. Edgard Hoover.
Sede del FBI. Washington DC.
2 de febrero de 2017
Hora: 8.30

Sam Boyle sostenía entre sus finos y alargados dedos la cuarta taza de café de la mañana. Temblaba un poco, pero no podía precisar si era por la tensión, la enorme cantidad de café (a la que no estaba acostumbrado), o al aire glaciar que los aparatos de aire acondicionado mantenían en la sala. Debido a la abundancia de aparatos electrónicos de la habitación, la temperatura del termostato allí era mucho más baja que en resto del edificio, y Sam detestaba el frío.

Intranquilo, se paseó de nuevo por entre los diferentes gabinetes de crisis, y el corazón se le aceleró. En una enorme mesa estaba reunido el equipo de riesgo anti terrorista, con Vincent Pascal al frente. Algo más alejados, los especialistas en ciber ataques tecleaban sin cesar a las órdenes de Brett Spencer, y repartidos en otras mesas se hallaban diferentes equipos de inteligencia de la NSA, el FBI y demás organizaciones. A pesar de que cada equipo trabajaba por separado en sus distintas especialidades, cada hora se convocaba una reunión conjunta para poner al día los avances entre los diferentes grupos. Todas las reuniones estaban dirigidas de forma metódica por Mark Bell, el director del FBI.

Sam volvió de nuevo a su mesa, donde varios portátiles abiertos reproducían una y otra vez la escritura de las tres tablillas y las cotejaban con cualquier idioma descubierto hasta la fecha. Boyle sabía de sobra que aquello no serviría para nada, pues conocía (al menos de vista), casi todos los idiomas y dialectos del mundo, pero por algún motivo, no podía quedarse de brazos cruzados aunque supiera que era una pérdida de tiempo. Además, estaba el hecho de que ni él mismo creía que aquel galimatías que encerraban las malditas tablillas fuese un idioma. Jamás había visto nada parecido, ni tampoco dialecto alguno que alternase palabras con operaciones matemáticas. Hasta aquel momento habían descifrado cinco lenguas

distintas, superpuestas con varias teorías cuánticas entre la escritura, ¡solo en la primera frase de las tablillas!

Justo a la hora prevista, Mark Bell acudió al centro de la sala y convocó la conferencia. Mientras los distintos equipos de personas se iban congregando hacia la zona elevada que ocupaba Mark, este los fue observando a todos uno por uno. No le gustó lo que vio en sus rostros.

—Bien—comenzó—, dentro de una hora se volverá a producir el siguiente pulso.

—Eso no lo sabemos—apuntó uno de los técnicos de la NSA desde atrás.

—En una hora—continuó con serenidad Bell—, se habrán cumplido 36 horas desde que se activó esa… tablilla. Cada 12 horas, como ya saben, emite un impulso, creemos que energético, que desactiva las frecuencias del ancho de banda del espectro electromagnético. De momento, solo afecta a los estadios de mayor longitud de onda, como la de las trasmisiones marinas más antiguas, pero en breve eso podría cambiar.

Con una estudiada sincronía, Bell dejó paso en el estrado a un hombre enjuto enfundado en un chaleco de lana y gafas de concha gigantescas. A pesar de la calma que reflejaba su rostro, se retorcía las manos inquieto. Hizo una pausa para observar los rostros de sus colegas, y después de aclararse la garganta varias veces, comenzó a hablar con un tono de voz inseguro y casi inaudible.

—Buenos días, me llamo Abraham Mitchell—comenzó. Todo el mundo en aquella sala conocía o había oído hablar del niño prodigio en materia de tecnología que el FBI había “robado” a la NSA—. En primer lugar estoy aquí en calidad de apoyo—aclaró, para no suscitar rencores—. El señor Bell me ha pedido que ponga en común mi punto de vista…

—Señor Mitchell—atajó Bell, severo—. Continúe.

—Sí… emm, bien. Pues como todos sabemos, hemos detectado una serie de impulsos electromagnéticos derivados de unas tablillas construidas con un material…

—Grafeno—graznó una voz.

—Sí, eh… grafeno. Bien, el caso es que esas tablillas generan unos impulsos que fluctúan entre las distintas frecuencias de ondas…

—Mitchell—cortó Bell de nuevo—. No nos queda mucho tiempo, así que me gustaría que pasase directamente a los aspectos digamos… relevantes.

—Ejem… bien—se estrujó de nuevo las manos—. Pues el caso es

que cada nuevo impulso afecta a las distintas escalas en periodos de doce horas. El primer impulso inutilizó las ondas de muy baja frecuencia, pero apenas supimos de eso hasta mucho más tarde, pues es casi imperceptible y se encuentra en desuso. La siguiente fase aumentó otra escala, y los aparatos modulados en frecuencias bajas de entre 3 y 300 KHz se vieron afectados, quedando así inutilizables los sistemas de comunicación internos de navegación y aeronáuticas en este nivel. Por suerte la tecnología satelital está instalada en casi todas las comunicaciones, y no creó más que un pequeño desajuste.

—¿Y qué aparatos afectará el siguiente impulso?—preguntó Chris Tanner, oficial de operaciones especiales de anti terrorismo.

—Pues es difícil de saber—las manos de Mitchell se retorcían cada vez más—. Pero si continuamos con misma escala podría verse afectada la onda media.

—¿Y eso que significa?—atacó de nuevo Tanner.

—Las principales emisoras de radio AM dejarían de funcionar

—Bueno, eso tampoco es tan grave—bromeó Tanner—. Algunos bocazas dejaran de tener sus micrófonos para soltar chorradas.

—Me temo que no es tan sencillo señor Tanner—contradijo Mitchell—. Si las emisoras se colapsan podrían dar paso a un estado de alarma peligroso, por no decir que solo funcionarían las radiofrecuencias más altas.

—¡Pero esas son las nuestras!—agregó Adams, de espionaje—. ¿Nosotros podríamos seguir comunicándonos?

—Sí, pero solo en las frecuencias moduladas en la escala más alta—Mitchell suspiró—. Pero por ejemplo, las emisoras de la policía dejarían de ser efectivas.

Se hizo un silencio incómodo, y Mark Bell volvió a coger las riendas.

—El caso, señores, es que tenemos que detener esto. Claramente es un ataque terrorista. Si encontramos la fuente, acabaremos con la amenaza.

Mientras que por la sala se escucharon vítores y cada uno volvía al trabajo, los ojos de Mark Bell y de Abraham Mitchell se encontraron de nuevo. El técnico agachó la cabeza, avergonzado por haber tenido que mentirles de esa manera a sus colegas.

7

Central Park New York
2 de febrero de 2017
Hora: 9.02

Daniel Nash sentía las piernas como piedras mientras avanzaba a toda velocidad entre la multitud de ciudadanos que hacían *jogging* por los sombreados senderos de Central Park. La temperatura era gélida, pero aún así, el eterno sentimiento de la culpa norteamericana por cortesía de las hamburguesas y comidas precocinadas de la semana podía con el frío. Durante todo el año, los neoyorquinos se enfrentaban a jornadas descontroladas de trabajos absorbentes que les hacía abusar de la comida basura, que intentaban mitigar después con "paseos" matinales por el corazón verde de la ciudad.

Daniel esquivó por centímetros a un grupo de ancianas enfundadas en chillonas ropas deportivas de colores estrafalarios, y con la misma soltura apuró el contenido de su botella isotónica justo en el instante en que pasaba junto a una papelera. Con un gesto grácil saltó sobre una rama partida y lanzó la botella, que aterrizó en el cubo de forma limpia. *"Muérete de envidia Lebrón"* murmuró. A pesar de no haber dormido más que un par de horas, se encontraba eufórico. La noche anterior había salido del hospital pasada la medianoche (aunque su turno acababa a las seis), pero no había podido conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. El tema de las máquinas averiadas le había dado un motivo para desvelarse. Llevaba un año buscando cualquier excusa para sentirse culpable y acortar su sueño.

Enfiló a la carrera los últimos cien metros hasta el final del parque, y desembocó en el carril para bicicletas que llevaba al Upper West Side. Después de doce kilómetros de carrera continua se encontraba de excelente humor, y estaba deseando llegar a su apartamento para darse una merecida ducha caliente y salir hacia el hospital. Quizá incluso parase a desayunar en el Kiddy's, esa pastelería que había frente a la zona de urgencias y que hacía el mejor pastel de chocolate de la ciudad.

Cuando entró en el salón de su casa respiraba entrecortadamente, aunque no se encontraba cansado. Se quitó los

pantalones térmicos de deporte y los lanzó sin cuidado alguno al suelo del salón. Desnudándose mientras caminaba, bajó unos grados de la calefacción —que había dejado al máximo mientras corría—, y cuando se dirigía hacia la ducha se fijó en la luz roja parpadeante del monstruoso contestador que se había prometido cambiar; se sorprendió de que hubiera mensajes guardados. Desde que muriera Anna no le había dado ese número privado a nadie, y solo recibía llamadas de sus antiguos amigos. Pulsó el botón para escuchar los mensajes (medio desnudo), y la tierna voz de Silvia llenó la sala.

—Doctor Nash, siento molestarlo tan temprano—anunció su ayudante con un toque de nerviosismo—. Pero creí que debería avisarle. Los técnicos de Cosmogamma acaban de revisar las máquinas de rehabilitación e insisten en que no están averiadas, que solo es un problema de electricidad. Se han marchado hace unos minutos, pero el caso es que me pasé a preguntar por las otras consultas y no han tenido ningún problema, solo nosotros. Gracias y disculpe.

Daniel soltó un grito de exasperación a su comedor vacío, y se dio una ducha mucho menos relajada de lo que había previsto. Por lo visto, su almuerzo en Kiddy's debería esperar.

8

Salón de billares Red Pool.
Manhattan, Riverside Drive.
2 de febrero de 2017
Hora: 9.30

Tommy Tracy observaba su local vacío con orgullo, mientras que se permitía ese momento de relax antes de comenzar una nueva jornada. Solía llegar antes que sus empleados para poner en orden las cuentas del día anterior y relajarse. Le gustaba encenderse un habano y tomarse un buen lingotazo de Jim Bean mientras revisaba el dinero que había ganado. Aquello se había convertido casi en un ritual, y le encantaba. Tommy era metódico en extremo, pero no conocía otro modo de llegar a los 34 años con una pequeña fortuna en el banco siendo negro, ¡y mucho menos de Harlem!

Mientras chupaba con fuerza de su puro, repasó los pasos que debía dar aquel día. Esperaría a que abrieran los billares, y después pasaría a por la recaudación de sus locales de juego, seguido de un buen almuerzo en *Tizzianno's* a base de comida italiana. Entrada la tarde pasaría por el Cat's Show, su establecimiento de "variedades". Quizá se permitiera llegar temprano a casa esa tarde y disfrutar de alguna de esas películas de gánsteres que llevaba aplazando desde hace tiempo, y que tanto le apetecían ver.

Dejó el cigarro en el cenicero, bebió un sorbo de su bourbon, y conectó el TPV para realizar un conteo de dinero y confirmar que todos sus negocios habían efectuado los ingresos. No pasó nada. Pulsó el interruptor varias veces, pero siguió sin funcionar. ¿Pero qué coño…?. Apretó el botón bruscamente, pero no respondió. Aquel modelo era bastante antiguo, y en multitud de ocasiones sus trabajadores le habían recomendado comprar otro más avanzado, que no dependiera de las redes telefónicas para actualizarse, pero Tommy era un sentimental y aquella antigualla llevaba con él desde el principio.

Se levantó de su sillón de cuero y se paseó por la sobria habitación, enfadado por el ligero contratiempo. De repente sintió una leve brisa, como si alguien hubiese abierto una ventana de forma brusca y, se le paró el corazón. Durante unos segundos —que parecieron una eternidad—, se vio transportado a otro lugar, y la conocida sala de billares desapareció. Intentó mantenerse firme,

pero necesitó sujetarse de la mesa para no caer. Aquel mal rato pasó tan rápido como había llegado, pero Tommy no se movió de allí hasta mucho después.

9

Central de policía
Plaza pólice. New York
Hora: 9.35

Cody intentó explicar una vez más al agente que tenía enfrente que debía movilizar algunas patrullas para averiguar qué estaba pasando, pero el policía asentía sin prestarle atención mientras tecleaba en su ordenador.

—¿Es que no lo entiende?—se impacientó Cody—. ¡Tienen que darse prisa!

—Lo único que entiendo señor Mattews, es que tiene usted suerte de que le dejemos marchar—interpeló el oficial sin dejar de teclear—. No tiene usted antecedentes, pero si vuelve aquí con esa historia de que monitoriza ilegalmente las fuentes de energía de la ciudad le detendremos.

Tras haber pasado la noche encerrado en una celda, Cody debía andarse con cuidado de lo que contaba, pero su estado de nervios no le dejaba ser muy racional.

—¡No monitorizo fuentes de energía!—se encolerizó—. Ya le he dicho que lo que hago…

—No me importa lo que haga, señor Mattews—por primera vez el policía dejó de fijarse el ordenador y le miró a los ojos—. Pero como ya le he dicho, si vuelve por aquí con esa historia le detendré yo mismo.

De repente, la radio que estaba colocada sobre la mesa crepitó, y el agente la atrapó con rapidez para contestar la llamada. A mitad de la conversación, el aparato se quedó mudo. El policía miró el receptor sin comprender y lo agitó como si con esa acción el aparato fuese a cobrar vida por arte de magia.

—Aquí central—volvió a repetir, pero el receptor continuó sin emitir señal alguna.

Se levantó de la mesa sin saber muy bien qué hacer, y como si nunca hubieran estado allí, se fijó en los dos adolescentes que lo observaban extrañados desde el otro lado de la mesa. Por algún motivo, descargó su frustración con ellos.

—¡Salid de aquí!—gritó—. ¡Salid de aquí ya!

Cody y Rach no esperaron a que se lo volvieran a repetir, y abandonaron la comisaria a toda velocidad.

—Tío, ¿Qué coño ha pasado ahí dentro?

Cody no contestó a su amigo y echó a correr hacia una cabina telefónica que había cerca. Introdujo varias monedas y marcó un número. Tras varios tonos, una voz sensual le contestó.

—Comidas para llevar El Rincón de Marta, ¿Qué desea?

Cody colgó sin molestarse en contestar justo cuando su amigo llegaba a su lado con cara de pánico.

—¿Pero qué demonios te pasa colega?

—Todavía no ha afectado a la línea telefónica—dijo el joven más para sí mismo que para contestar a su amigo.

—Tío, ¿me quieres explicar de una vez qué está pasando?

—Ya ha empezado.

10

Edificio J. Edgard Hoover.
Sede del FBI. Washington DC.
2 de febrero de 2017
Hora: 9.40

En el amplio despacho de la tercera planta, Abraham Mitchell se debatía internamente entre el sentimiento de culpa y la obediencia militar a sus superiores en el que había sido educado desde pequeño. Sentado ahora en la oficina de Mark Bell, empezaba a encontrarse realmente mal, pero llevaba sin dormir más de 36 horas, y no creía poder cerrar los ojos hasta que acabara aquella pesadilla.

Llevaba allí más de media hora, y mientras esperaba al director, le daba vueltas una y otra vez al discurso que había preparado. En ese instante apareció Bell, y trasladó con parsimonia su enorme mole al mullido asiento de cuero que quedaba libre en la mesa. Sin decir ni una palabra, observó a Mitchell con su redonda cara de sabueso, y clavó sus ojillos pequeños en los del técnico.

—¿Qué desea señor Mitchell?—preguntó con tono cansino.

—Debemos acabar con esto, señor—contestó nervioso—. Se nos está yendo de las manos y no sé…

—Déjeme aclararle algo, Abraham—Bell había adoptado un tono casi paternal en su voz, pero aquellos ojos de tiburón no sugerían tanta ternura—. No tenemos que acabar con nada. Usted está aquí porque es uno de los jóvenes más brillantes en su campo de todo el mundo y, para eso le necesito, para hacer su trabajo —suspiró, y la doble papada se le movió como un flan de carne—. Y déjeme a mí hacer el mío.

—Pero señor Bell, las fluctuaciones ya no siguen ningún patrón —continuó el técnico—. Al principio cumplían estrictamente los parámetros de la escala, pero en el último pulso la frecuencia se ha implementado…

—Ahórreme los detalles aburridos, señor Mitchell—agitó una regordeta mano en el aire dejando claro que el tema estaba zanjado —. El único caso aquí es que estamos a punto de dar con algo sumamente importante, algo que llevamos buscando más de tres décadas, y para ello necesito trabajando conmigo a la NSA, la CIA y a cualquier otra jodida organización de este país.

—Lo entiendo, pero…

—No no, déjeme hablar a mí ahora. Este descubrimiento es estrictamente cosa del FBI, y ninguno de esos gilipollas salidos de Yale o Harvard o el MIT va a interponerse en mi camino señor Mitchell, ¡no lo permitiré!

Abraham Mitchell conocía sobradamente el legendario carácter del director del FBI, y lo último que necesitaba era enfrentarse a él, pero no podía dejar las cosas así.

—Estoy de acuerdo con eso señor Bell—contestó conciliador—. Y créame, quiero seguir con esto tanto o más que usted, esta es mi oportunidad, pero debemos poner fin a la crisis y continuar los experimentos en nuestros laboratorios. Le prometo que…

—¡Cállese de una jodida vez, por Dios!

La voz de Bell atronó en el espacioso despacho.

—Necesitamos esta crisis—repuso más calmado—. Si alguno de esos chupatintas de la NSA o la CIA se enteran de lo que tenemos entre manos intentarían arrebatarnos el mando. Además, de esta manera los tenemos trabajando para nosotros sin entender la *realidad* de lo que hacen, y podemos comprobar los efectos en situación real, ¿no lo ve?, ¡es perfecto!

—Aún necesitamos las otras dos tablillas

—Daremos con ellas.

—Señor, esas tablillas no actúan como creíamos. Están reaccionando de forma diferente a como…

—¡Por Dios Mitchell, no sea usted tan mojigato!—Bell se estaba poniendo nervioso, y la red de venitas que le surcaban el rostro empezaban a adquirir un tono purpureo—. ¡Nosotros controlamos la fuente!

—Controlamos la fuente, es verdad, pero no las reacciones de los impulsos. Lo que me preocupa es la frecuencia, no la energía. La frecuencia está creciendo, y no sigue los patrones; si eso sigue pasando no podremos controlarlo, y el espectro electromagnético podría desencadenar catástrofes que ni siquiera alcanzamos a imaginar.

—Hemos acabado—sentenció Bell—. Continúe con su trabajo y cierre el pico ¿está claro?

Mitchell abandonó el despacho odiando por primera vez en su vida a una persona.

↔

En el mismo edificio, Sam Boyle se devanaba los sesos

intentando comprender aquel misterio. Esas tablillas en sí eran un asombroso descubrimiento; ¿Cómo demonios había acabado un material que aún no se había comercializado y que iba a revolucionar el mundo en pocos años, en lugares tan ignotos como África, Antártida o la fosa de las Marianas?, o peor aún ¿Cómo era posible que llevara allí decenios esperando a ser rescatado?

Volvió de nuevo a centrarse en la transcripción de aquellas tablillas, pero una vez más, la vista se le nubló a causa del cansancio y de la complicada secuencia de letras y operaciones matemáticas. Aquello no tenía sentido alguno. Jamás había visto nada igual. Empezando con aquel galimatías que parecía no decir nada, y continuando con la loca idea de que unas sencillas tablas —recubiertas con material orgánico en su mayoría—, pudieran enviar señales que alteraran el espectro electromagnético. Su especialidad no era la física, ni mucho menos, pero era algo más propio de ciencia ficción que de realidad.

Decidió dejarlo por un momento cuando la vista volvió a nublársele, pero con la firme intención de llegar al fondo de aquello.

Cuando abandonaba el pequeño despacho que el FBI le había puesto a su disposición, casi se dio de bruces con Abraham Mitchell.

—Oh, perdón señor Mitchell—se excusó Sam—. No le había visto.

—No pasa nada.

Sam se fijó en que el niño prodigio tenía muy mala cara. Dos amplios cercos le rodeaban aquellos vivaces ojos azules enmarcados con las enormes gafas de concha muy pasadas de moda. Llevaba el fino cabello rubio alborotado, y su inmaculada corbata embutida en el jersey de lana estaba desanudada.

—Tiene usted muy mala pinta señor Mitchell.

—Usted tampoco parece salido de la revista Vogue—bromeó sin una sola pizca de humor en el rostro.

—La verdad es que no, esas malditas tablillas me están volviendo loco—viendo el gesto torcido del técnico, Sam supo que aquel joven estaba sometido a una presión enorme—. Señor Mitchell, ahora mismo iba a acercarme a la cafetería a por una buena dosis de cafeína, ¿le gustaría acompañarme?

—Emmm, claro, ¿por qué no?—se le iluminó el rostro unos segundos, pero fue solo un espejismo—. La verdad es que no me siento nada bien, y esa inyección de cafeína me va a venir genial.

—Sí. Yo preferiría un chute de epinefrina en vena, pero supongo que el café malo de la cafetería de abajo puede servirme por el

momento.

Mitchell esbozó una sonrisa que no llegó a ser verosímil, pero se le notaba más animado. Juntos se encaminaron hacia la planta baja donde se ubicaba la enorme cafetería para los empleados, con la imposición de dejar de hablar del misterio de las tablillas durante al menos un rato.

11

París, Francia
2 de febrero de 2017

Simón Benoit llevaba encerrado en el baño casi una hora. Por alguna extraña razón quería permanecer alejado de la insólita tablilla. Sentía al mismo tiempo una suerte de fascinación y horror por aquel objeto. Desde que llegó a París con ella escondida, había mantenido un duro debate interno sobre si debía entregarla a la agencia para la que trabajaba (INRAP), o quedársela para él. Simón jamás había robado objeto alguno, y se consideraba a sí mismo un hombre honrado y trabajador incansable, y por esa misma razón le aterraba la idea de que alguien en la agencia pudiera señalarlo con el dedo por aquella locura que había cometido.

Tras el entierro de su gran amigo Hamza, tenía totalmente decidido pasar por la embajada de su país en el Cairo, pero algo (no podía explicar qué), le había hecho cambiar de opinión. Dos días después, el 29 de enero, abandonaba —por primera vez en dos años—, Egipto para regresar a su patria, solo que esta vez guardaba algo ilegal en su maleta. Aquello era una práctica común entre los compañeros de profesión, pero Simón la había rechazado con dureza desde el mismo momento en que abandonó la universidad. Aquel modo de conseguir "financiación" para nuevos proyectos le parecía simple y llanamente robar.

La idea de acercarse hasta la sede de la INRAP para entregar la tablilla había estado presente en cada una de las horas que llevaba recluido en su ático de La Madeleine, pero por uno u otro motivo no había conseguido hacerlo. Ahora, escondido en el baño de su casa, deseaba con todo su corazón reunir el valor suficiente para deshacerse de aquel objeto de una vez por todas.

Un nuevo eco resonó en la puerta, como si hubiera alguien allí intentando entrar, aunque Simón sabía de sobra que se encontraba solo. De nuevo aquella maldita ¿onda?, ¿eso es lo que era, una onda? No podía expresarlo de otra manera, pero desde que pisó el suelo francés, aquel extraño trozo de plástico no había dejado de emitir señales, al principio imperceptibles, como una especie de brisa, pero cada vez más intensas. Tan solo una hora antes, aquel objeto había emitido la señal más fuerte desde que Simón la sacara

de Egipto, destrozando casi por completo todas las figuritas de porcelana que con tanto cariño el arqueólogo había reunido de sus numerosos viajes. Ahora, acurrucado y temblando de miedo, se dio cuenta por fin de que aquel artefacto no era místico ni divino, sino una creación de la humanidad que a buen seguro era peligrosa en extremo. Decidió sacar fuerzas y salió del baño. Aquella maldita placa seguía en el mismo lugar donde la había dejado una hora antes, encima de su mesa de trabajo, en la que se había pasado casi cuatro días examinándola. Con rapidez la cubrió con una tela (como si se tratase de un insecto repugnante), y envolviéndola la introdujo en su maletín de trabajo. Estaba caliente, y el arqueólogo hubiera jurado ante un tribunal que vibraba, casi como si estuviera respirando. Tras ponerse el abrigo y el gorro de lana, abandonó su domicilio y se dirigió hasta la parada de taxis cercana. En esa época, en París hacía un frío glaciar, y Simón se arrebujó en su abrigo de tres cuartos. Se había acostumbrado al caluroso clima del desierto y estaba tiritando.

Cuando encontró un taxi libre se dejó caer pesadamente en el asiento trasero.

—¿Dónde, señor?—preguntó el taxista.

—A la Rúe de Madrid número 7—informó Simón, igual de lacónico.

—Señor, pero eso es…

—Sí, ya sé lo que es—atajó Simón, que no estaba para charlas intrascendentes—. Es donde trabajo.

—A la orden.

El taxi arrancó lentamente hasta que se hubo incorporado al tráfico, y después se perdió en la marea de la capital francesa. Con cada metro, Simón casi podía sentir aquella cosa respirar dentro de su maletín.

12

Hospital General de Manhattan
2 de febrero de 2017
Hora: 10.35

Daniel abandonó la sala de traumas para acudir a la llamada de urgencias. En la última media hora, el hospital se encontraba algo desbordado por la cantidad de casos que habían ingresado, y la dirección del centro había pedido a todos los internos que no se encontrasen de ronda con sus pacientes que bajasen a echar una mano.

En una de las salas habilitadas, Daniel examinaba a una señora de unos sesenta años aproximadamente cuando un revuelo tras las cortinas atrajo su atención. Apilados en camillas contra la pared —como si fuesen salchichones en una despensa—, se encontraban unas diez o doce personas, todas ellas rodeadas de enfermeras y con un médico residente por camilla. A cada uno de los pacientes se le estaba practicando meticulosamente el método NANDA, que se trataba de un manual a seguir en casos con problemas de infartos o derivaciones de complicaciones con marcapasos. Una enfermera marcaba en la hoja de diagnóstico el tipo de marcapasos, si era artificial, permanente, unicameral o bicameral, y si además recibía impulsos temporales o continuos. Una vez clarificado el tipo de modelo, se procedía a la monitorización del ritmo cardíaco, electrocardiogramas y el seguimiento de la frecuencia y la intensidad de los impulsos. En todos los casos los pacientes se quejaban de molestias temporales, seguidas de un fuerte dolor y dificultad al respirar, en lo que era un claro ejemplo de problemas con sus corazones. Todos ellos llevaban implantados marcapasos de distintas especificaciones, lo cual hacía más complicado el seguimiento, pero en todos los casos, se encontraba una clara coincidencia. Todos habían padecido los síntomas de un paro, pero en aquel momento sus marcapasos funcionaban con la precisión de un reloj suizo. Tras acabar con diversos análisis, los pacientes fueron enviados a sus domicilios, no sin antes explicarles que por cualquier molestia regresaran de inmediato.

Daniel estaba intrigado y, a pesar de no ser muy ducho en temas

cardíacos, sabía de sobra que aquellos síntomas eran como poco, extraños.

Tras acabar con varios pacientes de heridas leves, dolores varios y algún que otro hipocondríaco, se dirigió a la sala de juntas, donde los médicos se relajaban tras una crisis y ponían en común sus experiencias ante una taza de café bastante malo.

—¿Qué tal, Marvin?—saludó a uno de los residentes.

—¡Genial!, ¿y a ti como te va, rey de los huesos?—bromeó.

—Ufff, he tenido días mejores—Daniel cogió un vaso de papel y lo llenó con el mejunje oscuro de la cafetera—. Las máquinas de trauma parecen haberse muerto.

—Sí, parece ser que últimamente nada funciona en este hospital.

Aunque aquello había sido una simple broma de Marvin, a Daniel se le erizaron los pelos de la nuca. Era una pura y simple intuición, pero le daba en la nariz que estaba ocurriendo algo extraño, y sus intuiciones rara vez le defraudaban (a excepción de su fallido matrimonio). Tomó asiento en la mesa de Marvin, donde también descansaban Judith, de estomatología, y Sam, un especialista endocrino que parecía no tener más de veinte años.

—Vaya lío que tenéis montado con el tema de los marcapasos—lanzó Daniel como si nada—. ¡Parece que se han puesto todos de acuerdo!

—Calla calla, no me lo recuerdes—suspiró Marvin con dramatismo—. ¡En solo una hora he revisado más de diez casos!

—Pero, y perdonad mi ignorancia, eso es sumamente extraño ¿no?

—Sí y no—concedió enigmático Marvin, mirando directamente a Judith. Trataba de impresionarla, sin mucho éxito—. A veces pueden surgir casos como los de hoy. Los marcapasos básicamente funcionan generando estímulos eléctricos directamente al corazón, unos secuenciales y otros de forma permanente —se detuvo con la intención de crear curiosidad—; y pueden ser interferidos.

—¿Cómo?—se asombró Daniel—. Creía que eso no era posible.

—Es posible, aunque ciertamente bastante improbable—Marvin se encontraba tremendamente cómodo siendo el centro de atención—. Normalmente, los marcapasos están diseñados para suplir las carencias del corazón; esto quiere decir que, si los latidos por minuto descienden, el generador de impulsos se activa. Es como llevar una mini máquina desfibriladora en el pecho.

—¿Y por qué habría de pararse?—preguntó Judith intrigada.

—Los marcapasos son muy sensibles a las frecuencias—explicó—. Si alguna frecuencia interfiere con suficiente intensidad dentro

de los ratios marcados, puede detener un marcapasos.

—Pero eso es horrible—declaró horrorizada Judith.

—Oh no, no os preocupéis. Los marcapasos están diseñados para frecuencias tan bajas que es casi imposible interrumpir los pulsos. Las ondas necesarias para algo así dejaron de usarse hace muchos años. Además, el marcapasos debería de encontrarse muy cerca de la fuente intrusa, casi unificado.

—¿ Y cómo explicas que acabes de atender diez casos con esas características?— argumentó Daniel.

—No lo sé, ¿coincidencia?—Marvin intentaba restar importancia al asunto—. Tal vez, todos ellos estuviesen en un radio de acción corto y alguna señal aislada interfiriera con sus marcapasos durante unas milésimas. En cualquier caso, todos ellos se encuentran fenomenales y concluyen que solo fue un susto.

—Emm, sí, será eso.

Daniel había entrado en la sala con algunas dudas, y ahora realmente sentía una desazón casi física. Estaba ocurriendo algo muy extraño, y deseaba investigar un poco. Al fin y al cabo, sus máquinas estaban aún desconectadas y no tenía consultas. Se dirigió al mostrador de enfermeras y pidió los historiales de los enfermos que aquella mañana habían ingresado en urgencias.

13

River Park Avenue. Manhattan
2 de febrero de 2017
Hora: 11.00

Cody saltaba de un lado a otro del garaje mientras que su amigo se liaba un cigarro, cómodamente estirado sobre uno de los viejos sofás.

—Tío que mal, se me ha acabado la “maría”—repuso malhumorado Rach.

—No se te acabó, la tiraste en la puerta de la comisaría.

—Cierto. Me debes un chivato de los buenos.

—Y tú a mí un MAC

—Bueno, estamos en paz entonces.

Cody lo miró con enfado, pero al momento ya estaba de nuevo sobre uno de los teclados que poblaban una atestada mesa en la que no cabía ni un alfiler. Varios aparatos SAI Lapara destellaban como pequeños insectos agazapados, y un par de impresoras laser aparecían desplazadas como animales muertos. Cody se atusó el rebelde mechón de su flequillo y, continuó tecleando frenéticamente, apuntando datos cada vez que descansaba en una pequeña libreta de notas.

—Colega, me vas a decir de una vez qué está pasando—preguntó de nuevo Rach.

—Sí—interpeló Cody, aunque siguió trabajando sin cumplir su promesa de contestar—. Ahora.

—Macho, para mí que se te está yendo la olla. Con tanto aparatito vas a perder el norte, amigo—sentenció Rach tras chupar con fuerza de su cigarro—. Necesitas una novia.

—Y tú

—¡Ehh, que yo ya tengo novia!

—Sí, pero también es necesario que ella lo sepa.

—Que gracioso nos ha salido el Bill Gates este.

Cody voló de nuevo por el garaje hasta una de las pantallas de plasma que había modificado y conectado a varios servidores, donde se mostraban lugares de la ciudad de Nueva York con lucecitas.

—¡Aja!—exclamó triunfal—. Aquí está.

—¿Qué?

—¡Por fin he encontrado la convergencia!

—En castellano, friki.

—¡Pues que yo tenía razón!—se volvió hacia su amigo con una expresión de victoria, que al instante se transformó en puro pánico—. Pero eso significa…

Corrió de nuevo hacia la mesa de trabajo, y tras anotar unos datos en la libreta, se puso el abrigo. Rach lo observó sin mover un músculo.

—¿Qué haces?—apremió Cody—. ¡Levanta!

—Yo no me muevo, colega—anunció dando la ultima calada a su cigarro—. No hasta que me cuentes de una jodida vez de que va todo esto.

Cody suspiró con enfado y se acercó hasta su amigo.

—Está bien. A ver, ¿ves todas esas lucecitas que se encienden y se apagan en la pantalla?—Rach asintió, mirando la pantalla de plasma—. Pues es un sistema que he inventado para detectar incidencias en los puntos de mayor interés.

—Ni idea de lo que dices tío.

—¡Mierda!—se exasperó—. A ver, un SAI detecta las subidas de tensión y protege los equipos de ellas. Normalmente, los SAIS convencionales son irrastreables porque la mayoría no incluyen puertos de comunicación o monitorización, pero no así los gubernamentales.

—¿Quieres decir que esas lucecitas son comisarias de maderos?—se sorprendió Rach.

—No exactamente. He pirateado casi todos los SAIS avanzados de esta ciudad por que las agencias no los protegen, solo sirven para evitar los aumentos de tensiones y salvaguardar sus equipos, ¡pero siguen conectados a las CPU!

—Que tío—se maravilló Rach—; por eso controlas a todos esos policías.

—No, pero me dice cuando se desarrolla mas actividad, y entonces me conecto.

—¿Y qué has averiguado?

—Anoche, cuando intentaba acceder a la base de la policía para quitarte esa dichosa multa, en mi medidor de pulsos apareció una fuerte escala PEM.

—¿Qué demonios es un PEM?

—Joder Rach, no tenemos tiempo…

—¿Qué es un PEM?—insistió.

—Un generador de pulsos electromagnéticos—cogió a su amigo por el brazo y lo sacó a empujones del garaje—. Esa mierda puede freír cualquier dispositivo electrónico que se encuentre cerca.

—¿Y quién narices…?

—No lo sé, pero es lo que me propongo averiguar—salieron al frío helado de febrero—. Pero seguro que no tiene ni idea de qué cojones está consiguiendo emitiendo a esa escala.

14

Edificio J. Edgard Hoover.
Sede del FBI. Washington DC.
2 de febrero de 2017
Hora: 10.20

La cafetería, normalmente siempre bulliciosa, estaba en aquel momento atestada. Las distintas colas para los bufés se alargaban hasta tal punto que llegaban a juntarse entre ellas. Mitchell y Boyle se encontraban en el mostrador de los postres (tras haber pasado media hora en las restantes colas), y estaban intentando decidirse entre toda la variedad de frutas y dulces que abarrotaban el expositor. Mitchell se decantó finalmente por dos piezas de manzanas *Golden*, mientras que Boyle rellenó su ya rebosante bandeja con dos trozos de pastel de queso y mermelada de frutos rojos.

Encontraron una pequeña mesa en una esquina a duras penas y, se dispusieron a comer sin decirse ni una sola palabra. Ambas bandejas contrastaban casi tanto como las personalidades de sus dueños, y es que mientras que la del criptógrafo rebosaba de carnes en salsa, huevos y patatas, la del joven genio del FBI apenas si contenía unas tristes rebanadas de pan integral y varias piezas de fruta y verdura fresca.

Comieron en silencio, Boyle con fruición, Mitchell casi de forma obligada. Sin embargo, ambos hacían funcionar sus cerebros al máximo mientras que alimentaban sus cuerpos. Mitchell intentaba encontrar una solución a su problema, y Boyle discurría la forma de obtener de aquel genio lo que a buen seguro sabía del caso, pero que no pensaba desvelar.

—Vaya lío esta mañana—empezó Boyle, señalando la concurrida cafetería para romper el hielo.

—Sí, normalmente esto está mucho más tranquilo—contestó distraído el ingeniero jugueteando con un trozo de tostada untada en miel.

—Claro claro, no se ve muy a menudo a todas las organizaciones gubernamentales de inteligencia bajo un mismo techo.

Boyle había encauzado el tema, e intentó disimularlo llevándose una generosa ración de ternera en salsa a la boca, como si hubiera

surgido de forma espontanea.

—De modo que… grafeno.

—Sí—Mitchell no entraba en el juego, y se retorcía las manos con impaciencia. Boyle se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

—A mí personalmente no me intriga nada de ese asunto de los pulsos ni las incongruencias temporales—mintió—, sino la escritura.

—¿La escritura?

—Sí, la escritura. Soy criptógrafo, mi trabajo es desencriptar los códigos, mensajes o las lenguas de los textos—se llevó otro bocado de filete casi tan grande como un huevo a la boca—. A mí solo me interesa descifrar ese maldito código cambiante de la endemoniada tablilla.

—¿Y ha descubierto algo nuevo?

Boyle observó el rostro del ingeniero y, supo que lo había conseguido. En los ojos del chico brillaba ahora una especie de curiosidad que antes no estaba allí. Además ahora se encontraba en una posición que le hacía parecer a él como el tipo que guardaba secretos, y no al revés.

—Nada relevante. Esa tablilla me tiene sumamente intrigado

—Como a todos—se le notaba un punto de decepción en la voz. Volvió a jugar con un trozo de manzana.

—Puede ser, pero sin duda hay algo inquietante en la fuente. Conozco casi todas las lenguas del mundo; las que aún se utilizan y las que por desgracia son lenguas muertas.

—¿Y?

—Pues que esta no es una lengua—dejó la frase en suspenso para acrecentar la expectación—. Es una operación matemática.

—¿Cómo?

—Aunque contenga texto, no es un texto. Sinceramente, creo que nos encontramos ante otro nuevo caso Rhind.

—¿Caso Rhind? ¿No es ese papiro del antiguo Egipto?

—Es mucho más que eso—Boyle dejó a un lado su bandeja de comida, y se acercó al genio por encima de la mesa, en tono confidencial—. Los egipcios lo describieron exactamente como *"Las reglas para estudiar la naturaleza y para comprender todo lo que existe, todo misterio, todo secreto*".

—¿Y cree usted que las tablillas de grafeno…?

—No lo creo, lo sé—se acercó aún más—. Llevo suficientes horas con ese material como para suponer que es una copia de la tablilla de madera de *Ajmin*, una especie de compilación de series algebraicas complejas para determinar un concepto.

—¿Pero eso a donde nos lleva?

—No lo sé. Lo único que sé es que existe un *“modelo de Curva Elíptica”* en esa tablilla.

Boyle se centró ahora en los trozos de pastel, dejando que las ideas que acababa de implantar en la brillante mente del científico calaran y echaran raíces. Escuchó murmullos en las mesas cercanas, e incluso algún retazo de conversación de compañeros de la NSA, que indicaban que se encontraban totalmente fuera de lugar en aquel edificio. A muchos de aquellos cerebritos les causaba un tremendo *shock* abandonar su hábitat natural en el complejo de Maryland para trabajar bajo presión en las instalaciones de otra organización, en teoría “amiga”. Mitchell ya no disimulaba su turbación, y ni siquiera jugueteaba con su bandeja de comida. Estaba bien claro que en su interior se libraba una batalla colosal entre su mente científica, deseosa de aclarar el misterio, y su parte institucional, totalmente fiel a los secretos que le habían sido confiados. Al fin se levantó como un resorte de la mesa, a punto de volcar las bandejas de comida, y se encaró con Boyle. Con una mirada resuelta, agarró al criptógrafo del brazo.

—Acompáñeme, señor Boyle—en su voz refulgía el entusiasmo propio de su edad—. Voy a contarle ciertas cosas que quizá debería usted saber.

—Llámame Sam.

—De acuerdo. Vamos Sam, el tiempo no es precisamente algo que nos sobre.

Mientras Boyle observaba con pena los pedazos casi intactos de pastel, Abraham Mitchell ya caminaba con decisión hacia la salida de la cafetería.

↔

En el mismo edificio, tres plantas más arriba.

El bloque estaba equipado con las últimas tecnologías de seguridad, desde escáneres biométricos hasta las más novedosas cámaras de reconocimiento, que podían identificar a un individuo incluso por su forma de caminar. Sin embargo, en aquella sección en particular del controvertido inmueble, no había ni una sola cámara ni cualquier otra medida en contra de los intrusos.

Mark Bell se adentró con decisión por el largo y estrecho corredor a una velocidad que no se esperaría de un hombre de su corpulencia, atravesando la última de las puertas de madera contrachapada del sector. A partir de aquel punto el pasillo se agrandaba (lo que agradecía enormemente), y una solitaria puerta cerraba el paso de aquella sección que nadie más había visitado en los últimos 15 años.

Conocía de sobra la tremenda reputación de paranoico que J. Edgar Hoover se había granjeado con el paso de los años, pero admiraba profundamente a su predecesor y fundador del FBI por el trabajo que había realizado. Comenzando por el mismo edificio que ahora llevaba con orgullo su nombre, hasta la misma creación y asentamiento de lo que la agencia federal era en aquel momento. Sin Hoover, el FBI no sería lo que es, o lo que era aún peor, igual ni siquiera existiría.

Marcó con rapidez un código en el teclado táctil de una pantalla en el centro de la puerta, —que destacaba en aquel austero pasillo como un pez en una ferretería—, y a continuación expuso su ojo izquierdo para un escáner de iris. Ser director del FBI requería acaparar todas las críticas y asumir en carne propia los golpes del cargo, pero un dirigente avispado se podía permitir el lujo de actuar con excesiva clandestinidad cuando se deseaba hacerlo. Mark Bell dirigía el FBI de forma tan diligente que nadie se arriesgaba a pedirle explicaciones por nada en absoluto.

Una vez que el sistema reconoció el iris del director mediante una serie de cámaras biométricas y determinó que era el patrón correcto, la pesada puerta emitió un suspiro neumático y se abrió sin esfuerzo. Bell la cruzó a toda prisa a pesar de saber que nadie

podía acceder a aquella sección, que únicamente conocía él. En la sala solo había una mesa enorme de roble macizo y una silla de cuero, además de un pesado archivador con pinta de cámara acorazada. Traspasó la habitación y se dejó caer en la confortable silla de cuero, que se quejó con un silbido. El director se desabrochó la corbata y se soltó el botón de sus pantalones hechos a medida. Aquella sala llevaba siendo desde la construcción del edificio un bunker para guardar los secretos más inverosímiles, pero para él además se había convertido en su reducto.

Estaba ansioso por quedarse a solas, pues apenas había podido contemplar la última de sus adquisiciones. Desplegó el maletín y desdobló pulcramente el pañuelo de terciopelo que cubría la parte superior, dejando al descubierto un rectángulo fino e incoloro. Las otras tres tablillas no había podido ocultarlas, pues habían sido halladas y enviadas a través de los conductos oficiales hasta el FBI, pero el tesoro que guardaba allí era exclusivamente virtud de su instinto. Había conformado una red de informantes a lo largo del planeta que le comunicaban cualquier pista o hallazgo con respecto a las tablillas. Aquella en particular había sido identificada por un traficante que tenía a sueldo en Camberra. Lo que más había turbado a Bell era que la guardaba escondida un chaval de un orfanato, y que de no ser por el sicario que había liquidado al chico hacía siete años y luego le había llamado para pedirle más dinero, jamás habría sabido de ella. La había guardado desde entonces con la bendita esperanza de que aparecieran otras para apoderarse de las demás.

Abrió uno de los cajones superiores del mastodóntico escritorio, y sacó una pitillera con tabaco de importación. En el edificio no se podía fumar, pero en aquella sala no existían las reglas propias para el resto del FBI, puesto que supuestamente no existía; además, la ocasión lo merecía. ¡No todos los días se encuentra un objeto que lleva sepultado más de cinco décadas! Estaba disfrutando de su cigarrillo, cuando su teléfono móvil comenzó a sonar de forma insistente. Fastidiado por ver interrumpido su momento, contestó de malos modos.

—¿Qué?

—¿Señor Bell?—titubeó una voz al otro lado con marcado acento francés—. Me llamo Fabián Blanc, del INRAP. Tal vez le interese saber algo.

Bell apagó el cigarro con fuerza sobre la superficie robusta y brillante de la mesa. A medida que el director escuchaba al tipo del otro lado del aparato, un sudor frío comenzó a bañarle la espalda, e

intentó serenarse. Cuando colgó el teléfono se dirigió hasta el enorme archivador al que se le había añadido un escáner de la palma de la mano de Bell, y con nerviosismo lo abrió tras varios intentos. Extrajo una delgada carpeta color manila, y realizó algunas correcciones en una de las primeras hojas. De inmediato, volvió a sacar su móvil y dio algunas órdenes de forma tajante.

—Por fin—siseó a la habitación vacía con los ojos brillantes—. Ya casi lo tengo.

15

Rodeo Drive, Manhattan
2 de febrero de 2017
Hora: 10.30

La mansión de estilo Tudor parecía más un refugio para las ratas que para las personas. El amplio patio trasero mostraba hierbajos que alcanzaban medio metro en algunos lugares, y una mezcla de detritus de hojas y desperdicio tras haber desaparecido la nieve que los cubría poblaba el suelo con una mezcla parduzca. La fachada —en algún otro momento de la historia majestuosa—, aparecía ahora desconchada y con un color indefinible, a caballo entre el verde aceituna y el amarillo pálido. Dos de los postigos de las ventanas habían sido arrancados (por el viento o los gamberros), y los otros dos, los superiores, aparecían cerrados a cal y canto.

Cody volvió a golpear el tirador de latón contra la enorme puerta, y el eco resonante le puso los pelos de punta. Conocía a Script desde hacía más de diez años, pero aunque lo consideraba un amigo, eso no lo excluía tanto como para no darle escalofríos de vez en cuando.

La pesada puerta se abrió sin ruido alguno, y entraron sin ser invitados. Dentro el caos era aún mayor que en el exterior, y la penumbra dominaba los amplios espacios desprovistos de muebles.

—¿Pero quién es este tío?—susurró Rach—. ¡Joder Cod, me has traído a la casa del destripador!

—Tranquilízate de una vez—recriminó—. Script es amigo.

—Ya, Charles Manson seguro que también tenía amigos.

Una figura imponente apareció delante de ellos y les hizo señas para que lo siguieran. Rach dio un respingo ante la súbita aparición de aquella mole de más de dos metros y ciento veinte kilos de carne ante ellos, pero apenas pudo quejarse, pues su amigo comenzó a caminar tras aquel mastodonte. Durante unos inquietantes minutos, recorrieron pasillos poco iluminados y repletos de inmundicia, y descendieron por unas escaleras metálicas en forma de espiral que, a duras penas lograban mantener el peso de Script. Rach estaba cada vez más inquieto, y a cada paso que los introducía en aquella casa de pesadilla siguiendo la enorme espalda de aquel animal, pudo notar como se le aceleraba el corazón al doble de sus latidos

normales.

—Cody—llamó desde atrás procurando no elevar la voz—. Cod amigo, no quiero estar aquí. Este tío me da mala espina.

Una voz tronó en aquel lóbrego lugar, amplificada por miles de ecos.

—Aunque quieras, no puedes volver atrás.

—¿Qué?—la voz de Rach se quebró—. ¿Cómo que no puedo volver?

—Mi sistema cierra las puertas cada vez que atravieso una célula.

—Pero qué demonios quiere decir eso, ¿qué estamos aquí atrapados?

—Claro, si no, podríais escapar mientras intentó desollaros.

—¡Me largo!—Rach se dio la vuelta, pero comprobó que la puerta que acababan de atravesar estaba cerrada y no tenía pomo —. ¡Me largo de aquí ahora mismo!

—Cálmate Rach—tranquilizó Cody—. Script solo bromea

—O no—puntualizó el cuerpo que seguía avanzando por el pasillo—. Las pieles negras tienden a sacar lo peor de mí.

Rach escuchó aquello y comenzó a buscar frenéticamente una forma de abrir la puerta sin éxito, cuando una mano se posó en su hombro comenzó a gritar.

—Rach, ¡Rach vale ya, soy yo!

El chico se dio la vuelta y reconoció la cara de su amigo. Sin dejar de mirar la salida respiró hondo, y cuando estuvo más calmado se dio media vuelta y comenzó a seguir a los demás por el angosto pasillo. La ansiedad que sentía se disipó cuando atravesaron otra de las muchas puertas que poblaban el sótano de la vieja mansión. Ante ellos, una habitación inmensa, (más propia de una nave industrial que de una vieja casa) les hizo entornar los ojos acostumbrados a la penumbra del resto del hogar. Unas paredes lisas pintadas de blanco y coronadas por decenas de ojos de buey conferían al lugar un espacio aún mayor, y los diversos muebles de color negro le otorgaban el aspecto de una casa de revista de moda. En una de las inmensas paredes laterales había una estantería enorme abarrotada con material informático, y justo en la de enfrente, una especie de guardarropa disponía de chaquetas, camisas, pantalones y otros diversos artículos. Rach soltó una exclamación mientras Cody se abalanzaba ante la estantería que rezaba: *“Componentes electrónicos”*.

—¿Qué demonios…?

—Os presento mi modesto hogar—exclamó con orgullo Script,

abriendo sus enormes brazos como mazas.

—¡Pero si esto parece un bazar!—se maravilló Rach.

—Sí, también es eso—contestó despreocupado el gigante.

Ahora, con la multitud de fluorescentes y en un espacio más abierto, Rach contempló al extraño Script, y se asombró de que un tipo como aquel pudiera ser un genio de la informática. Lo podía encuadrar mucho mejor en la faceta de traficante. Su cuerpo de dos metros, con unos músculos bien definidos, su corte de pelo rapado al estilo militar y su piel olivácea lo encasillaba más bien en la imagen de un marine que en la de un artista de los teclados. Script se paseó por sus dominios como un animal examinando su jaula con orgullo, y después se dirigió hasta donde Cody revisaba unos diminutos condensadores y bobinas de cobre con minucioso interés.

—¿Qué estás buscando?—preguntó el gigante con una voz grave—. Quizá pueda ayudarte.

—Cualquier cosa que me permita construir un generador.

—¿Un generador?, ¿para qué vas a querer construir un generador?; los venden ya montados y en cualquier formato que te interese.

—No es un generador cualquiera—informó Cody—. Necesito construir uno de la clase PEM.

—¿Un PEM?—Script explotó en carcajadas que retumbaron en el espacio cerrado—. ¡Vamos chaval, sabes tan bien como yo que esos chismes se pueden construir incluso con una simple cámara de fotos desechable!

—No estoy interesado en un PEM normal—Cody siguió revisando objetos—. Necesito encontrar uno que genere impulsos de más de cien kilómetros de alcance.

Script lo miró fijamente, y de repente prorrumpió en carcajadas tan fuertes que Rach observó los jarrones de cristal de bohemia para ver si estallaban. El gigante se cogió el estómago y, doblándose de dolor, buscó asiento. Después de varios minutos se enjugó las lágrimas y centró de nuevo su mirada en Cody, que se había detenido para observar a su amigo.

—Venga, Cod—exclamó Script entre jadeos—. Sabes de sobra que eso es una utopía. Hay millones de imbéciles por la red creyendo que podrán construir un generador que fría los circuitos de su vecino, su novia infiel, o del compañero de curro amigo del jefe, pero solo es eso, un mito.

—No—contestó secamente el joven—. No lo es.

—Chaval, sé de buena tinta que hay muchos experimentos en marcha de ese tipo. Incluso conozco los detalles de un PEM que la

policía está probando desde helicópteros para inutilizar los coches de los fugitivos en las persecuciones, pero solo son eso, experimentos.

Se puso en pie y se acercó hasta una pequeña nevera que parecía una sección oculta de la pared —camuflada con los mismos paneles blancos de contrachapado—, y sacó una pequeña botella de zumo que se bebió en dos tragos.

—¿Queréis beber algo?

Rach se tomó un Red Bull sin respirar, pero Cody declinó la oferta y siguió a lo suyo, rebuscando entre las piezas amontonadas en un banco de trabajo.

—Cody, chaval, sabes que somos amigos hace mucho tiempo, pero tengo que decírtelo como amigos que somos—continuó Script —. Eso del PEM es una grandísima chorrada.

—Script, necesito que me hagas un favor.

—Dime.

—Supongo que sigues interviniendo las frecuencias de la policía.

—Por favor—cacareó—. Controlo las frecuencias de casi todos los organismos desde aquí a Virginia.

—Y supongo que podrás acceder a las bases de registros de por ejemplo… la estación meteorológica de Nueva York.

—¡Cody, por el amor de Dios!—tecleó rápidamente una secuencia de números, y en menos de diez segundos se encontraban en la página interna de la estación—. ¿Eso es todo?

—Comprueba los picos del barómetro—pidió Cody.

—Pero que…

—Por favor.

Script tecleó, y un grafico apareció en la pantalla.

—Por favor, ¿puedes dejar la imagen y buscar un grafico de subidas de tensión en las emisoras de la ciudad?

—Cody, sé por dónde vas, pero no creo que haga falta. Tengo varios osciloscopios pirateados por la ciudad para comprobar… bueno por gusto.

—Compruébalos por favor.

Script tecleó velozmente, y de repente se detuvo.

—Pero qué cojones…

—¿Ahora me entiendes?—suspiró el joven.

—Pero esto no puede ser Cod—alarmado se levantó de la silla con un respingo, y se puso a caminar—. Para generar ese tipo de frecuencias se necesitaría al menos una pequeña bomba nuclear lanzada a una altura que pudiera interferir con los campos electromagnéticos, y no se ha lanzado ninguna bomba, ¡yo sigo

vivo!

—No creo que esas frecuencias deriven de las radiaciones de una bomba; simplemente de un generador PEM con un radio de acción nunca visto.

—¡Pero eso no puede ser!—el gigante se paseaba nervioso—. Jamás se ha podido construir aparato alguno que emita esa longitud de frecuencia

—Pues parece ser que algo, o alguien, las está creando—sentenció Cody—. Y tenemos que detenerlo si no queremos…

—Acompañadme—ordenó Script.

El gigante se fue con paso rápido hacia una pared del fondo, y abrió una puerta camuflada entre dos estanterías. Cody y Rach lo siguieron.

16

Hospital General de Manhattan
2 de febrero de 2017
Hora: 11.00

Daniel Nash había revisado más de cuatro veces cada historial de los pacientes ingresados aquella mañana en urgencias, obviando los que contenían fracturas o dolencias de forma leve como migrañas o artritis, y los casos “normales” de resfriados, mialgias o sarpullidos. Tras aquella criba le quedaron encima de la mesa los historiales de ocho pacientes, todos ellos con problemas del corazón. A excepción de una leve angina de pecho, los otros siete casos se debían a complicaciones con marcapasos. Tres de ellos ya habían sido enviados a casa después de que se les realizaran los protocolarios ecocardiogramas, pruebas saturométricas y ECG, determinando pequeñas arritmias causadas por interferencias. Otros dos acababan de ser dados de alta después de ajustar sus marcapasos con telemetrías exteriores y sin necesidad de usar ni una mísera aguja, y otros dos permanecían aún en el centro.

Después de repasar los dos historiales restantes minuciosamente, Nash se dio cuenta de que no entendía ni la mitad de lo que ponía. Aquello le hizo darse cuenta de lo mucho que se había encasillado en su especialidad, y de lo lejos que quedaban los días de la facultad de medicina, donde los entusiastas médicos jóvenes ansiaban saber todo lo referente a las distintas patologías.

Levantó una de las tablillas y leyó el nombre de la paciente; Esther Seamus Owen. Intentó comprender la jerga, pero no entendió lo que significaba VOO. En todo caso, a la señora Seamus se le había practicado una RNM (resonancia magnética nuclear, y que Daniel sí sabía lo que era), un ECG, y una progresión de secuencias más convencionales, como una Spin-eco. En las observaciones, el cardiólogo jefe Brandon Trent, había especificado que a la señora Seamus se le adecuaría el ritmo cardíaco mediante telemetría y se la enviaría a casa bajo observación en las próximas doce horas.

El caso restante era algo más complejo. Daniel decidió pasarse por la zona de preparación y rehabilitación para conocerlo de primera mano. No comprendía muy bien por qué le interesaba este tema en particular, pero algo tenía que hacer, y no quería pasar a ver a sus pacientes de nuevo y explicarles por qué no podían darse sus relajantes masajes de infrarrojos.

Daniel subió a la primera planta, que se distribuía en dos secciones; quirófanos y rehabilitación. Cuando llegó a la intersección de puertas batientes que dividía el pasillo, escuchó un gran revuelo procedente de una de las habitaciones de rehabilitación. Se encaminó hacia allí, y entrevió entrando a toda prisa al cardiólogo seguido de una de sus enfermeras. Se acercó lentamente, ya que no quería interferir en una posible emergencia, pero aceleró el paso cuando escuchó imprecaciones e insultos crispados. Junto al quicio de la puerta se encontró dentro de la pequeña habitación un caos digno de una batalla campal. Un afroamericano se encontraba tendido en una de las camas de la habitación intentando levantarse, mientras que varias enfermeras y un médico lo retenían a la fuerza.

—¡Tiene que calmarse!—repetía una y otra vez Trent, alzando la tablilla con su historial a modo de arma—. Por su bien, ¡cálmese!

El paciente lanzó un insulto entre dientes e intentó de nuevo ponerse de pie. A duras penas las enfermeras pudieron retenerlo tendido en la cama.

—Ya le he dicho que solo se trata de una prueba rutinaria—informó de nuevo Trent con voz firme—. ¡Es por su bien!

—¡Que le jodan!—siseó el afroamericano.

—Señor, se le ha producido un desplazamiento de traslación debido a que su marcapasos contiene mucho material ferromagnético—gritó Trent—. Es necesario cambiar el generador si no quiere sufrir daño tisular, o incluso un arrancamiento…

—¡Cállese de una maldita vez y déjeme marchar!

—¿Qué está pasando?—irrumpió Daniel.

Todos en la habitación se detuvieron ante la aparición de un nuevo elemento, como si el tiempo se hubiera detenido, pero solo duró unos segundos.

—¿Quién es usted?—gorjeó Trent.

—Doctor Daniel Nash. ¿Qué está ocurriendo?

Ante la mención del título de doctor, Trent se relajó, pero no así el paciente.

—Este caballero necesita un cambio de generador y una nueva telemetría en su marcapasos—adujo Trent.

—¡No necesito una mierda!—berreó el afroamericano, intentando levantarse de nuevo—. Lo que necesito es largarme de aquí.

—Doctor, ¿Cuánto tardará en realizar el cambio?

—Una hora—contestó pensativo—. Una hora y media, si ha habido ablación y necesitamos reparar los electrodos.

—Bien.

Daniel se acercó hasta la cama y apartó a una de las enfermeras. Mirando fijamente al rostro del paciente se sentó a su lado en la cama.

—Señor, estos amables caballeros no le van a permitir marcharse hasta que no le hagan las pruebas que necesita, así que le recomiendo que colabore—ante la réplica del afroamericano, que ya estaba abriendo la boca, Daniel continuó—. Pero para tranquilizarle le doy mi palabra de que si esta prueba se alarga más de una hora y media, yo mismo le sacaré de este hospital.

El paciente fue a contestar, pero se lo pensó mejor. De repente se relajó, y su musculado torso quedo inerte en la cama.

—De acuerdo, dejaré que me hagan las malditas pruebas—concedió—. Pero usted se queda aquí conmigo para cumplir su palabra.

—Será un placer.

—Tommy Tracy—se presentó el afroamericano, tendiendo una cuidada mano.

—Encantado—correspondió Daniel. El apretón fue firme—. Daniel Nash.

17

Rue de Madrid 7. París, Francia
2 de febrero de 2017

Simón llevaba encerrado en la misma anodina habitación más de una hora cuando apareció de nuevo Fabián Blanc. En su rostro se mostraba una inconfundible sonrisa de aquiescencia, que Simón conocía de sobra como la falsa carta de presentación que el director de la INRAP mostraba a clientes descontentos o desagradables visitas de consejeros del gobierno.

—¿Qué demonios ocurre Fabián?—preguntó Simón disgustado—. ¡Llevo en esta sala más de una hora!

Fabián acercó una silla a la mesa donde el arqueólogo estaba sentado, y sin variar ni un ápice esa estúpida sonrisa, se puso delante de Simón.

—Querido Simón—comenzó—. Parece que has hecho enfadar a las personas menos indicadas.

—¿Qué?, ¡yo no he hecho nada malo!—se retorció en la silla incómodo—. Vi aquella extraña tablilla y pensé que era mejor que la tuviésemos nosotros antes que esos barbaros egipcios.

Fabián volvió a lucir su sonrisa de galán barato, y se atusó el fino bigote con dos dedos.

—El problema, amigo mío, es que llevas en París dos días—el secretario de la INRAP estaba disfrutando con aquella situación—. Y ni siquiera avisaste de tu llegada al país, y mucho menos de tu… hallazgo.

—Estaba… indispuesto.

Simón no se manejaba bien en el terreno de las mentiras, pues nunca había sido muy amigo de ellas. Sabía de sobra que Fabián haría todo lo posible porque aquella situación enturbiara la reputación de Simón, ya que el arqueólogo era uno de los pesos pesados de la agencia y uno de los firmes candidatos a recoger algún día el testigo de Laura Fignac, la directora. Fabián y él nunca se habían llevado bien, pero desde que Simón vivía en Egipto no habían tenido que tratar nada más que por teléfono.

—Como de sobra conoces, he tenido que informar de ésta… anomalía—dijo Fabián con su sonrisa felina. A Simón siempre le había recordado al gato de Cheshire—. Y me he llevado una

sorpresa cuando los servicios secretos americanos se han puesto en contacto conmigo.

—¿Americanos?—respondió Simón extrañado.

—Sí, americanos. Resulta que llevan buscando esa maldita tablilla varios días.

—¡Pero eso no es posible!—el arqueólogo estaba seriamente contrariado—. ¡La encontré en una tumba en el Valle de los Reyes que llevaba sin abrirse más de 1500 años!—Simón intentó levantarse de la silla, pero un hombre fornido que no había oído llegar lo retuvo—. ¡Es imposible!

—Pues parece que no—la sonrisa de Fabián se agrandó—. Y me han obligado a que te retenga aquí.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso!—tenía la cara roja a causa de la ira—. ¡Tengo mis derechos!

—Sí, sí que puedo—Fabián borró su eterna y fingida sonrisa y se levantó de forma brusca—. Puedo y lo haré.

↔

Dos horas más tarde, en el aeropuerto Charles Gaulle en una zona reservada en la que no estaba permitido el aterrizaje de ningún vuelo comercial, tomaba tierra un SR-71 Blackbird. El tremendo avión espía desaceleró los dos motores Pratt y Whitney, y seguidamente el ordenador Honeywell que iniciaba los protocolos de desconexión anunció que podían proceder a despresurizar el aparato. Inmediatamente, dos operarios saltaron a la pista y recogieron el gigante paracaídas —que era imprescindible en los aterrizajes del Blackbird—. Seguidamente, otro destacamento de operarios que viajaba en el aparato continuaron con el repostaje y demás comprobaciones. Justo en aquel instante apareció en la pista un Peugeot negro, y dos hombres uniformados bajaron del avión y subieron al coche. Veinte minutos después atravesaban las puertas del INRAP, y media hora más tarde, el Blackbird despegaba de nuevo con un pasajero más en el interior. A bordo del secreto avión también viajaba un objeto que llevaba sin ver la luz más de cincuenta años.

18

Edificio J. Edgard Hoover.
Sede del FBI. Washington DC.
2 de febrero de 2017
Hora: 12.00

En el despacho de la segunda planta comenzó a golpear los cristales una fina llovizna de aguanieve, que comenzó a solidificarse en el alfeizar y creaba débiles surcos blancos en los aleros azotados por el viento. Febrero era para los neoyorquinos un mes complicado, en el que si andabas un tanto imprudente o simplemente distraído, podías encontrarte en mitad de una helada repentina tras haber confiado en el sol radiante de la mañana.

Sam se encontraba sentado en una de las cómodas butacas frente al escritorio de Mitchell y se frotaba los muslos con las palmas sudadas de las manos. El criptógrafo había creído que intentar sonsacar información al joven genio del FBI sería una buena idea, pero después de escuchar la historia del ingeniero no podía más que sentirse inquieto. Aquel testimonio solo podía tener dos vertientes, igualmente de inquietantes cada una de ellas. Por un lado, si aquello resultaba ser falso, el aclamado chico de oro de la agencia federal estaba como una verdadera cabra, lo cual a él no le servía de mucho en su investigación. Por otro lado, si resultaba ser cierto, no podía ni imaginar la repercusión que podría causar la versión del joven para todos ellos.

—A ver, creo que no llego a entenderlo bien—volvió a replicar Boyle—. ¿Quiere decir que esos… objetos, esas tablillas, fueron creadas hace solo 60 años?

—Exactamente.

—Pero entonces, ¡como en el nombre de Dios han sido encontradas en lugares en los que no se había estado hace cientos de años!—se exasperó Boyle.

—Ya se lo he explicado—contestó Mitchell, como si explicara un hecho trivial a un niño un poco falto de entendederas—. En el año…

—Ya, ya—interrumpió de nuevo, sintiendo como crecía su ira—. Ya me ha explicado la teoría, ¿ahora puede demostrarme algo de lo que acaba de contarme?

—En efecto—la serenidad que demostraba el joven estaba poniendo de los nervios a Boyle, que por primera vez sintió ganas de golpear a Mitchell—. Pero debe prometerme que después de ver las pruebas me ayudará.

—Ya le he dicho que si su historia es cierta, yo mismo arrasaré este edificio—bramó Sam fuera de sí—. Pero por el amor de Dios, ¡no se haga más el misterioso!

Mitchell se puso en pie y se acercó hasta un enorme archivador de pared que ocupaba un tercio de la habitación. Tras teclear una secuencia de números, el ingeniero posó su mano sobre el lector, y un suave sonido neumático acompañó a la apertura de la puerta blindada. Mitchell pasó la yema de su dedo índice por el borde de las etiquetas de los distintos archivadores —seleccionando varias carpetas—, y una vez las tuvo todas, volvió a cerrar el mueble. Sin decir una sola palabra dejó caer las carpetas sobre la superficie brillante y desprovista de figuritas o retratos del escritorio. Boyle las observó durante largo rato sin mover un solo músculo, hasta que por fin se estiró y alcanzó la primera del montón. Sobre un fondo rojo como la sangre, Boyle pudo leer en letras doradas: **PROYECTO K.**

—Le aconsejo leerlas todas de una sola vez— sugirió en voz baja Mitchell—. Pueden ser algo… absorbentes.

Sam Boyle se detuvo a medio camino con el cartapacio en la mano, y tras pensarlo unos segundos, lo dejó de nuevo sobre los otros. El criptógrafo parecía sopesar las consecuencias de sacar unas carpetas de alto secreto propiedad del FBI del complejo, y llevárselas a su casa. Podían caerle diez o doce años de cárcel, y eso en el mejor de los casos.

—Si continúa dudando sobre mí o sobre la conveniencia de sacar esas carpetas de aquí, he de decirle que nadie sabe de su existencia—aclaró Mitchell, que parecía haberle leído el pensamiento—. Pero le pido fervientemente que las lea inmediatamente, pues no nos sobra el tiempo para nada.

Sam Boyle recogió el archivador de encima de la mesa y abandonó la habitación sin decir una sola palabra. Abraham Mitchell sintió algo de alivio cuando vio desaparecer al criptógrafo de su despacho, pero duró poco, pues en aquel instante comenzó a sonar el teléfono de línea interna que reposaba encima de la mesa. Cuando acercó su delicada mano al auricular, comprobó que le temblaba ligeramente. Llevaba esperando aquella maldita llamada toda la mañana.

19

Emisora FM RXP,
395 Hudson st, Nueva York
2 de febrero de 2017
Hora: 12.15

Rita Moreno se repantigó sobre el respaldo de su silla de cuero y aspiró una amplia bocanada de su cigarrillo. Tenía pocos vicios en este mundo, pero el tabaco era una de esas cosas que le permitían relajarse; a pesar de lo mal visto que estaba ser fumador en estos tiempos de hamburguesas vegetarianas y buenos propósitos de salud, aquella era una de las cosas que no se proponía dejar de hacer. Bueno, ni tampoco su lingotazo de Jim Bean de las noches. ¡A tomar por culo la vida sana!

—Como te pille Jason con esos palitos de cáncer dentro de la emisora tendrás que actualizar tu currículo—interpeló Steve, el técnico de sonido.

—¡Que le den a Jason!—dio otra calada, y un azulado humo ascendió hasta los focos de iluminación del estudio de grabación—. Si viniera al trabajo algún día podría pillarme, pero ese vago no aparecería por aquí a menos que se enterase que están repartiendo billetes de cien.

Steve se rio a carcajadas y colocó la escalera corta que portaba sobre el hombro contra la pared sur del estudio.

—¿Qué haces ahora, cigarra?—preguntó Rita.

—Voy a revisar el cuadro de recepción, lleva todo el día dando problemas. ¡Y no me llames más así J. LO del demonio!

Aquella conversación era una broma recurrente entre ellos dos que llevaban repitiendo mucho tiempo. Rita aseguraba que como Steve siempre parecía estar trabajando, se parecía a la cigarra del cuento que su madre le contaba de pequeña, y Steve intentaba hacer una broma interracial llamándola Jennifer López por su nacionalidad portorriqueña.

—¿Qué dices?—se extrañó ella—, desde que entramos en la era digital nunca hay fallos de emisión.

—Lo sé, yo hice la instalación ¿lo recuerdas?—Steve abrió un panel empotrado en la pared, y fue pulsando cada una de las lucecitas verdes del panel con una especie de lápiz metálico—. Pero no es cosa del cableado. Me da la impresión de que el problema se

encuentra en Loti.

Rita frunció el ceño en un mohín que la hacía parecerse a una niña pequeña. Su exótico rostro de tez aceitunada y grandes ojos negros le había valido para salirse con la suya más de una vez, pero como ella misma había asegurado en multitud de ocasiones, le había creado más perjuicios que alegrías.

—Steve, Loti es el principal suministrador, ¿no crees que tendríamos noticias si algo estuviese mal allí arriba?

Loti era como llamaban de forma cariñosa al enorme repetidor de la emisora que se encontraba en New Jersey.

—El problema no se encuentra en Loti exactamente—aclaró Steve, manoseando a la vez unos cables que unían el transductor del micrófono con el amplificador—. Sino en la señal.

Steve percibiendo el gesto preocupado de Rita, bajó de la pequeña escalera y se acercó hasta su compañera y amiga desde hacía cinco años.

—Tranquila estrella, tu programa no corre peligro. Desde que emitimos digitalmente no son tan esenciales las ondas *persé*, pero es que me extrañan mucho las alteraciones…

—Bla, bla, bla—gorjeó la mujer—. En serio, con esa forma de hablar no me extraña que estés tan solo.

El técnico desapareció del estudio soltando improperios y gesticulando ostensiblemente. Rita soltó una carcajada y aspiró la última bocanada de humo. Tras aplastar la colilla meticulosamente (fumar era una cosa, pero prenderle fuego al estudio se salía del plan), se ajustó los cascos y se dispuso a ordenar las cuñas de los espacios publicitarios de su programa. Cuando estaba a medio ajustar el anuncio de una conocida marca de crema para higiene genital, Steve entró como un loco en la cabina.

—¡Se ha caído, Dios de mi vida, se ha ido a la mierda!—aulló fuera de sí—. ¡Me van a triturar!

—Cálmate hombrecito—Rita, habituada ya a las crisis de su compañero, no se alteró lo más mínimo—. ¿Qué pasa ahora, se te ha fundido una de esas lucecitas tuyas tan monas?

—La señal de onda—Steve braceaba como un poseso, y en sus ojos se podía ver un autentico terror—. ¡ Se ha caído Rita, la señal electromagnética no funciona!

—Explícate— repuso ella, ahora en un tono más serio—. Nosotros emitimos digitalmente, ¿qué importa la señal de onda?

—¡Todo! Importa, ¡y mucho!—intentó calmarse, y respiró hondo varias veces—. Aunque las señales son digitales, la base es la misma.

—No te entiendo Steve.

—A ver, ahora las señales actúan como unos y ceros, y podemos utilizar un mayor ancho de banda, pero a pesar de las fibras ópticas, seguimos dependiendo de las señales electromagnéticas para lanzar los datos.

—¿Y?

—¡Pues que no funcionan! La señal electromagnética se ha vuelto loca, y las repeticiones de frecuencia van por libre.

—Steve, me estás asustando.

—Rita, cariño, lo que quiero explicarte es que en este mismo momento dependemos de una única amplitud de onda, las demás han caído—respiró de nuevo—. Y si esa señal cae…

20

Hospital General de Manhattan
2 de febrero de 2017
Hora: 13.00

Daniel Nash observaba como los párpados del paciente se ondulaban a un lado y otro por causa del efecto REM, y se sintió de repente invadido por un estremecimiento de culpa sobrecogedor. Si aquel tipo moría en aquella camilla sería en gran parte culpa suya. Nash le había prometido a Tommy una hora y media de pruebas, y después de eso lo dejarían marchar, pero no solo había mentido en el tiempo de espera, sino también en el procedimiento. Trent le había comunicado que necesitaban sustituir el marcapasos viejo y desplazado por uno nuevo con menos material ferroso y ajustable por telemetría desde el exterior. Al principio Daniel no entendió una sola palabra, hasta que Trent le pidió que le inyectara a Tommy la anestesia de forma "encubierta".

"Entiéndalo doctor, este hombre no aceptará una operación a corazón abierto, y no podemos dejarlo marchar con ese marcapasos en el pecho. Es como una bomba con la cuenta atrás activada" le había dicho Trent. Daniel lo entendía, pero ese individuo había confiado en él, y Daniel lo había llevado a la camilla de un quirófano en la que si algo se torcía…

—¿Cómo va?—preguntó una vez más a través de la mascarilla. A pesar del silencio, su pregunta quedó amortiguada por el velo de gasa y los pitidos incesantes de los electrocardiogramas y las constantes vitales—. Dígame algo Trent.

Brandon Trent le lanzó una de aquellas miradas fulminantes que tanto temor habían infundido durante años a sus estudiantes interinos, y le contestó con un gruñido. Daniel reconvino que era mejor para todos que él abandonara el quirófano, a pesar de que había peleado duro para que le permitieran asistir a la operación.

Una vez que se había desprendido de la bata de papel, el gorro, la mascarilla y los protectores de los zapatos, los lanzó con frustración a la papelera del vestuario y se dio una ducha caliente (la segunda de aquella mañana) más larga de lo habitual.

Normalmente se sentía útil, y a pesar de ser traumatólogo (considerado en broma una especie de curandero entre sus demás

colegas doctores), acometía su trabajo en el hospital todos los días con la alegría de saber que aliviaba el dolor de otras personas. Aquella mañana, sin embargo, no había hecho nada más que deambular sin poder ayudar a nadie en concreto, y para colmo, había engañado a un paciente sedándolo contra su voluntad. Ni siquiera se planteó que aquella acción le podía costar su licencia de medicina si al tal Tommy le daba por demandar, sino qué podía conllevar su decisión para la vida de aquel individuo.

Salió envuelto en vapor a la zona de las taquillas, donde volvería a ponerse otra de aquellas sempiternas batas horribles. Cuando estaba ya vestido, colocó de nuevo el uniforme de papel en su lugar, y abandonó el vestuario vestido de calle. No sabía por qué, pero tenía que abandonar el hospital cuanto antes. Lo que tampoco podía prever es que menos de una hora después, estaría pidiendo a gritos en la puerta que le dejaran entrar de nuevo.

21

Taller de reparaciones Tucson & Hale
Union Street. Brooklyn, New York
Hora: 13.20

Script seguía conversando con el delgaducho dueño del taller en la trastienda, mientras que Cody y Rach se paseaban por una sala atestada de millones de pequeñísimas piezas esparcidas por varias mesas robustas de trabajo. Encima de una de ellas, un mastodóntico televisor Thompson descansaba a medio desmontar. A Cody le sugirió un animal destripado.

—Cody colega, ¿Qué hacemos aquí?—preguntó Rach con un soldador de estaño aún humeante en las manos—. Vas a conseguir que alguno de estos chalados nos asesine y jueguen con nuestras preciosas entrañas.

—Joder Rach, deja ya de ver esas malditas películas de Saw.

El chico le dio un amistoso puñetazo en el hombro, y después se dedicó a juguetear con el soldador. Mientras, desde la trastienda seguía escuchándose la conversación que seguía subiendo de tono. Cody adivinó a escuchar algo así como: *"¡estás loco, eso es una pasta!"* y *"es lo que hay"*.

Al cabo de unos minutos aparecieron Dick Hale, sonriente, y Script con cara de pocos amigos. Hale cogió un destartalado carrito de la compra del *Seven Eleven*, y comenzó a elegir algunas piezas con desgana de las repletas estanterías, mientras que por detrás Script verificaba los artículos del carro y devolvía los que no le satisfacían. Cody y Rach miraban la escena divertidos. Parecían una pareja cómica en una de esas películas mudas en blanco y negro.

Cuando el carro estuvo repleto de generadores de pequeño tamaño, diodos y tubos de bobina, Script repasó una lista y se volvió hacia Hale.

—Ahora vamos a por lo gordo—dijo con una extraña sonrisa.

Hale hizo caso omiso del comentario y se acercó hasta una pequeña caseta al final del almacén. La herrumbrosa superficie de la puerta contrastaba con tres relucientes y gigantescos candados Yale. Script hizo ademán de acompañar a Hale, pero este lo detuvo con un gesto de la mano.

—No colega, sabes que aquí no puedes entrar—atajó autoritario.

—De acuerdo, pero cuando salgas revisaré todo el material.

—No esperaría menos.

Hale desapareció en el interior de la pequeña caseta, cerrando por dentro con un pesado cerrojo.

—Script, tío—Cody empezaba a impacientarse—. ¿Qué demonios hacemos aquí?

El gigante simuló no escucharlo mientras mascullaba algo entre dientes. Parecía estar recitando una lista de la compra imaginaria. Sin volverse contestó con su voz grave de tenor.

—Cod, chaval, vamos a construir un FCG

—¿Un qué?

—Un generador de compresión de flujo—Script se giró, y Cody vio una sonrisa casi maléfica en su rostro, como la de un villano de película—. Modificado, claro.

—Script ¿qué narices es eso?

—Es el único aparato capaz de detectar un generador PEM, y si nos vemos obligados a hacerlo, de freírlo.

—Eso es imposible.

Script volvió su inmenso cuerpo musculado hacia el chico, y de inmediato comenzó a caminar en dirección a la caseta, donde Hale aparecía con otro carrito —este mucho más grande—, repleto de materiales envueltos en cinta americana y plástico de burbujas.

—Hale, ¡te dije Epoxi! —bramó—. ¡Y qué mierda de bobina helicoidal es esta!

Mientras los dos volvían a enzarzarse en otra discusión sobre materiales específicos y la forma de pagarlos, Cody sintió una presión en el pecho, como si una corriente de aire le hubiese golpeado de lleno, y de repente, todo se volvió negro.

22

Prince Street,
Soho, New York
Hora: 13.50

Sentado cómodamente en su sillón de orejas preferido, agitó de nuevo la copa de vino y se permitió un instante de placer al contemplar los reflejos bermellones al trasluz de la ventana. Aquel rincón de la casa le reconfortaba como ningún otro lugar de la tierra, con sus mágicas vistas a Lafayette Street. Cuando se encontraba intranquilo —en uno de sus múltiples ataques—, paseaba por Little Italy y se impregnaba de la vida que rezumaba aquel barrio de trabajadores incansables, y que sin embargo destilaban alegría. En la calle Canal había un banco donde se sentaba a dar de comer a las palomas en los días soleados, y todavía seguía maravillándose de las estructuras arquitectónicas de las casas de West Broadway. A pesar de poseer aquella mansión en uno de los barrios más populares de Manhattan desde hacía más de treinta años, llevaba viviendo allí tan solo unos meses, aunque se reprochaba cada día no haberla disfrutado más.

Tomó otro sorbo del delicioso vino francés, y echó un vistazo rápido a su Rolex de oro. Hizo un cálculo rápido y apuró lo que quedaba de la copa de un solo trago. Se recogió los extremos de la bata de seda y se encaminó con paso lento pero decidido hacia una esquina del salón. Paseó la vista por última vez por el lujoso salón decorado con gusto, y su mirada se posó en un sifonier con grabados orientales. El recuerdo de aquel mueble le hizo aflorar una lágrima a sus lampiñas y arrugadas mejillas. Descolgó una de las láminas de Monet que poblaban las paredes revestidas de madera, y ante sus ojos apareció un teclado numérico de pequeños botones metálicos. Tecleó con rapidez, y la pared entera se desplazó. Dentro, dispuesto con un orden militar, se distribuían alacenas abarrotadas de latas en conserva. Más alejada, una mesa y un sillón idéntico al del salón dominaban una espaciosa sala. Miró de nuevo el Rolex y se metió dentro, tecleando de nuevo el código tras él para bloquear la puerta. Faltaban apenas unos minutos para que llegara el momento que llevaba temiendo más de medio siglo.

23

Complejo residencial La Torre
Washington DC
Hora: 13.55

Sam Boyle se sirvió otro vaso de bourbon, a pesar de no ser muy aficionado a la bebida. Lo apuró de solo dos tragos. Aquello era una locura, pero mientras su cabeza le gritaba que Mitchell estaba loco, su corazón le decía todo lo contrario.

Había pasado dos horas en su estudio, leyendo una y otra vez los informes de las carpetas que Mitchell le había entregado, y si bien conocía algunos de esos casos, en esas carpetas se revelaba toda la información oculta que la prensa no había podido interceptar.

El *"Proyecto K"* era de dominio público, y cualquiera podía sacar de internet más de cien páginas documentando el caso. También "*Starfish Prime"* era de sobra conocida como la bomba nuclear más potente que el gobierno de Estados Unidos había hecho detonar en los años sesenta, pero a pesar de las diversas teorías, hoy en día solo eran eso, teorías.

Las carpetas que Mitchell le había entregado estaban estratégicamente colocadas en un orden premeditado para que Boyle leyese primero las oficiales y se empapara de la historia de los diferentes proyectos, para dejar paso después a las clasificadas. Como el padre de Boyle solía decir, *"tentar al asno con la zanahoria"*. Después de haber leído los informes, Boyle comprendió por qué alguien como Mitchell (un genio en casi todas las materias) lo necesitaba. Si creía la historia de esos documentos, con la aparición de las tablillas se encontraba en un punto muerto; necesitaba traducirlas e interpretarlas para poder detener lo que estaba ocurriendo.

Boyle se puso en pie, y caminó inquieto por su salón. No sabía que opinar, ni cómo actuar a continuación. ¿Creer en una historia insólita, o centrarse en descifrar las malditas tablillas? Claro que eso ya lo había intentado sin mucho resultado, pero lo que aquellos documentos confidenciales explicaban era una tremenda locura. Aunque también lo era encontrar unas láminas de un material que aún no se había comercializado en lugares tan ignotos como un glaciar o la sima de las Marianas.

Sintió la necesidad de servirse otra copa y repasar el último documento —el más esclarecedor y también el más disparatado—, cuando escuchó la melodía de su móvil. En la pantalla de cristal líquido apareció la inscripción *"Numero desconocido"*. Dudó si cogerlo, pero al final pulsó la tecla de aceptar.

—¿Sam Boyle?—preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién es?

—Va a suceder.

—Perdón, ¿qué?—Boyle no reconocía la voz—. ¿Va a suceder?, ¿quién es usted? ¿Cómo tiene mi número de teléfono?

—Debe usted concentrarse en la holografía de las matemáticas.

—¿Qué quiere decir?—por alguna razón que no entendía, aquella llamada le estaba creando una desazón enorme, y perlas de sudor aparecieron en su frente—. ¿Pertenece a la NSA?

—Debo colgar o me pillara la onda—contestó lacónicamente su interlocutor—. Pero hágame caso, continúe con el modelo de la Curva Elíptica y no se deje desviar por falsos posicionamientos. Siga su instinto, señor Boyle.

Boyle escuchó el característico chasquido de desconexión de llamada, pero aún así siguió preguntando al aparato. Nadie contestó. Nervioso, pulsó las teclas de su agenda, y encontró allí el teléfono de Abraham Mitchell. Cuando escuchó los tonos de llamada sintió una terrible opresión en el pecho, algo más psíquico que físico. De repente, los tonos enmudecieron y el teléfono se apagó. Con dedos temblorosos intentó enchufarlo de nuevo, pero el aparato se negaba a obedecer. Lo conectó a la luz para comprobar que no estaba descargado, pero la pantalla siguió a oscuras. De repente, sintió la imperiosa necesidad de volver a la sede del FBI. Necesitaba hablar con Mitchell.

La bomba arco iris

1

Hora: 14.00

Daniel Nash se encontraba en Kiddy's saboreando un maravilloso trozo de pastel de chocolate y un batido cuando ocurrió el apagón. En realidad no había sido un corte como tal, pues las luces aún funcionaban, pero la cafetería quedó en silencio al desconectarse el hilo musical; el horno dejó de emitir su característico zumbido, y todas las conversaciones de móvil de los muchos clientes se silenciaron. Durante unos segundos, el silencio se hizo pesado mientras la gente intentaba comprender qué estaba ocurriendo, pero de inmediato todos se movilizaron buscando con la mirada a sus vecinos de mesa, y otros saliendo incluso a corroborar en la calle que, efectivamente, había tenido lugar un apagón.

Durante unos increíblemente interminables segundos, Daniel no se movió de su mesa. Incluso se permitió la extravagancia de seguir comiendo el trozo de pastel que aún le quedaba en el plato, pero cuando comprobó su teléfono, un sudor frío le recorrió la espalda. ¿Qué diablos estaba sucediendo?

Un hombre bajito y cadavérico gritó en voz alta que seguramente se debía a que había caído algún satélite de las comunicaciones, a lo que una chica joven le respondió con desprecio que eso no tenía nada que ver para que el horno y la cafetera industrial también se hubieran apagado. Las camareras iban de una mesa a otra sin saber qué hacer, mientras que el dueño del local —coronado con un extravagante sombrero de chef—, correteaba de un electrodoméstico a otro, comprobando que en efecto todos se encontraban apagados. De repente, Daniel cayó en la cuenta de algo que le hizo sentir un dolor agudo en el centro del pecho. ¡El hospital! ¿También habría sufrido la interrupción eléctrica? Y en caso de que así fuese, ¿habría llegado a terminar Trent la operación a Tommy?

Abandonó la cafetería a la carrera, lanzando un billete de veinte dólares encima de la mesa, y se presentó en la puerta de urgencias —que era la que le quedaba más cerca de la cafetería—. Desde allí accedería a la sala de médicos y subiría hasta la primera planta de quirófanos, pero cuando llegó se encontró con la puerta cerrada a cal y canto. Aporreó con fuerza los cristales de la entrada batiente,

pero nadie salió a responderle. Emprendió entonces la carrera para rodear el edificio hasta la entrada principal, y chocó de frente contra otro hombre. Ambos se miraron, pero no se dijeron ni una sola palabra. Cada uno tenía cosas más importantes en las que pensar que en las disculpas, con toda seguridad.

Daniel llegó hasta las grandes puertas dobles del hospital, pero dos guardias de seguridad lo detuvieron en plena carrera.

—Lo siento señor, no se puede entrar en este momento—le indicó uno de ellos mientras lo sujetaba del brazo—. El hospital está realizando unos ajus…

—¡Soy médico, trabajo aquí!—bramó tratando de desasirse—. ¡Quítese de mi camino!

El guardia lo retuvo del codo con mucha más fuerza, y su compañero se acercó un paso, alerta por si Daniel se ponía complicado.

—Señor, ya le he dicho que tenemos órdenes expresas de no dejar pasar a nadie hasta que se restablezca el servicio.

Daniel quiso replicar, pero el compañero —siempre alerta—, se cansó del juego. Se adelantó y, con brusquedad, le puso unas manos como mazas sobre los hombros y lo obligó a darse media vuelta. A pesar de que Daniel se encontraba en buena forma, aquel animal lo manejó como a un osito de peluche.

—Vamos, márchese.

El médico le lanzó una mirada furiosa, pero no replicó. Se le acababa de ocurrir otra idea. Volvió a rodear el edificio de nuevo a la carrera y, se dirigió hacia la zona de la cafetería. El hospital general había reformado unos años atrás parte de su fachada principal, pero la zona más antigua (y menos vista desde fuera), había quedado aplazada hasta la provisión de nuevos fondos. El edificio general era una impresionante concatenación de módulos unidos entre sí para formar un único espacio de distintos pabellones. Las zonas reformadas habían quedado para las consultas y quirófanos. Urgencias quedaba en medio de la reconstrucción, creando una sensación de veterano olvidado; la zona trasera —más antigua—, había permanecido sin modificar para dedicarla a la cafetería, la lavandería y la entrada de suministros. Daniel conocía muy bien aquella zona, porque era por donde solía escaparse para fumar cuando era tan solo un interno.

Rezó mientras corría para que los grandes camiones con sábanas, toallas y material nuevo no se hubieran marchado, y casi sintió un vuelco en el estómago cuando vio allí aparcado un enorme vehículo rojo con las palabras MAN en el radiador. Sin detenerse,

Daniel saltó sobre el capó y rogó que el dueño no se encontrase cerca. Nadie le agarró por los tobillos. Subió a la cabina, y desde allí se izó hasta una de las ventanas de la lavandería. Aterrizó en la oscura sala de suministros del hospital, y entre todas aquellas estanterías abarrotadas de material quirúrgico, humidificadores y rollos de gasas, se sintió si cabe más aterrorizado.

¿Pero qué demonios estoy haciendo? Seguro que se trata de un apagón corriente, el hospital tiene generadores alternativos para estos casos.

Empujó con fuerza las puertas batientes —que a Daniel le recordaron las de un salón de una película western—, y se encontró en un pasillo totalmente vacío. Corrió en dirección al bloque principal con la intención de subir por las escaleras de servicio hasta los quirófanos, pero cuando quiso cruzar urgencias se dio cuenta de por qué habían cerrado el hospital. Varios miembros de la seguridad del hospital trataban de calmar a una masa asustada y enfurecida que se había hecho con extintores y sillas, amenazando con golpear a quien se acercase. Un hombre enfundado en un mono de la construcción blandía una jeringuilla hipodérmica enorme, gritando a pleno pulmón que necesitaba ser atendido por un médico. Daniel no pudo moverse durante unos segundos, asombrado, hasta que una señora de unos sesenta años lo apartó de un empujón.

—¡Quite de ahí, drogadicto!—graznó la anciana.

El médico reaccionó por fin cuando la mujer hizo ademán de escupirle si no se movía. A empujones se abrió paso hasta la puerta que comunicaba con el puesto de enfermeras —en aquel momento vacío—, y desde allí pasó a la sala de los doctores. Atravesó el pasillo a toda velocidad y subió los peldaños de dos en dos. Cuando llegó hasta la puerta que llevaba hasta cirugía cardiovascular, se quedó clavado a mitad de camino. Allí, mirándolo con unos asombrosos ojos que destacaban sobre una impresionante piel de ébano, se encontraba un hombre vestido con una bata de papel.

—Hola doctor—dijo pausadamente con una voz que parecía un trueno.

—Hola Tommy.

Con un movimiento veloz, a pesar de llevar colocadas aún las vías, le propinó un puñetazo.

2

Hora: 14.01

Se paseó la lengua por los dientes sintiendo el regusto metálico de la sangre y, cuando intentó ponerse de pie, creyó que algo pesado le había caído sobre el pecho. Estaba tendido de espaldas y le dolía la cabeza, pero lo peor era aquella sensación del pecho. La opresión que sentía lo estaba asfixiando, no le dejaba respirar.

Escuchó gritos muy lejos, llamándolo por su nombre y, con un esfuerzo supremo de voluntad consiguió incorporarse.

—Cod, tío, ¿estás bien?—preguntó Rach a escasos centímetros de su rostro—. Parece que te ha dado un *yuyu* o algo así.

—Que… qué demonios…

—Tío, has caído redondo—su amigo lo ayudó a incorporarse—. Colega, deberías mirarte el nivel de glucosa o algo.

Cody se incorporó a medias, y cuando su vista se aclaró lo suficiente vio como Script y Hale le observaban desde cierta distancia, mientras que Rach tiraba de sus manos para ayudarlo. También observó que el almacén parecía más oscuro, como si alguna luz se hubiera fundido.

—¿Pero qué dices, no lo habéis sentido?—preguntó aún conmocionado—. ¡Vamos, tenéis que haberlo notado!

—Cody colega, ha sido un simple corte de luz—tranquilizó Rach—. Nada del otro mundo.

—No, no ha sido eso—Cody se levantó demasiado deprisa y sintió un leve mareo, pero se le pasó casi tan rápido como había llegado—. Script, comprueba tu móvil o la tableta.

Se volvió a toda prisa y corrió en dirección al portátil que se encontraba abierto sobre una de las mesas de trabajo. La pantalla estaba en negro, y Cody pulsó varias teclas de forma atropellada para cerciorarse de que no era un salvapantallas. Nada, el ordenador estaba apagado.

—¿Qué demonios…?—escuchó decir a Script a lo lejos.

Segundos más tarde, Dick Hale maldijo todos los santos del cielo a gritos mientras se paseaba por su taller, intentando encender los aparatos electrónicos. Ni siquiera pudo abrir la caja registradora, pues era una de esas con pantallas táctiles digitales.

—¿Que cojones has hecho chaval?—Hale se encaró con Cody y

lo agarró con furia del cuello de la sudadera—. ¡Vas a tener que pagarme el arreglo de toda esta mierda!.

Rach se acercó corriendo, pero Hale lo sujetó con una mano y le empujó hacia un lado con tal violencia que el chico tuvo que sujetarse a una mesa para no caer.

—Esto ha sido cosa tuya chaval—a Hale le salían espumarajos de saliva por las comisuras de los labios—. Has tocado algo y has fundido la instalación eléctrica, por eso te has desmayado.

—Yo no he tocado nada—dijo Cody asustado—. No he sido yo.

—¡Chico me vas a pagar este desastre o te parto la cabeza!—alzó el brazo, amenazante—. Te juro que…

Sin decir ni una sola palabra, Script cogió a Hale por los hombros como si fuese un chiquillo y lo obligó a girarse. Cuando estaban frente a frente, el informático (que le sacaba una cabeza), le dio un puñetazo en medio de la nariz con tal velocidad que Hale no pudo ni siquiera gritar. Script lo soltó, y el técnico cayó al suelo como un muñeco de trapo desmadejado.

—Y ahora, vamos a trabajar—dijo lacónico el gigante.

—¿Que vas a hacer?—preguntó Cody, que aún respiraba con dificultad.

—Lo que tenía pensado hacer antes de que pasara esto—abarcó con un gesto los ordenadores apagados—. Una caja Faraday.

3

Hora: 14.02

Sam Boyle llevaba sentado en el coche dos minutos sin poder reaccionar. Los gritos reverberaban a través de las ventanas, a pesar de estar subidas, y en más de una ocasión Sam pudo ver a gente pasar corriendo junto a su coche.

Accionó de nuevo la llave en el contacto de su Toyota con el mismo resultado. El coche estaba muerto. Lentamente, como en un sueño, se desabrochó el cinturón y salió del vehículo. El sonido de gritos lo invadió como una ola de aire frío al salir de una casa, y de repente reaccionó. Empezó a moverse como si estuviese impulsado por una mano invisible que lo empujaba por la espalda. Sus piernas y su cuerpo se movían, pero su mente estaba muy lejos. Aquella luz.

Agarró a un tipo que gritaba que su hijo seguía en el coche y le dio la vuelta con un violento empujón.

—¿Has visto la luz?—le preguntó.

El hombre lo miró un instante y, de nuevo se volvió hacia el Dodge, berreando que su niño estaba en el coche. Sam sintió una ira antinatural en él, y estuvo tentado de golpearle, de decirle que dejase de pedir ayuda y sacase a su hijo de en medio de la carretera, pero siguió adelante.

La avenida Georgia estaba totalmente colapsada. Curiosamente, pensó Boyle, no se escuchaba ni un solo bocinazo. Necesitaba llegar hasta el edificio Hoover, como si fuese una necesidad física. No sabía muy bien el motivo, pero en su interior algo le decía que debía estar allí, y algo todavía más imperante, algo que le provocaba una inquietud casi acuciante le gritaba que no podía perder ni un segundo.

Cuando su mente recuperó el control, se dio cuenta de que su cuerpo ya estaba en marcha y avanzaba serpenteando entre los coches que atestaban la avenida (e incluso las aceras) intentando no tropezar con nadie.

En una ocasión casi fue atropellado por un ciclista que avanzaba a toda velocidad por la margen saturado, y repetidas veces golpeó en su atolondrada carrera a varios transeúntes que vagaban de forma errática, aún en estado shock.

Abandonó la arteria principal y avanzó mucho más deprisa

cuando atajó por callejuelas secundarias por las que no había ningún vehículo por ser peatonales. Le dolía el pecho a consecuencia de su mala forma física, pero dedujo que aquella presión no se debía únicamente a los bollos de canela de por la mañana. El ardor que le bombeaba desde el centro de su cuerpo hasta las extremidades era algo nuevo, algo que no le gustaba en absoluto.

Cuando solo le faltaban tres manzanas para llegar a la sede del FBI, sintió una punzada, se dobló y vomitó junto a una papelera. La opresión del pecho se disipó de inmediato —como si hubiera arrojado una roca incrustada allí dentro—, y al instante reemprendió la carrera sintiéndose mucho mejor.

El tosco y feo edificio Hoover era un caos ya en las inmediaciones, donde una docena de coches se alineaban en fila india en la entrada del parking. Varios guardias estaban apostados en la entrada del subterráneo, y otros siete u ocho más guardaban las puertas principales.

Boyle se acercó respirando entrecortadamente, y en el acto se dio cuenta de que le iba a ser difícil acceder al edificio. Dos guardias registraban a fondo a un hombre, y tras ser revisada su acreditación se le prohibió el paso. El individuo, un calvo con una barriga prominente que le combaba la camisa por fuera de la americana marrón, se puso hecho una fiera, pero otros dos guardias lo sacaron de allí a empellones. Le tocó el turno a Sam.

—Levante los brazos.

—¿Qué está pasando?—preguntó inocentemente Boyle, aunque sabía de sobra qué ocurría—. Soy agente de la NSA.

—¿No es del FBI?—el guardia detuvo el cacheo—. Debe usted marcharse de aquí.

—Pero no lo entiende. Soy Sam Boyle, trabajo conjuntamente con…

—Señor—el tono del guardia se había endurecido—. Tiene usted que dejar paso.

Por el rabillo del ojo pudo ver como los dos guardias encargados de sacar a los “alborotadores” ya se acercaban por detrás. Se puso nervioso y se lanzó contra los dos hombres de la puerta.

—¡Tengo que entrar!—el agente que lo había cacheado lo retuvo, y su compañero sacó algo que llevaba atado a la cintura—. No lo entienden, tengo que entrar ¡trabajo con Abraham Mitchell!

Sintió un dolor lacerante en el brazo cuando la porra del guardia le golpeó con fuerza, y otra punzada en el costado cuando otro agente le clavó la suya en las costillas. Las náuseas amenazaron con

volver de nuevo.

"No, por favor, no vomites ahora como un vulgar niño con una rabieta" pensó. Ahora eran ya cuatro hombres los que estaban sobre él, y volvió a sentir un aguijonazo en la frente izquierda. De repente sintió aflojar la presión sobre sus brazos y pecho, y notó como se apartaban de él. Boyle, mareado, se dejó caer en el suelo con la vista desenfocada, y solo pudo escuchar el nombre de Abraham Mitchell antes de desmayarse.

Un olor a menta increíblemente desagradable le invadió las fosas nasales, y su mente pareció cobrar vida como un motor de arranque automático. Al inclinarse demasiado deprisa le acometió una nueva náusea, pero la reprimió. También le dolían intensamente las costillas y la cabeza, pero se encontraba demasiado alterado para preocuparse de eso. Reconoció la habitación en la que se encontraba y se puso en pie apresuradamente. Frente a él se encontraba Mitchell con sus brillantes ojos azules, más apagados que nunca. Primero lo retuvo con una mano sobre el pecho y procedió a examinarle las pupilas. Cuando se hubo cerciorado de que no existían lesiones cerebrales, le dejó levantarse.

—¿Qué demonios está pasando?—preguntó malhumorado. No le gustaba que le pegaran, y menos compañeros de profesión—. ¡Dime de una maldita vez que cojones está pasando!

—Tranquilízate Boyle—en el rostro del joven se atisbaba verdadero abatimiento—. Ya no podemos hacer nada.

—¿Qué?—Sam sintió crecer la rabia dentro de sí; quería abofetear a alguien—. ¿Qué demonios es eso de que ya no podemos hacer nada?.

—¿Has leído los informes?

—Sí, pero todo eso no son más que batallitas de guerra y datos superfluos, nada en esos informes explica que los coches se vayan a paseo.

Mitchell se puso en pie y se paseó por su despacho con los hombros caídos y la cabeza gacha.

—No, eso ya lo sé—se acercó hasta la ventana para mirar el trafico detenido en la avenida—. Pero me temo que la culpa de eso es mía.

—¿Quieres decir que has sido tú el que ha bloqueado los coches?—se sorprendió Boyle.

—Indirectamente… sí—se volvió, y a pesar de ser tan joven, su rostro aparentaba el cansancio de un anciano—. Y mucho me temo que no son solo los coches.

—¿Quieres decir…?

—Sí, cualquier cosa que contenga un circuito electrónico.

—Pero eso no puede ser.

—Me temo que sí.

Boyle se puso en pie y se acercó hasta el joven genio del FBI.

—Abraham—le puso las manos en los hombros de forma suave—. Debe de haber algo que podamos hacer, pero para ayudarte a conseguirlo debo saberlo todo; necesito la verdad.

Mitchell lo miró largo rato a los ojos, hasta que una pequeña chispa cruzo por su iris moteado de verde.

—Quizás…—se alejó hasta su escritorio casi corriendo. Abrió el segundo cajón con una pequeña llave, y revolvió dentro hasta que sacó una pequeña caja—. ¡Ajá!, Sam, venga conmigo, debo contarle algo que solo conocen dos personas en el mundo… por lo menos que continúen con vida.

↔

Mark Bell contempló las cinco placas de grafeno y modificó la composición para adaptarlas rápidamente. Desde que el SR-71 había aterrizado en suelo estadounidense, Bell había sentido la inquietud de un niño que sabe que llega Papá Noel con los regalos de Navidad. Era consciente de que un nuevo pulso estaba a punto de suceder, pero quizá, con la nueva placa podría remediarlo. O si no remediarlo, al menos controlarlo, ya que no le convenía que sucediese antes de tiempo. Cuando bajó hasta la primera planta para recibir la plancha, despidió a su servicio secreto sin mediar nada más que un gesto de la mano. Bullía por dentro, se consumía en impaciencia. Correteó por los pasillos como un chaval y subió a su "oficina" de la tercera planta. En aquella ocasión desistió de llamar a Mitchell, pues ya había aprendido del joven genio lo que necesitaba saber. Además, los dramas morales que habían surgido en el chico en las últimas horas le ponían sumamente de mala leche.

Se maravilló una vez más de lo sencillo que era reagrupar las láminas una vez sabías como se hacía, pero claro, para hacerlo había necesitado tres meses y a un futuro premio Nobel.

Bell recordó la forma en que lo había previsto todo, y como su increíble poder de persuasión había captado para la causa al joven —pretendido por todas las agencias—, Abraham Mitchell. No había sido fácil, pero una vez que lo tuvo a su servicio, el entusiasmo adolescente había hecho el resto.

Modificó la secuencia, y las pestañas laterales aparecieron como un desplegable de muñecas de cortar y pegar. Cuando encajó la tablilla y volvió a modificar la serie para que estuviera en sintonía con sus "hermanas", eran las dos en punto de la tarde. Antes incluso de poder apartar las manos del grupo de planchas conectadas entre sí, surgió la onda y, Bell quedó ciego de por vida.

4

Hora: 14.03

Daniel se palpó cuidadosamente la nariz y comprobó que no estaba rota.

—Venga, doc—le dijo Tommy tendiéndole una mano—. Le ayudo a levantarse.

Con un fuerte impulso, levantó el cuerpo del médico, que se vio izado sin esfuerzo pese a sus ochenta kilos.

—No me lo tenga en cuenta doc, pero necesitaba hacerlo—se excusó Tommy, al que no se le notaba un leve sentimiento de culpa —. Y ahora, ¿va a explicarme qué diablos está pasando aquí?

—Sinceramente, no tengo ni la más remota idea—contestó Daniel sin dejar de mirar el pecho de Tommy—. Lo único que sé es que fuera es un caos.

Tommy se fijó en las miradas esquivas de Daniel a su pecho y decidió castigarlo un poco más dejándolo un rato con la incógnita.

—Bueno, lo que quiero ahora mismo es salir de aquí, doc—se encaminó hacia las puertas batientes que comunicaban los quirófanos con las habitaciones de rehabilitación—. ¿Dónde puedo encontrar mi ropa?

—Emm, supongo que aún no la habrán subido a planta—apretó un poco el paso para seguir a Tommy—. El procedimiento es llevársela cuando este en su…

—No me joda doc, mi chaqueta de piel cuesta quinientos dólares.

—Lo… ¿siento?

El hombre observó a Daniel desde su casi metro noventa, e instintivamente Nash dio un paso atrás. El afroamericano curvó los labios en lo que pretendía ser una sonrisa, pero que a Daniel no le causó demasiada tranquilidad.

—No se preocupe doc, no volveré a golpearle—el hombre le posó una mano descomunal sobre el hombro—. Ahora solo quiero salir de aquí, y si me ayuda le perdonaré ese episodio tan… desagradable de la operación.

Daniel asintió y se dirigió hacia la planta baja, donde supuestamente se guardaba la ropa en taquillas junto con los efectos personales —si no era llevada a la lavandería por petición expresa de los pacientes—. Tommy lo siguió de cerca, sujetándose la parte trasera de la bata de papel que llevaba sin anudar.

Entre el rellano de la primera planta y el bajo (el ascensor no funcionaba), se cruzaron con una pelea tremenda entre un enfermero y un tipo de pelo largo y grasiento. El hombre sujetaba una bolsa de lona mientras que el enfermero trataba de arrebatársela. En un descuido, el hombre de pelo largo se abalanzó sobre el enfermero y le mordió por encima del hombro, muy cerca de la clavícula. El traje verde se llenó de sangre, y el tipo de pelo largo se hizo con su botín.

—Eh, atrapen a ese hombre—gritó el enfermero—. ¡Ha robado un set desfibrilador y unas jeringuillas con frascos de insulina!

Nadie detuvo al hombre del pelo largo, y el enfermero se dejó caer en la esquina de la escalera haciendo presión sobre la herida sangrante de su hombro.

—Una puta locura—murmuró Tommy. Pasó por al lado del enfermero sin mirarlo.

Los vestuarios estaban divididos en secciones. Una zona para enfermeros y otra para enfermos. Normalmente la zona de enfermos estaba muy poco usada, pues en las habitaciones de rehabilitación de las plantas superiores había todo tipo de servicios, que abarcaban desde duchas particulares hasta vestuarios individuales en cada departamento. Aquellos vestuarios estaban destinados más bien a pacientes sin seguro, que eran atendidos de heridas o dolencias sin importancia y que se trataban en las salas de médicos de consulta de la planta baja, junto a la de urgencias.

Tommy lo intentó con varias taquillas, pero estaban cerradas. Volvió la vista hacia Daniel, que se encogió de hombros. Con frustración, golpeó con violencia uno de los casilleros; de repente le flojearon las piernas y necesitó sentarse en un banco de madera que había en el centro. Daniel se apresuró a sujetarlo.

—Déjeme doc, me encuentro mejor que nunca—Tommy intentó apartarlo de un manotazo, pero estaba débil incluso para eso.

—No, no está bien. Acaba de ser operado a corazón abierto—le sujetó por los hombros anchos y macizos—. Y debería estar en una cama durmiendo o viendo reposiciones de la ruleta de la fortuna.

Tommy se irguió un poco y lo miró con esos ojos claros tan penetrantes. A pesar de ser un hombre duro, Daniel pudo ver miedo en ellos.

—Escuche doc, necesito llegar a un lugar, y aunque odie admitirlo, estoy un poco… mareado.

—¡No te fastidia!, acaba de ser…

—Cierre el pico—cortó débilmente—. Soy un hombre rico.

—Eso no me interesa.

—Pues a mí sí—centró la mirada en Daniel—. Y no quiero que esa jauría se lleve mis “ahorros” de toda la vida.

—Escuche, acaban…

—Ya, ya, acaban de abrirme el pecho y bla, bla—se puso en pie con visible esfuerzo—. Voy a marcharme, con o sin usted. Si me ayuda a llegar allí a donde voy, se lo recompensaré.

—Aún no lo ha entendido—Daniel tragó saliva—. Ahí fuera es una locura. Los coches no funcionan, los ascensores tampoco, y apostaría que a esta hora los altercados en las calles ya son habituales. Si salimos ahora quien sabe lo que nos espera.

—Tampoco sé lo que me espera aquí dentro. Ya ha visto que le ha pasado a ese enfermero—se apoyó en la pared y empujó la puerta de los vestuarios—. Prefiero jugármela fuera que atrapado aquí como una rata.

Salió y dejó a Daniel solo. De pronto, un ruido de cristales resonó como una bomba en el espacio cerrado de los retretes. Una gigantesca piedra había atravesado el cristal de las ventanas de las duchas y había ido a golpear contra una puerta cerrada de una de las taquillas. Aquello hizo reaccionar a Daniel, que abandonó los vestidores y salió al pasillo. Allí estaba Tommy de frente a él. Parecía que estaba esperándolo.

—No sé qué cree que está esperando, pero no lo voy a sacar de este hospital—repuso Daniel molesto.

—Solo dígame por donde hacerlo. Al menos eso me lo debe.

Tras pensarlo unos instantes, Daniel avanzó por el pasillo deliberadamente más rápido de lo que solía caminar.

—Está bien, acompáñeme.

↔

Salir por donde había entrado no era una opción para un hombre que había sido operado del corazón menos de una hora antes, así que Daniel eligió la opción más sencilla.

La sala de espera de urgencias era una batalla campal de pacientes reclamando ayuda, enfermeras desbordadas al intentar contener el pánico, y varios agentes de seguridad luchando con la multitud que gritaba por acceder a la zona de consultas.

Daniel se alegró de no llevar puesta la bata de médico, y Tommy parecía no enterarse de todo aquel alboroto, pues no mostraba signo de emoción alguna en su rostro. Daniel pensó que aquel hombre debía de ser muy frío en la vida común, y seguía manteniéndose igual en situaciones difíciles como aquella. Cruzaron la sala sin detenerse ni mirar a nadie para evitar caer en alguna de las peleas, y se encaminaron hacia la salida. Cuando llegaron allí, las puertas estaban cerradas.

—¡Pero qué demonios!—maldijo Tommy—. ¿Cómo se atreven a encerrar aquí a esta gente, no ven que se van a matar?

—Nadie los ha encerrado—aclaró Daniel—. El hospital cuenta con una medida de seguridad contra atentados, robos o pandemias. Cuando el sistema detecta una anomalía cierra de forma automática las puertas. Si la anomalía es una falsa alarma se vuelven a abrir desconectando la alarma, pero si ha saltado y no hay electricidad para volver a abrir las puertas…

—¡Joder!—rugió Tommy—. ¡Estamos atrapados aquí dentro!

—No necesariamente.

Daniel indicó a Tommy que lo siguiese y abandonaron la sala de urgencias por una puerta que rezaba: **SALA DE MATERIAL, ACCESO RESTRINGIDO.** Entraron en un almacén atestado de estanterías metálicas repletas de cajas etiquetadas. Tommy pudo leer: RESPIRADORES, MATERIAL QUIRÚRGICO, HUMIDIFICADORES y así una lista inacabable de cajas que alcanzaba hasta donde el pasillo se bifurcaba para dejar sitio a una sala enorme. Aquel espacio sobrecogió a Tommy, que no esperaba que en un hospital existiese un depósito de aquellas características.

—¡Vaya!— silbó—. Esto parece un supermercado.

—Y probablemente haya aquí mas material que en todos los Harrod’s del mundo.

Tommy soltó una carcajada que resonó en aquel espacio inmenso. Sin perder el ritmo, avanzaron por uno de los pasillos y después giraron dos veces más por estrechos corredores que contenían cajas hasta el alto techo.

—¿Dónde vamos, doc?—preguntó inquieto Tommy, que para nada le gustaba verse encerrado.

—A la entrada de los camiones de suministro.

No dijeron ni una palabra más hasta que llegaron a una zona con varios puertos de hormigón para las descargas de los remolques.

—Aquí no veo salidas doc.

—Será porque no las hay.

Tommy se dio la vuelta y, Daniel se apresuró a acláraselo.

—Esas puertas no se abren hasta que llega alguna entrada de material en alguno de los camiones de suministros—se encaramó sobre un saliente de piedra y asió con ambas manos una argolla oculta entre los pliegues de la persiana—. Y cuando llegan, los mozos se encargan de abrirlas… manualmente.

Descorrió varios cerrojos y tiró de la argolla. La puerta se abrió con un ruido metálico, pero sin oponer resistencia.

5

Prince Street con Lafayette.
Soho, New York
Hora: 13.58

Marcos apretó el paso a pesar de que la pierna izquierda le martilleaba sordamente desde la cadera hasta el tobillo. Sofía le había rogado una y otra vez que se quedase en casa esa mañana, pero Marcos se opuso, alegando que necesitaban el dinero.

El paseo por Little Italy al principio le había sentado bien (siempre le reconfortaba aspirar el aroma europeo de aquel rincón del país), pero cuando empezó a entumecérsele la pierna a través de los desgastados pantalones de pana, el dolor se convirtió en un suplicio. Se caló aún más el gorro de lana e intentó mitigar la brisa helada poniéndose al abrigo de los aleros de los edificios. Una vez más —y ya era la cuarta en un minuto—, volvió a mirar la esfera azul descolorida del reloj Lotus que había sido la única herencia de su padre, volviendo a acelerar el paso con inquietud. Llegaba tarde, y conocía de sobra la exigencia del señor Voskov en cuanto a la puntualidad. En realidad, su jefe le había dicho explícitamente que se tomara el día libre, pero Marcos era uno de esos hombres que había pasado toda su vida sirviendo a los demás, y no conocían el sentido de "día libre". En su mente, aquellas palabras se transformaban en: *"Cógete el día si quieres, estás en tu derecho, pero si no vienes sabré que no eres buen trabajador"*.

Cuando llegó al portal tocó al timbre varias veces sin obtener respuesta. Preocupado, sacó de sus bolsillos un manojo de llaves y abrió la cancela. Una vez en la puerta llamó al timbre una vez más, y luego aporreó la madera maciza de la puerta con fuerza. Al no obtener respuesta no se lo pensó dos veces y utilizó su llave de repuesto para entrar. Justo en el mismo momento en que atravesó el umbral, las luces se apagaron y el mundo quedó a oscuras. Marcos profirió un grito ahogado y se golpeó la pierna maltrecha contra un robusto aparador. Cojeando, recorrió la sala que conocía desde hacía dos meses, y llamó a gritos a su jefe. Siguió sin obtener repuesta, pero sus ojos —que ya se estaban acostumbrando a la oscuridad—, pudieron distinguir un brazo sobre uno de los sillones del salón. Llamó de nuevo, pero el brazo ni se inmutó. Marcos cruzó la habitación con cuidado de no golpearse de nuevo, y se acercó hasta el sofá con la intención de despertar al viejo si se había

quedado dormido (aunque sabía de sobra que hacer eso no era buena idea), pero convencido que no era sano para él quedarse allí con el frío que reinaba en la sala de la antigua mansión. Cuando rodeó el sillón su corazón dio un vuelco antes de detenerse por completo. En la butaca de su jefe había sentada una persona, efectivamente, pero no era el viejo; además de no conocer al intruso, el hombre le estaba apuntando a la cara con un arma enorme.

—Siéntese, querido Marcos—decretó el desconocido con una mueca que se asemejaba a una sonrisa—. Tenemos que hablar de un par de cosas sobre su jefe.

6

Hora: 14.25
Washington

Boyle jamás había estado en aquella parte del edificio, pero se limitó a seguir a Mitchell sin despegarse ni un centímetro de su espalda. No comprendía los susurros inconexos que brotaban de la boca del genio del FBI, pero se sintió algo mejor al tener la sensación de estar haciendo algo.

Atravesaron varias puertas —ahora abiertas y sin protección—, en las que los teclados numéricos o los lectores estaban apagados. Las luces de emergencia —de un tono naranja oscuro—, le conferían a cualquier rincón un aspecto tétrico y teñido de misteriosos secretos. Boyle creyó reconocer algunas secciones de la segunda planta, pero su mente se hallaba ocupada trabajando a nivel analítico de forma interna. Aquella forma de pensar, de abstraerse de todo cuanto le rodeaba para centrarse en los detalles dentro de su cabeza le había granjeado bastantes éxitos en su trabajo, pero alguna que otra dificultad en la vida común.

Mitchell le susurró que avanzase deprisa antes de que fueran descubiertos, pero Boyle no había visto absolutamente a nadie en aquella planta desde que habían subido. Llegaron a una encrucijada de pasillos, donde el principal se subdividía en otros dos más estrechos. Uno de ellos fue el que siguió Mitchell sin detenerse. Al llegar a una sala donde un amenazador cartel rezaba "SOLO PERSONAL AUTORIZADO. BAJO SANCIÓN", la cruzó sin pestañear. Boyle continuaba detrás, como un autómata obediente. Mitchell sacó la cajita que había cogido de su despacho y la abrió. Arrojó la tapa de cartón hacia un lado, y dejó a la vista un pen drive. Boyle no supo a que se debía la cara de satisfacción del genio, ni esa enorme sonrisa que se dibujaba en su rostro; tampoco el porqué de tanto secretismo por un insignificante lápiz de memoria.

—Sígueme, Sam—conminó Mitchell—. Espero que funcione.

La ultima puerta que atravesaron desembocó en una sala muy familiar para Boyle, que si bien no había estado allí nunca, había pasado la mitad de su vida adulta en otras tantas habitaciones idénticas a esa. Un sinfín de computadoras destellaban del suelo al

techo en un baile de lucecitas fosforescentes. El aumento de calor en aquel recinto era significativo, pero Boyle ya conocía esa sensación. Aquella era una sala de desencriptación y, por lo visto, en opinión de Boyle una de las más modernas que había visto en su vida.

—Pero, ¿cómo es posible?—carraspeó asombrado—. Las redes han caído…

—Señor Boyle—Mitchell sonreía—. Se encuentra usted en una enorme caja de Faraday; una de las más grandes que existen.

↔

Mark Bell sufrió un instante de aturdimiento, pero solo duró unos minutos. Ya sabía que aquello iba a ocurrir, y aunque lo había esperado durante muchos años, le costó hacerse a la idea. Cuando su mente se adaptó a su nueva “situación”, comenzó a trabajar con una celeridad tan pasmosa que hasta el mismo Bell sintió náuseas. Casi podía otear el interior de su cerebro y dirigir milimétricamente las conexiones entre las células, los impulsos a través de las sinapsis.

Avanzando a ciegas abrió el archivador y tanteó entre los expedientes ocultos en delgadas carpetas de cartón. Aunque no podía ver, supo de inmediato cual era la que tenía que coger. Volvió a su mesa y, con una rapidez prodigiosa tecleó los códigos. Las tabletas de grafeno se desacoplaron de inmediato, y Bell las fue poniendo con sumo cuidado dentro de una bandolera de tela diseñada expresamente para aquel fin. Cada una de las tablillas casaba a la perfección con un compartimento interior, sujetándolas firmemente para que no sufrieran golpes. Tras asegurarse de que estaban todas en sus respectivos lugares, cerró la tapa recubierta de aluminio. Con la bolsa colgada alrededor de su abigarrado pecho, se permitió encender un puro. Cuando hubo saboreado el intenso aroma, descolgó el teléfono y por primera vez en muchos lustros, reveló la situación de aquella habitación. Sin prisa, esperó fumando a que llegaran hasta él.

Mitchell actuó rápido, pero Boyle no dejaba de acosarlo con preguntas que ralentizaban su concentración.

—Abraham, ¿qué demonios está pasando aquí?—volvió a preguntar—. Quiero una explicación, ¡y la quiero ahora mismo!

—Sam, prometo que te contaré todo lo que sé, pero debemos irnos de aquí cuanto antes.

Mitchell introdujo el lápiz de memoria en una de las ranuras del panel central y tecleó furiosamente. La pantalla de la consola principal cambió de color, y una legión de números comenzó a desfilar por la pantalla como pequeños soldaditos en formación.

—Desde el mismo momento en que Bell me contrató, supe que había gato encerrado—murmuró Mitchell mientras tecleaba—. No podía entender para qué necesitaba a un tipo como yo en una agencia como el FBI.

—¿A qué te refieres?

—Pues que soy un cerebrito, un hombre de libros, no me va para nada la acción.

—El FBI está compuesto por muchos…

—Tonterías—atajó Mitchell—. Mi sitio estaba en la NSA o en la CIA, pero Bell movió muchos hilos, pidió muchos favores y, claro, me sentí agradecido… obligado ante tanta atención—la pantalla cambió y emitió un pitido agudo—. No me di cuenta de la tela de araña hasta mucho después.

—¿Tela de araña?—Boyle se asomaba por encima de su hombro intentando ver que hacía—. No sé de qué estás hablando Abraham.

—¿No lo ves?, todo esto, ¡todo es cosa de Bell!—sacó triunfal el lápiz y se lo mostró—. Desde el principio.

—No entiendo nada Abraham.

—En unos minutos lo entenderás—aseguró el joven—. Pero antes, necesito que sepas algo.

—Adelante.

—Esas tablas, las de grafeno—su rostro se ensombreció, y a la luz de las brillantes pantallas adquirió un tono demente—. No son lo que parecen. Ni siquiera tienen un pasado sobrenatural o inexplicable.

—¿Entonces qué son?—explotó Boyle—. ¡Qué narices son!

—Bombas—concluyó Mitchell.

7

Emisora FM RXP,
395 Hudson st, Nueva York
2 de febrero de 2017
Hora: 14.10

Cuando la última señal desapareció, Steve comenzó a gemir como un niño. Las luces de emergencia se pusieron en marcha, y el estudio quedó sumido en las tinieblas relativas de los focos anaranjados distribuidos cada diez metros. Rita experimentó una composición de emociones semejantes a un arco iris, pasando de la sorpresa a la conmoción y, sumiéndose después en la irritación. Paseaba por el estudio en penumbra, fumando y quejándose de todos los organismos de los cuales era capaz de acordarse. Cuando se tranquilizó, su ánimo quedó en hibernación, como si una especie de desidia la hubiese atenazado con unas garras invisibles para no dejarla marchar.

—Steve, para de una vez—exclamó con desgana—. Los mandamás enviaran pronto a los del servicio técnico, y entonces los dos nos…

—¡Esto no es algo que los del servicio puedan arreglar!—bramó Steve mesándose el cabello con nerviosismo—. ¡Esos gilipollas no podrían encontrar una avería en su mismísimo trasero!

—¡Steve!—Rita se sorprendió por el lenguaje soez de su compañero, el cual era un dechado de caballerosidad—. ¡Tranquilízate, por el amor de Dios!

El técnico volvió a subir de nuevo a la pequeña escalera y, tras revisar el cuadro de interruptores, se bajó deprisa con una expresión crispada en el rostro.

—Nada, del cuadro eléctrico no es—repitió mientras se apresuraba a revisar los transmisores por quinta vez—. Y aquí tampoco llega la señal.

—Steve, cariño, como no te quedes quieto un segundo te arañaré la cara hasta que se me partan las uñas; y son de cerámica.

El técnico se acercó hasta ella, la miró fijamente —era unos diez centímetros más bajo—, y le plantó un beso en la mejilla. Ella torció la cabeza de forma lateral, casi de manera imperceptible, pero que a Steve le pareció tremendamente sexual.

—Gracias encanto—dijo tímidamente—. Ya sabes que pierdo los nervios con demasiada facilidad. Quizá sea por eso que sigo soltero y no tengo una cita desde que Bush estaba en el poder.

Ella le acarició la cara de forma tierna y le mostró aquella sonrisa capaz de encoger cualquier corazón.

—Cuando quieras cariño.

A pesar de los gestos —que podrían llegar a confundir—, entre ellos solo existía una profunda amistad, forjada a base de contarse miles de penurias entre cerveza y cerveza después del trabajo. Steve jamás había pensado en Rita como pareja sentimental, no porque no le pareciese sexy, que se lo parecía, sino por el hecho de que había sentido hacia aquella mujer amistad antes que lujuria, y en la mente de Steve no había espacio para las dos cosas al mismo tiempo. Jamás le habían gustado los rollos de trabajo. Para Rita la cuestión era todavía mucho más sencilla; ella se sentía atraída simple e irremediablemente hacia los peores especímenes del género humano, y Steve no se contaba entre ellos.

—Steve—sugirió la mujer tirando la colilla al suelo sin contemplaciones—. Tenemos que salir de aquí. Me cuesta respirar y no podemos hacer nada hasta que venga alguien a decirnos qué narices ha ocurrido.

—Lo secundo—corroboró el técnico, encaminándose con premura hacia la puerta.

Cuando salieron, un olor acre, como a cable quemado les invadió de repente. Steve se giró inmediatamente hacia el tejado de chapa, convencido de que allí arriba había ardido algo, pero Rita le posó una mano sobre el hombro. Cuando el hombre se volvió hacia su amiga, comprobó que tenía una mueca de estupefacción que le deformaba su bonito rostro. Lentamente, Steve se giró y soltó un gritito excesivamente femenino. Ante ellos ardían varios coches en un cruce de cuatro calles regulado por semáforos.

A pesar de que la calle Hudson recibía el nombre del famoso río que cruzaba Manhattan, no se encontraba ni remotamente cerca de la urbe principal. La emisora había sido construida allí por la simple razón de hallarse en un terreno perfecto para su cometido. Estaba alejada del ajetreo de la ciudad, pero dentro del enclave territorial de sus límites. Además, gracias a la proximidad de un pequeño centro de empresas había allí una excelente cobertura de red, sin mencionar los cercanos repetidores que habían reducido

considerablemente el costo de cableado de la emisora. Sus cuadriculadas calles —todas con nombre de arboles o ríos—, eran una zona muy apreciada por familias numerosas o ancianos con ganas de sentirse neoyorquinos, pero sin la necesidad de la bulliciosa acción del centro.

Rita caminaba impulsada por una ráfaga invisible de aire, sin apenas darse cuenta de hacia dónde se dirigía. A su lado, Steve boqueaba buscando las palabras, pero por una vez en su vida no le salía ninguna que considerase adecuada. El calor de las llamas de los vehículos les golpeó en el rostro, a pesar del intenso frío invernal, y Rita sintió ganas de vomitar; además del olor a caucho quemado, otro más intenso le invadió las fosas nasales. Rita asoció ese desagradable olor, con la carne que su abuela asaba en la parrilla del patio de su casa cuando era la encargada de cocinar en las reuniones de la familia. Steve también lo reconoció, y se dobló por la mitad para devolver sobre un bonito parterre de azucenas al margen de la carretera.

—Pero qué demonios…

—Rita, escúchame—Steve se frotaba los labios con la manga de la chaqueta de forma compulsiva—. Tenemos que marcharnos de aquí, ¿me escuchas?, ¡tenemos que largarnos ahora mismo!.

—Pero están… —alzó el brazo señalando el amasijo de hierros carbonizados—. Ellos están…

—Vamos—Steve asió el brazo de la chica y le empujó suavemente en dirección contraria—. Vamos encanto, tenemos que marcharnos.

Rita obedeció sin oponer resistencia, pero sus labios seguían pronunciando palabras que solo ella podía escuchar.

—Vamos—repitió—. Cogeremos mi coche y…

De repente, al cruzar la avenida donde los semáforos habían dejado de funcionar, un pequeño todoterreno apareció desbocado. Rita lo vio, Steve lo vio, pero ya era demasiado tarde. El técnico propinó un violento empujón a su amiga, que cayó de culo sobre un macizo de setos. Cuando él quiso seguir el impulso para apartarse, el coche lo arrolló, lanzándolo varios metros por el aire. Rita observó el cuerpo desmadejado de su compañero y se puso a gritar.

—¡Steve, o Dios mío Steve!

Se acercó hasta donde el hombre había aterrizado y, antes de llegar, vio el charco de sangre sobre el asfalto.

—¡Santa madre de dios Steve!—las lagrimas le bañaron el rostro y le nublaron la vista durante unos segundos, hasta que se las enjugó con la manga—. ¡Steve, Dios bendito dime algo!

Con cuidado le apartó unos mechones de cabello castaño del rostro, y le acarició la mejilla. Por acto reflejo más que otra cosa, le comprobó el pulso en el cuello y se incorporó de un salto.

—¡Sigue con vida!—gritó hacia el coche—. ¡Por Dios, aún está vivo!

Del pequeño todoterreno apareció una anciana con el pelo cardado y canoso que a Rita, a pesar de la conmoción, le recordó a un famoso payaso de televisión.

—Yo, no… ha salido de repente—balbuceó la mujer.

—¡Apártese!—bramó Rita, poniéndose al volante del vehículo—. Considere su coche requisado.

Se acercó con cuidado al cuerpo inerte de su compañero, y con un esfuerzo titánico lo subió a la parte trasera.

—Aguanta colega, te voy a llevar al hospital.

Rita salió derrapando todo lo que el pequeño todoterreno le permitió, y se perdió entre las curiosas calles desiertas con nombres de árbol o río.

Aceleró por la rampa de salida del Hospital General de Manhattan hasta tal punto que las ruedas izquierdas del pequeño todoterreno se alzaron unos milímetros en el aire. Cuando volvieron a coger tracción, Rita atravesó la mediana cuajada de setos sin mirar el carril de dirección contraria. En su mente solo aparecía una única misión, y era la de dejar a Steve al cuidado de los médicos antes de que se terminara desangrando.

Antes incluso de enfilar la entrada principal hasta urgencias, Rita se dio cuenta de que por allí no podría pasar. Un sinfín de ambulancias, taxis y vehículos privados se amontonaban en la pequeña plaza de acceso, así que giró con brusquedad el volante y saltó por encima de una pequeña redonda ricamente decorada con césped y caléndulas. El morro del todoterreno arrasó con varios macizos, y abandonó la sección de entrada destinada para las ambulancias, saliendo con velocidad por el carril que conducía a la parte trasera. Rita sabía que existía una parte menos transitada del edificio, pero que igualmente conducía a la sala de urgencias; el pabellón de maternidad.

Derrapó al llegar a una pequeña redonda y golpeó con el lateral trasero un pivote de plástico destinado a delimitar ambos carriles. Cuando rebasó la puerta del pabellón de maternal, gimió

de impotencia y las lágrimas volvieron a aflorar a sus ojos. A pesar de que varios coches se amontonaban en la entrada —algunos de ellos retorcidos por varios golpes—, y la gente aporreaba con furia las puertas pidiendo entrar, éstas continuaban cerradas a cal y canto. *¡Pero qué demonios estaba ocurriendo!*. A punto de gritar esquivó varios vehículos y tomó la dirección de la salida. Rita estaba pensando en llevar a Steve a algún médico privado, cuando de pronto una enorme persiana se abrió de golpe en uno de los laterales de un muelle de carga, y por ella salieron dos hombres. Sin pensárselo, lanzó el todoterreno en aquella dirección de forma descontrolada. Uno de los hombres llevaba una bata de enfermo, así que Rita supuso que estaban abandonando el hospital por allí y, si se podía salir, también se podía entrar. Mientras se acercaba hasta la puerta abierta, un negro enorme con la ondulante bata aleteando en torno a su espalda le hizo gestos con los brazos. Rita no quería problemas, así que lo esquivó ante los frenéticos aspavientos del hombre. Cuando detuvo el coche junto a la entrada creyó escuchar voces. Por el retrovisor interior vio al hombre de la bata correr hacia ella agitando los brazos, y cuando estaba a punto de apagar el coche y bajar, otro tipo abrió la puerta de su lado.

—¡No apague el coche!— vociferó jadeando. Cuando se dio cuenta de la expresión de pánico de Rita, intentó serenarse—. Perdón, soy el doctor Nash, y si fuese usted tan amable de no apagar su vehículo se lo agradecería enormemente.

Tommy llegó en aquel instante y se dejó caer con la mano en el pecho junto al costado del todoterreno.

8

Edificio J. Edgard Hoover
Washington DC
Hora: 14.35

Mark Bell salió acompañado por dos agentes que lo sujetaban por ambos codos, guiándolo a través del espacio opresivo del garaje. El director se aseguraba de parecer un anciano desvalido, aunque podía *ver* en su mente el camino con toda claridad.

Lo condujeron hasta su coche oficial, pero él les dijo que sería inútil. Los agentes, sin comprender a qué se refería, se limitaron a guiarlo hasta una sección siguiendo las indicaciones de su jefe, en la que varias persianas cerradas relucían. Bell sacó una pequeña llave y se la entregó a uno de los agentes, que la utilizó para apartar un candado. Cuando la persiana se abrió, dejó al descubierto un Hummer H2 de color negro tan brillante que parecía sacado de un catálogo. El anciano se encaminó hacia uno de los asientos traseros, y les indicó a sus hombres la dirección a la que tenían que llevarlo. Cuando el conductor giró la llave en el contacto —estaban allí puestas, esperando para ser utilizadas—, el motor de doce cilindros rugió como un enorme animal enfurecido.

En la puerta del garaje, los agentes probaron sus respectivos mandos para abrir la barrera, pero ninguno funcionó. Bell, les sugirió que probasen con la llave manual que, curiosamente, él llevaba encima. Cuando abandonaron el edificio, el director del FBI esbozó una torcida sonrisa por la precisión con la que se estaba desarrollando todo. Era increíble lo predecibles que podían llegar a ser las costumbres humanas, y como se podían dirigir sus designios con un poco de planificación.

Cuando enfilaron la avenida Roosevelt, Bell no podía verlo, pero a tenor de las exclamaciones de sus dos agentes, la ciudad debía de ser un caos. Una vez más, se congratuló por el enorme poder que estaba a punto de ejercer sobre la raza humana.

—¿Bombas?—exclamó Boyle—. ¿ Como que bombas?.

Mitchell se apresuró a abandonar la sala de desencriptado y, sin contestar, huyó a toda velocidad por los corredores en penumbra del edificio. Boyle lo seguía sin cesar de hacer preguntas, aunque al final desistió viendo que no obtendría las respuestas hasta que Mitchell no se sintiera a salvo.

Avanzaron deprisa, pasando por delante de los cuartos de interrogatorios y después por los despachos de los agentes federales que, misteriosamente, estaban vacíos. El edificio parecía desierto, al menos en las plantas superiores.

Boyle se dejó guiar a través de corredores por Mitchell, que no descendía su velocidad ni siquiera cuando debía doblar una esquina o bajar un corto tramo de escaleras. Se le veía ansioso por salir de allí, cuando de repente dio un salto hacia atrás, como si se hubiese encontrado con una serpiente de cascabel en su camino. Se apretó contra la pared y, con mucho sigilo volvió tras sus pasos, indicándole a Boyle que retrocediera. Cuando hubieron vuelto hasta la improvisada atalaya que era la esquina del pasillo, Mitchell le indicó con un dedo sobre los labios que se mantuviera callado. En aquel instante, dos agentes cruzaron delante de ellos y se perdieron escaleras abajo. Boyle no entendió a qué se debía el pánico de Mitchell hasta que vio a Bell escoltado entre aquellos dos hombres. Cuando se perdieron escaleras abajo, hizo ademán de seguirlos, pero Mitchell lo detuvo.

—Abraham, tenemos que seguirlos—susurró Boyle—. Si la clave es Bell…

—No será necesario—Mitchell estaba realmente aterrorizado—. Yo sé a dónde se dirige.

Descorrió los cerrojos interiores del cajón y dejó a la vista un doble fondo. Dentro había una pequeña tableta, de apenas unas diez pulgadas, pero que Mitchell cogió como si fuese un objeto extremadamente delicado.

—Abraham, sabes de sobra que los aparatos electrónicos…

La frase se le ahogó en los labios cuando el joven pulsó un botón

y la tableta cobró vida.

—¿Cómo…?

—Ya te lo he dicho, si haces una simple…

—Sí, caja Faraday—cortó irritado el criptógrafo—. El caso es, ¿por qué alguien se construye una caja Faraday en un cajón de su mesa?

—Ya te explique que yo tengo parte de la culpa de que esto esté sucediendo.

—¡No, no me has explicado una mierda!—explotó Boyle—. Solo dices frases inconexas y esperas que yo te siga.

—Tienes razón—concedió—. ¿Cómo vas de historia?

—¿Historia?—contestó extrañado—. ¿Recuerdas que soy criptógrafo?

—Pues vamos a refrescar la memoria un poco.

Mitchell tomó asiento y comenzó a hablar.

9

Taller de reparaciones Tucson & Hale
Union Street. Brooklyn, New York
Hora: 14.40

Script trabajaba con la rapidez y maestría de un artesano, mientras que Cody remataba los acabados en las paredes de la caja, y Rach se limitaba a acercarles las piezas que pedían los dos sin levantar la vista de sus trabajos. Dick Hale recuperó el conocimiento dos veces desde que Script lo tumbase, y dos veces más había recibido un boleto al sueño inducido por gentileza del gigante.

Cody anunció que había acabado el trabajo, y Script se acercó para comprobarlo.

—¿Has colocado el cable de toma de tierra?—preguntó.

—Sí.

—¿Y la pinza al final del cable?

—Sí.

—¿Habrás asegurado la tela metálica forrándola con aluminio?

—Sí.

—¿De menos de un milímetro, no?

—Sí—contestó molesto Cody una vez más—. Script, sé hacer una caja Faraday.

—Lo siento Cod, es que es muy importante que ningún pulso atraviese esa urna.

—Lo sé.

—¿Te has asegurado de que la caja interior no toque…?

—¡Sí!—cortó, irritado.

—Vale, vale—levantó las manos en señal de paz—. Yo casi tengo arreglado lo mío.

—¿En qué estás trabajando?—preguntó Rach.

—En un localizador.

El gigante volvió a su mesa de trabajo sin hacer ninguna aclaración, y Rach volvió a la carga.

—¿Un localizador?—se acercó a la mesa—. ¿Para qué lo quieres?

El gigante siguió trabajando con velocidad pero con una precisión rigurosa. Primero con un soldador de estaño y, acto

seguido con unos pequeños chips electrónicos.

—Este está frito—dijo para sí Script—. Rach, ¿puedes traerme la caja de herramientas que hay en ese estante?

El chico obedeció de inmediato. Script rebuscó dentro del maletín, lanzando las herramientas fuera hasta que encontró lo que buscaba. Con una delicadeza extrema sacó un pequeño estuche de cartón que llevaba logotipos en letras chinas. Con dedos temblorosos rompió el cierre de papel y desembaló su contenido. Cody y Rach se acercaron tanto que casi se suben a la espalda de Script.

—Esperemos que haya resistido—dijo entre dientes.

Cody observó como extraía unos pequeños chips de silicio de una placa de cristal, y procedía a colocarlos en una pequeña tableta SONY. De inmediato, Cody se dio cuenta de qué se proponía hacer Script y soltó un improperio, desanimado.

—Tío, no creo que funcione.

—No perdemos nada por intentarlo—contestó Script sin volverse, concentrado con un pequeño soldador.

—¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando?—preguntó Rach.

—Un PEM es básicamente una descarga de energía electromagnética—explicó Script mientras continuaba ensamblando chips microscópicos en la base de la tableta—. Estas descargas pueden ser de dos tipos: naturales, como un rayo o una tormenta solar, o artificiales, como una bomba nuclear. La materia entra en contacto con la radiación Gamma, lo ioniza todo y, cuando se consume deja paso a un campo magnético zonal.

—Eso no es nada nuevo—bromeó Cody—. Te podrías haber ahorrado la clase y decirnos qué haces.

—Como iba diciendo—continuó—, el pico de tensión que se genera es capaz de freír todo, desde móviles, baterías, bombillas, excepto…

—¿Excepto qué?—preguntó ansioso Rach.

—Excepto los aparatos apagados y guardados de forma conveniente. Este gilipollas de Hale almacena las piezas según le vienen, sin catalogarlas ni preocuparse de en qué estado se guardan. Estos fragmentos—mostró el receptáculo vacío donde habían estado los chips—, estaban dentro de su caja de embalar, y está protegida por un maletín de herramientas. Dentro de un recipiente… de hierro.

—¡Joder!—exclamó sobresaltado Cody—. ¡Es una caja de Faraday improvisada!

—Exacto. Y si ese estuche de cartón no ha tocado las paredes metálicas de la caja de herramientas, igual se podrían salvar…

—¿Pero para qué quieres una tableta?—Rach no entendía nada de toda aquella jerga—. Internet no funcionara.

—No es para navegar, sino para localizar—un chispazo surgió de unos cables diminutos, y Script maldijo entre murmullos—. Esto, señores, es un localizador de descargas de radiofrecuencia. Si funciona, claro.

—Script, eres un maldito genio—exclamó Cody, que acababa de comprender qué pretendía su amigo—. Eso que tienes ahí no es una tableta, sino un GPS ¿verdad?

—Otro punto para ti, amigo—contestó el gigante.

—Cody tío, explícame esto en castellano—pidió Rach.

—Lo que Script está haciendo es adaptar un GPS para captar las señales de los campos eléctricos generados, y recibir las señales de tiempo...

—Cody, te he dicho en castellano.

—A ver, un pulso manda una onda—cuando estuvo seguro de que Rach lo seguía, continuó—. Script la captará, la cruzará con el tiempo que ha tardado en llegar hasta él, y eso le dará una latitud y una longitud. Como cuando de pequeños contábamos los segundos desde que se escuchaba el trueno hasta que aparecía el rayo.

—¿ Y para qué queremos saber eso?

—Evidente—Script se dio la vuelta, con la pantalla del GPS encendida y una sonrisa de oreja a oreja en el rostro—. Para descubrir la fuente de donde procede ese pulso y mandarla a tomar por culo.

10

Edificio J. Edgard Hoover
Washington DC
Hora: 14.45

—Todo comenzó sobre 1917, tras el triunfo de la Revolución Rusa—Mitchell se repantigó hacia atrás—. En esa época las relaciones entre Estados Unidos y Rusia se deterioraron, y aún fue peor tras la II guerra mundial.

—Eso ya lo sé—confirmó Boyle algo molesto—. Lo de la "operación impensable", las alianzas con los británicos y todo lo demás, pero no entiendo qué tiene eso que ver con lo que está ocurriendo ahora.

—Todo; esa es la clave del problema. La historia que conocemos se enseña en los colegios o está disponible para cualquier curioso con conexión a internet, y por ese motivo hemos acabado por no cuestionarla.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que esas relaciones no estaban tan deterioradas como nos han enseñado en la escuela—Mitchell le mostró de nuevo el pen drive—. Sam, en esta memoria tengo archivos clasificados que nadie conoce y que yo he obtenido por el único motivo de colaborar con Bell.

—¿Qué archivos?

—Los que demuestran que nos mienten desde hace casi un siglo. Tanto Estados Unidos como Rusia siempre han sabido que eran las dos grandes potencias del planeta, y como tales debían mostrar al mundo una aptitud "hostil" entre ellos.

—¿Por qué?

—Por el miedo.

—¿El miedo?

—Efectivamente. Si los honrados contribuyentes creían que el país malo del otro lado del mundo vendría a por ellos en cualquier momento, jamás se escatimaría el dinero para disuadirlos.

—¿Quieres decir que Estados Unidos y Rusia fingían llevarse mal para obtener subvenciones?

—Y para tener manga ancha con las investigaciones—se aclaró

la garganta—. En el año 1948 se inició la operación conjunta llamada “La búsqueda”, y que consistió en cercar la ciudad de Berlín tras la guerra para hacerse con los servicios de los más afamados científicos alemanes.

—¡Pero eso fue culpa de Stalin!—se horrorizó Boyle—.¡Él inició el bloqueo de Berlín!

—Sí, y los americanos hicieron ver los disgustados que estaban —ironizó Mitchell—. Y por eso lanzaron caramelos desde los aviones para los niños berlineses.

—Eso fue la *Little vittles,* y se hizo para serenar los… —se quedó callado—. Ah, vaya.

—Sam, nos hicieron ver lo que queríamos ver, pero el verdadero objetivo era el poder—se acercó. Le brillaban los ojos—. El poder nuclear. En la reunión de 1945 entre Truman y Stalin se dio luz verde para una prueba, y Estados Unidos lanzó las bombas de Hiroshima y Nagasaki una semana más tarde.

—¿Quieres decir que eso fue idea de Stalin?—preguntó incrédulo.

—No, no solo de él. Aquella fue una excusa para probar los avances en armas que habían desarrollado los dos países. En diciembre de 1948 se produjo el hecho que cambiaría la historia, y no fue otro que la detención de Stefan Bierhoff.

—¿Quién era?—Boyle estaba metido totalmente en la historia.

—Bierhoff fue uno de los mayores impulsores de los avances en tecnología nuclear de la Alemania Oriental. Los Estados Unidos y Rusia llevaban tras su pista mucho tiempo. Tras tentarlo con inmunidad, Bierhoff se convirtió a la causa, comenzando así las investigaciones para los dos *grandes*. Las mejoras en el arsenal nuclear se desarrollaron durante años, encubiertas mediante alguna disputa con otros países

—¿Como la bomba de hidrogeno?

—Sí, esa fue una de las pruebas—concedió Mitchell—. En 1949 surte efecto la treta de Truman. Estados Unidos se posiciona en el lado de los nacionalistas del Kuomintang en la guerra civil china, y los rusos en el bando contrario. Cuando el ejército rojo, con Mao Zedong gana la guerra, el miedo en los americanos vuelve a crecer y nace la “Teoría de la Contención”, un tratado que permite a Truman cuadruplicar los gastos en defensa.

—Otra vez el miedo— corrobora Boyle.

—Exacto—Mitchell sonreía tristemente al comprobar que Boyle comenzaba a comprender—. Con dinero fresco, Truman y Stalin vuelven a la carga. Siguen azuzando a las naciones para iniciar

guerras, como la de Corea, de donde nace la ley *Proxy*; en ese momento se acuerda que los ejércitos rusos y americanos no se enfrentarán. Todo marchaba según lo previsto, hasta que en 1953 se produce un nuevo cambio. En enero gana las elecciones Eisenhower y reduce el gasto militar a más de la mitad. En marzo, muere Stalin y Nikita Jrushchov asume el poder, rompiendo las relaciones secretas con Estados Unidos y condenando la política de Stalin. Por aquel entonces, en ambos bandos aún quedaban miembros que seguían siendo fieles a Stalin y Truman, que continuaron en secreto con las investigaciones creando asociaciones financiadas por el gobierno, aunque secretamente se dedicaran a derrocarlo.

—Jrushchov acabó empeorándolo todo aún más—afirmó Boyle, que sentía un nudo en el estómago.

—Sí, aunque su idea fue la de la coexistencia pacífica, las presiones por parte de Estados Unidos declarando que eran superiores en armamento nuclear obligó al gobierno ruso a duplicar sus esfuerzos de investigación en este campo.

—En definitiva—confirmó Boyle—. Comenzaron a ver quien meaba más lejos.

—Así es—Mitchell esbozó una sonrisa—. Pero Jrushchov tenía su propia obsesión, y organizó una subdelegación al margen del estado ruso para investigación científica, a la que denominó “Vite”.

—Mente—tradujo Boyle.

—Sí. Jrushchov contrató a un brillante científico y neurólogo ruso llamado Leonid Kosygin, el cual dedicó siete años a la investigación de las conexiones cerebrales en un laboratorio secreto en la base aérea de Rogachevo, en Nueva Zembla.

—¿Kosygin?

—Así es. Durante esos años trabajaron en las mismas instalaciones Viktor Davidenko, Vitalí Sajarov y Andrei Raduga, todos ellos especialistas en los campos de física, astrología y medicina. Jrushchov compartía la idea de que el mundo se conquistaba a través de la dominación de la mente y el espacio.

—Por lo que puso a trabajar para ello a un montón de refugiados brillantes encerrados en una instalación militar—afirmó Boyle.

—Algo así—Mitchell se encogió de hombros—. Pero el caso es que con la llegada de Kennedy al poder volvieron a cambiar las cosas. Jrushchov y Kennedy se conocieron y llegaron a intimar. Jamás salió a la luz esa estrecha amistad, pero el caso es que así era. Colaboraron conjuntamente en varios proyectos sobre la mente y el espacio.

—De ahí la frase de JFK—Boyle hablaba como en un sueño. Le estaba costando reescribir la historia que tanto había estudiado de los libros—; *"La guerra fría es una lucha por la mente de los hombres"*.

—Cierto. Por aquel entonces, Kennedy estaba muy imbuido de las ideas del líder ruso. Kosygin había avanzado considerablemente en el estudio de las mentes, pero le faltaba una pieza, la clave que le haría encontrar el eslabón que buscaba. Convenció al líder ruso para que realizase una búsqueda disparatada de sujetos, según él, "afines" a sus estudios, y tras una reunión se procedió a sitiar Berlín. Como resultado, la fuga de cerebros en Alemania fue considerable.

—La crisis del 61.

—Exacto, solo que fue un montaje para hacerse con los más brillantes cerebros de la Alemania Oriental. Kosygin consiguió lo que buscaba, miles de personas con las que seguir adelante en sus experimentos. En septiembre de ese año, y una vez obtenido su fuga de cerebros, Jrushchov procedió a corregir esa fuga.

—El muro de Berlín.

—Correcto.

—Pero, ¿por qué?—Boyle no lograba comprender la situación—. ¿Por qué dos líderes mundiales correrían tantos riesgos y mantendrían ese montaje solo para apresar a unos cuantos cerebritos alemanes?

—En realidad, solo buscaban uno.

—¿Cómo?

—La búsqueda era por un solo cerebrito, solo que éste había cambiado de ciudad y de nombre.

—¿Pero porqué, porqué era tan importante ese hombre?

—Según Kosygin, era un antiguo "conocido" de la guerra. En mi opinión era un preso con el que habían experimentado anteriormente los nazis.

—¡Madre de Dios!

—Bueno, hasta aquí es una información asombrosa, pero del todo predecible. Bell me la contó cuando entré a trabajar aquí. Venga Sam, ¡dos naciones embaucando, mintiendo y engañando para conseguir sus fines no es para nada extraño!

—Pues lo que está ocurriendo en este mismo momento sí lo es.

—Eso es otra historia—Mitchell adoptó un tono confidencial—. La que no me contó Bell, y la que verdaderamente es asombrosa.

—Por favor, déjate ya de secretismos—suspiró Boyle.

—Empezó con ese preso, un tal Lothar Kieffer. A partir del momento en que Kosygin le puso las manos encima, los

acontecimientos se precipitaron. Davidenko y Sajarov hicieron importantes descubrimientos en el campo de la física, incluido el del material que se denominaría muchos decenios después, el material del futuro.

—El grafeno—concluyó Boyle—. Pero yo creía que había sido cosa de Gaim y Novoselov hace tan solo unos años.

—En esencia y para la opinión pública así era, pero esa es otra gran mentira. El *grafeno*, o *capas de grafito,* como lo denominaron en aquel entonces, se llevaban estudiando desde 1930. En el cuarenta y nueve, P.R. Wallace ya había aislado capas de grafeno. Sajarov consiguió encontrar los transportadores sin masa de cargas, y un año después consiguieron intercalarlos para darle una utilidad electrónica. Podríamos decir que el grafeno tal y como lo conocemos en el año 2017, ya se utilizaba como tal en el 1959.

—Pero, ¿por qué no se hicieron públicos esos avances?. Para Rusia habrían supuesto un golpe moral tremendo.

—Buscaban algo más grande. Además, recuerda que ni Sajarov ni Davidenko vivían oficialmente en Rusia. Esos avances se le atribuyeron durante años a físicos elegidos al azar.

—Continúa—Boyle estaba sentado en el borde de su silla. La tensión se le notaba en la mandíbula y en cómo se retorcía las manos.

—Pues bien, al tiempo que Davidenko y Sajarov avanzaban en la física, Kosygin, de forma conjunta con Andrei Raduga, hicieron un descubrimiento asombroso respecto a Kieffer. El alemán poseía una capacidad insólita para interconectar todas las capacidades de su cerebro. En aquella época, ser más inteligente de lo normal te podía llevar a la cámara de gas, dependiendo de tu lugar de nacimiento, y Kieffer en realidad se llamaba Kasser.

—Era judío—comprendió Boyle.

—Así es. Llevaba años escondiéndose hasta que fue atrapado por los alemanes. Él acabó en un laboratorio, y su hijo en un campo de concentración cerca de Berlín.

—Eso es…

—Ya—coincidió Mitchell—. El caso es que el tal Kasser tenía la increíble capacidad de asociar operaciones matemáticas complejas con aspectos que nada tenían que ver. Por ejemplo, era capaz de aplicar una serie matemática para describir un lugar en el que jamás había estado. El tal Kasser fue sometido durante años a técnicas revolucionarias, pero totalmente experimentales. Ello llevó a Kosygin a conseguir resultados sorprendentes, pero acabaron con Kasser. El pobre hombre murió en una celda a causa de un

aneurisma.

—Oh Dios mío, ¡eso es horroroso!

—Sí, pero lo peor es que Kosygin enloqueció. Tan cerca de hacer su descubrimiento y sin embargo, tan lejos. Volvieron a buscar otro cerebro igual al de Kasser, pero no hubo suerte. Kasser era único. Las conexiones entre sus dendritas, axiones y las sinapsis de su cerebro se dan una vez entre mil millones, y no siempre se desarrollan. Kasser no era diferente, solo su cerebro lo era, y en parte porque fue estimulado para serlo durante años con electrochoques, estudios y drogas químicas.

—¿Y qué pasó después?

—La alianza entre Kennedy y Jrushchov insufló la investigación con otro nuevo ingrediente—suspiró agotado, pero dispuesto a soltarlo todo. Quizá así se sintiese menos culpable—. Kennedy llevó a la base de Rogachevo a un emergente genio en el campo de la neurociencia, que a pesar de contar solo con 19 años, había desarrollado una teoría fascinante sobre un *"cerebro holográfico"*. Ese hombre se llamaba Brimham, y fue el precursor de uno de los mayores milagros en el mundo.

—Lo siento Abraham, pero sigo sin entenderlo.

—Pronto lo harás. Jruschchov mandó buscar al hijo de Kasser, y ¿adivinas qué?

—Tenía la misma cualidad que su padre—aventuró Boyle.

—Así es, solo que se trataba de un niño de 6 años. Las conexiones en su cerebro eran aún mas excepcionales que las de su padre, pero la química y los impulsos eléctricos con un niño tan pequeño quedaban descartados—Mitchell sacó el lápiz de memoria y lo dejó encima de la mesa—. Brimham acertó de pleno en su estudio sobre el niño al diagnosticarlo y catalogarlo como portador del mencionado *"cerebro holográfico"*. El neurocirujano y el muchacho enseguida hicieron buenas migas, pero Kosygin vio con malos ojos el trato tan íntimo entre ellos y aguijoneó a los jefes para apartarlo del experimento. En enero de 1961 se hizo el gran descubrimiento, y un mes más tarde se interconectó el cerebro del chico a un aparato capaz de proyectar los números de su cabeza. Se demostró que esos números siempre eran coordenadas de algún rincón del mundo, pero lo más asombroso ocurrió después.

—Abraham, no soporto más la tensión—se removió inquieto—. Y no podemos quedarnos más tiempo aquí. Debemos buscar a Bell

—Eso no importa, sé donde va—expuso tristemente Mitchell—. Antes debes entender a qué nos enfrentamos. ¿Por dónde iba?—se rascó la cabeza, y de repente alzó las cejas—. Ah ya, pues eso, en el

61 todos los científicos de la base de Rogachevo trabajaban en el proyecto *"Archer"* a tiempo completo. Mientras que los neurólogos y médicos se centraban en el cerebro del niño, los físicos trataban de establecer un método con el que poder descifrar las conexiones. La respuesta apareció en el grafeno. Construyeron unas tablillas de este material que eran capaces de generar impulsos electromagnéticos de gran longitud y amplitud de onda. Esas ondas sincronizadas con las ondas cerebrales conseguían activar generadores instalados en cohetes, que creaban pequeñas bombas arco iris en cualquier punto elegido. El chico era un detonador a distancia, y ambos gobiernos vieron el potencial y quisieron sacarle jugo.

—Dios mío.

—Sí. Primero fueron varias explosiones controladas, pero luego llegó la conocida *Starfish Prime* sobre el océano pacifico. Aquella explosión nuclear detonada a gran altura permitió recoger los datos necesarios para poder descodificarlos en las tablillas de grafeno. Meses más tarde, se preparó la prueba final. Las tablillas, junto con la suficiente fuerza nuclear —y con la ayuda de las conexiones del chico—, permitirían crear fisuras espacio-temporales, generar impulsos PEM controlados, o incluso descifrar acontecimientos futuros. Todo se preparó exhaustivamente, pero con lo que no contaban fue con Brimham. El joven neurólogo llevaba meses reuniendo todos los datos de las investigaciones y planeando sacar de allí al chiquillo, al que estaban matando con las drogas químicas que Kosygin le administraba. Sin aquellos datos ni el cerebro del niño, sería imposible continuar las pruebas. Durante el lanzamiento de las bombas nucleares en Kasputin Yar, Brimham desconectó las máquinas, destruyó todo lo que no pudo llevarse y almacenó los datos en las tablillas de grafeno, de las cuales consiguió robar una y sacarla de las instalaciones. Cuando la tercera bomba, la K-3, hizo su explosión, Brimham se encontraba en el aeródromo. Ocurrieron varios fenómenos a causa de la explosión, como auroras boreales, campos geomagnéticos de 50.000 v/m, y unas extrañas masas de nubes a ras de tierra. Aquel día Brimham desapareció de la faz de la tierra, junto con todo el grueso de la información vital de los experimentos, y la tablilla de grafeno con los datos archivados de varios años. El chico sufrió aquel día un derrame cerebral y quedó en estado vegetativo. Las pruebas continuaron durante un tiempo, buscando recuperar lo perdido, pero sin las tablillas, los archivos ni el chico, aquello fue en vano.

—¿Qué pasó con el niño?—Boyle estaba fascinado con la historia. Y también horrorizado—. ¿Y con Brimham?

—El neurólogo fue buscado intensamente, pero jamás apareció. El chico, un buen día salió del coma y se escapó; se cambió el nombre, se fue del país y se perdió. No llegó a sufrir lesiones graves, pero su cerebro jamás fue capaz de realizar aquellas conexiones extraordinarias de nuevo.

—¿Se cambió de nombre?—preguntó Boyle a punto de caer de la silla—. ¿Sabes cómo se llama ahora?

—Sí—Mitchell suspiró—. Su nombre actual es Mark Bell.

11

Nueva York
Hora: 14.55

Daniel aplicó las vendas con mano experta justo en el momento en que terminó de suturar. La oscuridad reinante no era una muy buena aliada, pero consideró que había hecho un buen trabajo.

Steve se palpó con suavidad la parte trasera de la cabeza y gimió levemente.

—No te preocupes—aconsejó Daniel—. Te pondrás bien, pero te va a salir un enorme chichón en la cabeza. Lo demás son arañazos y cortes superficiales.

Steve asintió y volvió a sollozar por el gesto. Estaba un poco mareado, pero en general se sentía aliviado; ¡había sido atropellado por Dios!

—Gracias doctor—Rita se había acercado cuando Daniel terminó de coser al técnico, pero hasta ese momento había permanecido en silencio—. Estaba tan… lo siento.

—Que va, lo entiendo—Daniel no sabía el porqué, pero se encontraba nervioso ante aquella mujer. Quizá por esos ojos profundos—. Es normal.

—Creía que estaba…

—Y yo lo siento por abordarla así, pero es que necesitamos el coche.

Ella volvió a escrutarlo con aquellos ojos enormes, del color de una avellana madura. El amplio espacio del almacén de suministros era un sitio lúgubre sumido en las tinieblas del apagón, pero aquella mirada heló aún más el ánimo de Daniel.

—¿Le importa si fumo?—el médico abrió los brazos como dando a entender que si a nadie más le molestaba, a él tampoco—. Realmente no entiendo qué es lo que está pasando aquí. El hospital sigue colapsado, pero aún así se mantiene cerrado. Los coches no funcionan, y un médico huye por la zona de suministros con un paciente negro de casi dos metros, que en este momento se encuentra montando guardia junto al coche que ha atropellado a mi compañero y que yo he robado—le dio una fuerte calada a su cigarro, y expiró el humo lentamente.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien—se encogió de hombros—.

Solo sé que le debo al hombre de ahí fuera ayudarlo a llegar a un lugar.

—Ajá—exclamó ella—. Pues yo no me quedo aquí.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no me voy a quedar en un mugriento y oscuro almacén de suministros de un hospital clausurado por algún tipo de epidemia—dio otra calada a su cigarro, y se cruzó de brazos—. Y Steve tampoco.

—Señora…

—Señorita—atajó.

—Señorita, el mejor lugar en este momento para quedarse es en un hospital, aunque sea escondida en la parte trasera de un depósito de suministros. Además, su compañero debería…

—Como usted quiera, pero el coche es mío—sentenció ella—. Nosotros iremos donde vaya el coche.

—Señorita, se lo devolveremos ense…

—He dicho que vamos con ustedes, si es que quieren llevarse el coche.

Daniel soltó un bufido exasperado y comenzó a caminar hacia la puerta del muelle de camiones con paso rápido.

—Como usted quiera, pero nos marchamos de inmediato—masculló malhumorado sin volverse a comprobar si lo seguían.

Tommy había insistido en conducir a pesar de los reiterados consejos de Daniel sobre su estado, a los cuales Tommy respondió con hoscos monosílabos. Rita había intentado entablar conversación un par de veces, pero ni Daniel ni Tommy estaban muy por la labor. A ninguno de los dos les había gustado que ella y su compañero se uniesen a su improvisado viaje, pero aquella mujer era de una terquedad encomiable.

—Este modelo es un Lada Niva TD—explicó Tommy tras las repetidas preguntas sobre el coche—. Esta variedad en particular fue fabricada hace más de veinticinco años, cuando la electrónica apenas se incorporaba. En este coche la bomba inyectora es mecánica, nada de inyección electrónica, y se mueve con carburador—se detuvo, metió una marcha más larga con bastante dificultad que reverberó con un sonido rasposo horrible, y continuó—. Y es de los pocos vehículos que prosiguen en funcionamiento hoy en día, que a pesar de necesitar una batería o unos calentadores eléctricos para arrancar, pueden seguir en marcha aunque la poca

electrónica que lleve esté fundida.

—¿Y por eso no querías que lo apagara?

—Exacto—contestó Tommy lacónico—, sea lo que sea lo que está ocurriendo, parece ser que fríe cualquier cosa que necesite la electrónica, y este coche en estos momentos es un tesoro; pero si se apaga, no creo que podamos volver a arrancarlo.

—Pues entonces será mejor que no se te cale—bromeó ella. Ante el silencio de ambos, decidió dejarse las bromas—.¿Y se puede saber dónde vamos ahora?.

—A mi local.

—Ah, ¿Y eso es está?

—En Riverside Drive.

Se hizo el silencio mientras Tommy atravesaba una amplia carretera en la que varios coches se encontraban aparcados y vacíos. Todos se extrañaron de no haber visto a una sola persona en la ancha carretera, pero nadie dijo nada. En aquel momento, Tommy soltó una maldición y el coche se escoró tanto hacia la derecha que pensaron que iba a dar la vuelta, pero las grandes ruedas del viejo todoterreno aguantaron en el aire un segundo, para volver a retomar el contacto en el asfalto con efectividad.

—¿Pero qué narices…?—soltó Daniel, hasta que desvió la mirada siguiendo la de Tommy— ¡Cielo santo!

Frente a ellos, una multitud de personas habían cortado la avenida con restos de contenedores y basura, y vociferaban acaloradamente con objetos en las manos y los brazos en alto. En algunos lugares varias personas peleaban, y Daniel se fijó en una mujer de edad avanzada tendida boca abajo sobre una acera a lo lejos.

—Tenemos que irnos—dijo Tommy.

Justo en aquel instante alguien los señaló, y un grupo de unas diez personas comenzaron a correr hacia ellos. El afroamericano giró el volante a toda velocidad para dar la vuelta, pero un par de coches atravesados le impedían la maniobra. El grupo se encontraba a unos cincuenta metros de distancia, y Daniel pudo ver como los gritos de furia desfiguraban sus rostros. Por primera vez sintió miedo real. Por detrás, Steve comenzó a gimotear.

—¡Me cago en la puta!—imprecó Tommy, luchando frenéticamente con el volante sin dirección asistida—. ¡Esos malditos coches no me dejan salir de aquí!

Golpeó el morro de uno de ellos, primero con suavidad, después con más violencia, pero el Range Rover era más pesado y apenas se movió. El perturbador grupo se encontraba ya a unos veinte metros,

y Daniel se fijó en que varios de ellos llevaban la cara manchada de sangre reseca.

—¡Santo Dios!—exclamó—. Entrégales el coche.

—No creo que se detengan ahí—Tommy apretaba los gruesos labios, y la piel de su rostro brillaba a causa del sudor—. Querrán saber porqué funciona el coche, y nos exigirán saber qué está pasando.

—¡Pero no lo sabemos!, estamos igual que ellos

—Eso es lo que dices tú, pero ellos no lo saben. Solo entienden que sus coches no funcionan y el nuestro sí.

El primer golpe sonó como un trueno en la parte trasera del Lada, e hizo saltar de su asiento a Rita y Steve. Tommy rascó la palanca de cambios, y durante un agónico segundo pareció que el coche se iba a morir allí mismo; con una sacudida arrastró el morro del Rover arrancando un chirrido de chapa horrible y se detuvo. Los gritos arreciaron fuera, y los rostros enloquecidos se apiñaron contra las ventanillas. Rita gritó cuando una barra de hierro golpeó la luna de su lado y los cristales saltaron hechos añicos sobre su regazo. Una mano ensangrentada la cogió por el pelo y, sin piedad empezó a tirar de ella hacia afuera. Steve abandonó su estado de debilidad y la aferró como pudo por la cintura de sus pantalones vaqueros, pero Rita ya tenía medio cuerpo fuera. Dos personas más aparecieron y agarraron a la mujer de los hombros hasta que Rita se vio expulsada del vehículo hasta la cintura.

—¡Ayudadme por Dios!—gritó desesperado Steve.

De repente la presión cedió, y Rita volvió a toda prisa al interior del coche. Cuando enfocó la vista de nuevo, pudo ver a Tommy golpeando a un hombre en la nariz, y subiendo al coche a toda velocidad. Metió la marcha con todas sus fuerzas, a pesar de los quejidos de la caja de cambios, y salió de allí derrapando. En su huida lanzó por los aires a un adolescente que se había aferrado a uno de los retrovisores. Daniel lo vio aterrizar sobre el asfalto, rodar tres o cuatro veces, levantarse y seguir corriendo tras el Lada.

—Esto parece una puta película de zombis.

—No me quiero ni imaginar cómo se pondrán las cosas en un par de horas—declaró Tommy, que llevaba un corte sangrante en la mejilla izquierda.

En la parte de atrás, alguien lloraba en silencio, pero no pudieron adivinar si se trataba de Rita o de Steve.

12

Soho, New York
Lafayette Street
Hora: 15.10

De nuevo sintió que el mundo se desvanecía y reprimió una arcada. Volvieron a golpearle en la cara, pero sorprendentemente ya no le dolía. Escupió sangre a la negrura de delante de sus ojos y, carraspeó para aliviar la garganta reseca. Añoraba un vaso de agua más que cualquier cosa en esta vida. De nuevo un dolor —esta vez entre la frente—, pero siguió sin poder pensar en otra cosa que no fuese el agua. En agua y en Sofía. Pensó que no volvería a ver a su querida esposa y las lágrimas calientes le afloraron a los ojos de nuevo. Aquella voz.

—Te lo voy a preguntar una vez más—susurró en su oído—. ¿Dónde está Kirk?

—Ya se lo…, he dicho—balbuceó—. No conozco a ningún… Kirk.

Otro golpe, esta vez en el labio. Marcos notó un chorro de sangre caliente fluir sobre su barbilla.

—Una vez más—aquella voz le dolía más que los golpes—. ¿Dónde se esconde ese cobarde?

—No sé de quién habla.

Marcos se preparó para un nuevo golpe, pero de repente sonó un móvil. El hombre se alejó, y Marcos le escuchó hablar un buen rato —no podía precisar cuánto, ya que hacía mucho rato que había perdido la noción del tiempo—, por el aparato. Cuando escuchó las suelas de los mocasines volver de nuevo hacia él, tensó todo el cuerpo de forma inconsciente.

—Querido Marcos, según parece, tienes mucha suerte—le susurró al oído aquella voz demencial—. Pero no te preocupes, volveré.

Dicho aquello, las suelas de madera resonaron en el suelo en dirección a la salida, y segundos después se escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. Marcos contuvo el aliento durante un minuto entero, y después se echó a llorar.

Bell, sentado cómodamente en la parte trasera del Hummer, sacó de la bolsa de piel una pequeña tableta *Apple*, y tecleó varios códigos. En cuestión de segundos estaba conectado vía satélite a un navegador europeo. Había previsto hasta el más mínimo detalle, desde los vehículos, los aparatos telefónicos y las radios de onda corta, hasta los distintos escuadrones estratégicamente situados. Mark Bell llevaba detrás de aquel momento muchos años, y no pensaba fastidiarlo por cualquier tontería.

Marcó un número grabado en la agenda de voz de llamada rápida, y al primer tono una voz profunda le respondió.

—¿Sí, señor?

—¿Algún avance?

—No, aún no, pero estamos situados—aunque firme, la voz parecía cautelosa—. Cuando usted dé la orden estaremos listos.

—Muy bien—contestó lacónico—. Le llamaré.

Mientras los dos guardias sentados en la parte delantera del Hummer conducían sin contratiempos, Bell se encontraba seguro allí. Los cristales insonorizados le aseguraban intimidad. La movilidad en aquel tanque con ruedas escoltado por dos de los mejores agentes del FBI le reportaba seguridad, y sus aparatos electrónicos —los únicos que funcionaban en la ciudad—, le agenciaban cobertura. Marcó el número asignado en su memoria con el número uno y esperó. Tras cuatro tonos, una voz apagada y mortecina contestó con un solo monosílabo.

—Diga.

—¿Lo has encontrado?

—No, pero tengo una pista.

—Necesito a ese hombre—el tono de Bell se endureció—. Es de vital…

—Lo sé—concluyó la voz inexpresiva a través de la línea—. Lo encontraré.

—Eso espero—un incómodo silencio dejó un claro sonido de estática—. Leonid, no me falles.

—Nunca lo he hecho—contestó—. Jamás en todo este tiempo, Alexei.

—Me llamo Mark—corrigió tajante.

—Lo que tú digas, Alexei.

Bell cortó la comunicación y arrojó el teléfono sobre el

acolchado asiento. Odiaba a ese hombre desde lo más profundo de su alma.

13

Pacific Street.
Brooklyn, New York
Hora: 15.20

Script levantó la tapa del estuche con excesivo cuidado —como un artificiero desactivando un explosivo—, y conectó su transformado GPS. Mientras que los dos chicos sostenían la caja de Faraday improvisada, el gigante comprobó con presteza y velocidad algunos datos, y tras desconectar de nuevo el aparato y cerrar la cubierta, les indicó por señas hacia donde debían continuar.

El paisaje era desolador, y aunque en aquella zona la confluencia de personas no era ni mucho menos la de la Quinta Avenida; aquello parecía un cementerio. Los semáforos observaban apagados las calles como centinelas sombríos, y los coches desparramados por la calzada y las aceras parecían animales muertos de colores diversos y razas anómalas. Una gasolinera Shell aparecía al otro lado de la explanada, aparentemente desierta.

Script desvió la mirada hacia la acera de enfrente y, de repente se puso rígido. Cody y Rach frenaron en seco al percatarse de la reacción de su amigo.

—Seguidme—ordenó Script. Cruzó la calle sin tráfico con la agilidad de un jugador de fútbol, y se detuvo frente a la entrada de una tienda.

—¿Qué hacemos aquí?—preguntó extrañado Cody.

—Chaval, tengo un hambre que me parto—exclamó frotándose el estómago—. Y me da a mí que en esta tienda vamos a tener *self service.*

Script agarró la barra mecánica que abría la puerta y cruzó dentro con decisión. Lo siguieron Cody y Rach. Dentro reinaba la penumbra, y los estantes de comida enlatada, conservas y tarros de fruta en almíbar flanqueaban un pasillo estrecho. Script llamó a voces al dueño, pero no contestó nadie. En aquella tienda parecía no quedar nadie, o al menos no quería mostrarse.

Mientras que Script fue tras el mostrador para coger un par de bolsas de lona con el logotipo de la tienda, Rach decidió que aquello no le gustaba nada y salió de la tienda. Para Cody tampoco era un escenario apropiado, ya que su mente esculpida a base de

series y películas como *Walking Dead* y *Resident Evil* se encargaba de aderezar con todas las horribles situaciones posibles dentro de aquel pequeño hipermercado.

—Script, tío—farfulló—. Creo que deberíamos…

—Llenar las bolsas, eso es lo que deberíamos.

El gigante había cargado un saco de papel al completo, y se entretenía con toda la tranquilidad del mundo curioseando entre las estanterías mientras mordisqueaba una manzana. Parecía estar en el *súper* haciendo una compra rutinaria y no robando en una tienda, en la que inexplicablemente no había nadie. Cuando hubo cargado casi al completo las dos bolsas, pareció pensarlo mejor y decidió llenar otra más pequeña con pilas, cargadores, baterías, y varios objetos en teoría inservibles en aquel momento. Miró a Cody, que lo observaba con creciente desazón, y le mostró una amplia sonrisa.

—Nunca se sabe colega, igual las necesitamos para salvar el mundo—bromeó con una enorme sonrisa.

En aquel instante la puerta se abrió de golpe, haciendo que el resonar de las campañillas inundase el hasta aquel momento silencioso interior de la tienda. Rach estaba en la vano a medio camino y con el rostro demudado por el miedo. Al principio una sarta de palabras se le atragantó en la boca, queriendo salir todas de golpe, hasta que su cerebro obtuvo la consistencia necesaria para serenarse.

—¡Ya vienen!—gritó histérico—. ¡Son muchos!

Script ni siquiera preguntó quién venía o qué demonios estaba sucediendo, solo actuó. Tras meter a puñados un montón más de productos electrónicos en la bolsa de plástico más pequeña, salió a toda velocidad por los pasillos estrechos y mal iluminados. Cody lo siguió al instante, pero Rach se quedó clavado. El chico estaba horrorizado por la masa de gente que corría hacia la tienda gritando y señalándolo. Con espanto distinguió alguna que otra barra de hierro en manos de aquellos tipos. Soltó un gritito agudo, y solo un fuerte empujón lo sacó de su trance. Su amigo Cody estaba a su lado, agarrándole con fuerza de la sudadera.

—¡Vamos Rach!—apremió—. ¡Venga, gilipollas!

En aquel instante las piernas de Rach se desbloquearon, y el chico salió como una bala surcando los pasillos. Cody lo seguía de cerca cuando se encontraron con una pared de repente. La tienda se había acabado. Desesperado, Rach comenzó a tirar los alimentos de las estanterías buscando una puerta, pero allí no había más que un tabique. Con una desesperación escalofriante, Rach comenzó a gemir. Aquella marabunta de gente enfadada los iba a atrapar en

aquella mugrienta tienda y se encargarían de despedazarlos lentamente.

Escucharon las campanillas de la entrada, y Rach sintió una angustia que le atenazaba el pecho y se aferraba a su estómago, como queriéndole anticipar qué iba a sucederle. Cuando ya se escuchaban los pasos y las voces alteradas a pocos metros, una cortina de tiras de plástico semi oculta tras una repisa de carne congelada se abrió, y la cabeza enorme de Script emergió de ella.

—¿Chicos, vais a venir o preferís quedaros a pagar la cuenta?

Los dos jóvenes atravesaron a la carrera el dosel sin escuchar el final de la broma.

Script avanzaba con ritmo; sin correr pero sin detenerse lo más mínimo. De cerca lo seguían Rach y Cody. Atravesaron una especie de almacén repleto de cajas y estanterías metálicas rebosantes de productos de limpieza empaquetados. El gigantón avanzaba sin quitar ojo a cada una de las repisas por las cuales pasaba; incluso en más de una ocasión acarició con las yemas de los dedos la superficie plastificada de alguna garrafa con la intención de hacerse con ella, para descartar la idea de inmediato. Cody sabía que su amigo estaba pensando en algo, pero no se imaginaba qué podía estar pasándole por la cabeza.

La trastienda era pequeña y olía intensamente a desinfectante, pero a Cody le estaban pareciendo aquellos pasillos retorcidos y plagados de cachivaches toda una autopista de agonía. Deseaba salir de allí, lo deseaba más que cualquier otra cosa que jamás recordase haber deseado, pero parecía que por más recodos que doblasen, aquella maldita ratonera jamás se acababa. Sin saber porqué, le vino a la cabeza un cuento (quizá de Lovecraft) en el que una mansión oscura y tenebrosa se agrandaba con cada paso que daban los protagonistas. Aquella desazón dio paso a una verdadera ansiedad cuando llegaron hasta el fondo de la trastienda. Allí no había nada más que pared. Inmediatamente, Script volvió corriendo hacia los anaqueles más próximos, y se puso a buscar frenético entre los paquetes de productos almacenados.

—¡Buscad azúcar!—bramó—. Creo que he visto algunos paquetes por ahí.

Sin hacer preguntas, los dos chicos se pusieron manos a la obra, registrando el pequeño almacén.

—¿Dónde están?—exclamó desde fondo el gigante—. ¡Las había visto por aquí!

En unos segundos, Rach volvió con un paquete de azúcar de un kilo, y se lo mostró a Script.

—Muy bien, ahora… ¡cojonudo, aquí están!

Script mostraba exultante un pequeño paquete de pelotitas de ping pon.

—Rach, busca algo puntiagudo y abre un agujero en cada una de estas bolas—ordenó Script—. Cody, ayúdame.

Script voló por el establecimiento y comenzó a pasear los dedos

por las distintas garrafas de productos, leyendo el contenido.

—¿Qué quieres que haga?—Cody escuchaba los golpes y las pisadas en la tienda.

—Busca papel de aluminio, lápices y cualquier otra cosa que encuentres parecida a un palo corto.

Cuando los golpes se hicieron más audibles dentro de la trastienda, Script ya había vuelto junto a Rach. Vació un líquido azulado dentro de las pelotitas de ping pon y, sin detenerse, introdujo un poco de azúcar con el dedo en cada una de ellas. Cody volvió a su lado y arrojó a los pies de Script un rollo de papel de aluminio y varios lápices de colores. Sin detenerse colocó los lápices en el agujero practicado en las bolas por Rach, y comenzó a cubrirlas con papel de aluminio. Les indicó a los chicos que hiciesen lo mismo con las demás.

—¿Qué estamos haciendo?—preguntó Rach.

—Bombas de humo—explicó—. El fertilizante contiene nitrato de potasio, que mezclado con el azúcar y el material de las pelotas creará una pequeña detonación, seguido de una humareda, si tenemos suerte.

Sacó el lápiz de una de las pelotas y colocó un pequeño hilo de papel en su lugar.

—Esto solo nos creará una cortina que nos proporcionará unos segundos de distracción—informó—. Pero tengo un plan.

Cuando un grupo de personas —vestidos todos con el mismo uniforme del servicio de carreteras—, irrumpieron en la trastienda, Script, Rach y Cody los observaron escondidos tras una de las rinconeras de garrafas de detergente. Uno de los hombres encabezó el grupo, adentrándose en el espacio estrecho repleto de baldas colmadas de alimentos.

—Eh, hijos de puta—gritó—. Esta tienda es nuestra.

Script, hizo un gesto a Rach, y éste prendió una de las pelotas que lanzó hacia la parte más alejada de la trastienda. El grupo se movilizó en esa dirección, levantando los bates de béisbol. En aquel instante, Script dejó caer todo su peso contra la estantería donde estaban escondidos, que se volcó sin resistencia. Un desastre de garrafas de detergente líquido estalló en el suelo, llenándolo todo de un fluido verde espumoso. En el mismo momento, Rach y Cody comenzaron a encender las mechas de las bombas caseras y las lanzaron sobre la repisa derribada. Un intenso humo se adueño de inmediato de la pequeña sala sin ventilación. Los tipos gruñeron e intentaron volver hacia la salida, sin embargo, la multitud de estanterías, humo y detergente que había en el suelo no les facilitó

la tarea. Script y los dos chicos habían quedado tras la línea de humo, con la tienda a sus espaldas.

—Vamos, esto no los retendrá por mucho tiempo.

Sin tener que decirlo dos veces, los tres volaron hacia la liberación. En el establecimiento solo quedaba un anciano con un delantal de tendero aún colgado del cuello. Los observó salir, pero no alteró su gesto triste. Script comprendió qué estaba pasando.

—¡Huya!—gritó—. ¡Están atrapados!

El anciano agachó la cabeza de pelo canoso y se rascó una mancha.

—No puedo—susurró tan apocado que Script apenas pudo oírlo—. Es mi tienda, tengo que defenderla.

Cuando los tres salieron a la calle, varios fuegos ardían a lo lejos, y el gigante susurró unas palabras que a Cody le pusieron la carne de gallina: *"Es como en 1977"*

Mientras huían hacía la avenida Atlántico, a Cody se le quedaron incrustadas las palabras de su amigo como un clavo ardiente: *"Es como en 1977"*. Cody conocía de sobra que en Nueva York se escribía una página muy negra en esa fecha, que no era otra que la de los altercados tras el apagón del 77 por culpa de una tormenta eléctrica.

14

Hora: 16.00

El nuevo pulso fue detectado conjuntamente por varios estamentos estatales en diferentes estados y activó el protocolo *CIPA* contra atentados terroristas a nivel de infraestructuras. La onda esta vez se prolongó en intensidad y duración, creando una serie de auroras boreales a plena luz del día en toda la Costa Nordeste de Estados Unidos. Desde el distrito federal de Washington hasta el norte de Albany se sucedieron las llamadas a emergencias por síntomas agudos de náuseas, fatiga, migrañas horribles y ataques de ansiedad. Desde el Atlántico llegó una tormenta eléctrica que no estaba prevista por las estaciones meteorológicas, y que sumió Delaware y New Jersey en la penumbra. Los medidores reflejaron una enorme cantidad de radiación Gamma con una carga excesivamente elevada de iones, que en principio no resultaba preocupante para la salud de los habitantes, pero sí debía tenerse en cuenta la activación de un protocolo de seguridad ciudadana.

Desde la Agencia de Seguridad Nacional llegaron estimaciones que fueron rápidamente sepultadas con el fin de evitar el pánico, pero que auguraban un desastre mayúsculo si volvía a repetirse el fenómeno.

↔

Edificio J. Edgard Hoover
Washington DC
Hora: 16.15

Abraham Mitchell y Sam Boyle miraban horrorizados el panel donde varias pantallas mostraban el mapa iluminado de Estados Unidos. Todo el mundo buscaba a Mark Bell, pero el anciano había desaparecido sin dejar rastro. En su ausencia, un histérico Adam West había recogido el testigo y lanzaba órdenes sin orden ni concierto a las diferentes agencias que se habían congregado en la gigantesca sala.

—Ya ha empezado—susurró de forma gutural Mitchell.

—¿Qué va a ocurrir ahora?—inquirió Boyle, que era incapaz de cerrar la boca.

—Que la situación empeorará de forma drástica—informó el joven—. Existe un plan instaurado por el senador Kemp desde el año 2014 contra los ataques de pulsos electromagnéticos, pero ni siquiera pueden imaginar a qué se enfrentan. Los escuadrones del ejército están debidamente protegidos, pero su actuación únicamente contribuirá a crear un estado de tensión contra la que no podrán enfrentarse. Esto no es una simple bomba arrojada a 500 kilómetros de altitud con la intención de fundir unos cuantos electrodomésticos. La finalidad de esas tablas es bien distinta.

—¡Tenemos que avisarles!

—Eso no serviría de nada—concluyó Mitchell—. Solo Bell puede detener esto, y no hay forma de localizarlo. Los sistemas de rastreo de los GPS no funcionan, las cámaras de trafico están inutilizadas, los coches, helicópteros y demás vehículos de la policía inservibles. Aunque pudiésemos dar con él, no llegaríamos a tiempo de evitar que el siguiente pulso mande a toda la Costa Este de vuelta a la Edad de Piedra.

—¿Y ya está, nos quedamos de brazos cruzados?

—Yo no he dicho eso—en el rostro de Mitchell apareció una titubeante sonrisa que puso los pelos de punta al criptógrafo—. Conozco su destino, y también sé que necesita algo para completar su plan. Nosotros no podemos llegar, pero si conseguimos ponernos

en contacto con alguien que ya esté allí…

El joven se apartó del mosaico de pantallas y tomó la dirección del pasillo que conducía a su despacho. Sam lo siguió con rapidez.

—¿No les decimos nada de todo esto?—dijo, señalando al enjambre de hombres que correteaban en torno a una mesa repleta de ordenadores apagados como si fuesen animales muertos.

—Ya te he dicho que no serviría de nada—contestó sin mirar atrás—. Tenemos trabajo y mi tableta es posiblemente el único dispositivo que funciona en un radio de 5 estados…, y no tengo intención de que me la arrebaten.

↔

Habían dejado atrás la carretera 495 y enlazado con la 270 a la altura de Bethesda, rodeando el parque nacional de Glen Echo. La idea era evitar la más que segura aglomeración de vehículos que indudablemente colmarían la autopista en dirección Baltimore y, la concurrida 95 en sentido Filadelfia. El camino elegido era el más largo, pero las cinco horas de trayecto eran asumibles con el fin de alejarse de imprevistos. Bell odiaba los imprevistos, y sabía de sobra que se encontraban en un escenario en el que podrían sucederse muchos de ellos.

El Hummer avanzó imparable, rugiendo con potencia cuando el conductor estrujó el motor para acceder a la rampa de salidaI-81 hacia Rockville. El anciano se frotó las manos sabiendo que estaba a menos de 4 horas de su destino, y de la meta que llevaba persiguiendo durante toda su vida.

15

Fort Greene Park
Brooklyn, New York
Hora: 16.30

Sentados sobre el césped húmedo divisaban a lo lejos los cuatro carriles del puente de Manhattan totalmente colapsados. En la avenida Flatbush, donde comenzaba la Extensión, se había iniciado una batalla campal alrededor de una gasolinera Mobil. Script revisaba con interés su modificado receptor, mientras que a su lado Cody jugueteaba con un par de *walkies* Motorola que había cogido de la tienda, y que yacían destripados a sus pies. Rach se movía inquieto alrededor de ellos, haciendo visera con la mano sobre sus ojos para mitigar el implacable sol invernal y poder atisbar lo que ocurría a varias manzanas de distancia.

—Esos tíos se están matando—informó en voz baja.

Ni Script ni Cody le prestaron atención.

—¿Me estáis escuchando?—repitió—. ¡Eso de ahí arriba parece el escenario de Braveheart!

—Cállate un poquito, anda—respondió Script enormemente tranquilo,

—¿Qué me calle?—explotó—. ¡Y una mierda me voy a callar!. Hace unas horas estaba en mi casa de Manhattan pensando en cómo librarme de una multa de tráfico, y ahora me encuentro en Brooklyn, y delante de mí a la gente se le ha ido la cabeza del todo.

—Rach…

—Y no puedo llegar a casa, ¿por qué?—continuó—, pues porque hemos venido hasta aquí para llevarnos un montón de cables y chips quemados, con los que os dedicáis a jugar en el parque como si fueseis niños montando un *Lego*, mientras que a unos metros de nosotros la gente se está sacando las entrañas a mordiscos.

De repente, el gigante se puso en pie y comenzó a caminar con parsimonia, sin apartar los ojos de la tableta que acunaba entre sus enormes manos como si fuera un bebé. Cuando se hubo alejado unos cuantos pasos, se volvió hacia los dos chicos y se encogió de hombros.

—¿Vais a venir o qué?

—¿Dónde crees que vas?—exclamó Rach, que señalaba hacia la gasolinera en la que se podía divisar una pequeña nube de humo

negro—. Allí están los malos,

—¡Exacto!—convino—. Por eso vamos.

El joven se llevó el dedo a la frente y comenzó a caminar en círculos, incrédulo.

—¿Pero a ti que te pasa?, ¿acaso esa onda también te ha recalentado la sesera?

Script se dio media vuelta y comenzó a moverse en dirección a la gasolinera, y más allá, hacia el puente que conectaba Brooklyn con Manhattan.

—Haced lo que queráis, pero necesito llegar hasta un servidor para conectar este chisme, y solo conozco un lugar donde quizá exista uno que aún funcione.

Cody recogió los trozos desperdigados del walkie y salió al trote tras su amigo. A regañadientes, Rach los siguió.

A pesar de las paredes revestidas de plomo, los gritos le llegaron de igual manera. El circuito cerrado de cámaras permitía la opción del sonido, pero no se había atrevido a conectarlo por miedo a que produjesen cualquier ruido de estática debido al acople.

No era un cobarde, y si hubiese estado en cualquier otra situación no habría permanecido en aquella habitación del pánico mientras que a Marcos lo torturaban por su culpa, pero no podía pensar únicamente en sí mismo. Lo que guardaba allí dentro era de vital importancia para el mundo entero, y no debía dejar que las emociones nublasen su razón. Cuando las cámaras del salón le mostraron que el desconocido se marchaba y dejaba atado a Marcos, esperó hasta estar seguro y después se dirigió al panel de control de la entrada. Tras marcar una secuencia numérica en el tablero, abandonó a toda prisa el bunker que se había hecho construir a medida. Notó la corriente de aire frío en el rostro al abandonar la antecámara, y cruzó con rapidez el recargado vestíbulo de su biblioteca. Marcos se había vuelto a desmayar, y la cabeza le colgaba inerte sobre el hombro derecho, haciéndole temer en un primer momento lo peor. Su avanzada edad y la maldita artritis que le carcomía los huesos desde hacía muchos años le impedían cargar con el cuerpo del hombre, así que necesitaba buscar otro recurso; y rápidamente. Estaba seguro de aquel asesino volvería como había prometido, y si los encontraba a ambos fuera de la habitación, sin duda alguna sería el final para ellos. Trató de sacarlo de la inconsciencia golpeándole en la mejilla —suave al principio, más enérgicamente después—, pero fue inútil. Paseó la mirada por el que había sido uno de sus lugares favoritos en el mundo, pero no encontró nada con lo que solucionar el problema. Justo cuando sus ojos se posaron en la silla de cuero que estaba embutida bajo el descomunal escritorio de nogal, escuchó el familiar tintineo de un llavero repicando contra la superficie metálica de la cerradura. El corazón se le desbocó en su escuálido pecho, y durante un breve segundo se le nubló la visión y tuvo la horrible sensación de que acabaría desmayándose en las rodillas de Marcos. Se lanzó a la carrera a través de la sala, y agarró la silla de cuero sin pensar en el ruido que hicieron las pequeñas ruedas metálicas sobre el suelo de linóleo. Trató de empujar el cuerpo de Marcos sobre la silla, pero no se movió ni un solo centímetro. Lo

intentó de nuevo, constatando con horror el sonido del bombín de doble eje que acababa de abrirse al otro lado del pasillo. Hizo acopio de todas las fuerzas que su envejecido cuerpo pudo reunir, y trató de levantar al hombre que continuaba inmóvil en la silla. El sonido de unas botas resonaron con fuerza dentro de la mente del viejo, y un antiguo cuento de Poe le vino a la mente: *El corazón delator*. Estaba seguro de que el sonido de aquellos pasos no era real, de que se encontraban solo en su mente, pero al igual que el narrador de Poe, no podía acallar las pisadas de aquellos zapatos acercándose por el pasillo. El pulso se le desbocó y amenazó con hacerle fallar las piernas cuando la puerta de la entrada se cerró con fuerza, y una voz aguda informó con sorna de que ya estaba en casa. El hombre que había allanado su casa para asesinarlo se encontraba a tan solo unos metros, al final del corredor que él mismo había decorado con acuarelas de Van Gogh y John Blockley. Tiró una vez del peso muerto en que se había convertido Marcos, pero continuaba sin moverse. Con un sentimiento de pesar concluyó que no podía hacer nada más por él, y se dio la vuelta para refugiarse en su escondite. Un último vistazo a su fiel ayudante le reveló el hecho por el cual le había sido imposible mover el cuerpo. Marcos tenía las manos atadas por las muñecas, pero otra lazada se las atenazaba también contra el respaldo. Escuchó los mocasines con suela de madera (esta vez estaba seguro de que eran eso, mocasines y no botas), avanzando por el pasillo, y se dio cuenta con horror de que no llegaría a tiempo de salvar a su amigo. Sin volverse a mirar atrás de nuevo se coló por el panel de madera revestido de plomo, y cerró la puerta. A través del circuito cerrado de las cámaras observó con los ojos empañados como aquel animal se empleaba de nuevo con el bueno de Marcos.

↔

Salón de billares Red Pool.
Manhattan, Riverside Drive.
2 de febrero de 2017
Hora: 16.30

Les había llevado más de una hora atravesar diez manzanas, pero una vez que pudieron acceder al aparcamiento privado de Tommy, la concurrida avenida había presentado un aspecto desoladoramente desierto. Desde la aparente atalaya protectora del piso superior del local, se respiraba una relativa calma que no auguraba nada bueno. En Riverside habían quedado diseminados una multitud de vehículos que abarrotaban el asfalto y las aceras, pero no quedaba ni rastro de sus propietarios. Tommy caminaba a lo largo del espacioso despacho una y otra vez, como un león enjaulado, pasándose la mano por su espesa mata de pelo.

—Esto es una locura—murmuró una vez más—. ¡Qué demonios está sucediendo aquí!

El empresario no había sido capaz de abrir su valiosa caja fuerte, debido a que el panel numérico donde debía introducir el código estaba fundido. Desde aquel momento, Tommy había pasado por varios estados de ánimo, desde la cólera hasta el abatimiento. En aquel momento se encontraba en la fase de negación.

—Debe ser una broma—exclamó para sí mismo—. Seguro que pronto aparecerá alguien por televisión que se reirá de todos nosotros; seguro que ese gilipollas dirá algo así como: *"habéis picado, os la he colado"*.

Volvió a mesarse el cabello distraídamente mientras iniciaba un nuevo *paseo* hasta la ventana, cuando de repente se detuvo en seco. Sus gruesos labios articularon palabras que nunca fueron pronunciadas, y un leve parpadeo nervioso comenzó a latirle en el ojo derecho.

—¡Corred, atrancad esa puerta!—acertó a decir al fin.

En un primer instante nadie de los presentes reaccionó, hasta que Tommy salió disparado hacia un mueble-bar y empezó a empujarlo con fuerza. Daniel fue el primero en acudir en su ayuda, y poco después se sumaron Rita y Steve.

—¿Pero qué demonios ocurre?—preguntó a gritos el técnico de

sonido.

El hombre no respondió, pero los tendones del cuello se le marcaron de forma visible cuando propinó un tremendo empujón al aparador que hizo volcar varias botellas de un carísimo bourbon. Un segundo después, unos golpes en la planta baja se hicieron claramente audibles a través de las estrechas escaleras que conducían al despacho, y Tommy demudó el gesto en una mueca de consternación.

—Si queréis vivir, ayudadme a colocar ese mueble contra la puerta—expresó en voz baja, con un tono que parecía salido de ultratumba.

Todos se apresuraron a obedecer sin preguntar nada más. Ya habría tiempo para las explicaciones después. Con sumo esfuerzo lograron encajar el pesado mueble a rebosar de licores contra la puerta, que unido al robusto cerrojo les proporcionó un poco de tranquilidad. En el momento en que el grupo se giró para pedir una aclaración al dueño del local, un golpe tremendo retumbó contra la puerta, que tembló en el marco.

—He vuelto, Tommy—canturreó al otro lado de la entrada una voz atiplada que parecía la de un niño—. He regresado a por mi dinero.

Tommy había visto a través del espejo de su despacho al tipo del sombrero vaquero al que había partido la nariz la noche anterior —aunque se le antojaba que había transcurrido una eternidad de eso—, armado con una escopeta y acompañado por tres hombres. Supuso que cuando ocurría un desastre como el que estaban viviendo, proliferaban las ratas como aquella en busca de algún beneficio que llevar en la bolsa cuando las cosas volvieran a la normalidad.

—Y ya que estoy aquí, he pensado que podría llevarme también una pequeña “compensación” por la mala educación que mostraste anoche conmigo—continuó la voz nasal al otro lado de la puerta—. Ya sabes, por todo eso de los daños psicológicos y eso.

Tommy continuaba clavado al suelo, con la mirada perdida en sus propios pensamientos y sin mostrar el más mínimo signo de reacción. Daniel se acercó con cautela, y le posó una mano en el hombro. El médico notó al instante la dureza de la tensión en su cuerpo.

—Vamos Tommy, no sé quién es ese tipo—susurró tranquilizador—. Pero no merece la pena morir por unos miles de dólares.

—Quinientos mil.

—¿Cómo?

—Que esos miles de dólares son quinientos mil—murmuró, todavía muy lejos mentalmente de aquella conversación.

—Pero… no sé, ¿Cómo demonios se te ocurre guardar aquí esa cantidad de dinero?

El afroamericano giró su ancho cuello y clavó una mirada perdida en Daniel. Quiso replicar, pero las palabras murieron antes de atravesar la garganta. Un ruido ensordecedor atravesó la puerta y lanzó astillas en todas direcciones, dejando un boquete de veinte centímetros de diámetro en mitad de la lustrosa puerta. A través del agujero apareció el cañón de una escopeta, que se movió en sentido circular, como olisqueando su próximo objetivo. Rita fue la primera en reaccionar, lanzándose al suelo tras una de las lujosas butacas de cuero marrón. Como si hubiese activado una compleja maquinaria, los demás la imitaron de inmediato, refugiándose tras el mueble más cercano.

—Vamos Tommy—volvió a rechinar la voz, que llegaba con más claridad a través del hueco de la puerta—. No nos obligues a echar abajo este lugar y acabar con todos. Ábrenos la maldita puerta y enséñanos esa bonita caja fuerte que guardas ahí dentro.

—¡Por Dios, haz lo que dice!—bramó Steve.

—No seas estúpido—el dueño del Red Pool hablaba con un tono extrañamente calmado, ausente—. ¿Qué crees que hará ese chalado cuando vea que la caja no se puede abrir?

—¿Y qué sugieres?—estalló histérico el técnico—. ¿Qué esperemos aquí a que entren y nos cosan a balazos por no darles tu dinero de mierda?

El afroamericano se puso en pie y no contestó. En su rostro había aparecido una determinación que segundos antes no se encontraba allí. Con una parsimonia que parecía impensable en un escenario como aquel, se dirigió con su elástica forma de caminar en dirección al mueble apoyado contra la puerta. Durante un segundo, su estómago quedó expuesto de frente contra el cañón del arma, y por la mente de todos los presentes cruzó el mismo pensamiento horrible. No sucedió.

—No sé quién eres ni lo que piensas que va a ocurrir— expresó Tommy, deteniéndose en el aparador y sirviéndose un generoso trago de una de las botellas de bourbon que aún quedaban en pie—. Pero si no os marcháis ahora mismo de mi local, voy a abrir esa puerta y os patearé con tanta fuerza que tendré que despegar mis

carísimos mocasines italianos de vuestro culo con espátula.

Al otro lado de la puerta estalló un coro de risotadas que retumbó en el despacho con la misma claridad que si encontraran dentro de la habitación con ellos. Antes de que las carcajadas llegasen a su punto culminante, Tommy escogió una de las botellas con sumo cuidado y, sin apartarse ni un milímetro del lugar donde apuraba su copa, propinó una feroz patada a la parte superior de la puerta, justo al lado del agujero de la escopeta. Las astillas volaron y la puerta cedió, aunque Tommy ya se encontraba pasando por encima del aparador de las bebidas con un elegante deslizamiento. El impulso le ayudó a reventar la ya destrozada madera y desplazarla sobre sus bisagras, cosa que pilló por sorpresa al tipo de la escopeta. Antes de que pudieran reaccionar, Tommy ya se encontraba en el corredor blandiendo la maciza botella. El primer golpe sonó como si alguien golpease una sandía con la mano para saber si estaba madura; un sonido horrible, que a Daniel le puso la piel de gallina incluso desde aquella distancia. Tommy se movía con una rapidez impresionante, y el médico se sorprendió de la gracilidad felina que demostraba en todos sus movimientos, teniendo en cuenta las circunstancias.

El afroamericano trabó al tipo de la escopeta contra los restos destrozados de la puerta con una certera patada, para volverse como un rayo y descargar un nuevo golpe de botella contra el adversario que quedaba de pie. Asombrosamente, el recipiente no se rompió ni cuando la lanzó con fuerza en dirección a la muñeca del hombre, que ya estaba levantando su arma. Éste emitió un pequeño quejido afeminado cuando le golpeó, pero quedó tendido en el suelo sin sentido un momento después al recibir un puñetazo en plena mandíbula. Tommy se giró respirando de forma entrecortada por el esfuerzo, pero en sus ojos destilaba una calma asombrosa. Con otra certera patada le arrebató la escopeta al hombre que aún luchaba torpemente para liberarse de la puerta que lo mantenía aprisionado. Al arma voló unos metros y quedó en mitad del pasillo, inerte, como un adorno inútil en una repisa.

—Oye, yo solo estaba de broma—replicó el hombre, alzando las manos con las palmas hacia Tommy en señal de tregua—. ¡Vamos hombre, no creerás en serio que iba a dispararte!

Sin decir una sola palabra, Tommy se acercó hasta la escopeta y la recogió. El hombre apartó al fin los restos de la puerta y gimió lastimosamente cuando vio al dueño del local acercarse con ese paso elástico que le caracterizaba.

—Oye, en serio no irás…

El golpe con la culata de madera le partió el puente de la nariz y le hizo desplomarse como un fardo en la suave moqueta del pasillo, ahora manchada de sangre. Sin prisa volvió a entrar en su despacho, saludando con un movimiento de la cabeza a sus anonadados compañeros de viaje y se dirigió a la pared, donde su caja fuerte empotrada en la cavidad de madera observaba la escena como una invitada silenciosa. Afianzó su posición en el guardamanos del arma, y accionó el bombeo, saliendo así despedido el cartucho vacío de la recamara con un chasquido. La detonación restalló en el espacio cerrado como un trueno, y todos se llevaron las manos a los oídos para cubrírselos ante el insistente pitido resultante. Tommy se acercó al grupo y se plantó ante ellos con los brazos en jarras. El arma parecía haber desaparecido.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí—echó un vistazo rápido al panel numérico de la caja fuerte, destrozado por el disparo—. Si a ese gilipollas se le ha ocurrido venir a desvalijar mi caja, seguro que algunos más pensaran en lo mismo.

—Pero que…

—Y creedme—atajó—. Si vienen algunos de los que conozco, serán mucho más… “persuasivos” que ese montón de carne.

—¿Por qué le has disparado a tu caja?—inquirió boquiabierto Steve.

—Si por casualidad esta mierda se arregla cuando yo esté fuera de aquí, al menos los que vengan necesitarán un buen cerrajero—se giró y todos pudieron observar la culata de madera que sobresalía de la parte de atrás de sus holgados pantalones vaqueros—. Y ahora, vámonos antes de que recibamos más visitas.

16

Roosevelt Island, New York
Hora: 20.00

Finalmente habían desistido de atravesar el puente para evitar verse atrapados por la multitud que correteaba alrededor de sus vehículos, por lo que se habían retrasado hasta llegar a su destino casi una hora más de lo previsto. La noche había hecho su irrupción con despiadada frialdad, y ninguno de los tres se encontraba de humor para charlas insustanciales. Una hora antes, Rach se había deshecho en gimoteos y quejas, aduciendo que se estaban volviendo todos locos, pero desde que habían pasado cerca del cementerio First Calvary, donde presenciaron una cruenta pelea entre dos ancianas bajo un pórtico vigilado por unos rechonchos querubines, se había mantenido sepulcralmente sumido en un silencio insólito.

—¿Estás bien, colega?—preguntó por enésima vez su amigo.

Rach se limitó a dedicarle una mirada ausente y un encogimiento de hombros por toda respuesta.

El campus Cornell Tech era una vasta extensión compuesta por cuatro edificios académicos y tecnológicos, además de un sinfín de tiendas y servicios distribuidos alrededor de las cinco hectáreas que se asentaban desde el puente Queensboro hasta el hospital Smallpox Memorial. Tanto el bloque académico como el de oficinas destellaban bajo la luz de la luna reflejada en las cristaleras de sus cinco plantas, mientras que el imponente edificio residencial de treinta pisos permanecía adormilado en el centro. Cruzaron la plaza, donde una ancha placa de cobre manifestaba que Thom Mayne era el creador de semejante belleza y, dejaron atrás la fuente, que permanecía en estado latente sin proyectar su cotidiana danza acuática.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí?—masculló Cody.

—Hace unos años—explicó Script sin regular su potente tono de voz—. Colaboré en la puesta en marcha del pabellón de tecnología. Debía ser algo innovador, único en el mundo.

Caminó en dirección a uno de los edificios circundantes sin ofrecer ninguna otra explicación, y Cody supuso que su amigo no era muy partidario de exponer lo que rondaba por esa prodigiosa mente suya. La moderna plaza parecía el escenario de una película

apocalíptica, y la única persona con la que se encontraron fue el guardia de seguridad que dormitaba detrás del mostrador de una recepción que podría haber albergado unos juegos olímpicos. El chico dio un respingo cuando los vio entrar con Script a la cabeza, pero casi de inmediato se sumergió de nuevo en algo que estaba leyendo y que tenía oculto bajo el ancho panel de madera de la mesa.

—¿Qué tal Charlie, aún sigues por aquí?—saludó Script chocando la mano con el vigilante con estruendo—. Al final te van a hacer el jefe.

—Ya me gustaría—contestó el aludido, que dio un leve repaso a los dos chicos detrás del gigante—. ¿De visita?

—Necesito consultar una cosita en "El Arca"—informó—. Si no es mucha molestia.

Para sorpresa de Rach y Cody, el vigilante se puso en pie y abandonó su refugio tras el inmenso mostrador de recepción.

—Tío, ya sabes que esta es tu casa—contestó dirigiéndose a un vestíbulo repleto de espejos, en el que destacaban tres ascensores gigantescos con las puertas abiertas, como las fauces de un animal esperando a sus presas.

Script se volvió con una sonrisa de suficiencia y les indicó que lo siguieran.

—Como ya os he dicho antes, colaboré en la construcción y me gané unos cuantos… privilegios.

El poco más que adolescente vigilante pulsó de forma distraída el número cuatro de la botonera del ascensor, mientras silbaba y masticaba algo que podría (o no) ser chicle. Ninguno de ellos pronunció una sola palabra mientras el elevador ascendía silencioso y sin traqueteo alguno hasta su destino. Una vez allí, Script y Charlie volvieron a chocar las manos ruidosamente, y éste les indicó que salieran del ascensor. Tras esta última escena —realizada sin articular ni una sola sílaba—, las puertas se cerraron con un siseo, llevándose consigo el rostro insustancial del vigilante. Un corredor enmoquetado de color azul cielo se abrió ante ellos, iluminado apenas por unos apliques que difundían una sombría refulgencia anaranjada cada dos o tres metros. Unos cuadros de aspecto impresionista trataban de conferir una sensación de comodidad, sin conseguirlo ni remotamente. Script comenzó a caminar sin vacilación hacia un extremo, mientras que Rach y Cody lo seguían con reservas, sin dejar de fijarse en aquellas burdas copias de Cézanne, Kandinsky o Gauguin que creaban el efecto contrario para

lo que habían sido compradas. Una sucesión de puertas sin distintivo alguno comenzaron a desfilar ante sus ojos, hasta que el informático escogió una —sin diferencia aparente de las otras—, y se metió dentro con rapidez. Rach y Cody lo siguen sin vacilar, porque ya no están en terreno conocido y deben dejarse guiar como unos tiernos corderitos por el malhablado pastor; ese mundo y ese momento pertenece a Script, que no ofrece aclaración que valga, y únicamente les señala con un gesto parco de la cabeza que busquen un lugar donde no puedan molestar. Sin demora se coloca al frente de un ordenador que parece sacado de una película de los ochenta, y se dispone a conectarlo. Cody está a punto de indicarle que no funcionará, que ya no funciona ningún aparato electrónico, pero el arcaico aparato comenzó a zumbar como una abeja furiosa, y el conocido logotipo del sistema operativo apareció en la pantalla. Script lanzó una exclamación de júbilo y esperó a que el procesador terminase de arrancar para ponerse a teclear como un loco. Cody se acercó y comenzó a mirar por encima de su ancho hombro, pero Rach ni siquiera se movió.

—¿Qué…, como demonios…?—balbuceó.

—Cuando acabé el posgrado me enviaron a realizar las practicas en una decrepita empresa de sistemas de navegación—explicó Script sin apartar los ojos de la pantalla—. Allí conocí a un chico brillante, hijo del hombre más inepto con el que me he topado en mi vida, que por desgracia era el dueño. Aquel chico desarrolló un sistema de guiado inercial, que su padre convirtió en patente y vendió a nuestro querido gobierno. El joven obtuvo un vuelo directo a Massachusetts y el acceso automático al MIT, y su padre una cantidad de dinero importante. Antes de acabar el último año de grado desarrolló un modelo experimental de navegador que no necesitaba de acelerómetros ni sensores de rotación, y que el gobierno decidió que era perfecto para los misiles que utilizaban los submarinos de nuestro querido ejército. Mayne lo reclutó para ejecutar en este instituto un novedoso sistema de guiado, y por algún motivo que todavía no logro comprender, ese chico acudió a mí para que fuese su ayudante.

—Lo que quiero decir—puntualizó Script, viendo la cara de perplejidad de Cody—, es que este edificio está construido para abastecerse al 100% de la energía solar, y el sistema que desarrollamos…

Un tremendo estallido resonó no muy lejos, golpeando con fuerza en los amplios ventanales y haciéndolos temblar como si estuviesen hechos de gelatina. Script frunció los labios con un rictus

de preocupación, y volvió de nuevo al teclado del rudimentario ordenador. Continuó su explicación sin apartar la mirada del monitor, intensamente concentrado en su tarea; fuese cual fuese.

—No me extenderé con aburridos detalles—susurró lúgubremente—. Sospecho que no andamos sobrados de tiempo.

Otra explosión ahogada, esta vez en algún punto al norte de la isla de Roosevelt, donde se encontraban.

—El caso es que este edificio está diseñado como un gigantesco satélite a ras de suelo—continuó, mientras tecleaba a tal velocidad que los dedos parecían haberse volatilizado de sus manos—. Está compuesto de un modulo central de control—señaló con el índice a la CPU del anticuado ordenador—, y antenas emisoras y receptoras.

—No lo entiendo Script—adujo Cody, que no dejaba de mirar con nerviosismo hacia la ventana por la que habían escuchado la explosión—. Además, no creo…

—En principio consistió en un juego entre Anders y yo—el hombre parecía no escuchar a su amigo—. Colocamos receptores entre las cristaleras del edificio, con el consentimiento de Mayne, por supuesto. Amplificamos la señal con derivadores y distribuidores y convertimos este viejo ordenador en una señal matriz, un improvisado *Up-Link*. El sistema de Posicionamiento Global de Anders hizo el resto.

—Entonces…—murmuró Cody, que empezaba a comprender qué quería decir su amigo.

—Entonces, he convertido este edificio en un enorme receptor-emisor que conecta con uno de los 24 satélites que giran alrededor de la Tierra, y que envía una orden de descodificación a esta pequeña maravilla—agarró la tableta—. Ahora solo falta indicarle que busque la fuente del emisor que genera esos malditos impulsos electromagnéticos.

—Como si se tratase de un simple GPS instalado en un coche—exclamó Cody.

—¡Exacto!—toqueteó la tableta, y la mostró con una enorme sonrisa a los dos chicos—. Y… ¡*Voila*!

↔

El Hummer estacionó con un chirrido de neumáticos en el aparcamiento desierto, y antes de que sus enormes ruedas se hubieran detenido del todo, uno de los hombres enfundados en un elegante traje negro se apeó, y con premura, se dirigió hacia una de las puertas traseras del vehículo. Mark Bell descendió sin apresurarse, pestañeando repetidamente, como para desembarazarse del sopor que se había adueñado de él la última media hora de trayecto. Sin mediar palabra se encaminó con pasitos cortos hacia una pequeña puerta de aluminio que destellaba en el lateral de una pared. Uno de sus guardaespaldas llegó justo a tiempo de sujetarlo por el codo cuando el anciano estaba a punto de darse de bruces con una maciza columna. Bell suspiró con fuerza, recordándose el "pequeño" contratiempo de su ceguera. Sabía que su cerebro acabaría adaptándose y haciéndose con el control de la visión, pero de momento tenía que ceder y confiar un poco más en la ayuda de sus hombres. Se dejó guiar, y advirtió el soplo de aire caliente procedente de los sistemas de calefacción del edificio nada más entrar. Notó el silencio opresivo, propio de los inmuebles con alma pero sin inquilinos suficientes como para llenar el hueco que requerían, y desechó los recuerdos desagradables que le acudieron a la mente en ese sentido. Un zumbido lejano llegaba desde algún punto de las cañerías, un piso (tal vez dos) más arriba, y Bell sintió en su cabeza —o mejor dicho, *vio*—, la habitación situada cuatro plantas por encima en la que un imponente generador bufaba como un toro de lidia. Ya quedaba muy poco; su mente bullía con la certeza de que aquella visión que su consciencia le llevaba mostrando tantos años, estaba ya muy cerca de cumplirse.

Uno de los guardaespaldas accionó el anticuado montacargas con una llave que Bell le había entregado, y el mecanismo se puso en marcha entre crujidos y chirridos herrumbrosos. El tablero únicamente contenía tres números, pero el anciano pulsó sin vacilación (y sin dudar, pese a su ceguera), el ultimo botón cuatro veces repetidamente. El ascensor inició su lento ascenso, y no se detuvo como esperaban los dos fornidos hombres trajeados en el piso tres, sino que traqueteó un poco, y continuó hasta alcanzar una altura más. Cuando se detuvo, Bell fue el primero en salir y dirigirse a toda prisa por un estrecho corredor hasta una puerta cubierta de arañazos. La abrió y dejó atrás a sus azorados escoltas, que no

pudieron alcanzarlo antes de que cruzase el umbral. El anciano aulló desde algún lugar que: ¡*cerrasen la puerta, por Dios!*, en cuanto hubieron entrado, pero ellos tardaron unos segundos debido a la estupefacción de lo que acababan de encontrarse en aquella vivienda del Soho de New York. Un gigantesco motor del que surgían tubos de corrugado y cables que se perdían en el suelo y las paredes ronroneaba como un tigre durmiendo la siesta. Un nuevo grito del viejo los sacó de su ensimismamiento, y ambos hombres se giraron a la vez para cerrar la puerta. Después, se quedaron allí plantados mientras que su jefe se instalaba en una silla reclinable de piel, y comenzaba a conectarse una especie de ventosas incoloras en la cabeza medio calva.

—Sentaos por ahí—ordenó tajante—. Y procurad no tocar nada si no queréis morir achicharrados.

Obedecieron sin rechistar.

17

Roosevelt Island, New York
Hora: 20.30

La sonrisa de Script se diluyó tan deprisa que Cody pensó que le había dado una apoplejía. El hombre cogió la tableta y la colocó a escasos cinco centímetros de su nariz, negando con la cabeza repetidamente, sin comprender qué podía haber sucedido.

—No es posible—repitió.

—¿Qué sucede, Script?

El informático no contestó; se puso en pie y caminó en círculo con la cabeza gacha, como si se encontrase dentro de una película cómica en la que el protagonista necesita pensar paseando. Al contrario que en esas películas, la inspiración para el joven no llegó.

—Si compruebo los derivadores… —murmuró para sí mismo—. Es posible que aumentando la potencia, los receptores de la señal matriz…

Rach observaba sin abrir la boca el parloteo de Script, y su apatía aumentó todavía más. Por algún motivo, el joven había desistido de luchar en un momento de su caminata hasta la isla, eludiendo altercados y propiedades en llamas. No adivinaba el propósito de aquella locura, y en su corazón se había instalado el duende del desaliento. Mientras que el gigante y Cody seguían discutiendo sobre cuestiones de las que él no entendía ni una sola palabra, se puso en pie lentamente y se dirigió con paso cansino hasta la mesa de trabajo, donde la tableta refulgía con un precioso azul eléctrico, pero sin nada más que el logotipo de la compañía fabricante en la pantalla.

—Eh, genios—llamó Rach. Ambos se volvieron y comprobaron que el joven sostenía la tableta es su dirección—. Os han llegado varios mensajes.

Tanto Cody como Script se abalanzaron hacia él con tal precipitación que a punto estuvieron de chocar y caer los tres en una maraña de brazos y piernas.

—¿Cómo demonios…?—balbuceó Script, haciéndose con el dispositivo en el que un icono en forma de globo parpadeaba con el numero de mensajes recibidos—. Esto no es posible, ¡las redes están caídas, no hay señal!

Cody intentaba fijarse en la pantalla por encima del hombro de su amigo, algo que no conseguía debido a la enorme corpulencia de la espalda de Script.

—Debes haber captado una red, y el servicio de mensajería te ha transmitido los correos que habían sido enviados antes de caer las líneas—expresó Cody.

—Es… es imposible—el informático le daba vueltas al dispositivo como si acabase de caer de otro universo—. Aunque haya conseguido atrapar la señal de alguna compañía que aún siga transmitiendo (cosa que dudo bastante que esté ocurriendo), solo he podido obtener un sistema de localización del satélite, un más que básico programa de GPS, y para nada he logrado establecer una conexión de mensajería con ninguna de las compañías de Estados Unidos.

—Pues los mensajes están aquí—corroboró Cody.

—¿Y por qué no os dejáis de monsergas técnicas y comprobáis quien os ha mandado los correos?—sugirió con desgana Rach desde la otra esquina de la pequeña sala—. Llamadme loco, pero quizá así os aclare algo.

Ambos observaron al joven, que se encogía de hombros en una clara señal de: *"eh, yo solo opino, pero vosotros sois los genios, que sabré yo"*, y procedieron a pulsar el pequeño icono parpadeante del servicio de mensajería. El primer texto no estaba dirigido a nadie en concreto, casi como una señal de emergencia lanzada de forma abierta. El segundo y el tercero fueron los que casi consiguen que ambos perdieran el sentido:

"Aquí Abraham Mitchell transmitiendo desde el edificio J. Edgar Hoover, en Washington DC. Esta difusión está siendo enviada a través de los canales de seguridad del gobierno de los Estados Unidos. Por favor, si es capaz de leerla, conteste cuanto antes".

Segundo mensaje:

"Mi nombre es Abraham Mitchell. Es de vital importancia que conteste a mis mensajes, si puede usted, sea quien sea, acceder a un dispositivo funcional".

El tercer mensaje era el último que se había recibido, y la hora de emisión databa de menos de cinco minutos antes.

“¡La situación es crítica!. De nuevo soy Abraham Mitchell, especialista informático del FBI. Estoy utilizando una señal codificada desde mi despacho por medio del satélite SAT-132, propiedad de esta organización gubernamental. He detectado su dispositivo como el único funcional en un radio de casi diez estados. Es de vital importancia que nos pongamos en contacto”.

Tras la sorpresa inicial —y después de releer los tres mensajes varias veces—, Script escribió un sencillo mensaje de respuesta y pulsó el icono de enviar con el corazón golpeándole contra el pecho, desbocado. Menos de un minuto después, la tableta vibró como un animal atrapado, y una horrorosa melodía surgió de sus entrañas. Incluso Rach despertó de su apatía y se acercó corriendo hasta la mesa, donde el aparato seguía rebotando contra la superficie lacada de madera con impaciencia. Intentando controlar el temblor que le atenazaba la garganta, Script aceptó la video llamada.

↔

Llevaban caminando alrededor de una hora por la avenida Broadway cuando decidieron hacer un alto para descansar. Habían probado con el viejo Lada, pero el pequeño todoterreno no había vuelto a funcionar desde que lo dejaron aparcado bajo el salón de billares de Tommy. En el grupo se había instaurado un silencio tenso que amenazaba con estallar de un momento a otro. Tanto Rita como Steve habían manifestado su disconformidad de atravesar la ciudad para ir a la vivienda del afroamericano, y el hombre había contestado con un parco: *"yo no obligo a nadie a venir conmigo; por mí como si os quedáis aquí mismo"*. Tras aquello, nadie más había pronunciado una sola palabra hasta que Daniel observó una reyerta cercana en la avenida Columbus, que había originado un descomunal incendio en los grandes almacenes *HomeGoods*. La masa de gente que se dispersaba en todas direcciones aullando y blandiendo objetos contundentes los había obligado a desviarse hacia la 97 e internarse en Central Park, dando un rodeo considerable de la ruta que habían establecido. Daniel quedó horrorizado al darse cuenta de cómo acabaría aquella situación si nadie era capaz de remediarlo. En los escenarios más hostiles, el ser humano solía mostrarse sin la máscara de la que se proveía a diario; sin esa necesidad de aparentar ser lo que no se era, se daba rienda suelta a los instintos más básicos. Con las líneas caídas, la mayoría no cesaría hasta llegar a sus seres queridos, o por lo menos, hasta saber que se encontraban bien. La angustia ante la ignorancia podía crear una coraza impenetrable y salvaje, pero lo que más asustaba al médico eran aquellos que llevaban toda la vida escondiendo un pozo oscuro de maldad en su interior, y a los que este entorno les proporcionaba la excusa perfecta para sacarlo de su jaula y dejarlo suelto.

Cuando el cielo mostraba esa franja mágica al filo del anochecer que tornaba del naranja al violeta, abandonaron el refugio del parque por la 81 y cruzaron a toda velocidad por la cara sur del museo de Historia Natural. Una aparente calma se había adueñado de la inacabable avenida, y Daniel supuso que la mayor concentración de gente se encontraría en el centro de la urbe, quemando cosas y partiéndose la cara. Avanzaron sin imprevistos hasta que llegaron a la esquina de Columbus Circle, donde acababa la enorme extensión de Central Park. La relativa tranquilidad se rompió en cuanto se encontraron de frente con el Marriott. El

emblemático letrero del hotel destellaba desafiante entre la noche oscura de la *Gran Manzana*, pero los alaridos que surgían del imponente edificio helaban la sangre de cada uno de ellos. Daniel pensó con horror lo que ocurriría cuando por fin —y era algo que tenía claro que iba a suceder—, las líneas eléctricas dejasen de funcionar y, la ciudad que *"nunca duerme"* se sumiera en la oscuridad. Tenía muy presente aquella fotografía que apareció en todos los periódicos en la que el puente de Brooklyn mostraba a miles de personas intentando volver a pie a sus casas tras el apagón del 2003. Enfrente, como un ciclópeo testigo mudo, el majestuoso edificio de ladrillo rojo y terracota del Carnegie Hall asistía impertérrito al pavoroso espectáculo que se desarrollaba a unos metros. En alguna de las ventanas del Marriott se agolpaban huéspedes pidiendo ayuda a gritos, mientras que un fulgor naranja avanzaba hasta ellos por su espalda. Los esfuerzos de los empleados del hotel, junto con una dotación de bomberos —que habían llegado a pie— para intentar hacer funcionar las bocas de riego, ahogaban apenas los alaridos de los que habían quedado atrapados en sus habitaciones debido a las cerraduras con banda magnética. De la ancha boca de entrada del edificio salían aturdidos los más afortunados, sorprendidos en mitad de una comida tardía o un cóctel temprano, y que se encontraban en el vestíbulo cuando se desencadenó el desastre. Daniel pareció encogerse sobre sí mismo cuando una idea cruzó veloz —pero igualmente perversa—, por su mente: *"parece que el hotel los estuviera vomitando"*. De repente, el médico sintió un fuerte empujón por la espalda, y un dolor ardiente le ascendió desde la parte baja de las costillas hasta el cuello. Sin saber qué ocurría, se encontró tendido boca abajo, sintiendo el frío asfalto en la mejilla derecha y una insoportable opresión sobre sus riñones. Gruñó e intentó ponerse en pie, pero el contacto —era una rodilla, ahora lo notaba de forma clara y dolorosa—, se acrecentó sobre la base de su espalda, impidiéndole mover el cuerpo y provocándole una nueva punzada de angustia. Con creciente desolación escuchó los lamentos de Steve junto a él, y un golpe sordo que atajó súbitamente las amenazas de Tommy. Sintió una pequeña nube oscura que le sombreaba la visión periférica, y supo de inmediato que estaba a punto de sufrir un desmayo. Una arcada que murió en su garganta le confirmó las terribles sospechas de una inminente pérdida del conocimiento, justo un instante antes de sumirse en una negrura abismal.

Chasqueó los labios y notó el sabor a cobre en la base de la lengua que le era tan familiar. Intentó moverse, pero parecía llevar puesto un traje de plomo que le aprisionaba el cuerpo contra el suelo. Cuando al fin consiguió apoyar la rodilla para hacer fuerza contra su pecho, los tendones le crujieron como ramas secas, y una descarga eléctrica le acometió desde el tobillo hasta la pantorrilla. El olor a humo le revolvió el estómago, y necesitó hacer acopio de toda la voluntad que le quedaba para no vomitar. Sintió una presión en su espalda, y se vio llevado en volandas a través de un mundo irradiado con un fulgurante naranja que le cegaba las retinas. Lo dejaron en el suelo con poca delicadeza, y sintió el aire escaparse de sus pulmones mientras observaba unos pasos alejarse. De nuevo intentó ponerse en pie, pero su cuerpo se negaba a obedecer. Un golpe sordo a su espalda, acompañado de un quejido ahogado, le devolvió la fuerza necesaria para un último arresto de voluntad, y haciendo acopio de la energía que le quedaba se incorporó hasta quedar apoyado contra uno de los bancos de piedra que circundaban la extensa plaza. Junto a él, Rita yacía de lado sujetándose con ambas manos el estómago mientras que mantenía los ojos cerrados con furia. Sintió en el rostro y el cuello un acaloramiento que amenazaba con derretirle la piel, y cuando giró el cuello para observar la razón, la sangre de su cuerpo dejó de recorrer las arterias y se congeló. Literalmente, necesitó concentrarse en seguir respirando para no morir allí mismo, apoyado contra un murete de piedra a consecuencia del horror que tenía delante de sus ojos. A unas pocas decenas de metros, el Carnegie Hall ardía con la misma pasión que habían demostrado entre sus excelsos muros artistas del calado de Glenn Miller, Tina Turner o Benny Goodman, por citar solo a una pequeña parte. A lo largo de la Séptima Avenida, un desfile de atemorizados neoyorquinos contemplaban con espanto como se consumía el icónico edificio y, con mucha más seguridad, un pequeño trozo de sus recuerdos atesorados en la mística sala de conciertos.

En un momento dado —no pudo precisar cuánto llevaba observando las llamas, que ondeaban furiosas creando un océano de brillos y fogonazos—, el rostro sudoroso y tenso de Tommy apareció delante de él, ocupando la totalidad del campo de visión de Daniel, y el médico agradeció profundamente que por un momento alguien le ayudase a ocultar el infernal espectáculo.

—¡Tienes que ayudarme!—gritó a escasos centímetros del rostro del médico—. Creo que está herida.

—¿Qué?—inquirió Daniel, aturdido.

—¡Rita!—exclamó, y viendo que no reaccionaba, lo agarró por la solapa y lo puso en pie con un enérgico tirón—. ¡Vamos!

La mujer continuaba tendida sobre la estrecha franja ajardinada de la plaza, en posición fetal y retorciéndose de dolor. A su lado, Steve trataba de apartarle las manos ensangrentadas del vientre sin éxito; el hombre era la pura escenificación del pánico, y necesitó envolverse con ambos brazos para dejar de temblar. La turbación de Daniel se evaporó como un buen truco de magia cuando entró en escena la obligación del deber facultativo. Sin perder un segundo, el médico acomodó a la mujer boca arriba, con la espalda totalmente apoyada contra la hierba húmeda y, sutilmente pero con firmeza, retiró los brazos hacia los costados, dejando el vientre al descubierto. Rita gimió con un leve suspiro, pero se dejó hacer, agotada. Daniel examinó la herida que le surcaba el abdomen unos centímetros por debajo del esternón hasta el ombligo. No era excesivamente grande, pero sí lo suficientemente profunda como para suponer un problema si no se trataba debidamente. Con mano experta pinzó los bordes de la hendidura y pellizcó con las yemas de los dedos, oprimiendo por debajo de la piel desgarrada. Un hilo de sangre oscura supuró por entre los dedos del traumatólogo y se deslizó por la camiseta rasgada de la mujer, que emitió un único jadeo de dolor cuando Daniel le deslizó la prenda hacia arriba para dejar al descubierto toda la zona herida.

—Debe de habérselo hecho con los escombros del edificio—indicó Tommy, acercándose a mirar por encima del hombro del médico—, seguramente cuando esos animales nos atacaron antes.

—Dame tu tarjeta de crédito—masculló Daniel, sin hacer caso del comentario del hombre.

—Mi… ¿Qué?

—Tu tarjeta—exigió, alzando la mano en su dirección y agitando los dedos con urgencia—. MasterCard, American, la del supermercado, me importa una mierda, pero necesito algo para “sellar” el desgarro.

Tommy rebuscó entre los bolsillos interiores de su cazadora y extrajo una cartera que tenía aspecto de ser carísima. Sin reparar en ninguna en particular, atrapó una de las esquinas rectangulares que asomaban por las ranuras laterales y se la entregó al médico, que de inmediato la colocó sobre los pliegues, apretándola con firmeza.

—Tu bufanda—pidió sin levantar la vista.

Steve tardó en reaccionar un par de segundos más de la cuenta,

pero en cuanto comprendió que Daniel le hablaba a él, se desenrolló la bufanda del cuello y la extendió en dirección al médico. Éste fijó la tarjeta —procurando que la herida “respirase” para evitar colapsar los pulmones, si éstos hubieran resultado dañados—, y realizó un vendaje compresivo enrollando la prenda alrededor del torso de la mujer. Rita emitió un quejido apagado y se desmayó.

—Necesita atención—expuso Daniel—. Hay que desinfectar la herida y suturar…

—En mi casa tengo todo lo necesario—argumentó Tommy.

—Yo estaba pensando en un hospital.

—¿Acaso no te has enterado de lo que está sucediendo?—dijo levantando la voz en medio del rugido de las llamas y el clamor de la gente que huía en dirección a Central Park—. Acabamos de huir de un hospital, y en estas circunstancias lo último que quiero es volver a otro.

—Pero…

—Daniel, tú eres médico, y te repito que en mi casa tengo cualquier cosa que necesites—sin esperar respuesta, cogió en brazos a la mujer como si estuviera acunando a un bebé y comenzó a caminar por la séptima avenida—. Además, ya estamos cerca. Es totalmente factible

Steve lo siguió como un perrito a su dueño, y Daniel se mordió la lengua para no contestar lo que pensaba. Tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, cuatro kilómetros hasta el Soho, en una de las ciudades más pobladas del planeta sumida en medio del actual desconcierto y con una persona herida en brazos, le parecía de todo menos factible. Aún así, lanzó una última mirada a los restos iluminados de la sala de conciertos y echó a correr tras el grupo. Pensó que, de todas formas, no tenía ningún sitio mejor al que ir.

—¡Esto es una locura!—repitió una vez más.

El joven se puso en pie y rodeó con nerviosismo la isla metálica donde habían colocado la tableta. El rostro exhausto y ojeroso del analista del FBI observaba el ir y venir de Script desde la pantalla sin despegar los labios, dejando tiempo al *hacker* para asimilar lo que acababa de revelarle.

—No me creo ni una sola palabra de esa historia—prorrumpió de nuevo mientras agitaba los brazos—. ¡La mires por donde la mires, tiene fallos!

Cody examinaba la expresión del hombre que aparecía en la pantalla de la tableta con desconfianza, sin tener en cuenta la reacción de su amigo ante las palabras de aquel tipo. Algo en la narración del informático del FBI había oprimido un botón interno en su cerebro, y una sucesión de teorías —a cada cual más descabellada—, desfilaba sin cesar por su mente, para luego morir en el cajón destinado a las ideas absurdas que guardaba en el trastero de su comprensión. Siempre se había jactado de tener amplitud de horizontes, pero lo que sugería ese hombre le parecía simplemente… excesivo.

—¿Cómo va a generar una simple tableta un impulso electromagnético de ese calibre?—continuó Script—. ¡Es imposible!

—Ya le he dicho que no es una simple tableta; además, existe un generador… —volvió a explicar el analista, extenuado.

—Sí, sí, ya nos ha contado todo eso del grafeno y bla, bla… —estalló Script— pero, o se equivoca usted, o hay algo que no me está mencionando.

—No hay tiempo para…

—¡A mí no me da órdenes ningún mentiroso del gobierno!—el joven parecía al borde de un colapso, y Cody se dio cuenta de jamás había visto tan alterado a su amigo.

De repente, en la pantalla de la tableta se sucedieron una serie de movimientos, y el rostro enjuto y demacrado del analista del FBI fue sustituido por el de un hombre unos cuantos años mayor.

—Hola, buenos días, me llamó Sam Boyle—se presentó; una sonrisa forzada se dibujaba en su tez bronceada—. Trabajo como criptógrafo para el gobierno, y necesito que todos ustedes me presten atención.

Rach y Cody se arremolinaron en torno a la pantalla, y aunque Script se mostró reacio al principio, acabó por hacer lo mismo.

—Mi compañero, el señor Mitchell, es bastante reticente a desvelar cualquier secreto que tenga que ver con nuestra organización, pero sinceramente, a mi me importa bastante poco ese tema—continuó—. Ahora les voy a explicar con detalle toda esta maldita historia, y les doy mi palabra que no omitiré ni una sola coma, pero deben prometerme que después de eso no perderemos más el tiempo con explicaciones.

Los tres asintieron de forma solemne, tras lo cual, Boyle comenzó a hablar de nuevo.

—Para comprender este asunto de forma correcta debo preguntarles si han escuchado alguna vez hablar de la bomba *Arco Iris*—de nuevo, tanto Cody como Script asintieron—. Pues en ese caso, deberemos trasladarnos en el tiempo y el espacio hasta Rusia y el comienzo de la Guerra Fría.

↔

New York
Hora: 21.00

Voskov se apresuró a introducir una vez más los cálculos en el teclado numérico, y de nuevo suspiró ante el resultado. Ya hacía rato que el asesino se había marchado de su salón, pero los lamentos que Marcos había proferido antes de morir aún resonaban en su cabeza como los golpes de un martillo sobre una fragua. Llevaba muchos años preparándose para lo que estaba a punto de suceder, y aún así se daba cuenta de que se le habían escapado infinidad de detalles que podrían dar al traste con el plan que había gestado hacía ya más de cincuenta y siete años. Recorrió los escasos ocho metros cuadrados de la habitación, y conectó la máquina que había mandado construir tanto tiempo atrás. Con un leve siseo cobró vida, y veinte minutos más tarde, casi la totalidad de la Costa Este de Estados Unidos se oscureció.

La Edad de Piedra

1

Un pulso electromagnético lo suficientemente potente posee la cualidad de fundir los filamentos que conducen la energía dentro de los conductos plásticos de los cables, friendo así los equipos; aunque la electricidad sigue estando presente, no es destruida. Sin embargo, aquella nueva onda generó el equivalente en Kv/m de varias bombas racimo que enlazaron una serie de pulsos de diversas intensidades. Los impulsos, que hasta ese momento habían sido cortos y de intensidad E2, se transformaron en frecuencias más duraderas y prolongadas, con unas ondulaciones y curvaturas que generaron movimientos E1 y E3. Los generadores y torres de alta tensión se sobrecargaron y estallaron en un radio de 1.540 kilómetros, sumiendo a Rhode Island, Massachusetts, Pensilvania, Maryland, New jersey y Delaware en la más profunda oscuridad. Curiosamente, el único lugar de ese destructivo radio de acción que no se vio afectado fue la zona centro de New York, justo en el eje de la detonación del pulso, debido a la denominada “zona segura” creada por el campo magnético terrestre. Exactamente, después de 260 segundos desde la primera onda —y varios destellos cegadores—, la Edad de Piedra se adueñó de una extensa parte de la Costa Este de Estados Unidos.

2

New York, 3 de febrero
Hora: 00.30

La pequeña tableta refulgía en mitad de la noche oscura, iluminando el pavimento adoquinado cual faro revelando la proximidad de la costa. Ninguno de los tres había abierto la boca desde que observaran el resplandor y dejaran atrás la isla a través de la estación de metro de Roosevelt Island. Rach había insistido en continuar avanzando por la galería de espaciosos túneles hacia Lexington, pero Script había desdeñado la idea de forma tajante. Según él, los espacios cerrados no eran seguros, y podrían provocarles un grave problema a la hora de necesitar una huida. Ninguno de ellos cuestionó la decisión de abandonar el subterráneo en la Segunda Avenida y emprender el largo paseo por la carretera estatal. La FDR o Franklin D. Roosevelt era una autovía que bordeaba New York, asentada a orillas del East River. Sin duda, aquella maravilla de la ingeniería era uno de los grandes atractivos de la ciudad, sobre todo a su paso por el puente de Brooklyn o el parque Schurz, donde miles de turistas recorrían sus más de quince kilómetros a diario en coches de alquiler o bicicletas; sin embargo, en aquella noche únicamente iluminada por los fuegos alejados que consumían varios inmuebles de la colindante urbe, los ocho carriles de la travesía se asemejaban más a un extraño cementerio de animales de metal. Ante la imposibilidad de avanzar con los vehículos, la gente los había abandonado de cualquier manera, dirigiéndose a pie hasta el centro. Cody sintió un escalofrío al recordar cierta película en la que en la que los aterrorizados ciudadanos habían huido y dejado sus coches de la misma manera.

El chico repasó una vez más la inverosímil historia que les había contado el criptógrafo del FBI, y le volvió a embargar el terrible peso de la responsabilidad. Supuso que a sus amigos les ocurría lo mismo, pues no habían vuelto a mencionar el tema y se encontraban profundamente pensativos.

Avanzaron una hora más a través del serpenteante laberinto de vehículos que atestaba la carretera; la enorme concentración de coches apenas dejaba paso en algunos puntos, pero lo que más les llamó la atención de aquella necrópolis de osamentas metálicas fue la ausencia de manifestación humana. Desde que habían dejado

atrás la estación y emprendido el viaje por la célebre FDR, no se habían cruzado ni una sola persona, aunque sí que escucharon gritos o lamentos al otro lado del pavimento, en dirección a la ciudad. Script continuaba en cabeza del pequeño grupo, con la tableta al frente como si se tratase de un moderno buscador de metales. Apenas levantaba la cabeza para orientarse entre la sinuosa maraña de objetos diseminados y vehículos abandonados, aunque no por ello disminuía el ritmo de su marcha. Rach y Cody lo seguían unos metros por detrás, pero ya comenzaban a notar la pesadez de la caminata en las piernas. Justo cuando Rach estaba a punto de sugerir un descanso, un escalofriante silbido recorrió la autovía y se perdió a lo lejos, entre las aguas agitadas del East River. Script se detuvo al instante, alerta y con la cabeza ligeramente ladeada. Un segundo silbido volvió a romper la quietud en dirección inversa, como un boomerang que regresa a su dueño después de trazar una complicada curva. Script fue el primero en reaccionar, segundos antes de que una jauría se les viniera encima. El hombre deslizó su corpachón por el capó de un viejo Mustang y comenzó a correr hacia la mediana que dividía la carretera, en la dirección opuesta al origen del segundo silbido. A medida que ganaba terreno sorteando los vehículos con la agilidad de un corredor de obstáculos, lanzaba frenéticas indicaciones a sus amigos para que hicieran lo mismo, pero Cody y Rach habían desperdiciado unos segundos valiosísimos intentando comprender qué estaba ocurriendo. Antes de que pudieran seguir la desaforada carrera del *hacker*, un grupo de chavales de aproximadamente su misma edad les había cortado el paso, y por el lado contrario del embotellamiento de ese mismo carril apareció otro rebaño aún más numeroso en cuestión de segundos.

—¿Pero qué cojones…?

Un segundo antes de que el primer grupo llegase hasta ellos, los muchachos escucharon un sonido que les heló la sangre en las venas, y fue en aquel justo momento cuando comprendieron la verdadera situación en la que se encontraban. Cody intentó reaccionar, pero antes de que sus pies iniciasen la huida sintió un golpe brutal en las costillas y se vio caer sobre el asfalto agrietado. Escuchó el grito de su amigo, seguido de varios porrazos y un insulto apagado antes de que al menos dos cuerpos más se le echasen encima, aprisionándole la mejilla contra el rugoso pavimento. Otro silbido, amortiguado y más prolongado, le saturó los sentidos junto con el olor del aceite de motor y caucho quemado antes de perder la consciencia.

A duras penas había conseguido llegar hasta una vieja camioneta al otro lado de la autovía antes de que lo alcanzasen. Tendido en el suelo bajo la destrozada Ford-150, observó como un reducido grupo —a buen seguro una “avanzadilla”—, revisaba el interior de los vehículos y continuaba su búsqueda en dirección a la ciudad. Sintió un dolor punzante en la pantorrilla izquierda y trató de sepultarlo; ya lo revisaría más adelante, si aquella banda de delincuentes juveniles no conseguía encontrarlo y sacarlo de allí a rastras. Los altos edificios de ladrillo rojo de Stuyvesant Town formaban una retícula simétrica justo delante, y Script cerró los ojos angustiado.

El joven había reconocido de inmediato lo que significaba ese silbido, pues él mismo había crecido en Morrisania, al sur del Bronx. Para Script, el tráfico de drogas y la violencia de las bandas habían sido el pan de cada día durante su infancia; en esos barrios conflictivos, en los que formar parte de una de aquellas pandillas significaba la diferencia entre llegar o no a la adolescencia, el silbido había formado parte muy activa de su trabajo como “correo”. Apostados en lugares estratégicos, los muchachos como Script silbaban para alertar si la policía se acercaba, o simplemente si algún ingenuo turista se aventuraba por zonas donde no debía. Había todo un código de silbidos, y Script estaba muy familiarizado con la mayoría de ellos, por eso sabía que aquel que había escuchado en el carril de la FDR significaba “incautos” Se dio cuenta —demasiado tarde—, de la causa por la cual la autovía se encontraba desierta; aquella carretera bordeaba Manhattan de norte a sur, albergando millones de desplazamientos a diario. Como era de esperar, en situaciones de caos como los apagones o manifestaciones descontroladas, los delincuentes encontraban un filón para cometer sus asaltos. En lugares como el éste de Harlem o el sureste del Bronx, florecían las bandas capitaneadas que se repartían el Upper Manhattan y el Lower Manhattan como suculentos trozos de pastel donde saquear y cometer delitos, pero no eran los únicos sitios donde las bandas actuaban. Distritos como Brooklyn o Queens poseían también barrios en los que era mejor no adentrarse y, como si de una frontera se tratase, la Franklin D. Roosevelt delimitaba la zona de influencia de cada cual. Script estaba seguro de que algunas facciones de los suburbios conflictivos de Brooklyn como Bedford-Stuyvesant o Brownsville, habían

decidido que mientras sus homónimos se mataban por el centro de la ciudad, un trozo de pastel más que suculento y sin rivales en disputa era aquel pedazo de una carretera donde abundaban los vehículos abandonados de forma descuidada.

Una nueva descarga de dolor le acometió desde la parte alta del gemelo hasta la sección posterior del muslo y, le obligó a morderse el labio para no gritar. Escuchó a los rastreadores volver sobre sus pasos y pasar a escasos metros de donde estaba escondido para reunirse con el resto de la pandilla. Extrañamente y, a pesar de la anarquía que comenzaba a adueñarse de la isla de Manhattan, en aquel tramo de carretera el silencio era tan espeso que podía sentirlo deslizándose por su piel, impregnándolo todo como una sustancia pegajosa. Aquellos pandilleros estaban decidiendo qué hacer con los dos chicos que habían atrapado, y que sin duda no habían resuelto sus expectativas en cuanto a un buen botín se refería.

—Pues yo lo he visto—farfulló uno—, ¡ese tío llevaba una tableta que funcionaba!

—Eres un gilipollas, Jazz—replicó otro—. Si Lex se entera que andamos perdiendo el tiempo con chorradas y no desvalijando los coches…

—¡Te digo que lo he visto capullo de mierda!

—El caso es que ya no está, y nos quedamos sin tiempo si queremos abrir todos estos *bugas* antes de que aparezcan esos cerdos de la banda de *Blue*.

—¿Y qué hacemos con estas dos princesas?—preguntó señalando a Cody y Rach, que continuaban inconscientes en el suelo.

Después de un tenso silencio, Script escuchó una orden y el grupo se dispersó en busca de nuevos objetivos.

—Saca una de las cuerdas que llevas en esa mochila tuya.

El hacker notó como su cuerpo se tensaba, y un nuevo pinchazo le recorrió la pierna. Se retorció un poco debajo de la camioneta en la que se había ocultado, y arrastró su cuerpo por el asfalto resquebrajado. Procurando hacer el mínimo ruido posible, reptó hasta el coche más próximo, un moderno deportivo que apenas dejaba sitio para esconderse.

—Calculo que los hombres de *Blue* deben estar al caer, así que les vamos a dejar un regalo con mensaje incluido— masculló un tipo alto y delgado como un fideo.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Es una pequeña broma que llevamos años gastándonos ese

imbécil de Roscoe y yo—explicó—. Al menos la mano derecha de *Blue* entenderá que nosotros llegamos antes, y que hemos ganado el territorio.

—¡No me jodas Steve!—respondió, y Script captó el nerviosismo en su voz—. Ese Roscoe está como una regadera, si nos pilla aquí nos va a despellejar vivos.

—Agarra con fuerza ese extremo—ordenó, sin hacer caso del comentario.

—Tío, en serio, déjate de juegos y larguémonos.

—¡Te he dicho que agarres esa punta joder!

Un par de minutos después, Script escuchó los pasos alejándose de los últimos dos miembros de la banda juvenil y abandonó su escondite. Sorteando vehículos a toda velocidad alcanzó el lugar donde habían atrapado a sus amigos, y cuando llegó no pudo reprimir una exclamación de horror, que se perdió flotando a lo largo de la autovía.

3

Soho, New York
Lafayette Street
Hora: 01.10

Daniel aplicó con destreza el último punto de sutura y, con la desenvoltura de un cirujano, limpió cuidadosamente los bordes para no dejar rastros de iopovidona ni lidocaína que pudiesen infectar la cicatrización. Cortó el monofilamento absorbible y se retiró un poco para observar el trabajo.

—Parece que ha salido bien—corroboró Tommy desde atrás.

—¿Me explicas como dispones de un maletín quirúrgico con el membrete del Hospital General?— masculló Daniel.

—¿Quieres saberlo o dar las gracias por ello?

El médico se giró y se encaró con los profundos ojos del afroamericano. Tras una leve vacilación, restó importancia al asunto agitando la mano.

—Lo importante es que Rita se pondrá bien—examinó la sutura subdérmica, que había aprendido a realizar en un denigrante curso de trabajo de una clínica de estética, y asintió satisfecho—. Aunque creo que necesitaría una trasfusión de forma urgente si no queremos que la cosa se complique.

—Aquí tiene todo el material necesario y varios donantes—consultó a Steve con la mirada para obtener su conformidad, y el técnico se apresuró a confirmarlo.

—Me temo que eso no será suficiente—Daniel se fijó en el rostro de Rita, que había perdido su tono tostado y mostraba profundos cercos negros bajo los ojos—. Está a punto de entrar en choque hipovolémico; no bastará con una transfusión.

—¿Y una de plasma con albúmina?

Daniel escrutó el rostro de ébano de Tommy con renovada admiración.

—Debería poseer una gran cantidad de Albúmina Sérica Humana para que…

—Inyectables intravenosos de 75 gramos por cada 100 ml—atajó con determinación.

—¿Cómo demonios…?

Una gran sonrisa afloró al rostro del afroamericano, que dejó al descubierto una dentadura perfecta.

—Digamos que en este mismo edificio tenemos a un donante anónimo, que con mucho gusto nos cederá unas cuantas bolsas.

—Pero…, esos viales solo están disponibles para…

—Para enfermos que sufran cáncer de páncreas, por ejemplo.

El piso de Tommy era una réplica exacta del emblemático edificio Schermerhorn, construido en 1888 como mansión familiar, situado a una centena de metros calle arriba. El inmueble original había sido preservado e incluido en el Registro Nacional de Lugares Históricos, por lo que uno de los herederos de la familia afincada y propietario de otro solar en la calle Lafayette, decidió contratar a Henry Harden, el más aclamado arquitecto neoyorquino del momento para que reconstruyese la vivienda familiar punto por punto. Tommy había adquirido una de las trece viviendas de la exclusiva construcción mediante una exorbitada suma, que casi duplicaba el valor real, a cambio de hacerse con el ático. La razón de semejante desembolso únicamente la conocía el afroamericano, y jamás pensaba desvelársela a nadie. De las cuatro casas con las que contaba cada planta, solo tres se encontraban habitadas —una por planta—, además de la de Tommy, que se hallaba aislada del resto del edificio mediante una puerta revestida de acero.

Dejaron atrás la puerta forjada y descendieron por una sinuosa escalera hasta el piso inferior.

—Por aquí—indicó Tommy—. Seguro que el señor…

Se detuvo, interponiendo el brazo por delante de Daniel para evitar que el médico continuase caminando. Dos de las cuatro puertas que habían atravesado al salir del corredor estaban cubiertas de polvo y se notaba que hacía tiempo que nadie las cruzaba; la tercera —la que se encontraba justo al lado de ellos—, estaba impecablemente limpia y con un abultado felpudo en la entrada que rezaba: *"Cerrado por vacaciones. No molestar"*. Daniel siguió la dirección de la mirada de Tommy, y se dio cuenta de la que jamba estaba ligeramente astillada y el montante de la cerradura mínimamente descolgado. Aunque a duras penas se distinguía, Daniel supo que habían forzado la entrada. Tommy lo apartó con suavidad de la trayectoria de apertura, y le ordenó con señas que mantuviera pegada la espalda a la pared. El médico le hizo caso sin pestañear. Como por arte de magia, la pequeña escopeta de cañón recortado apareció en las manos de Tommy. La culata de madera entre los dedos tensos del afroamericano le

produjo a Daniel una profunda sensación de malestar, que se acrecentó cuando el hombre traspasó el umbral de la puerta y desapareció dentro del oscuro pasillo del piso. Al cabo de unos segundos —que a Daniel se le transformaron en horas angustiosas—, escuchó que Tommy lo llamaba desde el interior de la vivienda en penumbra. El pasillo estaba enmoquetado y decorado con un gusto exquisito, pero el médico apenas se fijó en aquellos detalles; en su mente solo había lugar para la incertidumbre que cultivaba el miedo. Cuando la estrecha galería dio paso a un amplio salón iluminado por unas enormes cristaleras, sintió que las piernas le fallaban, y necesitó de toda su fortaleza mental para no derrumbarse allí mismo. En el centro de la sala se encontraba un hombre —o lo que quedaba de él—, atado de pies y manos a una silla que tenía aspecto de haber sido sacada de una subasta en Sotheby's por una cantidad nada desdeñable. En el suelo, una sustancia negruzca que había comenzado a secarse le recordó a Daniel los años de duro trabajo en el matadero de sus padres, y a pesar de haber visto infinidad de charcos similares, una arcada le ascendió garganta arriba. Tommy apoyó el cañón del arma en la barbilla del hombre —al parecer, ajeno a náusea alguna—, y levantó la cabeza para ver el rostro del cadáver. Lo dejó caer suavemente un segundo después, casi con ternura.

—Es Marcos—informó en un susurro—. El ayudante personal del señor Voskov.

Daniel comprobó con repugnancia que a aquel hombre lo habían matado a golpes. Como traumatólogo que era, pudo ver de un solo vistazo que la causa de la muerte había sido la obstrucción de las vías respiratorias a causa de la inflamación de los tejidos. Aquel desgraciado se había ahogado con su propia sangre después de que le provocasen fracturas nasales, maxilares y mandibulares.

—Tommy, ¿Qué demonios está sucediendo aquí?

—Eso vamos a averiguar—contestó resuelto, alzando la escopeta por delante y avanzando con cautela hacia el interior de la vivienda.

Tommy conocía bien el interior del piso, en parte porque era idéntico en proporciones al suyo, pero también porque había estado allí numerosas veces visitando a su vecino. El señor Voskov era la única persona en el mundo con la cual Tommy se había atrevido a conversar sobre sus gustos en poesía y arte, algo impensable con el resto de los mortales. Todavía recordaba la primera vez que había charlado con el anciano sobre un grabado de John Keats que tenía enmarcado en la entrada; aunque intentó reprimir su entusiasmo,

los ojos le brillaban, y el viejo le miró muy serio y le dijo: *"Requiere coraje crecer y convertirte en lo que realmente eres. Una frase muy inspiradora la de Cummings, no crees"*. Desde aquel mismo instante, Tommy no volvió a ocultarse en presencia de su vecino.

El espacioso salón comunicaba a través de un pequeño corredor con una estancia que parecía una sala de lectura, donde las paredes revestidas de madera abarcaban desde el suelo hasta el techo con anaqueles repletos de libros de toda clase. En mitad de la habitación, un sofá de orejas junto a un bien iluminado ventanal remataba un escenario dotado de una hermosura que trasmitía una placidez de obra literaria. Tommy ni siquiera se detuvo para comprobar que allí no había nadie escondido, si no que se dirigió directamente a la sala contigua. Daniel lo seguía de cerca, y al pasar junto al sillón se dio cuenta de la indiferencia de su compañero por aquella magnífica habitación; en ese lugar no existía rincón alguno en el cual un agresor pudiera haberse ocultado. Al llegar a la cocina, apoyó la culata de madera contra su hombro y se concentró al máximo. Uno por uno, fue abriendo los cajones de un aparador metálico de aspecto industrial sin encontrar nada aparte de una cantidad descomunal de comida congelada. Con paso elástico y cauteloso, recorrió la gigantesca isla central que dominaba la formidable cocina, que parecía la de un importante restaurante de comidas. El único lugar donde no había buscado era un amplio armario que a todas luces guardaba los utensilios de limpieza. Tommy acercó el cañón de la escopeta a la puerta con una mano, y con la otra aferró el pomo con tal lentitud que a Daniel estuvo a punto de provocarle un infarto.

—No hace falta que busques ahí, chico—graznó una voz a sus espaldas—. No hay nadie escondido dentro.

Tommy se giró con la velocidad y gracilidad de una bailarina rusa, y el arma quedó a medio camino, entre el suelo y su pecho. Daniel sintió que se le aflojaban las piernas al escuchar una respiración detrás de él, de donde había surgido la voz, pero antes de que pudiera girarse, Tommy bajó el arma y esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí, señor Voskov?—interrogó acercándose.

↔

Le temblaban tanto las manos que le costó por lo menos tres intentos trabar el extremo de la soga a la ventanilla de un flamante Prius. Cody estaba empezando a recobrar el conocimiento lentamente, pero Rach se zarandeaba como un muñeco de trapo cada vez que Script balanceaba la cuerda para ganar algunos centímetros. Esos jóvenes delincuentes habían dejado a los dos chicos empaquetados para la banda rival, a modo de broma macabra u ofrecimiento; y se habían empleado a fondo para ello.

Script tensó un poco más la soga a través de la polea improvisada de la ventanilla del Prius —que atenuaba el peso—, y fue bajando a Cody del parabrisas del autobús de dos pisos al que lo habían amarrado como a un Cristo moderno. El chico emitió un leve gemido al tocar el suelo, y comenzó a parpadear para aclararse la vista. Script no perdió el tiempo con explicaciones, y le hizo señas para que le ayudase con Rach, que colgaba inerte de un espolón de la cabina del bus. El chico no reaccionó de inmediato, pero comenzó a recuperar la percepción fugazmente. En ese instante, en la apabullante quietud de la carretera, ambos escucharon un sonido que los puso en alerta. De la oscuridad del serpenteante carrusel de vehículos abandonados llegaban audibles unas voces y el eco de portazos que rompían ocasionalmente la calma. Script se detuvo un segundo con la cuerda tensa entre sus agotadas manos, y de pronto comenzó a bajar a Rach con toda la velocidad que le permitía su improvisado aparejo. Rach se golpeó con fuerza contra la recia defensa de hierro del autobús antes de caer pesadamente al asfalto.

—¡Vamos Cody, ayúdame!—apremió el grandullón—. Están llegando.

El chico recuperó de golpe la lucidez y salió a toda velocidad hasta el lugar donde su amigo continuaba inconsciente en el suelo. Entre los dos cargaron el cuerpo justo a tiempo de ver como un chico alto y delgado como un lápiz abría e inspeccionaba una furgoneta a pocos metros. Del otro lado de la autovía les llegó un sonido similar, acompañado de más voces.

—¿Dónde vamos?—inquirió Cody, aterrorizado—. Vienen por ambos lados, ¡estamos atrapados!

Script se puso un dedo sobre los labios y le hizo señas de que

guardase silencio. Advirtió que el grupo más cercano a ellos se encontraba aproximadamente a veinte o veinticinco metros. Señaló en esa dirección.

—¿Estás loco?, si vamos hacia ellos nos descubrirán antes de dar dos pasos.

De nuevo, se puso el dedo con irritación sobre los labios y, propinó un enérgico tirón para que Cody lo siguiera. Avanzaron agazapados contra el lateral de una fila de vehículos que habían quedado trabados contra el guarda raíl, sintiendo el coro de voces cada vez más cerca. Uno de ellos daba órdenes, mientras que los demás gritaban sus hallazgos con júbilo. En un momento dado, se vieron obligados a lanzarse al suelo y ocultarse bajo el prominente alerón de un Pontiac Trans Am del 79 cuando un grupo de tres adolescentes cruzó a su lado, en dirección a la orilla opuesta de la carretera. Script divisó a unos metros lo que andaba buscando, y el alma se le congeló dentro del pecho. La escapatoria de la autovía para la salida a la estación de autobuses de la Avenida C estaba totalmente colapsada por una colisión masiva de al menos cinco vehículos. Un amasijo de hierros de lo que en otra vida había sido un pequeño Ford taponaba por completo el paso a nivel, haciendo imposible el acceso. Desesperado, se dio cuenta de que habían quedado atrapados en mitad de los dos grupos, que cerraban un abanico de búsqueda en torno a ellos. Calculó que les quedaban apenas un par de minutos antes de que los descubrieran, y ni siquiera quiso imaginarse qué podrían hacerles aquellos maleantes si encontraban la tableta que llevaba escondida en el fondillo de los pantalones. Un golpe, seguido de un grito de frustración le llegó del vehículo contiguo, por lo que agarró el cuerpo de Rach y avanzó a gatas hasta el siguiente coche de la fila. Comenzó a sudar profusamente, y sintió que comenzaba a faltarle el aliento cuando percibió que alguien le golpeaba con insistencia en el hombro. Estuvo a punto de gritar, pero se contuvo en el último momento al darse cuenta de que Cody le susurraba algo al oído. Tardó más de lo normal en procesar la información, pero de repente cobró forma con un peso casi físico lo que su amigo intentaba indicarle. A unos diez metros, un cartel de color gris con una enorme L de fondo mostraba una de las paradas de metro de la línea del “Distrito Este”, a su paso por la Primera Avenida. Escuchó como los dos grupos de pandilleros que se habían separado para peinar mejor la carretera se saludaban al encontrarse, y Script decidió que ese era el momento; posiblemente la única oportunidad de alcanzar la boca de metro antes de que llegasen hasta ellos. Se cargó sin miramientos a Rach

sobre el hombro, y enfiló como un expreso entre la zigzagueante hilera de vehículos en dirección al subterráneo. Confiaba en que Cody lo siguiese sin problemas, pero no podía detenerse a comprobarlo. Titubeó ligeramente al llegar a la escalera, pues nada le apetecía menos que internarse en la opaca oscuridad del subsuelo en un mundo en el que la electricidad había dejado de ser un recurso, pero descendió los escalones de dos en dos, seguido de cerca por el muchacho.

4

New York
Hora: 03.30

El Hummer avanzó sin contratiempos en una ciudad que parecía preocupada por autodestruirse a sí misma en el menor tiempo posible. Bell suspiró agotado en la parte trasera del descomunal vehículo, pues aunque todo estaba saliendo según lo previsto, todavía quedaba la parte más difícil —y sin duda, la más importante—, y sus reservas de energía se reducían de forma alarmante. Había puesto en marcha el "generador", pero nada de todo aquello habría servido para nada si no conseguía llegar hasta *La Placa*.

El teléfono —del tamaño de un ladrillo—, comenzó a vibrar a su lado de forma insistente, sobresaltando al viejo en el espacioso habitáculo insonorizado.

—¿Sí?—dijo como única respuesta.

—Aquí no está.

—Llevo buscando a ese hombre más de treinta años—contestó sin inflexiones, con dureza—. Sé que se encuentra en esa maldita casa, en algún rincón oscuro, detrás de un mueble o agazapado bajo el fregadero, pero sigue allí, así que no vuelvas a llamarme hasta que lo hayas encontrado.

Cortó la comunicación mientras el tipo al otro lado de la línea le soltaba una retahíla de excusas y explicaciones que ni siquiera llegó a escuchar. Se maldijo una vez más por no haber realizado aquel trabajo él mismo, pero la operación constaba de tres partes bien diferenciadas y, sin excepción, esenciales cada una de ellas. Se animó al pensar que todavía le quedaban un par de jugadas maestras bajo la manga, y decidió utilizar una de ellas. Volvió a coger el pesado teléfono y tecleó a ciegas un código en la pantalla de cristal líquido.

—¿Quién demonios…?

—Supongo que hablo con el Mayor John Stamos, de Fort Hamilton—soltó a bocajarro—. Soy Mark Bell, director del FBI.

El anciano paladeó la perplejidad al otro lado de la línea, y se congratuló por asestar el primer golpe.

—¿Cómo sabe que dispongo de éste teléfono?—preguntó, tiñendo sus palabras de un deje reconocible de furia—. ¿Y quién le

ha dado el número?

—Recuerde que soy el director de la agencia federal encargada de la seguridad en este país—contraatacó—. Lo sé todo. Conozco el proyecto experimental del senador Donald Kemp contra los ataques de pulsos electromagnéticos, y también sé que su base fue la única que obtuvo la financiación completa, a modo expeditivo.

—Señor Bell, no sé qué tipo de base cree usted que es Fort Hamilton, pero aquí nos dedicamos únicamente al reclutamiento, formación académica y salvaguarda del Patrimonio Histórico gracias a nuestro Museo de Defensa del Puerto.

—¡Déjese de monsergas!—bramó—. En apenas unos minutos llegaré hasta su base, y un par de horas después lo hará Brian Connors, ¿lo conoce?

La mención de Connors, General de Brigada del ejército estadounidense puso al Mayor Stamos al borde de un colapso.

—Ahora escúcheme bien, ¿me oye?

—Sí…, por supuesto.

—Pues esto es lo que necesito que haga nada más colgar el teléfono.

Cuando terminó de dar las instrucciones al asustado oficial, dejó caer el pesado aparato sobre el asiento y se bebió medio litro de agua en dos largos tragos. Solo restaba atar un cabo suelto, pero ya no había marcha atrás, y si debía organizar una caza de brujas contra aquel maldito viejo cabrón, eso pensaba hacer. Se reclinó un poco y se preparó para el inminente acto final.

En aquella habitación todo resultaba opresivo, incluso los grandes monitores adosados a la pared, que hacían que el espacio restante pareciese todavía más reducido.

—Es una larga historia—admitió el anciano—. Y aunque no lo fuese, no tenemos tiempo para eso, debéis marchaos de aquí inmediatamente.

—Tommy me ha dicho que usted podría dejarnos algunas bolsas de plasma con albúmina—terció Daniel, que no estaba dispuesto a marcharse de allí tan fácilmente.

El viejo le dedicó una mirada escrutadora que incomodó a Daniel, hasta que por fin se movió con una rapidez impropia para su edad, y abrió una portezuela oculta tras uno de los paneles de aluminio. Extrajo tres bolsas y se las alargó al médico.

—¿Tendrá bastante con estas?

—Esperemos por el bien de nuestra amiga que así sea.

Cuando el anciano se giró para indicarles la salida, se encontró frente a frente con los oscuros ojos de su vecino. Tommy no apartó la mirada, a pesar del frío repaso que le dedicó su vecino y amigo. Se dio cuenta de que el hombre parecía haber envejecido al menos diez años desde la mañana anterior, cuando discutieron acaloradamente sobre unos versos de García Lorca.

—¿Qué ocurre, Tommy?—inquirió el viejo en un tono que pretendió que sonase duro, pero que no consiguió.

—Ayer estaba en ese salón tomando un vaso de bourbon con usted y debatiendo sobre poesía—dijo mientras se acercaba un paso—. Y hoy descubro un cadáver en el mismo lugar, y a usted encerrado en un bunker.

—Me parece que no sabes…

—Lo que me parece es que usted me ha tenido engañado durante mucho tiempo.

—No es eso—rebatió afectado—. Es… simplemente no tengo tiempo para esto, muchacho.

Tommy se acercó un poco más, con una mueca de rabia pintada en el rostro.

—Quiero saber qué está ocurriendo aquí.

El anciano titubeó, pero se dirigió hasta la pesada puerta que

daba acceso al bunker, y pulsó una serie numérica en un teclado que fulguraba en la penumbra reinante. De inmediato, el sonido neumático de un mecanismo resopló, y la puerta se cerró con un último chasquido acuoso.

—En ese caso— indicó—, sentaos.

5

Brooklyn, New York
Base Militar Fort Hamilton
Hora: 03.45

El club de oficiales estaba ubicado en lo que anteriormente era el fuerte original, y rezumaba historia por cada uno de los ladrillos que amurallaban la antigua construcción. Bell casi había sentido una mota de patriotismo cuando le describieron que estaban pasando al lado del *caponiere*, donde estaba ubicado el museo. La multitud de esculturas y la pieza del imponente cañón Rodman que poblaban el cuidado césped, a la entrada de la fortificación, le habían parecido prácticamente lo único autentico que perduraba en Fort Hamilton. En aquel instante, sentado ante la plana mayor del campo, se ratificaba en su anterior pensamiento. Esos hombres le causaban una antipatía natural, que se acrecentó con la actitud pusilánime de cada uno de ellos al hablar.

—Lo comprendemos señor Bell, pero el *Estado de Excepción* no es una decisión que podamos tomar nosotros—alegó el capitán Diamond.

—No estamos hablando de instaurar un *Estado de Sitio*, ni de sacar los tanques a la calle— contradijo Bell secamente—. Solamente de enviar un destacamento para sitiar la ubicación de un terrorista que está atentando contra nuestro país.

—Usted ha sugerido sitiar el centro de Manhattan—añadió Ben Hammond, oficial jefe de ingenieros—. Eso no se trata de un picnic por el campo.

Bell le dedicó una mirada de repulsión ciega que ninguno de los presentes pasó por alto. El velo blanco de su retina puso la piel de gallina a los curtidos militares.

—Yo no sugiero nada, señor Hammond—contestó, escupiendo las palabras—. Le estoy dando una orden directa.

—¡Yo no acato ordenes del FBI!—respondió ofendido.

—Tal vez no, pero ésta es una situación excepcional, que requiere de medidas excepcionales—espetó, sacando un trozo de papel arrugado del bolsillo interior de su chaqueta, y lanzándolo a la mesa con desprecio—. Y la resolución firmada por el señor Dunfils, Jefe del Estado Mayor, me otorga poderes suficientes para meterles a todos ustedes un enorme palo por el culo, si me apetece.

John Stamos, el Mayor de la base, soltó un gritito que sonó demasiado afeminado, y se llevó las gafas de montura metálica al puente de la nariz. Por supuesto que aquella autorización era falsa, pero Bell sabía que aquellos burócratas no se tomarían las molestias necesarias como para contactar con sus superiores y constatar que no fuese así. El documento era real, con el sello oficial y el membrete que lo confirmaba, pero la firma había sido realizada por un excelente falsificador que Bell tenía a las órdenes del FBI. Incluso si alguno de esos hombres sufría un ataque de eficiencia en su trabajo y llegaba a entregar el documento, para cuando un grafólogo descubriese el engaño, él ya habría conseguido su objetivo.

—Así que, caballeros, espero la total y absoluta colaboración por su parte si queremos detener ésta amenaza contra nuestro país—recitó con su mejor tono patriótico—. Y por supuesto, también espero a las tropas de que dispongan preparadas en el patio de armas en menos de una hora.

Dicho aquello, salió del fabuloso club de oficiales escoltado por sus fieles guardaespaldas.

El viejo se quedó callado un instante para dejarles que madurasen la información que acababa de proporcionarles. Daniel parecía absorto, muy lejos de allí, pero Tommy era otra historia. El afroamericano no apartaba sus profundos ojos negros del rostro del anciano, tratando de discernir si éste le estaba contando la verdad a una fabula de abuelo senil.

—¿Y dice que no se llama Vasily Voskov?

—No.

—¿Y que tampoco es ruso?

—Efectivamente.

—¿Y cómo se llama?

—Kirk Brimham.

—Brimham—repitió—. Así que es norteamericano.

—Así es.

Tommy se puso en pie, se encajó la pequeña escopeta en la cinturilla de los pantalones, y se dirigió hacia la puerta blindada. Al llegar, se giró y traspasó con los ojos al anciano.

—Ábrame ésta puerta.

—Escucha, muchacho…

—He dicho que me abra—Tommy hizo un gesto a Daniel—. ¿Vas a venir, o te quedas aquí con *Isaac Asimov*?

El médico se apresuró a ponerse de pie y seguir a su amigo, siempre con las bolsas de plasma bien sujetas. El anciano dejó escapar un suspiro.

—Entiendo que no creas ni una sola palabra de lo que te acabo de contar, pero si esos hombres me encuentran… —se detuvo—. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí escondido.

—No tema, para mi usted nunca ha existido.

Aquellas palabras parecieron dolerle al anciano como si le hubiesen asestado un golpe en el estómago. No obstante, se acercó al panel numérico y marcó una clave; al instante, el mismo sonido neumático abrió el mecanismo, y una ráfaga de aire procedente del salón se coló dentro.

—Gracias por las bolsas de plasma—agradeció Daniel. El viejo asintió, restándole importancia.

Tommy abandonó el bunker con dos grandes zancadas, sin

despedirse ni mirar atrás, y al llegar al salón se preparó para encontrarse con el cadáver del asistente pudriéndose en la silla. Se quedo petrificado cuando vio el asiento vacío. Se llevó la mano a la culata del arma, y avanzó muy lentamente en dirección al marco de la puerta que dividía la biblioteca del salón. Escuchó pasos, aunque no pudo precisar de qué lugar de la extensa vivienda procedían. Con el cañón extendido hacia adelante, indicó a Daniel y al anciano que volviesen al cuarto, para después desaparecer con pasitos cortos y sigilosos. El ruido se intensificó al llegar al pasillo que conectaba con la cocina, y Tommy avanzó en esa dirección aferrando con más fuerza la culata. De repente apareció un hombre descomunal, de aproximadamente dos metros y hombros anchos de culturista. En un primer momento no vio a Tommy, absorto como estaba en pelar un plátano especialmente rebelde, pero al tomar el camino al salón quedaron frente a frente. Sus anchos hombros rozaban las paredes del estrecho corredor, y el pelo cortado a cepillo era extremadamente rubio y fino. Ambos se miraron una décima de segundo, hasta que el gigantón reaccionó y arremetió a toda velocidad contra Tommy, que se vio sorprendido por la agilidad de un cuerpo tan pesado. El primer disparo le acertó en el hombro, y frenó un tanto la carrera, aunque no lo detuvo del todo. El hombre recibió el impacto y se miró el hombro destrozado, pero contrajo el rostro con una mueca de furia más que de dolor. Avanzó otro paso, y el segundo disparo le acertó de lleno en el pecho. Un amasijo de piel y sangre salió despedida contra la pared, dejando una mancha informe de color bermellón al mismo tiempo que el gigante se detenía y se tambaleaba. Tommy no se podía creer que aquel animal pudiese seguir en pie, pero así era. El tipo se palpó la sanguinolenta herida y emitió un bramido que sonó a bestia más que a hombre; se lanzó de nuevo contra su adversario, y éste apretó de nuevo el gatillo, que emitió un chasquido hueco, de metal contra metal. *“He disparado los dos cartuchos, está vacía”*. El choque fue tal, que lanzó a Tommy varios metros por el salón hasta que se golpeó la parte baja de la espalda con una mesa. Sintió como si le hubiese atropellado un camión, y se dijo que en parte así había sido, pues aquel tipo parecía estar hecho de metal. Al abrir los ojos vio como el rubio se le echaba encima y, sujetándolo con todo el peso de su inmenso cuerpo, le aplastó los riñones contra la mesa y le golpeó en el rostro varias veces. Tommy sintió que iba a desmayarse de un momento a otro, pero quiso presentar batalla antes de que aquel mal bicho lo triturase como a un azucarillo. Levantó la pierna, y con un tremendo esfuerzo le hincó la rodilla en el estómago e

intentó separarlo un poco, pero el rubio ni siquiera se movió. Gruñía y golpeaba, lanzando espumarajos de saliva rojiza contra el rostro del afroamericano, que trataba de defenderse como podía con los antebrazos. De repente dejó de sentir la violenta acometida del sicario, y aprovechó el momento para deslizarse hacia un lado y escapar de la presa del pesado cuerpo. Se giro rápido, preparado a lanzar los puños con la poca energía que le quedaba, pero el tipo estaba tendido boca abajo en el suelo, encima de un charco de sangre que se iba extendiendo sobre la alfombra de color marfil. Una tremenda brecha le sangraba de forma abundante por encima de la oreja izquierda, y Tommy observó varios golpes más en el cráneo, a través de su fino pelo rubio. Un metro por detrás, respirando de forma entrecortada se encontraba Daniel, que sostenía entre sus manos un pesado busto de bronce que goteaba sangre de uno de sus extremos. Junto a él se encontraba el anciano, sereno pese al horrendo espectáculo que había tenido lugar en el suelo de su salón.

—Me temo que voy a necesitar que me explique esa historia una vez más—pidió el afroamericano antes de sentir como la realidad se fundía a negro y se evadía.

—Yo apenas acababa de cumplir la mayoría de edad, y se me abría por delante un futuro prometedor, pero cuando recibí la llamada del presidente Kennedy decidí que iría a cualquier lugar que él me pidiese. Ese lugar fue la base de Rogachevo, en Rusia, donde ambos gobiernos colaboraban en secreto en un proyecto llamado *Archer*. Los detalles de dicho proyecto se me vedaron, pues yo estaba en ese lugar únicamente para desarrollar mi estudio sobre el *cerebro holográfico*. Me pidieron que trabajase con un sujeto, un niño de seis años que mostraba una sorprendente habilidad para recordar series numéricas infinitas y codificarlas después en imágenes holográficas en su mente.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Daniel.

—Imagina el mapa estelar de nuestra galaxia—explicó el anciano con el fervor de un profesor recitando una lección—. Ahora intenta recordar el orden en el que estudiábamos los planetas en el colegio por su proximidad con el sol; por ejemplo, la Tierra era el numero tres, y si en un examen te preguntasen por el numero tres de la galaxia, a tu mente acudiría de inmediato la imagen del planeta azul. Alexei poseía la extraordinaria habilidad de una memoria eidética conjugada con un cerebro holográfico. Era capaz de asociar un número a una imagen y recordarla el resto de su vida como si acabara de verla un segundo antes. Durante un tiempo suministramos al niño una cantidad de datos abrumadora, como quien carga una nevera en previsión de un temporal, y cada vez quedábamos más asombrados con la infinita capacidad del privilegiado cerebro del chico.

Hizo una pausa y dio un largo trago del vaso de agua que tenía a su lado y del que no se había separado, casi como si se tratase de un salvavidas.

—El caso es que fui notando un cambio en Alexei—continuó—. Y no solo en su capacidad para memorizar, sino también en su actitud. Cada vez estaba más distante, huraño, incluso agresivo. Al principio creí que se debía al inexplicable proceso en los niños que poseen memoria eidética, la cual les va abandonando al hacerse mayores, pero decidí investigar la causa de tan radical cambio. Cuando averigüe que llevaban mucho tiempo proporcionándole drogas experimentales para desarrollar su capacidad, se lo conté de

inmediato a mi superior.

—Y estaba en el ajo—aventuró Tommy.

—Todo el mundo en Rogachevo estaba en el ajo. Por aquel entonces, la carrera armamentística era un hecho, y aunque Rusia y Estados Unidos colaboraban en secreto, no era una alianza real.

—¿Pero qué demonios querían de ese chico?—volvió a preguntar Tommy—. Y ya puestos, ¿Qué tiene que ver con lo que está sucediendo ahora?

—Llevo muchos años escondido, pero jamás he dejado de trabajar en secreto respecto a este asunto—confesó—. Fundé varias empresas punteras en desarrollo tecnológico, y conozco todos los avances en I.A. y los nuevos modelos de posicionamiento cuántico…

—No me interesa toda esa jerga para amantes de los ordenadores—atajó Tommy, que no paraba de acomodarse en la silla debido al dolor—. Lo que quiero saber es porqué mi vecino es el objetivo y, la posible causa de un apagón de la hostia en la ciudad de New York.

El viejo suspiró.

—Hace tan solo unos días ocurrieron varios fenómenos que desenterraron algo que se creía perdido hace muchos años—el viejo parecía agotado, y hablaba cada vez más despacio—. Esos objetos eran unas placas de un material extraordinario, que estaban adosadas a unos satélites que se estrellaron en el año 1961; Alexei, el niño del que os hablaba antes, quiere hacerse con ellas.

—¿Sigue usted sin contarnos la razón de todo esto?

—La razón es que esas placas de grafeno contienen una serie de códigos de posicionamiento y manejo de unos “satélites durmientes” que llevan a la espera de que alguien los despierte casi sesenta años.

—¿Qué clase de satélites durmientes?

—De los que están armados para destruir a otros satélites y enviar al mundo entero a la Edad de Piedra.

La gigantesca explanada hervía de militares comandados por el Mayor Stamos, que no dejaba de dar órdenes a voz en grito desde lo alto de un Jeep. Hammond, el jefe de ingenieros, se encontraba en la parte de atrás de un pequeño camión de color plateado, donde iba repasando con meticulosa pulcritud todos los equipos acoplados a las baldas metálicas. Aunque Bell no podía ver toda aquella efervescente actividad en el patio del fortín, sonreía de regocijo al imaginar lo cerca que se encontraba su objetivo.

Sintió que sus dos hombres se ponían rígidos, y escuchó los pasos de unas botas que delataban al Mayor acercándose.

—Señor Bell, las patrullas de reconocimiento ya están preparadas—y añadió, como si le supieran a hiel aquellas palabras—, como usted ordenó.

—Excelente. De momento solo necesitaremos cuatro de esos Jeep ligeros y el camión de seguimiento; no queremos iniciar una guerra si no es estrictamente necesario.

Stamos estuvo a punto de decir algo, pero se mordió la lengua en el último instante y permaneció en silencio.

—Uno de mis hombres le acompañara en el destacamento para indicarle las zonas que deben acordonar y el lugar exacto donde buscar a ese terrorista.

—Con el debido respeto, creo que deberíamos saber la posición…

—Le agradezco su confianza.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó al interior de las instalaciones con uno de sus guardias, mientras que el otro acompañaba a un ofendido Stamos hasta uno de los vehículos. Por suerte para Bell, el gobierno estadounidense era como uno de esos familiares hipocondríacos que siempre llevan un botiquín a cuestas. Conocía las medidas que habían llevado al senador Kemp a obsesionarse con un ataque de pulso electromagnético y blindar uno de aquellos hangares como una enorme caja de Faraday contra un imprevisto de ese tipo, pero jamás podría haber imaginado que la obcecación por protegerse le llevase a resguardar todos los edificios de la institución. Bell no pudo reprimir una carcajada al pensar en la ingente cantidad de dinero que se habían gastado del presupuesto del contribuyente, y que justamente iba a servir para iniciar aquello

que habían pagado por detener.

6

La línea de Canarsie con la Catorce se encontraba desierta en su primer tramo, a su paso por la Primera avenida. Era cierto que tras su recorrido por Brooklyn, la línea de Canarsie comenzaba a tener más afluencia al llegar a la parada de Unión Square, donde al tren rápido se le añadían las terminales de metro que surcaban la parte sur de Manhattan; aún así, a Script no le gustaba nada aquella aparente calma.

Por obra y gracia de algún generador de emergencia, el túnel no estaba completamente a oscuras, pues cada diez metros un piloto de color rojo iluminaba de forma tenue el angosto corredor por donde discurrían las vías. El andén permanecía en tinieblas, bajo el suave fulgor del reflejo de los focos que llegaba desde la boca de los subterráneos. Cody había arrasado con los restos que quedaban en una máquina expendedora, y derramaba un poco de agua sobre los labios resecos de Rach . El chico había comenzado a recobrar el sentido, pero se encontraba desorientado. Script, a su lado, estaba rescatando las últimas migajas del fondo de una bolsa de Doritos sin apartar los ojos de la embocadura del túnel.

—¿Y ahora qué?—preguntó Cody.

—Ahora seguimos el plan—corroboró—. De hecho, quizás esta es la mejor opción que podíamos tomar.

—¿La mejor opción?, te recuerdo que no estamos aquí por gusto.

—¿Has visto las hogueras a lo lejos, en el centro?

Cody asintió.

—Avanzar por allí puede suponer un verdadero infierno—repescó algo de la bolsa y la dejó caer. Señaló un cartel de la pared en la que estaban impresas las distintas líneas del tren rápido y el metro—. Desde esta parada llegaremos sin complicaciones hasta la 14, y una vez allí tomaremos una de las desviaciones del metro hasta Prince St. Yo me decanto por la Q o la W amarilla, que es la más grande.

—¿Pero es que has perdido la cabeza?—gritó—. ¿Acaso no has visto que hemos estado a punto de morir ahí arriba?

Script no contestó, aunque seguía con la vista clavada en la tibia oscuridad del pozo de entrada al túnel.

—Tenemos que llegar hasta ese generador—apuntó con decisión.

—¡No tenemos que hacer nada!—las lágrimas habían aflorado a sus ojos y se las limpió con rabia—. Ni siquiera sabemos que ese tal…, Mitchell es en realidad del FBI; o ya puestos y, aunque lo sea, tampoco sabemos si es cierta la historia que nos ha contado.

—Si existe una sola posibilidad de que sea verdad, debemos intentar solucionar ésta mierda.

—¿Y eso por qué?—se puso en pie, y Script notó como temblaba de pies a cabeza—. ¿Por qué no pueden hacerlo ellos mismos?, ¿Por qué envían a unos críos a detener al malvado terrorista?

Se derrumbó llorando contra la pared y se dejó caer al sucio suelo de la estación. Script dudó, pero lo atrajo hasta él y le rodeó los hombros en un tímido abrazo. Cody respondió al gesto aferrándose con fuerza a su amigo.

—Tengo miedo Script— confesó.

—Yo también, pero sé que podemos conseguirlo.

La firmeza en las palabras de su amigo consiguió tranquilizarlo un poco. Cuando se apartaron vieron que Rach estaba de rodillas, observándolos con expresión divertida.

—Si queréis os dejo solos.

—¡Vete a la mierda!—exclamaron al unísono.

—No, si yo lo decía por vosotros—agitó la mano, restando importancia—. Ya ves, que a mí no me importa todo ese rollo gay ni nada, pero…

Script le lanzó una bolsa de frutos secos y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Toma, coge fuerzas que nos vamos de excursión!

Después de comprobar la tableta una vez más, la guardó con preocupación en el bolsillo interior de su pantalón. La señal seguía muerta, y la batería estaba comenzando a mostrar una considerable bajada de carga. Había revisado nuevamente los últimos mensajes, y aunque conocía la dirección y las directrices del trabajo sobradamente, su miedo a no ser capaz de llevarlo a cabo empezaba a asomar la cabeza. Por otro lado, de nada le serviría ese miedo si no conseguía atravesar aquellos malditos túneles subterráneos. Durante la ultima hora y media habían recorrido en silencio la vía que comunicaba con la siguiente estación sin encontrar signos evidentes de otras personas, pero cuando ascendieron por la rampa

que desembocaba en el andén de la Tercera avenida, unos gritos desgarradores que resonaron con la fuerza de un trueno les hizo virar de nuevo en dirección a los raíles. Script había realizado una avanzadilla en solitario para buscar comida, pero el apeadero estaba destrozado, y las máquinas de la terminal completamente vacías. Script sabía que a medida que se acercasen a las estaciones centrales del centro de la ciudad encontrarían más signos de devastación, pero no esperaba que fuese tan pronto. Intentó calmarse recitando un antiguo mantra que aprendió de pequeño en el reformatorio: *"Ajai alai, pavan guru, ajai alai"*. Lo repitió tres veces y, de repente sintió como su pulso descendía, y su respiración volvía a controlarse. Aquel dicho significaba *"invencible e indestructible, con la respiración del maestro"*; siempre que pasaba por un estado de ansiedad le reconfortaba, aunque fuesen una mezcla de palabras que no comprendía y que había leído en un libro que no era suyo, pero cuando las cosas funcionan no las abandonas.

Estaba a punto de comenzar con la cuarta estrofa de su mantra, cuando escuchó el sonido que llevaba temiendo desde que se aventurasen bajo tierra. Lo que parecía un grupo —numeroso, a juzgar por el ruido de las distintas voces—, descendía por el tramo de escaleras que conducía desde la planta superior. Script no podía saber si eran amigos o enemigos, pero automáticamente optó por la segunda premisa. Salió a toda velocidad a través del andén y sorteó los bancos arrancados con la gracilidad de un corredor de obstáculos. Al saltar desde el muelle hasta las vías se dio cuenta de su error, pero ya no pudo hacer nada para remediarlo. No había reparado en la pasarela metálica que se extendía a lo largo de todo el apartadero, a fin de que las personas con movilidad reducida pudieran entrar sin problemas a los trenes. El fuerte impulso, unido al considerable peso del chico, originó un golpe que se elevó con estruendo entre los contrafuertes y las pilastras de la estación, y se perdió escaleras arriba. Se quedó inmóvil, en cuclillas esperando escuchar las voces, pero todo se encontraba en silencio. De repente, una sombra cruzó con rapidez por el extremo opuesto del muelle, y escuchó que alguien con voz aflautada gritaba: "¡Blue, ese cabrón llevaba un móvil, lo he visto Blue!". El corazón le dio un vuelco, y sus piernas comenzaron a correr de forma desenfrenada por cuenta propia. Cuando llegó hasta sus amigos empapado en sudor, ni siquiera su preciado mantra conseguía calmarlo.

—¿Qué ocurre Script?—preguntó alarmado Cody.

—¡Corred!

Los tres se internaron en el túnel a ciegas, sin las precauciones

que habían seguido hasta el momento. Las traviesas de la vía se les clavaban en las plantas de los pies, pero en su alocada carrera apenas si las notaban. En dos o tres ocasiones escucharon sonidos lejanos, ecos de las voces de sus perseguidores, pero parecían encontrarse muy lejos. Cuando por fin se hicieron visibles los carteles que indicaban que estaban llegando a la parada de Unión Square, Script se detuvo.

—Guárdate esto—ordenó a Cody entregándole la tableta—. Asegúrate de terminar lo que hemos venido a hacer.

—¿Qué?—el chico apartó el dispositivo, enfadado—. Vamos a ir todos.

Script negó con la cabeza, inquieto.

—Escúchame, si es cierto lo de ese generador y podemos evitar una catástrofe, jamás me perdonaría que no hubiésemos hecho todo lo posible—lo sujetó por los hombros y le dedicó una intensa mirada—. Hazme caso por una vez; coge esa tableta, sigue la línea de terminales amarillas hasta Prince St, y acaba el trabajo.

Cody frunció los labios con fuerza, pero acabó aceptando el aparato; sin despedirse comenzó a correr, pero a medio camino se giró impotente, preguntándose si volvería a ver a su amigo que continuaba indicándoles que siguieran corriendo hasta llegar al andén. Cody titubeó, pero Rach le apremió con una palmada en la espalda que sonó demasiado fuerte en el espacio cerrado del subterráneo. Cuando Script se aseguró que sus amigos emprendían la huida, se volvió y afianzó las piernas en la dirección opuesta. Estaba cansado de correr como un niño asustado escondiéndose de una panda de adolescentes, por muy delincuentes que fuesen. Cuando las voces subieron de intensidad y vio las sombras enfilar la recta que conducía hasta su posición, su cuerpo se tensó y adquirió la posición de un jugador de fútbol que espera a un adversario para realizar un placaje.

La terminal de Unión Square era un inmenso laberinto de tres plantas, en la cual confluían varias líneas de metro y tren rápido. La planta baja —por donde habían accedido ellos—, continuaba con la ruta de tren hasta la Octava avenida, para regresar de nuevo a Brooklyn en sentido contrario. Los dos chicos apenas encontraron en ese nivel a un par de personas que deambulaban desorientadas en busca de alguien al que llamaban entre susurros. El nivel

superior era algo absolutamente diferente; las múltiples consignas que horas antes despachaban los billetes para el transporte estaban completamente saqueadas y, en muchos casos, destrozadas. Los comercios —los que habían sido más rápidos o intuitivos—, se encontraban cerrados a cal y canto, con las persianas aseguradas por recios y pesados candados; muchos otros mostraban los signos evidentes de haber sido desvalijados y olvidados cuando ya no quedaba nada que sacar de ellos. Una marabunta de gente abarrotaba los andenes de salida, esperando quizás que apareciese algún servicio público que los pudiese llevar por fin a su destino. Otros muchos corrían desesperados, con lágrimas en los ojos y llamando a gritos a algún ser querido. Cody y Rach se internaron entre la multitud y siguieron las indicaciones para llegar hasta el andén de salidas de la línea Q, que se encontraba en el otro extremo de la estación. Intentaron no prestar atención a la gente que vagaba de manera errática y les hablaba entre balbuceos, y tampoco a los que les aferraban de la ropa pidiéndoles un favor, una solución, o ambas cosas. Cuando encontraron el símbolo de color amarillo, bajaron un pequeño tramo de escaleras y se tropezaron con un apartadero desierto, en el que un tren con las ventanas astilladas taponaba la vía por completo.

—¿Y ahora qué hacemos?—articuló Rach, al que no le salía la voz del cuerpo.

—Tenemos que continuar por esa ruta—sentenció su amigo—. Debemos que encontrar un acceso para salir al túnel.

—¿Y por qué demonios no regresamos a la calle y seguimos por allí?

—¿Has visto lo de ahí arriba?, es posible que en la calle sea mucho peor, así que no me arriesgaré. Ven, sígueme.

Avanzaron con rapidez por el corto trayecto del muelle, buscando un hueco que les permitiera acceder al corredor, pero los vagones sellaban completamente la boca del subterráneo.

—No hay manera—sentenció Cody, derrotado.

—Pues nada, será por las malas, como nos gusta hacerlo en el Bronx.

—¡Pero si tú no eres del Bronx!

—¡Eh, mi abuelo vive en la 110, en el límite de Harlem, así que técnicamente soy un tipo peligroso!

—Eres un fantasma.

—Estoy de acuerdo—agarró una barra de hierro que se había soltado de un banco, y la esgrimió en el aire—. Pero un fantasma

peligroso.

Se acercó hasta una de las ventanillas del vagón de metro que tenía más cerca, y la golpeó con fuerza. Al principio la barra hizo un ruido tremendo en el espacio cerrado, pero solo consiguió extender un poco más la tela de araña agrietada del vidrio. Rach agarró con más decisión la palanca, y la descargó con fuerza de nuevo contra el centro de la fisura, que estalló en una lluvia de minúsculos cristales. Sonriente se volvió hacia su amigo, que le miraba con la boca abierta.

—Va a ser verdad eso de que llevas sangre del Bronx.

—¡Te lo dije, chaval!—apartó los restos de cristales del marco, y se metió ágilmente dentro del compartimento—. Vamos, que parece que estás atontado.

El interior del vagón era un verdadero desastre. Una amalgama de asientos destrozados, maletas abiertas y restos de basura cubrían el suelo por completo, impidiendo caminar con facilidad por el estrecho pasillo. Una de las puertas que comunicaba un compartimiento con el siguiente estaba trabada por un voluminoso equipaje que había volcado, distribuyendo su contenido alrededor del pasillo y los asientos. Los dos chicos se apresuraron a retirar las diversas prendas de ropa y utensilios personales para poder abrir la portilla lo suficiente y encontrarse un escenario similar en el siguiente departamento. Con dificultad consiguieron llegar hasta el furgón principal, que constaba de un gigantesco panel plagado de mandos y botones —todos ellos apagados—, y de dos asientos vacíos. Por lo demás, parecía que la catástrofe no había alcanzado aquel lugar del tren. Buscaron un lugar por donde salir, pero las ventanillas de la cabina estaban bloqueadas por la cercanía con el muro de contención del túnel. No había forma de avanzar por allí. Sin pensarlo mucho, Rach dejó la pesada barra de hierro —intimidatoria, pero poco funcional con un cristal más grueso y sin astillar como el de la cabina—, y se hizo con un pequeño martillo que aguardaba en una pequeña cajita adosada a la pared con el letrero *"Rómpase en caso de emergencia"*.

—Yo supongo que esto es una emergencia—esgrimió Rach, al tiempo que golpeaba el fino cristal.

Cody observaba a su amigo apartar los pequeños fragmentos del marco de la caja sin poder dejar de mirar hacia atrás, inquieto y esperando que alguno de aquellos delincuentes apareciese por el estrecho pasillo del tren; o quizás con la esperanza de que el que surgiese de entre la oscuridad fuera su amigo Script. Un crujido amplificado por los ecos del subterráneo lo sacó momentáneamente

de sus cavilaciones, lo justo para ver a Rach como retiraba una sección que había aguantado el golpe, y se perdía por el morro del convoy, en dirección a las tinieblas lúgubres de la galería de la línea amarilla.

—¿Vas a venir, o piensas quedarte a esperar al revisor?—apremió Rach desde la penumbra.

Cody echó un último vistazo al desolado pasillo del tren, y siguió a su amigo a través del parabrisas destrozado.

7

Tommy se había levantado y caminaba a un lado y otro del bunker con evidentes gestos de dolor; cada dos o tres pasos negaba con la cabeza, abría la boca para decir algo y, la volvía a cerrar de inmediato para continuar su agitado “paseo”.

—Todo esto me parece una verdadera tontería, Vasily, o Kirk—negó una vez más, aturdido—, o como quiera que se llame usted.

—Por favor, Tommy, ¿puedes dejar de tratarme de usted como a un desconocido?—pidió el anciano—. Me llamo Kirk, pero si te es más cómodo llamarme…

—¡Para mí nada de todo esto es cómodo!—estalló—. ¡Lo cómodo para mí es continuar al frente de mis negocios, viviendo en el ático de este maravilloso edificio y charlando con un buen bourbon con mi perspicaz vecino, un anciano que se llama Vasily!

—Pues Vasily, entonces—confirmó el viejo, lo que arrancó un suspiro de furia por parte de Tommy.

El afroamericano se acercó con rapidez y agarró al anciano por la barbilla; Daniel se puso tenso, pero se relajó al ver como Tommy apartaba la mano.

—Lo que quiero, carcamal, es que empieces a cantar o te dejo solo ahí fuera—señaló en dirección al piso que se hallaba al otro lado de la puerta de acero—. Y ya les contarás tus bobadas a esos tipos tan amables que te buscan.

El viejo asintió, indicándole a Tommy que tomase asiento; el hombre rehusó la invitación.

—Como ya os he contado, el problema viene de muy lejos—comenzó—. Todos esos experimentos de la base militar de Rogachevo, en Rusia, estaban precedidos por un suceso que ocurrió hace más de un siglo; ¿sabéis algo del misterio de Tunguska?

Ambos negaron.

—Pues bien, el 30 de junio de 1908 ocurrió un suceso que los científicos llevan intentando descifrar desde entonces sin éxito, claro, salvo especulaciones y teorías. Al noroeste del lago Baikal, en Siberia, una onda de choque arrasó un área de más de 70 hectáreas de bosque y lanzó por los aires a testigos que se encontraban a casi 60 kilómetros de distancia de allí. Los presentes afirmaron que una gran bola de fuego había atravesado el cielo, por lo que se creyó que alguna clase de meteroide o fragmento de cometa había

impactado contra la superficie de la Tierra. En 1921, Leonid Kulik llevó a cabo la primera investigación científica del evento, pero no pudo determinar qué había sucedido en realidad al no encontrar cráter alguno del impacto. Años después, en una base siberiana encargada del mantenimiento de equipos aéreos, se detectaron ecos de una señal gravitacional muy potente procedente del espacio y que reverberaban sobre el lago Baikal. Lo que había creado aquel impacto años antes no había sido un cometa, o los restos de un meteorito, sino las ondas residuales de una colisión entre agujeros negros.

—¿Agujeros negros?

—O para ser más exactos, dos agujeros de gusano. Jrushchov, el presidente de Rusia en aquel momento —y un fanático incorregible sobre el poder de la mente y el espacio—, se embarcó en una cruzada personal para intentar controlar ambos campos. Para ello destinó un ilimitado presupuesto y esfuerzo a proyectos secretos con el nombre de: *"Proyecto K"*, o lo que más adelante se convertiría en el *"Proyecto Archer"*. Jrushchov reunió a los mejores científicos en ambos campos, y sometió a diversas pruebas a sujetos mientras estudiaba aquellas ondas procedentes de los agujeros de gusano. Con la llegada al poder de Kennedy se produjo el empujón que necesitaba Jrushchov, que no era otro que los satélites que poseía Estados Unidos. En un proyecto conjunto, Rusia y Estados Unidos decidieron "despertar" los ecos de los agujeros de gusano, que parecían haber iniciado un estado de inactividad, y para ello lanzaron la archiconocida *Starfish Prime*, una bomba nuclear disfrazada de prueba atómica. Lo que no tuvieron en cuenta fue el efecto devastador que esas ondas generadas por los agujeros de gusano tendrían sobre los artefactos enviados al espacio para estudiar el fenómeno. Los satélites quedaron inutilizados, y jamás se pudo rescatar la información que contenían. Los sucesivos intentos de hacerse con los datos fracasaron, hasta la llegada de un material descubierto por uno de los científicos de Jrushchov que trabajaba en Rogachevo.

—El grafeno—puntualizó Daniel.

—Así es. El nuevo material era capaz de absorber las ondas gravitacionales sin derretirse por el efecto de los impulsos electromagnéticos, así que el líder ruso decidió mantenerlo en secreto y ocultárselo al gobierno americano. Equipó varios satélites con placas de grafeno y los envió al centro de los agujeros, pero cuando éstos remitieron la información, los anticuados ordenadores quedaron inutilizados al instante. Jrushchov estaba desesperado,

pues poseía los medios y la información de algo tan potente y sin duda, devastador contra las potencias enemigas, pero no lograba la manera de hacerse con ellos, así que se volcó en el otro proyecto conjunto que estaba desarrollando, el de los individuos con *cerebro holográfico* capaces de retener esa información que los ordenadores no conseguían mantener.

El viejo hizo una pequeña pausa para aclararse la garganta con un sorbo de agua, y después paseó la mirada entre sus dos oyentes con el fin de cerciorarse de que comprendían la magnitud de lo que estaba contando.

—Lo que ocurrió después es la historia que ya conocéis—puntualizó—. El padre de Alexei poseía la extraordinaria cualidad que Jrushchov buscaba, pero no resistió las atroces pruebas a las que fue sometido. Tras aquello, se tuvo especial cuidado con su hijo, pero sin abandonar el propósito para el cual estaba siendo entrenado. La prueba definitiva llegó ese verano de 1961, cuando se reposicionó el satélite para internarse en el área de los agujeros, reactivarlos mediante una explosión nuclear, y recoger los datos obtenidos en unas tablillas de grafeno que estaban interconectadas al chico. Yo saboteé la prueba, el satélite estalló en la órbita terrestre creando una reacción en cadena que hizo que otros cinco satélites repartidos en distintos puntos del mundo explosionasen de igual manera, diseminando las tablillas por todo el planeta; yo escapé con la tablilla principal, la que estaba conectada a la mente de Alexei.

—Un momento—interrumpió Tommy—. Toda esa historia de conspiraciones de película sobre la guerra fría es muy interesante, pero no me explica nada sobre la situación actual.

—Pues está bien claro—arguyó el viejo, un poco irritado—. Alexei ha recuperado esas placas que estallaron con los satélites, y las está utilizando para dirigir las ondas electromagnéticas procedentes de esos agujeros de gusano. Con la debida disposición de la multitud de satélites que rodean la Tierra, podría utilizar esas ondas gravitacionales como un arma sónica contra cualquier punto del planeta que desee. Lo que Alexei no consigue comprender es que los impulsos electromagnéticos son solo el primer estadio de la fuerza de esos agujeros; lo que está sucediendo ahora mismo solo es el principio. Si Alexei se sale con la suya, podría mandar un planeta desolado a un universo distinto, una realidad en la que de poco le serviría a nadie el control del mosaico satelital de la Tierra.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que intento deciros, es que Alexei está forzando a una

fuerza de la naturaleza descomunal, tan colosal que ni siquiera sabemos con seguridad cómo opera o a qué reglas universales obedece, a que altere su horizonte de sucesos, lo que podría conducirnos a un atajo espacio-temporal que nos destruya…, o algo peor.

Tommy se puso en pie, frotándose con nerviosismo las palmas de las manos contra las perneras del pantalón. Agarró la escopeta y se dirigió hacia la puerta.

—No entiendo del todo lo que nos acabas de contar—explicó—. Pero lo que sí entiendo es que ese loco nos puede joder a todos, así que vamos a hacer algo al respecto.

↔

Mark Bell —en otra vida Alexei Kasser—, estaba sentado al frente de uno de los potentes ordenadores de la base militar de Fort Hamilton, concentrado en no equivocarse con los parámetros. Sus ojos inútiles eran totalmente irrelevantes, pues *veía* todo lo que necesitaba percibir a través de su cerebro. En su mente aparecían íntegramente definidas las imágenes del teclado, de la pantalla por donde desfilaban las cuantificaciones que tecleaba velozmente, y el complejo mapa interestelar por donde se movían los satélites a medida que les introducía el destino deseado y los códigos requeridos para su manejo; gracias a las conexiones adheridas con ventosas que conectaban su cabeza con las placas de grafeno, todo se convetia en parte de su ser mismo. Siempre había tenido la capacidad para distinguir el mundo de una forma que nadie más lo hacía, y por ese mismo motivo sabía que su obra llegaría a buen puerto. En los últimos años había leído mucho sobre un nuevo movimiento que estaba causando furor y que ganaba adeptos a un ritmo vertiginoso: la Cliodinámica. Esta ciencia aseguraba que se podía predecir el futuro en base a un ciclo matemático y su relación con la historia de una sociedad. Mark Bell estaba seguro de ello desde que cumplió los seis años. Recordaba con una nitidez pasmosa el día que se lanzó la bomba contra los agujeros de gusano para reactivar su majestuosa potencia; percibía en cada poro de su piel aquella sensación que le colmó por entero, llenándole el alma y apoderándose de su cerebro. Casi sesenta años después, todavía le costaba no emocionarse al recordar todos esos datos introduciéndose en su mente, siendo sustituidos por imágenes y, codificados más tarde por logaritmos que le ofrecieron la versión más pura de lo que realmente es la naturaleza. Había escuchado frases como: *"las matemáticas son el código del universo"*, o *"las matemáticas son el todo por el cual se rige la naturaleza"*, pero ninguno de esos pensadores, científicos, matemáticos o charlatanes poseía la visión de Bell para afirmar tal cosa. Gracias a la digitalización actual y a la descomunal cantidad de datos que se podía manejar a través de internet, una confrontación de hechos históricos, combinados con una buena base matemática podía engendrar una posible predicción de futuro, pero gracias a su cerebro holográfico y su memoria eidética capaz de recordar hasta la más insignificante suma, Mark Bell ya conseguía eso sin

necesidad de procesador alguno. La chispa que desbordó la visión de Bell fue la ingente monstruosidad de datos que recibió de esos agujeros negros, y que le atribuyeron la infalible verdad del universo. Había visto en milisegundos, guarismos infinitos que, a una velocidad pasmosa se habían transformado en imágenes; imágenes que le habían mostrado el ciclo vital de la humanidad, que toda civilización tiene una fecha de caducidad que está escrita en el código matemático de la naturaleza. Por ese motivo, Bell confiaba en su trabajo, en realizar la obra que el universo estaba encargado de llevar a cabo, pero del que por una vez se haría cargo él mismo. Había calculado las variables, y conocía cuanto duraba un periodo de tiempo antes de que la sociedad se destruyese a sí misma, y por ello, Mark se había auto impuesto el papel de redentor. La Tierra necesitaba un reinicio.

Sus dedos volaron por el teclado con una convicción formidable, y un tablero digital del tamaño de una pared cobró vida frente a él. Su fiel guardaespaldas dio un respingo sobrecogido, pero el anciano apenas se inmutó. Su mente se hallaba en aquellos momentos muy lejos de allí, exactamente a 36.000 kilómetros de distancia, escrutando la serie numérica de un satélite geoestacionario que llevaba “aletargado” casi cincuenta años. Se congratuló de su magnífica idea al elegir la insignificante base de Fort Hamilton para aquella tarea, pues no podía haber ido mejor. Necesitaba el acceso a un súper ordenador con conexión directa a las fuerzas armadas, y quedaban pocos en aquel momento en la Costa Éste que le pudieran ofrecer esas prestaciones. Así mismo, en las instalaciones de New York no existían oficiales con un rango que pudieran desautorizarle, como sí ocurría en Washington. Y como tercer punto, necesitaba encontrar a ese cobarde de Kirk Brimham y arrebatarle lo que le había robado y que por derecho le correspondía; para eso había efectuado un magistral movimiento, sacando a los molestos militares de aquella base para dejarle libertad de movimientos total, y por otra parte cercar a esa comadreja de Brimham.

De la gigantesca pantalla táctil emergió un pitido constante que informaba que el satélite durmiente ya estaba en la “órbita correcta”. Bell suspiró y, por primera vez se permitió relajar su cuerpo, que empezaba a notar los efectos del esfuerzo. Ya solo quedaba un único punto para acabar con la historia de ese planeta de un plumazo e iniciar una nueva; la tablilla original.

↔

Daniel estaba terminando de colocar el intravenoso de plasma a Rita cuando el estruendo se hizo ensordecedor y recorrió las paredes del ático. El anciano fue el primero en reaccionar, ya que se movió en dirección a una de las ventanas con una rapidez que no parecía poseer aquel desmejorado cuerpo.

—Ya están aquí—confirmó con el semblante pétreo.

—¿Quién está aquí?—preguntó Tommy aferrando el arma—¿Han vuelto esos hombres?

El anciano negó con un gesto sombrío que heló la sangre de Daniel.

—No. Alexei debe de haber puesto al ejército de su lado—aseguró—. Seguramente ya habrán bloqueado las principales arterias de la ciudad y ahora comenzaran a buscarnos.

Por un instante, Tommy pareció perdido, sin su habitual seguridad en la toma de decisiones, pero ese efecto duró solo un segundo. Se dirigió a la ventana, y con un rápido vistazo constató lo que acababa de decir el anciano. Después, se giró, observó a Rita y a los demás, y se encaró con el viejo.

—Tú conoces a ese Bell mejor que nadie—inquirió en un tono que parecía más calmado de lo que aparentaba—. ¿Cuál será su próximo movimiento?, ¿Dónde puede estar?

Brimham vaciló, pero de inmediato se le iluminó el semblante.

—¡Claro!—exclamó—. Mark quedó perturbado de niño cuando le conectaron directamente a la potente energía de los agujeros, pero a pesar de eso es un genio como el mundo no ha conocido jamás.

—No te estoy pidiendo que le invites a salir—intervino impaciente Tommy—. Solo que nos digas donde puede estar ese maldito chiflado.

—Independientemente de que consiga encontrarme, Mark dispone de lo necesario para cumplir casi por completo la totalidad de su plan, pero para ello necesita un equipo que sea tan potente que le permita acceder a la base de datos de la Agencia Aeroespacial. La NASA está conectada a los servidores gubernamentales, igual que el ejército, y seguro que a Bell no le cuesta el más mínimo trabajo introducirse en ellos, dado el actual estado de las redes. En New York existen dos bases militares, pero

solo una de ellas contiene un revolucionario sistema contra un ataque de impulsos electromagnéticos desarrollado por el senador Kemp. ¡Mark Bell se encuentra en Fort Hamilton!.

—Pues de acuerdo, nos vamos a Fort Hamilton—concluyó Tommy.

—Ella no puede moverse de aquí—intervino Daniel señalando a Rita.

—No me refería a vosotros. Ella se queda aquí, y Steve y tú la mantendréis viva hasta que aquí, el "abuelo" y yo salvemos al mundo.

—De eso nada— aseveró el médico—. No pienso dejar el futuro del planeta en manos de un chiflado con una escopeta y un…, señor mayor

Brimham ladeó la cabeza, agradeciendo el tratamiento.

—Daniel, no tenemos tiempo…

—Pues eso, larguémonos y no discutas más—se volvió hacia Steve, que estaba pálido como una estatua de cera—. Encárgate de que la bolsa nunca se quede vacía, ¿entendido?

El técnico asintió de forma efusiva, sin dejar de sujetar la mano de su amiga.

—¿Por dónde salimos?—dijo, sin dar opción a réplica.

—Este edificio es una copia exacta de la residencia original Schermerhorn, con una salvedad—avanzó a grandes zancadas y abrió una puerta disimulada en el revestimiento de madera de la pared—. La doble fachada. El constructor diseñó el inmueble para que fuese idéntico al de la adinerada familia, pero necesitaba cimentar una vivienda actual con una fachada del siglo XVIII, por lo que optó por hacer un frontispicio falso. Yo aproveché esa peculiaridad y compré el ático, que es la única parte que fue remodelada para concordar con el frontón original. Con la excusa de poner un montacargas, convencí a mi amigo Henry Harden de que me construyese un espacio entre la falsa pared y la auténtica, y… ¡*Voilá*!

Al descubrir la sección revestida de madera de la pared, quedó al descubierto una estrecha puerta corredera de aluminio con un panel numérico en un lateral. La sonrisa de Tommy se evaporó al comprobar que el indicador digital estaba apagado.

—¡Joder, no me acordaba del maldito inconveniente de la electricidad!—bramó, golpeando con fuerza la puerta del ascensor.

En ese momento se escuchó como las fuerzas militares comenzaban a entrar en el edificio. Todavía les quedaban unos

minutos hasta que llegasen a ellos, pero no había escapatoria posible. Tommy apretó los labios y se situó frente a la puerta, con el cañón del arma apuntando al suelo pero preparada.

—Deja eso— murmuró el anciano—. No puedes enfrentarte solo y con una escopeta al ejército de Estados Unidos, esto no es una película de Clint Eastwood.

—¿Una película de quién?

—El caso es que si queremos detener a Bell debemos pensar con la cabeza, no con el corazón—el viejo se encaminó lentamente en dirección al ascensor, y se situó junto al panel electrónico—. Un pulso electromagnético es capaz de fundir cualquier dispositivo electrónico, si es lo bastante potente, y sabemos que sí lo es, pero lo que no hace es eliminar la electricidad.

—¿Cómo dices?

—El pulso no puede eliminar la electricidad, solo destruye los circuitos por donde transita—llamó a Tommy con una sonrisa ladeada—. ¿Puedes usar esa agresividad tuya para abrirme este panel?

El hombre se acercó y descargó sin vacilar la culata de la escopeta contra el tablero inactivo, que saltó por los aires y fue a caer a varios metros de distancia.

—¡Perfecto!— vitoreó el anciano dando palmaditas—. Ahora, si pudieras traerme un destornillador con punta de estrella sería un lujo.

Tommy desapareció en la cocina y volvió con una pequeña caja de herramientas.

—Gracias—el anciano escogió una diminuta herramienta con mango de goma—. Por suerte para nosotros, siempre se crea una zona de “relativa calma” en el centro mismo de la catástrofe—explicó mientras aplicaba el utensilio con velocidad a un manojo de cables—. Al igual que en el ojo de un huracán, su foco de devastación se extiende fuera de esa zona. En un pulso electromagnético sucede lo mismo; si la onda tiene su epicentro aquí en la ciudad de Manhattan, las torres eléctricas de los condados circundantes pueden sufrir daños, pero la electricidad en sí misma no se desvanece, queda en espera de que sea restablecido el servicio y reparados los daños para que pueda seguir su camino.

Al mismo tiempo que los golpes se sucedían en las puertas de la tercera planta, un siseo que se transformó en un chirrido agónico surgió del interior del pasadizo donde estaba situado el pequeño montacargas. El viejo se volvió hacia el asombrado grupo, y les

indicó con la punta del destornillador que se diesen prisa. Cuando Tommy pasó por su lado, el anciano lo detuvo.

—Con tu permiso, esto me lo llevo—le mostró la herramienta—. Nunca se sabe si podré volver a necesitarlo.

—Es todo tuyo, abuelo—concedió con una sonrisa—. Y ahora, marchémonos de aquí y vamos a apretarle las tuercas a ese vejestorio aprendiz de *Nostradamus*.

Justo en el instante en que Steve vio desaparecer el ascensor por el hueco del falso tabique, colocó el tablero de madera que revestía la pared en su lugar, y corrió junto a su amiga en el momento exacto en que la puerta estallaba en un torbellino de astillas y la casa se llenaba de hombres armados con el atuendo militar.

8

Prince Street Station
Soho, New York
Hora: 07.15

Emergieron por la boca del túnel, y la claridad del incipiente sol de la mañana que se colaba por uno de los rosetones del piso superior les cegó momentáneamente. Al contrario de lo que esperaban, en el muelle de la estación no se encontraba congregada una multitud rabiosa o un caos de gente como en Unión Square, sino más bien todo lo contrario. Apenas quedaban en los alrededores del pasillo central o, en las inmediaciones de las tiendas, unas ocho o diez personas, todas ellas caminando lentamente, como esperando a que alguien volviera para buscarlas o les indicase hacia donde debían ir. Abandonaron el subterráneo y ascendieron con rapidez a la planta principal, desde la cual vieron el cartel que anunciaba la salida a la calle Broadway, junto con las indicaciones de las tres paradas próximas del metro de la línea amarilla. Subieron con rapidez las escaleras que comunicaban con la calle, y en el mismo instante en que asomaron a la superficie, una algarabía propia de un concierto de rock les rodeó por completo. En la famosa avenida, los automóviles se amontonaban prácticamente encima del siguiente hasta donde alcanzaba la vista. Una muchedumbre encolerizada avanzaba como podía a base de empujones, y unos limitados efectivos policiales se afanaban por intentar poner un poco de orden en el creciente desconcierto. Cada pocos metros se hallaban militares con gesto adusto colocando barreras sobre las aceras abarrotadas; en cada una de las barricadas se estaban montando lo que parecían tornos portátiles, que permitían atravesar la empalizada solamente a dos personas a la vez. El griterío aumentaba cuando la desordenada masa se veía obligada a detener su errático camino y a guardar cola para atravesar la valla y seguir adelante, donde quiera que fuese eso. Los dos muchachos debían atravesar una de aquellas dichosas defensas para poder llegar a su destino, así que se dirigieron al final de una cola que parecía alargarse conforme te acercabas. De repente, un pitido sobresaltó a Cody que, desviando la mirada para ver si alguien más se había percatado del sonido, agarró la tableta que llevaba en los pantalones y trató de silenciarla. Como si quisiera

llevarle la contraria, el pitido volvió a sonar una vez más y, seguidamente, una incesante repetición de mensajes comenzó a llegar.

—Tío, calla ese trasto de una maldita vez—susurró Rach—. Como lo escuchen podemos darnos por jodidos.

—Ya lo intento, pero no puedo—agarró el dispositivo y se dio cuenta con horror que la batería había menguado de forma alarmante—. Seguramente hemos estado sin cobertura ahí abajo y ahora empiezan a llegar los mensajes.

Rach desvió la mirada, nervioso por la delatora sinfonía de señales, y se dio cuenta de que varias personas se habían detenido y los miraban con actitud recelosa.

—Colega, como no hagas que ese chisme pare tendremos que salir de aquí por patas.

—¡Oh, por Dios bendito!—exclamó el chico desesperado—. ¡Ahora está entrando una video llamada!

—¿Qué?—Rach observó la tableta brillar y emitir una estridente melodía y, de nuevo se fijó en que la cantidad de suspicaces transeúntes crecía y comenzaba a prestarles más atención—. ¡Vámonos, tenemos que salir de aquí!

Comenzaron a correr de vuelta a la boca del metro por la que habían salido, pero en el último momento, giraron a toda velocidad y se metieron en un callejón entre dos enormes teatros que, previsiblemente, habían cerrado sus puertas durante un tiempo indefinido. La tableta incrementó su insistente llamada, reclamando atención, y Cody se dispuso a descolgar.

—¿Qué haces tío?—detuvo Rach—. Si alguien pasa por este callejón y nos ve hablando por una tableta, ¿Qué piensas que puede ocurrir?

Señaló una puerta estrecha y metálica que estaba abierta unos centímetros en uno de los laterales del edificio de la derecha.

—Quizás ahí dentro encontremos algo más de intimidad.

Se introdujeron sin pensar por el acceso, y se dieron de bruces con una galería de hormigón completamente a oscuras. A tientas, avanzaron con la única iluminación de la pantalla de la tableta, que incansable continuaba con su soniquete. Al llegar al final del corredor —que en realidad era más corto de lo que pensaban—, aparecieron en la parte trasera de un decorado majestuoso, repleto de ingenios y artefactos para los diferentes fondos y tramoyas del espectáculo. Se quedaron boquiabiertos ante el complejo entramado de candilejas y focos que pendían de un millar de maromas y cabos,

apresados con nudos y sacos de arena por todos los rincones. Abandonaron las bambalinas, y un descomunal anfiteatro los engulló con todo el peso de la leyenda que destilaba.

—Siempre supe que acabaría encima de un escenario en Broadway— expresó Rach abrumado—; pero nunca imaginé que sería de este modo.

Se acomodaron en unas butacas de la primera fila y Cody pulsó por fin el botón verde para aceptar la llamada. De inmediato, la pantalla se llenó con el rostro angustiado de Abraham Mitchell.

—¡Por los clavos de Cristo!— profirió—. Pensaba que habíais…

—Gracias por el voto de confianza—contestó molesto Cody.

—¿Habéis llegado ya al apartamento?

—No.

—¿Cómo que…?, pero el tiempo… ¿Dónde estáis?

A Cody empezaba a fastidiarle el tono de aquel tipo, y estuvo tentado de mandarlo a paseo y desconectar la llamada, pero se lo pensó mejor.

—Estamos en un teatro de Broadway, pero no podemos pasar hacia Lafayette porque los militares han montado barricadas y pasan a la gente por una especie de tornos—explicó—. Si nos pillan con esta tableta…

—¡Pero se nos acaba el tiempo!—berreó descompuesto el técnico.

Hubo un pequeño movimiento fuera de la pantalla, y el rostro del joven técnico fue sustituido por el del criptógrafo Sam Boyle. Aunque no dijo nada de inmediato, Cody ya se encontraba más cómodo con él al otro lado.

—Buenos días chicos, ¿mala noche, no?—saludó—. Ya estamos muy cerca, así que debemos hacer esto con el mayor cuidado posible. Escuchadme, Bell ha incluido a los militares en el juego, así que vamos a hacer lo siguiente.

Ambos escucharon ante el silencio abrumador del gigantesco coliseo, que parecía aislado del desconcierto exterior.

—Entrad en los ajustes de la tableta y cambiad la contraseña por una que podáis recordad con facilidad. Después apagadla y envolvedla, a ser posible en papel de aluminio, pero no perdáis tiempo buscándolo; después pasad por ese torno sin preocupaos por nada. No os buscan a vosotros, así que no tenéis nada que temer. Una vez que lleguéis al piso, conectad de nuevo la tableta y tenednos informados. No sabemos lo que nos vamos a encontrar

allí, pero sea lo que sea, queremos estar con vosotros para ayudar en todo lo que podamos, ¿de acuerdo?

Una vez que se despidieron, Cody procedió a hacer paso por paso lo que Boyle les había pedido. Encontraron un bocadillo a medio comer, y aprovecharon el papel de aluminio para envolver la tableta, que Cody se encajó en la entrepierna. Cuando abandonaron el teatro, a ambos les embargó una sensación incómoda, como la de un animal que al salir de su cueva se expone a una multitud de depredadores. Caminaron despacio, y se colocaron en la fila para pasar por los tornos. Avanzaban de forma muy lenta, pero en ningún momento se detuvieron. Cuando les tocó el turno, Cody sintió el peso de la tableta escondida en su pantalón como si se acrecentara a cada segundo, rondando la tonelada cuando el hosco militar lo repasó con la mirada. A su lado, Rach bromeaba con un joven soldado que no debía tener mucha más edad que ellos mismos.

—¿Qué a dónde vas?

—¿Eh?

—Te he preguntado que dónde vas—repitió.

Cody sintió que se le estrechaba la garganta y que le costaba respirar.

—¿Eres tonto chico?—espetó de malos modos el militar.

Sabía que debía decir algo, pero el peso de la tableta en su pantalón se le hizo insoportable de mantener, y el aire se negaba a llegar a sus pulmones. Se llevó la mano a la entrepierna de forma inconsciente, intentando sujetar el dispositivo que con toda seguridad se estaba resbalando y caería a sus pies de un momento a otro.

—Mira, chaval…

—Perdónalo—intervino Rach, colocándole el brazo por encima de los hombros a su amigo—. Es que no tiene muchas luces, y por eso quiero llevarlo con su madre, que vive aquí al lado, en Bleecker Street.

El soldado echó otra ojeada a Cody, que se sujetaba la entrepierna y boqueaba como un pez fuera del agua, intentando colar un resquicio de aire por su garganta obstruida.

—¡Vaya suerte la mía, eh!—continuó Rach, desenfadado—. Me toca pasar el *Armagedón* con el tonto de la cuidad, pero, ¡qué le vamos a hacer!, cosas peores ocurren.

El soldado volvió a mirar a ambos, y deslizó la mirada por la alargada fila que aumentaba detrás de ellos.

—Anda, pasad—posó una mano en el brazo de Rach—. Y no tardes mucho en dejarlo con su mami o se meará en los pantalones.

Los dos soldados y el chico estallaron en sonoras carcajadas ante la mirada atónita de Cody, que seguía aferrándose la entrepierna.

—Me largo tíos, no vaya a ser que encima me toque a mí cambiarle los pañales.

Otra salva de carcajadas resonó a sus espaldas mientras Rach agarraba a su amigo por el brazo y prácticamente lo sacaba de allí a rastras.

—¿El tonto de la ciudad?—protestó Cody cuando estuvieron a salvo.

—¿Qué pasa?—la sonrisa de Rach era imborrable—. Realmente lo parecías.

Se sujetó la entrepierna y comenzó a caminar de forma cómica.

—Soy Cod… Cody, y mi mamá me quiere mucho—bromeó.

—¡Cállate de una vez y vayamos a terminar de una maldita vez con este asunto— rezongó, aunque intentando contener la risa.

—Lo que usted di… diga amigüito—balbuceó con sorna.

Rach continuaba con la broma cuando ante ellos se alzó, majestuoso, un edificio de tres plantas que parecía sacado de otra época. Destacaba entre los demás inmuebles como si se tratase de un decorado del teatro que habían dejado atrás, un escenario colocado allí para el rodaje de una película de otro tiempo. Impresionados con la fachada de estilo gótico que parecía estar derritiéndose con los débiles rayos del sol de la mañana, se internaron con cautela en el portal, que se encontraba unos cuantos grados por debajo de la temperatura de la calle.

↔

El panorama que se habían encontrado al salir a la calle era desolador. Una vez que dejaron atrás el ascensor —inutilizándolo antes—, se cercioraron que estaban atrapados. Los militares habían colocado barreras en todo el perímetro de la manzana, desde Lafayette hasta Spring, impidiéndoles abandonar la zona. Tommy caminaba deprisa, como un animal que se siente acorralado, pero sin dar con la solución al problema que debía llevarlos hasta Fort Hamilton. En una ocasión se habían cruzado con dos chavales que habían superado los tornos y se dirigían a un feo edificio de la avenida Bond, y Tommy estuvo tentado de acercarse a ellos y preguntarles un par de cosas, pero desistió cuando los chicos desaparecieron en las entrañas del inmueble. Necesitaban escapar del cerco que habían creado para atraparlos, pero no se le ocurría la forma de hacerlo sin que los reconociesen y terminaran arrestados…, o algo peor. Vio un grupo de personas que caminaban juntos, apiñados sobre la estrecha acera que discurría en dirección a la zona de teatros y cines de Broadway, y se fijó en que no hablaban entre ellos. A pesar de que no se separaban ni un centímetro de su compañero más próximo, parecían no conocerse; eran lo más parecido a un banco de peces humano que Tommy había visto en su vida. Sin pensar en lo que hacía, sujetó al anciano por el codo y se situó junto al extraño grupo, comprobando que Daniel lo seguía y que nadie parecía haberse percatado de los nuevos acompañantes. El médico le dedicó una mirada de incomprensión, que Tommy le devolvió con un gesto de incertidumbre. No sabía qué estaba haciendo, pero no se le ocurría nada mejor. El rebaño —Tommy había comenzado a pensar en ellos de esa forma—, giró de repente en la esquina con Kenmare Street, y se dirigió directamente hacia una de las barreras que habían montado en la plaza de la Basílica de San Patricio. El despliegue allí era descomunal, con verjas de tres metros de altura y tornos cada cinco o seis metros a lo largo de toda la plaza. En el centro de glorieta se habían instalado varios camiones militares y una batería de *Jeeps* aparcados creando un círculo alrededor de los furgones y de un extraño vehículo plateado. Tommy sintió un vértigo creciente nacer desde su entrepierna y extenderse a su estómago. Podían darse la vuelta y volver por donde habían venido, pero eso seguro que atraería la atención sobre

ellos y acabarían por identificarlos y atraparlos. De cualquier manera, si no salían de aquella bandada humana acabarían por descubrirlos igualmente. Daniel lo miró, suplicante, pero Tommy rehuyó el contacto visual de forma deliberada. Inspeccionó el rostro del viejo con la esperanza de que tuviese otra ingeniosa idea que consiguiese sacarlos de esa situación, pero el anciano estaba absorto en el convoy de vehículos instalados en la plaza. De repente se encaró con ellos y los observó de forma solemne.

—¿Confiáis en mí?— interpeló, circunspecto.

Ambos asintieron, mientras que el grupo los arrastraba como una marea invisible hacia un temible desenlace.

—Atendedme bien, esto es lo que necesito que hagáis.

Cuando el "rebaño" llegó hasta la extensión de la valla y se distribuyeron sin palabras entre los distintos tornos que custodiaban los soldados, el anciano se escabulló con el sigilo de la experiencia de toda una vida huyendo, y enfiló en línea recta hacia la hilera de vehículos de la explanada. Cuando llegó hasta ellos, dejó atrás los Jeeps y serpenteó entre las ruedas de los grandes camiones con lonas de camuflaje del ejército. Se agazapó contra una de las grandes ruedas, y cuando vio que Tommy comenzaba a desarrollar su papel en la zona adyacente de las barreras, abandonó su refugio y se colocó a toda velocidad en la parte trasera del camión plateado.

Ambos se miraron y, como habían acordado, se dividieron y se pusieron en la cola de tornos contiguos. Mientras que Daniel esperaba su turno con la paciencia de un niño bueno, Tommy no hacía más que increpar a los de su fila para que, o bien fuesen más rápidos, o bien se apartaran para dejarlo pasar primero. Cuando faltaban solo dos o tres personas para llegar hasta el puesto, Tommy empujó a una mujer que estaba delante y llegó al torno de malos modos.

—¡Oiga, déjeme pasar de una vez!—exigió a gritos—. ¡Soy un hombre muy ocupado y no tengo tiempo para estas chorradas!

De inmediato, uno de los guardias más jóvenes salió a su encuentro, llevándose la mano de forma inconsciente al arma automática que llevaba colgada del cinto.

—Señor, debe esperar su turno— indicó pacientemente.

—¡Mi turno unos cojones!— aulló como un loco—. ¡Usted no sabe con quién está hablando niñato! Ya le he dicho…

El golpe le llegó sin avisar, aunque fue más contundente de lo que había previsto, y lo dejó desorientado durante unos segundos. Tambaleándose, se llevó la mano a la frente y retiró dos dedos manchados de sangre, lo que hizo que la actuación que debía realizar no fuese tan solo fingida.

—¡Estúpido hijo de…!

Se abalanzó contra el soldado, rugiendo de furia, y ambos cayeron al suelo enredados en una violenta lucha antes de que el joven oficial pudiese aplicar de nuevo la culata del arma sobre Tommy. De inmediato acudieron dos soldados más, que, porra en mano, se emplearon a fondo con el cuerpo hecho un ovillo del afroamericano, que no soltaba al joven soldado ni siquiera con la paliza que estaba recibiendo. De repente, Daniel abandonó su lugar y se lanzó contra los guardias, a los que pilló desprevenidos. En pocos segundos, la llegada de más efectivos acabó sin remisión con la disputa y, con Tommy y Daniel esposados en el suelo y molidos a golpes. Cuando los pusieron en pie para llevárselos detenidos, un oficial con distintivo de Mayor en ambos hombros apareció de entre las vallas y se acercó hasta ellos. De inmediato, sus hombres se quedaron paralizados, esperando la siguiente orden de su superior.

—Buenos días, soy el Mayor Stamos—se presentó.

—Encantado de conocerle—respondió Tommy—. Yo me llamo Harry, y aquí mi compañero es Hermione.

El militar torció el gesto en una mueca de desagrado, y escrutó a ambos con detenimiento. Al fin se volvió hacia uno de los oficiales.

—Llévenlos al camión—indicó.

Antes de que se marchase, Tommy se adelantó un paso, lo que le valió otro golpe en los riñones.

—¡Escuche, Bruce Willis de los cojones!—soltó mareado por el nuevo golpe—. Si quiere encontrar al tipo que está buscando ya puede empezar a decirle al idiota de su hombre que deje de golpearme, ya sabe, por si se me acaba olvidando.

El militar se dio la vuelta como una exhalación y se acercó tanto a Tommy que éste a punto estuvo de soltar otra bromita, pero se contuvo pensando que su cabeza no aguantaría otro nuevo golpe.

—¿Qué ha dicho?

—Pues ni más ni menos que lo que acabas de escuchar—canturreó—. Que sé dónde se esconde ese “terrorista” al que buscáis.

Se deshizo de la presa que el soldado ejercía contra su brazo, y señaló a Daniel.

—Pero si queréis que os diga algo, tenéis que dejarnos libres a mi novia y a mí.

Tommy le guiñó un ojo a Daniel, y recibió otro golpe, esta vez en el estómago.

—Muy bien—concedió Stamos—. Quiero ver qué tal se le dan las conversaciones de mayores.

Brimham esperó el momento justo en que Ben Hammond, el jefe de ingenieros y comunicaciones abandonó el camión para ver qué estaba sucediendo con Tommy y Daniel. El anciano actuó rápido, sabedor del poco tiempo que disponía. Se metió en el camión y sacó la placa de grafeno que llevaba guardando más de cincuenta años; sin perder un instante la conectó con el servidor intacto del camión del ejército, y tecleó con una velocidad que no parecía poseer sus dedos artríticos. Un segundo después comenzaron a desfilar por la pantalla series numéricas infinitas que bailaban entre palabras alternas. Dejó el ordenador y descolgó el gigantesco teléfono satelital que parecía un ladrillo. Marcó un número con los dedos temblorosos y, esperó la señal. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y que los nudillos se le habían puesto blancos por la fuerza con la que sujetaba el aparato. Exhaló todo el aire contenido en sus pulmones cuando el teléfono comenzó a marcar los tonos.

—¿Quién es?—contestó una voz recelosa al otro lado.

—¡Oh, por Dios bendito!—exclamó—. Pensaba que estaría incomunicado como los demás.

—¿Quién es usted?—repitió de forma brusca la voz al otro lado—. ¿Y por qué tiene mi número?

—¿Boyle?—susurró. En ese momento se dio cuenta de que se lo había jugado todo a una carta que podía no estar en la baraja—. ¿Es usted Sam Boyle?

—No. Me llamo Abraham Mitchell, y quiero saber…

A Brimham se le cayó el alma a los pies. Por algún motivo, había supuesto que Boyle podría formar parte de su plan, pero en realidad ni siquiera lo conocía personalmente. Sintió que la vista comenzaba a nublársele, y se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse; no pudo creer que todo acabase de esa manera, después de tantos años, tantos esfuerzos, y que todo fuese a terminar por una estúpida suposición y con él llevando la placa de grafeno a la boca misma del

lobo. Cuando estaba a punto de soltar el teléfono, una voz retumbó en su oído.

—Aquí Boyle—corroboró un hombre con un timbre profundo pero que denotaba ansiedad—. ¿Quién es usted?

—Oh, santo cielo—el alivio casi le hizo llorar—. Me llamo Kirk Brimham, le llamé hace unos días sugiriéndole…

—Usted es el hombre que me dijo que utilizase la teoría de la Curva Elíptica con las tablillas.

—Sí, pero debe escucharme…

—Dígame quien es usted.

—No tengo tiempo para eso—atajó, con la respiración agitada. Había escuchado los gritos de Tommy fuera, a pocos metros—. Las tablillas que usted conoce en realidad son seis; se tratan de una innovadora técnica desarrollada hace más de cincuenta años que permitía crear un dispositivo electrónico con un material superconductor y ultra flexible, capaz de soportar grandes temperaturas y de absorber gran cantidad de datos…

—Ya—cortó—. Conozco las propiedades del grafeno en cuestiones tecnológicas, lo que no sé es que tienen que ver con lo que está sucediendo.

—Por favor, no vuelva a interrumpirme o no podremos detener una amenaza que acabara con el mundo tal y como lo conocemos—expuso—. Hace cincuenta y seis años se lanzaron varios satélites al espacio con la intención de recoger los datos de una colisión entre dos agujeros negros, o lo que se creía que eran agujeros negros. En dichos satélites se habían acoplado tabletas de grafeno dotadas con los últimos avances tecnológicos, o dicho de otro modo, los ordenadores portátiles más potentes de la historia. Esas placas recogieron una cantidad de datos tan extraordinaria que iniciarían lo que se acabó conociendo como la Guerra Fría…

—Un momento, espere un momento.

El sonido de la comitiva, y la voz potente de Tommy que pretendía alertarlo de que estaban acercándose casi le para el corazón.

—¡Déjeme terminar!—rugió—. Cinco de esas placas las tiene en su poder Mark Bell, y se propone activar los satélites durmientes que la Unión Soviética lanzó al espacio con el fin de recabar más información de esos agujeros negros, solo que Bell pretende destruir con ellos a los satélites de las demás naciones enviando una onda de pulso sónico y electromagnético como jamás se ha visto. Yo robé hace muchos años la placa que le falta para lograrlo, pero estoy a

punto de que me detengan y se hagan con ella.

A pocos centímetros, un pitido le confirmó que la rutina que había iniciado en el ordenador contiguo había terminado. Desconectó la placa del servidor y se la guardó de nuevo en el bolsillo de su chaqueta.

—Ahora debo dejarle, pero debe escucharme con muchísima atención. Usted no me conoce, pero yo llevo muchos años siguiendo su trabajo, por eso confío en usted. Hágase con un papel y apunte detenidamente lo que necesito que haga.

Escuchó como el criptógrafo dejaba el auricular y volvía rápidamente. Fuera, Tommy soltaba maldiciones y quejidos de forma airada, indicándole que no le quedaba tiempo.

—Dígame.

—Conéctese al servidor de la NASA, rastree las conexiones desde allí o de cualquier servidor activo en el área de New York y manténgase alerta. Cuando eso suceda…

Las voces resonaron en la puerta del camión, y de repente la puerta comenzó a abrirse.

—Siga la Curva—graznó—. Concéntrese en la Curva Elíptica.

Sin más, colgó y dejó el aparato sobre su soporte. Se dejó caer en una de las sillas acolchadas del lateral del camión, y clavó la mirada en la puerta. El primero en entrar fue Hammond.

—¡Hombre!—exclamó risueño—. ¡Ya pensaba que no iban a venir ustedes!

9

El edificio estaba totalmente desierto. Aquella mole horrible de ladrillos y hormigón poseía tres plantas, y comprendía de dos viviendas por cada una de ellas que abarcaban la totalidad de la fachada por cada extremo. Todas ellas se encontraban deshabitadas, aunque ambos se habían fijado en el zumbido sordo que parecía rezumar de todas y cada una de las paredes del inmueble. Al llegar al descansillo de la tercera planta concluyeron que allí no había nadie, así que Cody volvió a conectar la tableta, y a los pocos segundos el habitual tono de aviso de mensajería se activó. El chico pulsó el botón de aviso de disponibilidad y, de inmediato, surgió el icono de llamada. Abraham Mitchell apareció de nuevo en la pantalla.

—¿Dónde estáis?

—En la dirección que nos habías dicho—respondió—. Pero aquí no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie?, eso no es posible.

—Pues posible o no, este lugar esta deshabitado.

—Eso… eso es, no lo entiendo—buscó algo que estaba fuera de la óptica de la pantalla, y levantó la vista de nuevo—. Aquí lo pone, es la dirección que conseguí averiguar al copiar los mensajes y llamadas de Bell. ¿Estáis seguros de que es el edificio correcto?

—Sí—confirmó algo molesto el chico—. Ésta es la dirección exacta que marca el navegador, así que…

De repente se quedó callado y desvió la mirada. Mitchell sintió una opresión en el estómago al pensar que la tableta se había quedado por fin sin batería, pero una pequeña variación en el rostro del chico le devolvió el aliento.

—¿Qué ocurre?

—He escuchado algo—se giró y salió del campo de visión de la cámara. Cuando regresó, un claro gesto de nerviosismo se dibujaba en su expresión—. Aquí hay alguien.

—Será Bell.

—Hemos revisado todos los pisos de cabo a rabo, y te digo que éste edificio está vacío.

—He visto a unos tipos con muy mala pinta cruzar el vestíbulo y desaparecer por la pared—informó Rach, que apareció junto a su

amigo con el aliento entrecortado por la agitación.

—¿Por la pared?

—Sí, esos tíos han llegado hasta el final del pasillo y después… han desaparecido.

El chico dedicó una última mirada a Mitchell, y se despidió sin palabras. No tenía nada de qué hablar con el analista hasta que descubrieran qué sucedía en aquel edificio; si realmente había algo allí, con toda seguridad tendría que ver con hombres que desaparecían a través de las paredes. Apagó la tableta y se la volvió a guardar mientras seguía a Rach a lo largo del corredor de la tercera planta, intentando hacer el menor ruido posible. Se dio cuenta de que a medida que avanzaban por el extenso pasillo, el zumbido sordo que habían sentido al entrar en el inmueble aumentaba de potencia. En realidad se trataba más bien de una vibración, una especie de rumor que se asemejaba al ronroneo de un felino; solo que éste murmullo lo emitían las paredes del edificio. Llegaron hasta el final, y dejaron atrás la puerta de una vivienda que ya habían revisado, y en la que no quedaban nada más que muebles destrozados y polvo. Cody le hizo una seña a Rach, y éste le indicó que los hombres habían "desaparecido" un poco más al fondo, donde la galería remataba en un mirador y acababa de forma abrupta. Ambos continuaron adelante, y al llegar al final sintieron ese desagradable zumbido rebotando en los dientes y el cráneo. Aquella especie de resonancia brotaba de la pared derecha con un peso casi físico, que les golpeó de forma brusca al posar la mano sobre ella. Cody notó que el sólido tabique cedía bajo la presión, y se dio cuenta que se trataba de una lamina superpuesta que bloqueaba el paso hacia una escalera de incendios interna. El zumbido adquirió en el espacio cerrado el fragor de una colmena de abejas furiosas, que aumentaba y disminuía su intensidad al ritmo de un titánico corazón vivo. El edificio entero parecía estar vivo dentro de aquel corredor oscuro. Amilanados, subieron el tramo de escaleras metálicas hasta llegar a un descansillo que viraba en un ángulo de noventa grados, y se dieron de bruces con otro pequeño pasillo; la nueva planta solo ostentaba un par de metros de corredor, y una puerta en la que montaban guardia dos hombres del tamaño de columnas romanas. El sonido allí era aún más fuerte, y el aire mismo parecía vibrar. Decidieron salir de allí y contarle todo aquello a Mitchell y Boyle, y que ellos decidieran qué debían hacer.

—¿Quién sois vosotros?—murmuro alguien con acento extranjero detrás de ellos—. ¿Y qué estáis haciendo aquí?

El monstruoso generador soplaba y bufaba mientras que unas extrañas efusiones de aire escapaban por un colector encajado en un pequeño ventanal, similar a un ojo de buey. El hombre de extraño acento —el único que hasta ese momento había hablado—, repasaba una y otra vez unos paneles de control adosados a los laterales del sibilante motor, cerciorándose con preocupación de que los niveles continuasen en estado óptimo. Adosada a la máquina, una silla rodeada de cables y ventosas había sido apartada —aunque no retirada—, y Cody se preguntó para qué demonios serviría. Los dos guardias seguían apostados en la puerta, mientras que dentro de la diminuta habitación, un grupo de cuatro hombres alternaban sus lugares haciendo una especie de ronda de vigilancia. El único que se acercaba al centro de la sala era el grandullón que los había detenido, además de otro tipo que no parecía encajar del todo en aquella función. Todos vestían exactamente igual, como si estuvieran actuando en una película de Tarantino; traje negro y corbata del mismo color, excepto el hombre que se paseaba inquieto alrededor de la máquina, y que lucía la desaliñada indumentaria más propia de un bibliotecario que de un peligroso matón. De repente, el tipo alto y rubio pareció acordarse de ellos y se acercó hasta el lugar donde los habían encadenado. Sin contemplación alguna los cacheó a fondo, palpando con brusquedad y sujetándolos con una fuerza bestial cuando ponían cualquier tipo de resistencia. Cuando encontró la tableta en el pantalón del chico apenas si le prestó atención, dejándola con rudeza en una mesa contigua, junto a los demás objetos extraídos de la inspección. Irritado por tener que perder el tiempo con aquellos dos mequetrefes, se olvidó de ellos una vez se hubo asegurado que no representaban una amenaza. Ya pensaban que todo quedaría en una reprimenda cuando al tipo con pinta de bibliotecario le dio por jugar con la tableta. Nada más pulsar el botón de encendido, su rostro adquirió un mohín de asombro cuando la pantalla cambió del negro al azul, emitiendo la melodía de una conocida marca de productos informáticos. Un segundo después, la mueca de su cara se agrandó más aún, cuando una video llamada llenó las 10,1 pulgadas de la pantalla. El gigante acudió como un ciclón, arrebatándole el aparato de las manos y observando con renovado recelo a los dos chicos.

—Que puedo decir—canturreó Rach—. Nuestra compañía telefónica tiene muy buena cobertura.

El tipo torció el gesto en un rictus de verdadera furia, y Cody

fulminó a su amigo con la mirada. Sin pensarlo mucho, el tipo rubio aceptó la llamada y bizqueó al encontrarse de frente con Abraham Mitchell.

—¿Quién es usted?—interrogó, en un inglés con un marcado acento de algún lugar de Europa del Este.

—Lo mismo podría preguntarle yo—contestó Mitchell, y aunque su voz mostraba firmeza, su rostro delataba el pánico que sentía.

El rubio digo algo de forma acelerada y con tan mala pronunciación, que los chicos no pudieron entenderlo desde su posición. Acto seguido, pulsó un botón y la pantalla quedó a oscuras. Un segundo después, dejó la tableta encima de la mesa y sacó de su bolsillo un móvil extrafino. Cuando terminó de hablar, se acercó a los chicos y se arrodilló para quedar a su altura.

—¿Quién sois?—silabeó—. Última oportunidad.

—Pues venimos de la empresa del gas—contestó Rach a toda velocidad—. Es que hemos recibido quejas de los vecinos del edificio sobre una cafetera gigante que…

El golpe fue absorbido de inmediato por una nueva emisión de aire expulsado por la máquina, pero dos de los dientes de Rach saltaron de su boca y se perdieron por debajo del artilugio. El joven comenzó a sangrar de forma abundante y su cabeza quedó inerte sobre el pecho. El rubio se giro hacia Cody y clavó en él sus ojos de hielo.

—Para ti será peor—aseguró el matón—. ¿Quién sois?

El chico estuvo a punto de echarse a llorar, pero una vez más volvió a sonar aquella melodía que le evitó sufrir la mayor humillación de su corta vida, pues había notado como se le humedecían un poco los pantalones a la altura de la entrepierna. El rubio se acercó de forma parsimoniosa a la mesa y, como si no sintiese el más mínimo interés, cogió la llamada.

—¿Donde están mis amigos?—demandó Mitchell exigente—. Quiero saber ahora mismo…

—Tengo una llamada para usted—atajó el tipo, deletreando las palabras lentamente para hacerse entender.

—¿Una llamada?, no entiendo qué…

El rubio sacó el móvil —que casi igualaba en el tamaño de la pantalla al de la tableta—, y enfrentó ambos dispositivos.

—Buenos días, mi querido Abraham.

Mitchell se quedó sin palabras al ver el rostro sonriente y de ojos velados de Mark Bell.

—Realmente debo decir que me ha decepcionado usted— expresó el anciano con disgusto—. Si su mejor baza en este juego era enviar a dos chicos con una tableta, he sobrevalorado su ingenio. Sinceramente, le creía más inteligente.

—Señor Bell, debe detener esta locura de inmediato—suplicó el analista—. No creo que haya tenido en cuenta las consecuencias de lo que está a punto de originar con su absurdo juego.

El rostro de Bell comenzó a adquirir un tono violáceo, totalmente distinguible a pesar de la definición de ambas pantallas.

—¿Absurdo juego?—los labios se le habían convertido en una línea fina de rabia, a duras penas contenida—. El mundo está repleto de personas como usted, con el horizonte tan definido que su estrechez de miras les impide divisar cualquier cosa que no sea lo que han aprendido a valorar. Yo, en cambio, poseo la particularidad de ver demasiado.

—Pues entonces percibirá claramente que lo que está planeando no puede salir bien. En Washington ya se ha enviado una fuerza de ataque para detenerle, y su ridícula pantomima tiene los minutos contados.

Bell dirigió sus ojos opacos al centro mismo de la pantalla, como si lo estuviera traspasando a través de ambos dispositivos y miles de kilómetros de distancia. Negó apesadumbrado.

—De verdad que esperaba que de entre todas las personas de este planeta, usted señor Mitchell, hubiera llegado a comprender más sobre la verdadera realidad de lo que ocurre en el mundo, y lo que debe suceder para impedir que vuelva a producirse.

—¿Enviando una serie de pulsos electromagnéticos?, ¿esa es su forma de corregir a la sociedad?

—¿Conoce usted la teoría del caos?— alegó—. Para no aburrirle le sintetizaré lo esencial. Los sistemas complejos y dinámicos se encuentran sujetos a pequeñas variaciones, que determinarán un gran cambio en el futuro, ya sabe, la famosa frase de Lorenz: *“ Si una mariposa bate las alas en Brasil puede originar un tornado en Texas”*; todo lo lineal se basa en las matemáticas, la física y otras ciencias como la biología, pero, ¿Qué sucedería si alguien conociera de antemano las condiciones iniciales que determinan ese cambio?

—Que podría alterar ese comportamiento inestable—acabó Mitchell.

—¡Exacto!— prorrumpió apasionado—. Convertiría el organigrama dinámico en un sistema estable. Lo único que hace falta es un *“Atractor”*; alguien que comprenda realmente las

trayectorias, las curvas y las variedades de un sistema y lo lleve a evolucionar con él.

—Y por supuesto, usted es ese… Atractor.

—No solo comprendo todas las variables necesarias, además las *veo*, las *siento*. No espero que lo entienda, aunque para alguien con su capacidad intelectual confiaba que ostentase una visión más amplia de la grandiosidad de lo que le estoy contando.

—Lo que pienso es que está usted loco.

—A todos los visionarios nos suelen catalogar de esa manera.

—Y todos los perturbados se suelen llamar a sí mismos visionarios.

Bell apretó aún más los labios, y arrugó la nariz en un claro gesto despectivo.

—Ha sido una charla encantadora, pero ahora tengo que dejarle —dirigió su mirada vacía hacia un lao de la pantalla, como si olisquease algo, y volvió de nuevo la mirada al frente—. Estoy esperando una visita muy importante, una cita que llevo aguardando más de cincuenta años.

El rubio apartó los dispositivos el uno del otro y, esperó pacientemente hasta que el anciano volviera a hablar.

—Leonid, mata a los chicos y acaba el trabajo para el que te he contratado—ordenó con voz firme.

—Lo que tú digas, Alexei.

Mark Bell volvió a fruncir los labios, pero no dijo nada más antes de cortar la comunicación. El rubio se guardó el móvil y apagó la tableta, silenciando a un vociferante Mitchell. Cuando se giró de nuevo hacia los jóvenes, en su rostro se dibujaba una nueva sonrisa de satisfacción, y Cody volvió a sentir un miedo atroz.

10

El Jeep traqueteó levemente cuando rebasó la entrada y enfiló el camino adoquinado. Hammond se había quedado atrás, supervisando el grueso de la operación mientras que Stamos volvía a Fort Hamilton. El Mayor estaba deseoso de que aquellos individuos fuesen los objetivos, y que toda esa parodia que había montado Bell acabase de una vez. Pensaba presentar una airada queja a sus superiores sobre la manera en la que el anciano había tomado la base, pero no antes de llevar a buen puerto la intervención; nunca se sabía en qué líos podía meterse uno si desobedecía al mando, y no pensaba darle ese gusto al detestable director del FBI.

Traspasaron la zona abierta del campus y se adentraron en la franja amurallada, donde apenas quedaban unos pocos efectivos. Stamos se dijo que jamás había visto aquel recinto tan desprotegido, y una sensación desagradable le ascendió por la entrepierna hasta el estómago. Al llegar a la entrada de la fortificación, unos cuantos hombres que Stamos no reconoció —y que no vestían los uniformes militares reglamentarios— salieron a su encuentro, realizando en pocos segundos una formación defensiva en torno a los detenidos. El Mayor había visto aquella formación varias veces con anterioridad, por lo que su recelo aumentó; aquella técnica se denominaba la *teoría esférica de la protección,* y era muy habitual entre los equipos de seguridad privada. Antes de que pudiera siquiera bajar del vehículo, los tres prisioneros habían sido *envueltos* en una barrera humana circular, y conducidos al interior del edificio. Un hombre se colocó frente al viejo oficial antes de que pudiera abandonar el Jeep, y con la rapidez de un pistolero, le descargó dos disparos en la cabeza. Stamos había muerto antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Los dos soldados que viajaban en el coche fueron abatidos del mismo modo por el resto del comando que no se había marchado al interior del edificio. Después, con toda la tranquilidad del mundo, cerraron las puertas del Jeep y volvieron a entrar en el recinto amurallado.

Brimham suspiró hastiado cuando un tipo con aspecto de

mafioso le preguntó de nuevo por la tableta. El matón hizo ademán de golpearle, pero se contuvo en el último momento ante la mirada confiada del anciano, que ni siquiera había llegado a parpadear ante la amenaza física. El tipo se mordió el labio inferior, furioso ante la pasividad del viejo que, para colmo, le dedicó una cándida sonrisa.

—¿Por qué no nos dejamos de juegos y le dices a ese cobarde de Bell que venga él mismo a preguntármelo?—inquirió.

Como si se tratase de un mal programa de televisión y hubiese estado esperando tras una cortina disimulada, el aludido apareció caminando despacio. Sin necesidad de nadie que le sirviese de guía se colocó a pocos metros de Brimham.

—Kirk.

—Alexei.

—Ahora no me llamo de esa manera.

—Para mí siempre serás aquel niño asustado que conocí en Rogachevo.

—Sigues siendo un sentimental.

—Y tú un genio atormentado… y perturbado.

Brimham extendió la tableta ante los ojos lechosos de Bell, que se dio la vuelta y se la arrebató de las manos a su viejo *amigo* con suavidad; la última tableta de grafeno que le faltaba, y que llevaba en poder de Brimham desde que desapareciera con ella en el 61 ya era suya.

—Durante todos estos años siempre me he preguntado para qué querría alguien como tú robar un objeto que ni siquiera alcanza a comprender—guardó el dispositivo en un pequeño maletín acolchado—. Pero me he dado cuenta de que no existe un motivo coherente, únicamente la envidia.

—Alexei, sabes…

—¡He dicho que me llamo Mark!—rugió.

—De acuerdo—concedió el anciano—, como quieras. Me llevé la tablilla porque en el fondo, al igual que yo, sabes que lo que estaba sucediendo en esa base era una mentira, una aberración llevada a cabo por criminales que no pensaban detenerse hasta crear un daño que no podrían reparar jamás, como… como lo estás haciendo tú en este momento.

—Por eso robaste el trabajo de todos aquellos hombres y el de mi padre—continuó, como si no lo hubiera escuchado—. Por la maldita envidia.

—¿El de tu padre?—Brimham se había quedado boquiabierto—. ¡Tu padre murió a causa de los experimentos que esos animales llevaron a cabo con él!

—Mi padre era un hombre extraordinario—argumentó temblando de ira—. Pero no supo aceptar su papel, y se hundió con la presión.

—¡Tu padre fue asesinado!

Bell se alejó hacia el otro extremo de la sala, dándoles la espalda, y se acercó despacio hasta una mesa alargada donde varios ordenadores estaban conectados en red.

—Kirk, sé que en realidad no puedo culparte, ya que no eres capaz de ver lo que yo *veo*; la perfecta armonía que compone la naturaleza en sí misma, la admirable capacidad del universo para equilibrarse en base a una magistral serie de formulas matemáticas inigualables; el plan maestro de la creación en torno a un impecable caos, que permite que sigamos equivocándonos una y otra vez mientras se repara a sí mismo.

Se movió despacio alrededor de los monitores, alternando la mirada entre una pantalla y otra como si en realidad sus ojos siguiesen siendo útiles.

—Pero te aseguro que antes de que termine el día comprenderás lo que intento explicarte—aseguró el anciano con sus ojos vacíos.

Sin dar ninguna otra explicación, abandonó la sala con el maletín en la mano.

↔

Boyle caminaba desesperado de un lado a otro de la habitación de Mitchell, mientras que la actividad en el resto del edificio era frenética. Llevaba más de una hora conectado a todos los servidores del gobierno, incluido el de la NASA, pero no había cambiado nada desde que recibiera la llamada; la actividad en la zona de New York seguía siendo nula. Tampoco había captado conexiones locales en toda el área del condado y, para colmo, Mitchell había desaparecido y llevaba sin dar señales de vida desde la video llamada.

Volvió a sentarse en su silla, devanándose los sesos con las imágenes que circulaban por la pantalla mostrando las operaciones que contenían las tablillas de grafeno. A pesar de aplicar una y otra vez la Teoría de la Curva Elíptica, no había conseguido sacar nada en claro de ellas, y la cabeza le zumbaba como si dentro de ella hubiese anidado un enjambre furioso de abejas. Realmente se daba cuenta de que estaba apostando toda la partida en una llamada de teléfono de alguien a quien ni siquiera conocía, pero tampoco tenía nada que perder por intentarlo, ya que se encontraba estancado; y como su abuela decía: *"algo es mejor que nada, muchacho"*. Probó una vez más, aplicando nuevas variables, pero algo en todo aquel galimatías seguía sin aparecer; era como si en todo aquel desorden faltase la pieza que hiciese encajar los engranajes, pero por desgracia, no era capaz de encontrarla. Se puso en pie, furioso e incapaz de controlar el fuerte impulso de estrellar el ordenador contra el suelo y salir de aquel edificio, de alejarse de todo y dejar que sucediese lo que Dios quisiera que tuviera a bien concederles, pero una alarma le hizo volver a pisar el terreno de la razón. El corazón le dio un vuelco tan fuerte que se le cortó la respiración durante un instante al comprobar que la alerta procedía de uno de los servidores gubernamentales procedentes de la Agencia Espacial. Tecleó con nerviosismo su clave para acceder al sistema, pero un aviso le indicó que no tenía permiso y que estaba a punto de cometer un delito federal. Notó cierta ansiedad cuando volvió a intentarlo y apareció el mismo cartel en amenazadoras letras rojas. Boyle era un excelente criptógrafo, de hecho, uno de los mejores de Estados Unidos, pero en temas informáticos podía decirse que poseía la misma destreza que un chaval de diez años. Sintiendo en el pecho la agitación de la angustia, recogió el papel donde había

anotado las instrucciones del anónimo informante, y volvió a repasar las pautas. Aunque comprendía la mayoría de ellas, algunas le parecían totalmente incongruentes; el problema consistía en que para poder comprobar si servían para algo, necesitaba acceder a ese servidor específico.

De repente recordó algo que le hizo sentirse totalmente estúpido; él estaba allí por su habilidad con los textos encriptados y los acertijos, esa era su competencia, pero del asunto de la computación y los ordenadores se ocupaba otra persona; de hecho una persona que estaba considerada un genio en ese ámbito. Salió de la sala con la adrenalina chorreándole por todos y cada uno de los poros de su cuerpo, y se dirigió a toda velocidad a la segunda habitación que Mitchell había dispuesto como segura; un pequeño despacho al final del pasillo que nadie utilizaba desde la construcción del nuevo anexo del edificio, y que el analista había fijado como su escondite para pensar. Confiaba que el joven informático se encontrase allí. Irrumpió con fuerza, sin avisar, y lo encontró con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos. El criptógrafo se dio cuenta de que estaba abatido, con los ojos enrojecidos y una mueca que reflejaba una impotencia enloquecedora.

—¡Abraham, necesito tu ayuda!—exigió alterado.

El analista le dedicó una breve mirada y volvió a bajar la mirada.

—No hay nada que hacer—contestó derrotado.

—No, ¡tienes que venir conmigo!—agarró al joven por el codo y le obligó a ponerse en pie—. Necesito que veas algo.

↔

Un fulgor intermitente repiqueteó en la inmensa pantalla cuando Bell conectó la sexta tablilla. El anciano se frotó ambas sienes con los dedos envejecidos y marchitos, masajeándose las ventosas adheridas a su cabeza de forma delicada. El silencio era absoluto, a pesar de las ocho personas que observaban con atención los movimientos del director del FBI. Tommy —habitualmente bastante impertinente en sus comentarios—, mantenía un rictus que era la definición pura del asombro. Los cinco guardias que rodeaban al viejo permanecían impertérritos mientras que su jefe comenzaba a teclear líneas de código interminables que, danzaban un segundo para desaparecer en la parte inferior del monitor inmediatamente después. En la enorme pantalla adherida a la pared había aparecido un diagrama que todos conocían sobradamente, y que comprendía un mosaico estelar con el planeta Tierra como núcleo principal. A medida que el anciano introducía las ordenes necesarias, se fueron haciendo visibles curvaturas que circundaban el orbe azul. En un momento dado, las vertiginosas rutinas de programación se detuvieron y, en el esquema de la pantalla surgieron doce puntos de color ámbar que titilaban mansamente. Bell sonrió, dirigiendo los ojos de un repulsivo blanco velado en dirección a Brimham, que sonreía a su vez. La actitud de su viejo enemigo pareció sorprender al director del FBI, a pesar de que no era posible que pudiera haber visto su mueca complacida.

—Mi querido Kirk—apuntó el anciano—. Antes de pulsar el botón que reinicie un nuevo orden, quiero que sepas que te agradezco que cumplieras de forma tan diligente tu función en el plan.

—Mi función—repitió, pronunciando las sílabas lentamente.

—¡Por supuesto!—exclamó jubiloso—. Durante años has guardado la pieza clave para servírmela en el momento adecuado. Podrías haberla destruido…, o hacer algo peor con la información de su interior, pero en cambio, aquí estás.

—De nada hubiera servido destruirla, y lo sabes mejor que nadie.

El anciano esbozó una sonrisa torcida.

—Tienes razón, pero esa no es la única motivación por la que

has decidido conservarla, ¿no es cierto?

—No podía hacerlo—admitió—. Yo también estaba en esa base en el 61.

—Sabía que eras como todos— masculló con los labios apretados—. Nadie en el mundo percibe la belleza que encierran estas tablillas, la grandeza que otorga conocer los misterios del cosmos; únicamente os movéis por fútiles intereses propios, y no por el bien colectivo.

La carcajada restalló como un látigo en la opresiva habitación cerrada, y algunos de los guardias hicieron un instintivo gesto defensivo. Bell contrajo el rostro de furia al escuchar el eco de las risotadas de Brimham, que seguían rebotando contra las paredes.

—Que equivocado estás. Desde el primer momento en que te conocí en aquella maldita base supe que eras extraordinario, pero también un verdadero peligro. No podía concebir que un niño de apenas seis años albergase en su interior un odio tan profundo, así que decidí no perderte de vista. Aquella noche, cuando los agujeros de gusano comenzaron a transmitir y a descodificarse mediante tu cerebro a la tablilla, pude comprobar lo que acabaría ocurriendo—hizo una pausa—. Se puede decir que vi *tú* futuro, o al menos el futuro que las matemáticas y tu delirante mente tenían previsto.

—¡Cállate!

—He pasado el resto de mi vida luchando contra lo que vi esa noche—continuó—. He gastado una fortuna intentado descifrar esos datos, pretendiendo *ver* lo que tú veías para ponerle fin, pero al final comprendí que solo existía una persona capaz de hacerlo.

—¡El Universo me eligió a mí!—gimoteó el anciano.

—Así es, por eso he esperado hasta hoy—un pitido en la gran consola central llamó la atención de Bell, pero apenas le prestó atención—. Eso que estás escuchando es mi particular saludo de bienvenida. No era capaz de deshacer la madeja que entrañaban esas tablillas; ni siquiera los mejores *hackers* del mundo pudieron hacerlo. Busqué la manera, pero con una única tablilla —aunque fuese la central—, me faltaban datos. Lo que sí pudieron hacer fue crear un *malware* que cuando se conectase a las demás tablillas, dejase abierto un puerto que pudiera aprovechar para acceder a los datos que guardas.

Bell giró la cabeza con un fuerte impulso, y se ajustó las ventosas a la frente, que habían comenzado a deslizarse debido al sudor.

—Ese pitido que oyes es el contenido de las tablillas, de todo tu

cerebro, descargándose en un ordenador de mi propiedad.

El viejo director del FBI comenzó a teclear furiosamente mientras una de las ventosas le resbalaba de la sien derecha y le quedaba colgando sobre el hombro.

—De nada—bromeó Brimham.

↔

A medida que sus dedos volaban sobre el teclado, la expresión en el rostro del joven se transformaba en auténtica excitación.

—¡Esto es verdaderamente extraordinario!—repitió—. ¿Cómo has conseguido…?

—He tenido una revelación.

El joven levantó los ojos apenas un segundo para fijarse en Boyle, pero de inmediato volvió a centrarse en la pantalla del ordenador. El criptógrafo no entendía nada de la jerga que el joven murmuraba mientras introducía comandos sin pestañear, pero una chispa había despertado en su interior y él se estaba contagiando de su euforia.

—No me puedo creer que Bell no se haya dado cuenta de esta puerta trasera—expresó el analista de sistemas—. Es un programa muy similar a *Zeus*, el que utilizó Bogachev para hackear a innumerables empresas y varios gobiernos.

—¿Puerta trasera?

—Sí—contestó sin parar de teclear—. Todos los sistemas operativos necesitan puertos para comunicarse. Por norma general, se bloquean mediante *Firmware* o cortafuegos, pero a veces se puede quedar alguno abierto. Lo que está haciendo este programa es detectar ese puerto e introducir el código malicioso. Una vez infectado, el ordenador con su dirección IP pasa a formar parte de nuestra red, lo que denominamos Botnet.

—No me estoy enterando de nada—admitió Boyle.

—Estoy utilizando mi autorización a la red interna para lanzar el comando *Netstat*.

—Mira que hablo casi todos los dialectos existentes, pero de verdad que me cuesta entender a los informáticos.

—Básicamente estoy enviando una llamada para intentar saber cuál de los puertos del ordenador de Bell está abierto y me contesta.

Boyle le dedicó una mirada a la pantalla y le pareció el código más caótico y extraño con el que se había encontrado jamás. Lo único que le quedó claro era que la supervivencia de la humanidad dependía de que alguno de esos comandos decidiese *coger la llamada*.

↔

Mark Bell se arrancó las ventosas de la cabeza calva con tal furia que acabaron saltando y desperdigándose por el suelo. Su equipo de seguridad acudió diligente para recogerlas y ayudar al anciano a moverse, pero el viejo ya había emprendido una lastimosa carrera hacia el otro extremo de la sala por sí mismo.

—¡Mientes!—gritó a nadie en particular mientras recogía su móvil y pulsaba la pantalla con nerviosismo—. ¡Leonid, escucha con atención!

El cuerpo rechoncho del director temblaba de frustración.

—¡Deja eso ahora mismo!, ya te encargarás de ellos luego—bufó—. Pásale el teléfono a Ivanov ahora mismo.

Bell se llevó el teléfono y lo colocó junto al teclado del ordenador de Fort Hamilton, activando el altavoz para tener las manos libres mientras tecleaba a toda velocidad. Tras un ruido de estática, una voz apagada contestó.

—Dígame, señor Bell.

—Kirill, rápido, activa todos los cortafuegos o lo que sea que hagas—ordenó atropelladamente mientras continuaba tecleando—. Creo que podemos tener un *malware*…

—Eso es imposible, señor Bell—cortó el hombre a través del altavoz.

—¡Te digo que lo compruebes!—rugió—. Debe de ser algún troyano que…

—Señor… —contestó aterrorizado—. El súper ordenador únicamente ejecuta protocolos determinados, no está conectado a una red; somos una intranet que solo interactúa con los *switches* de los satélites.

Bell sintió como la sangre de las venas se le convertía en hielo, y dejó de teclear inmediatamente. ¡Por supuesto, como había podido ser tan estúpido! Él mismo ideó ese plan. Si giró, y aunque sus ojos le ahorraron la imagen real, su mente le permitió *ver* el rostro de satisfacción de Brimham.

—No existe ningún malware—manifestó de forma hosca.

—No—le respondió Brimham—. No existe programa alguno que un súper ordenador contigo al mando no hubiese detectado.

Bell se acercó despacio hasta el anciano y pareció escrutarlo a través de sus retinas veladas.

—Lo tenías todo planeado—siseó con rabia.

—Llevo muchos años esperando a que ocurra, y sabía que no sería capaz de acabar con esto enfrentándome a ti de forma directa, así que opté por otra vía.

En aquel momento, a través del altavoz del teléfono que Bell había dejado encima de la mesa se escuchó voces al principio y, disparos después.

—Ya ha empezado—declaró Brimham.

↔

—¡Hostia puta!—prorrumpió Mitchell. Boyle se sobresaltó al ver la reacción tan atípica del analista—. ¡Ha instalado un *sniffer*!

—¿Que es eso?

—Un programa informatico que actua como un espia—informó—. Registra la información de los periféricos y me da acceso a las claves.

—¿Y eso que significa?

—Lo único que debes saber es que tengo acceso al ordenador de Bell—le señaló el ordenador contiguo y le indicó que se pusiera delante—. Te estoy mandando la información de las seis tablillas de grafeno.

—¿Seis?

—Sí. Necesito que las desencriptes para poder hacerme con el control total del programa.

La pantalla en la que Boyle acababa de sentarse se dividió en seis secciones, por la cual desfilaban una ingente cantidad de operaciones matemáticas.

—¡Por eso no podía descifrar el código!—exclamó Boyle—. La formula está compuesta por seis fases, y yo solo conocía la existencia de tres; la secuencia estaba incompleta.

Ambos se pusieron a trabajar como locos, sin despegar los labios, hasta que el móvil de Boyle volvió a sonar.

↔

Cody no supo qué estaba ocurriendo hasta que consiguió levantar la cabeza. A su lado, Rach yacía inconsciente con la cabeza ladeada, y el joven sintió un irremediable pavor por el estado de su amigo. Aquel asesino rubio les había golpeado de lo lindo, hasta que de repente dejó de sentir los golpes y la habitación se convirtió en un absoluto caos. Escuchó golpes, seguidos de gritos e insultos, pero lo que realmente le puso la piel de gallina fue el sonido de un disparo, que silenció el ensordecedor bufido del motor que bufaba en el centro. Cuando por fin pudo centrar la mirada no pudo creer lo que sus ojos veían, por lo que en un principio creyó estar soñando. Script golpeaba a uno de los gorilas tendido en el suelo, mientras que un tipo con el pelo azul abatía a tiros a dos que se abalanzaron hacia él. El rubio que había estado torturándoles bramó como una fiera y cruzó la sala a la carrera, sacando una pistola de una funda que llevaba bajo la chaqueta de su traje. El primer disparo alcanzó a Script en la espalda, lo que le obligó a girarse a causa del impacto. El segundo lo lanzó contra la pared.

—¡Script!—bramó Cody.

El grito alertó al joven de pelo azul, que junto a dos chicos más despachaban a los hombres del traje negro antes de que estos tuviesen tiempo de sacar sus armas. El rubio apuntó y disparó sin pensar, y uno de los chavales emitió un único grito apagado y se derrumbó. A su lado, el del pelo azul comenzó a avanzar en dirección al rubio con el arma extendida, y ambos iniciaron un tiroteo a tumba abierta. El humo saturó la pequeña habitación y a Cody le escocieron los ojos mientras que un sabor amargo le comprimía la garganta, haciéndole dar arcadas. Antes de que la humareda se extinguiera del todo, Cody sintió unas manos sujetándolo con fuerza, y a través de la espesa nube pudo distinguir al chico del pelo tintado con una mueca dolorida en su rostro.

—Atiende a tu amigo—le susurró—. Yo tengo trabajo que hacer.

Se levantó de la silla tan deprisa que a punto estuvo de caer al suelo. Script estaba recostado contra la pared contraria, y un rastro de sangre enmarcaba la silueta detrás de él. Lo agarró por la nuca con suavidad, y se le encogió el corazón cuando su amigo intentó hablar y un chorro de sangre oscura le salpicó la comisura de los labios y la barbilla.

—Eh Cod…, chaval—balbuceó débilmente—. Al final ese chalado de *Blue* estaba con nosotros desde… el principio.

—No hables Script—sollozó—. Voy a buscar ayuda.

Buscó a alguien que pudiera ofrecerle ayuda para socorrer a su amigo, pero el único que permanecía allí era Blue, que estaba sentado en la silla surcada con esas horribles ventosas. Lo llamó a gritos cuando Script cerró los ojos y dio una violenta sacudida, pero el chico parecía encontrarse muy lejos de allí, a los mandos de aquella espeluznante máquina.

Uno de los guardias le quitó las esposas de mala manera y lo agarró con fuerza del brazo. Brimham sintió como algo allí cedía, y un dolor terrible le acometió con fuerza; aún así, no se permitió el lujo de gritar.

—Eres un verdadero estúpido—graznó Bell—. Lo único que conseguirás será alargar esta situación.

—Son distintas formas de verlo—argumentó—. En este mismo momento un protocolo espía ha revelado tu clave de acceso al programa de los satélites, y el mejor analista de sistemas, uno que de hecho contrataste tu mismo, está haciéndose con el control de todo.

—Mitchell—susurró—. Aunque logre hacerlo, jamás conseguirá descifrar esos códigos.

—Para eso ya tengo a Boyle.

Bell palideció.

—Y también quiero que sepas que conozco lo del generador. Una idea espléndida, pero no podía esperar menos de un genio como tú, Alexei. Aunque he tenido bastante tiempo para pensar en cómo derrotarte, y doy gracias a Dios por el hecho de que no seas el único dotado en el mundo con un cerebro holográfico que pueda interpretar esos códigos. Hace muchos años encontré a alguien que me recuerda mucho a como eras de niño, solo que éste tiene un extraño gusto para combinar el color del pelo. Era un delincuente juvenil, pero con el cerebro más extraordinario que he visto nunca, con excepción del tuyo, claro está. Además, ha crecido en un mundo en el que internet forma parte de sus vidas desde que nacen, algo que ni tu ni yo alcanzamos a comprender del todo. Blue me abrió todo un mundo de programas, redes e información que jamás pensé que podría existir. Él fue el creador del botnet que controla mi empresa, una red de ordenadores interconectados que asciende a más de cien terminales, del que ahora forma parte el software de tu súper ordenador.

—Voy a matarte— masculló entre dientes Bell.

—Eso no me preocupa—admitió el anciano con sinceridad—. Mi único objetivo en la vida siempre ha sido acabar con aquello que empecé en Rogachevo, y esta noche voy a conseguirlo; en realidad

sería irónico que yo acabase con tu razón de ser y tú con mi vida, ¿no crees?

El rostro de Bell se transformó en una máscara de odio, y se abalanzó con un grito animal contra Brimham. Al instante, el guardia que sujetaba al anciano trató de separarlos, pero el pesado cuerpo de Bell acabó por arrastrarlos a los tres en una madeja de brazos y piernas. El director del FBI golpeaba con una furia desaforada a cualquier cosa que encontrase en su camino, ya fuese a su enemigo o guardaespaldas. En un momento dado, varios hombres se acercaron hasta ellos y trataron de poner orden en todo aquel lio. Uno de ellos agarró a Brimham por el cuello y lo puso en pie con un enérgico zarandeo. El viejo, sangrando por la boca pero sonriente, levantó una mano y esbozó una mueca. Antes de que ninguno de los guardias de Bell pudiera hacer nada por impedirlo, Brimham le lanzó a Tommy las llaves de las esposas que le había sustraído en la pelea al escolta de Bell. El afroamericano reaccionó como un rayo, y se encontraba encima de uno de los matones antes de que éste pudiera darse la vuelta siquiera. Cuando lo dejó fuera de combate, se dio la vuelta y lanzó el llavero a Daniel, que parpadeaba atónito ante el giro que había dado la situación.

11

Boyle rugió de frustración al toparse una vez más con un muro impenetrable de operaciones entremezcladas y código binario incomprensible. Mitchell sostenía el teléfono mientras observaba por encima del hombro del criptógrafo, que estaba empezando a percibir la presencia del analista con irritación.

—¿Cómo vas?—preguntó una vez más.

El criptógrafo se dio la vuelta, y con la mirada disuadió a Mitchell de volver a preguntar. El analista volvió a su asiento frente al terminal, impotente al no contar con la clave que le facilitaba el acceso total del programa. Boyle volvió la vista a los seis mosaicos desplegados ante él, y de nuevo se le bloqueó la mente ante el anárquico batiburrillo que contenían las tablillas. ¡Aquello no tenía sentido! Era como si un niño hubiera mezclado piezas de construcción de varios juegos en una sola caja. De repente, se vio a sí mismo de pequeño, jugando con un Lego del que no se había desprendido en toda la Navidad.

—Abraham, vuelve a hacerlo, por favor—pidió.

El analista suspiró, fatigado. Boyle le había revelado que tenía un sistema que le había ayudado en otras ocasiones, y que consistía en escuchar una y otra vez cualquier cosa que supieran sobre el tema en cuestión. Mitchell volvió a contarle una vez más todo desde el principio, mientras el criptógrafo se ponía las manos en la cabeza y repasaba de nuevo los iconos de su pantalla.

—… y como dijo Bell, en su Teoría del caos…

—Espera, espera—paró Boyle—. Explícame de nuevo esa Teoría, pero esta vez, hazlo de manera que no parezca que vienes de Marte, por favor.

—Pues es muy simple. Lorenz defendía que pequeñas variaciones en un sistema imposibilitaba una predicción del futuro; su explicación consistía en que el resultado de cualquier cosa estaba determinado a distintas variables.

—Pero existe un sistema estable ¿verdad?—indicó con excitación.

—¡Por supuesto! Una solución caótica puede volverse estable mediante la elíptica del atractor, que…

—¡Eso es, joder!—exclamó, poniéndose de pie—. Necesito que

pongas tu cerebrito a trabajar en una cosa.

Mitchell se contagió del entusiasmo del criptógrafo, que corría de una mesa a otra buscando algo.

—¡Aquí está!—celebró, volviendo a su lugar frente al terminal con una hoja de papel en la mano—. ¡Ese tío me lo dijo, joder, me dio la solución y yo no la había visto!

—Boyle, ¿Qué está pasando?

—¡Que lo estábamos mirando mal desde el principio! Habíamos dado por supuesto que debíamos resolver las formulas, averiguar el por qué de todo ese galimatías de operaciones matemáticas entremezcladas con texto sin sentido, pero la única función que repite una y otra vez con cierto significado es la misma:

$$x1 = ax2 - ax1$$

$$x2 = cx1 - x1x3 - x2$$

$$x3 = x1x2 - bx3$$

Mitchell abrió los abrió tanto los ojos que adquirieron un gesto casi cómico.

—¡Pues claro, la operación de Lorenz!—prorrumpió el analista—. Si incluimos en la ecuación un atractor, o sea, el factor que hace estable la operación…

—Obtenemos el orden—acabó—. Es como un Lego matemático, primero tienes que encajar una pieza para buscar la siguiente.

—Dios mío.

—Pues nada, cerebrito, encuéntrame la solución estable.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo—gruñó el analista—. La particularidad de ésta ecuación es que si cometes un error en una de sus variables…

—Ya, ya, todo se va al carajo—interrumpió—. Pues nada chaval, ¿no eres el genio de la lámpara del FBI?, pues pon a trabajar la máquina.

↔

Tommy se las arreglaba perfectamente, y ya había abatido a dos guardias cuando el que se encontraba más alejado desenfundó el arma. El rugido de Bell paralizó el dedo del sicario cuando ya ejercía la presión necesaria sobre el gatillo para matar a su adversario.

—¡Sin disparos, imbéciles!—de la nariz se le escurría un hilo de sangre que le goteó hasta el suelo—. Podéis darle a los ordenadores.

Aunque sorprendidos por la capacidad de su jefe para *intuir* las cosas que no podía ver, todos obedecieron la orden y guardaron las armas de nuevo en sus pistoleras. El enfrentamiento era claramente desigual, pues nada podían que hacer los tres prisioneros contra el escuadrón de matones del director del FBI, pero al menos podrían disfrutar de su oportunidad. Tommy parecía ansioso y se movía inquieto de un lado a otro, sin despegar los ojos del que aparentaba llevar el mando, evaluándolo; al contrario que Daniel, que llevaba pintado el miedo en el rostro.

—Voy a matarte de una vez por todas—aseguró Bell, congestionado por la ira.

Aquella frase dio inicio a una confrontación feroz, en la que el anciano atacó primero. Aunque sus ojos no podían ver, parecía saber en todo momento donde estaba Brimham, y se lanzó a por él con un odio visceral, tumbándolo en el suelo con un golpe brutal. Dos guardias siguieron a su jefe y atacaron a Tommy, que consiguió repelerlos a duras penas. Daniel no corrió la misma suerte, ya que uno de los matones lo derribó con un certero puñetazo que envió al médico contra la pared. Antes de poder recuperarse, el guardaespaldas lo derribó y se subió a horcajadas sobre su pecho, volviendo a golpearle con saña en el rostro. Daniel sintió el metálico sabor de la sangre inundándole la boca, mientras que su campo de visión se llenaba de puntitos blancos. Estaba a punto de desmayarse cuando escuchó un alarido salvaje y, de repente, los golpes cesaron. Se incorporó a medias para huir del tipo que lo aprisionaba sin piedad, y entonces vio a Tommy con un arma apuntando al guardia.

—He dicho que te quites de encima de mi compañero y te pongas en esa pared—repitió con una voz gutural.

El matón obedeció a regañadientes, y Daniel notó que el aire volvía de nuevo a llenarle los pulmones. Sintió tal alivio que no pudo reprimir las gruesas lagrimas que se le escaparon y rodaron por sus mejillas. Se puso en pie como pudo, y en ese momento vio la escena completa. En una de las esquinas, Tommy había reunido a tres guardias que aguardaban su momento para saltar contra él y arrebatarle el arma. En el suelo yacían inmóviles dos tipos más, y Daniel no quiso saber si estaban solo inconscientes o algo peor. En el centro de la reducida habitación se encontraba Bell, que sujetaba a Brimham por el cuello desde atrás, ejerciendo una presa implacable sobre el anciano; un color cereza había empezado a motear las mejillas del viejo.

—Lo mataré—amenazó Bell—. Suelta el arma o le parto el cuello.

Tommy se fijó en aquellos ojos ciegos y aún así, crueles, y supo que aquel hombre decía la verdad; o soltaba la pistola o Brimham podía darse por muerto.

—No… ni caso—balbuceó.

—¡He dicho que la sueltes!

Los guardias avanzaron un paso subrepticiamente, esperando la menor vacilación para saltar sobre el afroamericano. El cañón del arma tembló, y Tommy dudó apenas un instante, el cual fue suficiente para que los tres tipos se le echasen encima. Daniel se unió a la pelea con las pocas reservas de fuerza que le quedaban en el cuerpo, enzarzándose en una reyerta en la que no podían vencer. De repente un alarido sobrehumano inundó la habitación, y el tiempo pareció detenerse. Un sonido —algo parecido a un gruñido acuoso—, reverberó golpeando paredes y techos, y se esfumó tan rápido como había surgido. Tommy se dio cuenta de que los guardias vacilaban y se apartaban un poco de ellos, abandonando la pelea. En el centro de la sala, a pocos metros de ellos, Brimham se tambaleó y se dejó caer contra la mesa atestada de teclados y dispositivos electrónicos. Bell permaneció de pie un segundo más, con los ojos blancos observando un punto a caballo entre el techo y la pared, para caer de rodillas después. De un lateral del cráneo, a la altura de la sien derecha sobresalía el mango de un destornillador, que Tommy reconoció de inmediato. El silencio en la pequeña habitación se volvió tan espeso como un manto de miel, solo roto por el pitido intermitente de los terminales y el llanto desconsolado de Kirk Brimham. En la pantalla, el gráfico que contenía la posición de los satélites comenzó a fluctuar, y Daniel se dio cuenta de que algo se estaba moviendo.

—¿Qué demonios es eso?—gritó desesperado el médico.

Brimham se cubrió la cabeza con las manos y sollozó más fuerte.

—Ese cabrón lo ha hecho— indicó—. Bell ha activado la cuenta atrás.

En ese momento, un sonido empalagoso rompió la tensión. El móvil de Bell estaba recibiendo una llamada.

↔

Después del horrendo estallido de violencia —que había durado apenas un minuto—, un silencio espeluznante se apoderó de la habitación. Los secuaces de Blue habían desaparecido como por arte de magia, dejando un reguero de muertos esparcidos de cualquier manera por el suelo y, a su jefe *clavado* a la terrorífica máquina. Cody continuaba aferrando la cabeza de Script —que había dejado de moverse—, pidiendo ayuda desesperadamente. El chico del pelo azul soltó un rugido consternado, y se arrancó las ventosas incoloras de la frente.

—¡No puedo!—aulló—. No sé a qué mierda jugaba ese cabronazo, pero no tiene lógica.

Cody lo miró, suplicante, y como si se diera cuenta de repente de la situación de su alrededor, su expresión mutó del enfado a la preocupación.

—¿Qué le ha pasado al grandullón?

—Le han disparado; está muy mal.

Blue examinó la herida de forma resuelta, y su rostro adquirió un mohín de preocupación. Se puso en pie y se acercó a Rach, que continuaba inconsciente. Sin pensarlo un segundo le abofeteó con fuerza dos veces, hasta que el chico abrió los ojos desorientado.

—Que… ¿Qué ha pasado?

—Escucha, no hagas preguntas y ayuda a tu amigo—ordenó Blue mientras le liberaba.

Rach bizqueó en la dirección en la que Cody sujetaba a Script, y se levantó como un resorte de la silla. En ese momento una melodía inundó la pequeña habitación; Blue siguió el sonido y rescató un móvil de gran pantalla de la chaqueta del tipo que había disparado a Script.

—¿Dígame?—contestó sin pensar.

—Sí, soy yo—escuchó en silencio unos segundos—. ¡Claro, eso está hecho!

Se volvió hacia los tres jóvenes, y esbozó una sonrisa que les heló la sangre.

—Sacadlo de aquí y buscad ayuda—sin más preámbulos, se acercó de nuevo al terminal monstruoso—. Yo tengo trabajo.

↔

Después de contarle a Brimham la conclusión a la que habían llegado, el viejo pareció recobrar algo del tono apagado con el que había contestado a la llamada.

—Eso tiene mucho sentido—dijo, aunque inmediatamente agregó con tono lúgubre—. Pero de nada nos servirá si no conseguimos resolver esto en… —una ojeada al panel donde los puntos trazaban una curva—, digamos que unos quince minutos.

—¿Cómo dice?—repuso Mitchell.

—Bell ha iniciado lo que quiera que vaya a suceder, y eso ocurrirá en un cuarto de hora, minuto arriba minuto abajo.

La comunicación al otro lado quedó en silencio unos segundos, pero cuando el analista contestó, en su tono había una determinación apabullante.

—Pues tendremos que resolverlo antes de que pase eso.

Brimham esbozó una sonrisa entristecida que Mitchell no podía ver, pero que tanto a Tommy como a Daniel les puso la piel de gallina.

—Yo no puedo ayudarte—admitió—, pero sé quién puede hacerlo.

—¡Claro, eso está hecho—repitió—, pásame la formula.

Mitchell le envió una captura de pantalla.

—Lo que ocurre es que la Teoría de Lorenz es un poco caótica—se rió de su propio chiste—, ya que se basa en una serie de variables…

—Sí, lo sabemos—atajó el analista—. Puedes hacerlo.

—¡Pues claro que puedo!—contestó ofendido—. Aunque existen conjeturas que mantienen que se puede alcanzar una estabilidad con $\mu < 28$, yo sigo pensando…

—¿Blue, verdad?

—El mismo que viste y calza.

—Pues bien, Blue, nos quedan aproximadamente unos diez minutos antes de que lo que quiera que sea lo que ha activado ese loco haga *pummm*, así que te agradecería que te dejases de conjeturas y busques el atractor.

—Vale, vale; como se nota que no sales mucho.

El chico se conectó al enorme generador e inició un programa, tecleando a una velocidad pasmosa. Tanto Brimham por un lado, como Mitchell por otro escuchaban las operaciones susurradas que emitía el joven mientras descartaba una u otra solución, hasta que al final profirió un gritito de satisfacción.

—¡Lo tengo! La solución se basa en tres variables, pero debo admitir que es muy rebuscada—hizo una pausa, y al instante apareció en los dispositivos del analista y del anciano una formula—. Ahí tenéis el atractor.

Punto de equilibrio estable

$b = 1, \quad c = 30, \quad \mu = 25$

Boyle se apresuró a introducir las variables en los campos solicitados y, de repente, se produjo una modificación en las tablillas que le cortó la respiración.

—Esto es…, increíble—el modelo de su ordenador fluctuó y se ordenó de forma totalmente legible—. Brimham, está usted viendo esto.

En la sala de Fort Hamilton las tablillas resplandecieron, y comenzaron a cambiar.

—Lo veo—contestó asombrado—. Blue, no te vayas muy lejos, es muy posible que volvamos a necesitarte.

Mitchell y Boyle admiraban la nueva configuración que les mostraban las seis pantallas de diez pulgadas con admiración.

—Es, simplemente, asombroso—murmuró Mitchell.

—Sí, sí, ya tendremos tiempo de ponernos cachondos después—se apresuró—. Ahora hay que salvar el mundo y todo eso, ¿recuerdas?

—Bien, vamos.

Cada uno se puso en un terminal, y con el altavoz del móvil indicaron a Brimham y Blue que hiciesen lo propio.

—Señores, lo que tenemos en estos dispositivos son básicamente planos de cómo se construyeron esos satélites y el modelo de la Teoría electromagnética de James Maxwell sobre la que se basaron —explicó Boyle—. No os voy a dar ahora clases de historia sobre el señor Maxwell, pero sí os diré que se trataba prácticamente del *padre* del electromagnetismo. Junto con Heinrich Hertz crearon el primer "emisor de ondas eléctricas".

—¿Qué quieres decir?—susurró Brimham por el altavoz.

—Que, basándose en los estudios de Maxwell y Hertz, en Rogachevo se construyeron esas mismas máquinas emisoras de ondas y se lanzaron al espacio.

Un gemido restalló por el altavoz, pero ninguno supo quién había sido el causante.

—En realidad es brillante—se maravilló Boyle, que a pesar del horror que sentía, apreció la perfección del proyecto —. Cuando localizaron esos agujeros de gusano, construyeron una especie de bobinas gigantes que absorbieran las ondas gravitatorias, como si fueran una dinamo descomunal. Tal como hizo Hertz hace más de cien años, crearon un emisor capaz de generar variaciones en el campo electromagnético en un punto determinado, a modo de arma sónica, como las que se montan en los buques de guerra. Una vez conseguido, solo quedaba situarlos en una órbita cercana a los satélites *enemigos* y, conseguir un receptor adecuado. Con el grafeno, un material súper conductor, flexible y de una dureza extrema capaz de auto repararse y que está compuesto básicamente

de grafito, un mineral sintético, solucionaban a lo grande el problema.

—Esas tablillas indican a los sensores del emisor (satélite) donde deben lanzar la onda electromagnética—continuó Brimham—. El detonador portátil perfecto.

—Así es—exclamó Boyle—. Solo necesitaban transportar las tablillas a cualquier lugar que quisieran atacar, y dar la orden.

—¿Y qué vamos a hacer?—apuntó Mitchell.

—Lo mismo que ha hecho Bell, pero a la inversa.

Cuando todos dieron su aprobación, Boyle inició la cuenta atrás. El criptógrafo desde su terminal recitaba las ecuaciones matemáticas de Maxwell sobre la descripción del campo electromagnético que figuraban en las *instrucciones*, y que eran los códigos de acceso para los módulos informáticos que manejaban los satélites. Mientras que Blue las iba resolviendo desde el generador, Brimham introducía la solución y desconectaba el satélite. En menos de cinco minutos habían acabado, y en la pantalla de Fort Hamilton no quedaba ni una luz indicadora de actividad.

—Señor Brimham—dijo Boyle desde el altavoz—. Tengo la información que contienen esas malditas tablillas a salvo en mi ordenador, así que, yo de usted, las destruiría en este mismo momento, ya sabe, por si nos hemos dejado alguna a medias.

Un estruendo de cristales les llegó claramente audible a través del teléfono, y un compungido Brimham volvió a hablar.

—Me temo que de eso ya se ha encargado el señor Tommy Tracy.

Epílogo

El cementerio de Green-Wood presentaba un aspecto majestuoso. El inesperado sol invernal teñía de dorado los caminos que comenzaban un deshielo anticipado. Tommy se mantuvo discretamente alejado cuando el féretro descendió, observando de lejos a Cody y Rach, que seguían acompañados por Rita y Steve. Se subió las solapas del abrigo ante una ráfaga inesperada de aire helado, y esbozó una sonrisa al percibir la presencia junto a su lado.

—Has venido.

—No podía perdérmelo.

Permanecieron en silencio unos minutos más, sin hablar, solo contemplando la belleza que envolvía el místico camposanto.

—Ha sido un bonito funeral, ¿no crees?

—Precioso. Hemos tenido suerte que no hubiese mucha gente rondando por aquí.

—Sí.

Tommy se giró y abrazó a Daniel sin decir nada más. A veces, los gestos que nacen desde dentro no hacen falta narrarlos.

—Te he echado de menos—confesó.

—Yo también.

—¿Sigues corriendo por el mundo con esa ONG?

—Oasis—matizó Daniel—. Sí, todavía queda mucho trabajo que hacer.

El sepelio acabó tal como había transcurrido, en silencio. Los asistentes iniciaron una ordenada retirada en dirección a la salida principal de la Quinta Avenida.

—¿Estáis bien?—se interesó Tommy, señalando con el mentón a Rita, que avanzaba por delante de ellos escoltada por los chicos.

—Es una cabezota que se empeña en seguir conmigo a pesar de que vivimos en una choza hecha de barro y cañas, así que supongo que en realidad sí que debe quererme.

Comenzaron a caminar, siguiendo a una distancia prudencial al grupo que se alejaba por el sendero flanqueado de imponentes nichos.

—Sigo pensando que éste era el lugar adecuado—aseguró el médico, que sabía que la decisión la había elegido Tommy—, para alguien que ha salvado el mundo.

—Yo también lo creo—dudó, pero acabó por decirlo—. Ya ha

pasado un año.

—Y sigo teniendo miedo—admitió—. Todavía me despierto por la noche temiendo ver una gran bola naranja cayendo del cielo y apagando el mundo.

Tommy no dijo nada, pero asintió cabizbajo, dando a entender que lo entendía perfectamente. Caminaron unos minutos observando el cielo de un azul eléctrico, hasta que accedieron al sendero que discurría al borde de un gran lago.

—Ya sabes que si Rita y tú necesitáis un sitio donde dormir…

—Gracias por ofrecernos tu casa.

—¡Oh no, por Dios!, mi templo es mío—bromeó—. Pero el viejo me lo ha dejado todo, y el piso sigue estando vacío; no me decido a venderlo.

Daniel dejó vagar la mirada hasta la reciente tumba, que los operarios se afanaban en llenar. Sintió un vuelco en el estómago que le hizo detenerse un segundo.

—¿Y qué has hecho con las empresas?

—Las he convertido en una fundación contra el cáncer de páncreas, ¿irónico verdad?—esbozó una media sonrisa que a Daniel le pareció la más triste que había visto en su vida—. Que yo no me pase el día arreglando huesos de los niños negritos de África no significa que no tenga corazón, aunque necesite de una máquina para hacerlo funcionar.

—Lo que de verdad quiero saber es cómo estás tú.

—Ya sabes, me afectó la muerte de Kirk, pero para un tipo de Harlem como yo no existen las lamentaciones.

Dejaron atrás el lago y vieron como el grupo compuesto por Rita, Steve y los chicos se alejaba, e inconscientemente apretaron el paso. Daniel sentía un peso tremendo por Tommy, al que le unía una amistad de las de verdad, de esa que se forja en la dificultad y que queda ligada para siempre.

—¿Sabes por qué dejé el hospital y huí hasta la otra punta del mundo?—reveló el médico—. Porque sabía que no lograría aguantarlo. Yo no soy como tú, Tommy; no soy tan fuerte. Ni siquiera he querido leer la prensa internacional ni tener conexión a internet. Me aislé en África porque sigo asustado.

—¿En serio no sabes nada?

—No.

—¿Quieres saberlo?

—Supongo que es lo que esperaba cuando tomé el avión—

levantó la mirada y buscó a Rita—. Cuando supe que Brimham había muerto, llegó el momento de tomar las riendas y dejar de tener miedo.

—Script y ese cerebrito del FBI continúan investigando todo lo relacionado con las tablillas.

—¿Script?

—Sí, parece que el *Tío Sam* prefiere tener a esa bestia de su lado —buscó la confirmación de Daniel para continuar, y éste asintió—. Pues según parece, tras desencriptar el código de Bell, han tenido acceso total a la información que contenían las tablillas y, ha sido decepcionante.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no eran más que simples discos de memoria del pasado—ante el estupor del médico trató de explicarse mejor—. Esas cinco tablillas formaban parte de satélites de una flota "fantasma" que la antigua Unión Soviética lanzó al espacio, después de las pruebas nucleares conjuntas con el gobierno estadounidense, la ya conocida *Starfish Prime.*

Rita y los chicos los esperaban en la fastuosa puerta de salida de estilo gótico, y Daniel le indicó con la mano que salieran ellos. La mujer comprendió de inmediato el gesto, y se llevo a Cody y Rach a desayunar, dejándoles la intimidad que necesitaban.

—¿Y de todo eso que nos contó Brimham de los agujeros de gusano?—se intereso Daniel—. ¿No se sabe nada?

—De momento no; Script y ese tal Mitchell siguen trabajando en ello, pero creen que tras el sabotaje de Brimham allá por el 61, y tras estrellarse los cinco módulos, la flota al completo entro en modo "reposo". Al parecer, los *switch* de los satélites…

—Espera, espera, ¿los switch?

—Sí, conmutadores de red—explicó—. Básicamente son los router de los satélites; esos aparatos recibían y almacenaban la información que luego enviaban a la base de Rogachevo. Al perder la conexión entre ellos dejaron de funcionar, ya que están interconectados y, desde aquí ya no pudieron volver a recuperarlos.

—Te veo muy *enterado*—bromeó Daniel sonriente—. Para ser un tipo de Harlem, quiero decir.

—Es que ahora que he contribuido a salvar el mundo me consideran algo así como "El Capitán América negro".

Daniel soltó una carcajada que se alejó entre los ornamentados panteones. Continuaron caminando hacia la salida, de mucho mejor humor del que habían entrado.

—¿Entonces lo de los pulsos?—quiso saber Daniel.

—No tienen ni idea de cómo pudo ocurrir. Dicen que las placas en sí mismas no pudieron generarlos, y piensan que se puede tratar de algún eco o reminiscencia de las transmisiones de los satélites que, al conectar las tablillas, emitieron la última consigna para la que fueron programadas; aunque no veo como podría ser eso posible si están desconectados.

—Supongo que al final encontrarán una explicación—dijo, no muy convencido.

—No sé, no les quedan muchas alternativas. Las tablillas *solo* contienen las coordenadas exactas de la posición de los satélites y los códigos para activarlos y manejarlos. Han pensado en recuperarlos, pero temen que estén cargados con arsenal nuclear o algún sistema defensivo que pueda destruir los satélites *amigos* junto a los que están situados.

—Que era precisamente lo que pensaba hacer Bell.

—Exacto. Yo sigo pensando que esos agujeros de gusano están ahí, y que, de algún modo, los satélites captaban sus ondas, impulsos o lo que quiera que emane de esas cosas, y la enviaban a la Tierra como una simple transmisión a través de esas placas de grafeno; de momento han corroborado que todas las operaciones de Bell se cumplen al cien por cien, así que no veo por qué Brimham o él deberían haber mentido sobre todo lo demás.

Ambos rebasaron la tumba de un eminente director de orquesta, y dejaron atrás el famoso y espectacular camposanto, uno y otro sumidos en sus propios pensamientos. Al final Daniel rompió el silencio.

—Oye, ¿y dices que el piso de Brimham sigue vacío?

Tommy respondió afirmativamente, con una enorme sonrisa pintada en su cara.

—Es que creo que a Rita y a mí nos vendría bien pasar unos días en algún lugar que tenga ducha.

—Cuanto quieras.

—Ummm, y un asado—se llevó la mano al estómago—. O uno de esos perritos con cebolla del Center, ¡Dios, sí que pienso quedarme unos días!

Tommy le palmeó la espalda amistosamente al pasar bajo el pórtico que desembocaba en la ruidosa Quinta Avenida. Los dos tuvieron la misma sensación de abandonar un mundo para entrar en otro completamente distinto.

—Otra cosa.

—Dime.

—¿En serio?—exclamó—. ¿Capitán América negro?

—Eso me llamaron—aseguró levantando las palmas de las manos—. Lo dijeron ellos, no yo.

—¡Pero si lo único que hiciste fue recibir palos!

—Como se nota que te habías desmayado y no viste como puse en su sitio a los malos—hizo una mueca de artes marciales—. Pero no temas, jamás revelaré como te measte en los pantalones cuando ese rubio grandote te…

Daniel le golpeó amistosamente en el hombro cuando vieron a Rita, que los esperaba fumando en la puerta de una bonita cafetería.

Agradecimientos

En primer lugar, (y siempre en primera posición) agradecer a mi hijo Álvaro, que sigue sorprendiéndome día tras día con las ideas que me proporciona, a pesar de contar con solo nueve años; además de preguntarme todos los días como lo llevo; gracias colega. Mención especial también para Cristina Gutiérrez, del grupo Criser. Es increíble despertar un día con una idea de lo que quieres que sea tu portada, contárselo a ella y que lo plasme de esa manera; me sentí como si me hubiera abierto la cabeza y hubiera mirado dentro; gracias, una vez más. Agradecer a Diógenes Gómez, por su inestimable ayuda en temas militares, estratégicos y tecnológicos, además de sus siempre acertadas opiniones. También un cariñoso reconocimiento para José Antonio Gutiérrez Sagredo, que me corrigió en cuestiones matemáticas y creó algunas exclusivamente para mí.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

El Secreto del Wadi Rum

Huellas de Tinta

Diario de Sangre

Relatos de Madrugada

Facebook: https://www.facebook.com/relatosdemadrugada/?ref=bookmarks